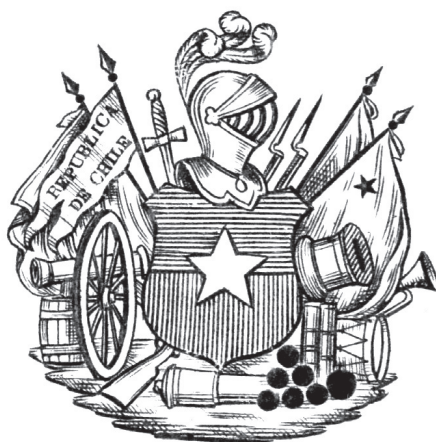


CUADERNO DE HISTORIA MILITAR



Nº 8

DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR DEL EJÉRCITO

DICIEMBRE DE 2012

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR N° 8
SANTIAGO, DICIEMBRE 2012

JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO
GDD ANTONIO CORDERO KEHR

JEFE DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR DEL EJÉRCITO
CRL. GABRIEL RIVERA VIVANCO

JEFE SECCIÓN PATRIMONIO Y ASUNTOS HISTÓRICOS
TCL. PEDRO EDUARDO HORMAZÁBAL ESPINOSA

EDITOR
TCL. PEDRO EDUARDO HORMAZÁBAL ESPINOSA

EDICIÓN Y REVISIÓN
CLAUDIA ARANCIBIA F.

ISSN 0719-2908

IMPRESO EN LOS TALLERES DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 151816

LAS COLABORACIONES Y OPINIONES VERTIDAS EN ESTA PUBLICACIÓN SON DE EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD DE SUS AUTORES Y NO REPRESENTAN NECESARIAMENTE EL PENSAMIENTO NI LA DOCTRINA INSTITUCIONAL.

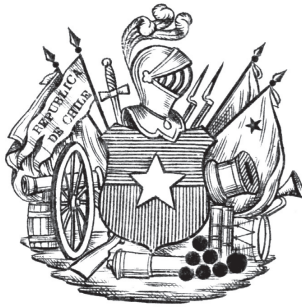
ÍNDICE CUADERNO HISTORIA MILITAR N° 8

ARTÍCULOS RELATIVOS AL PERÍODO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO:

1. DIARIO DE LAS CAMPAÑAS AL PERÚ Y BOLIVIA. 1879 - 1884. "LO QUE YO HE VISTO" (2ª parte) 7
Diego Dublé Almeida
2. LA AYUDA INGLESA A CHILE DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO.
¿MITO O REALIDAD? 61
Rafael Mellafé Maturana
3. LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO..... 83
Gonzalo Dulanto Rencoret
4. COMBATE DE PACHÍA. ÚLTIMA ACCIÓN GUERRERA DE LA GUERRA
DEL PACÍFICO 109
GDB Eleuterio Hernán Ramírez Beiza
5. EN EL CUERPO, CICATRICES. INVÁLIDOS DE LA GUERRA DEL
PACÍFICO. (1881 - 1890). 128
Felipe Casanova Rojas

ARTICULOS MISCELÁNEOS:

6. CHILOÉ: CUERPOS ARMADOS, REFORMA E INDEPENDENCIA
(1780 - 1813)..... 143
Ignacio Ibáñez Echeverría y Alejandro Orellana Ceballos



*ARTÍCULOS RELATIVOS AL
PERÍODO DE LA
GUERRA DEL PACÍFICO*

DIARIO¹ DE LAS CAMPAÑAS AL PERÚ Y BOLIVIA. 1879 - 1884.
“LO QUE YO HE VISTO” (2ª PARTE)²

Diego Dublé Almeida³

CAMPAÑA DE TACNA Y ARICA

Un Cuadro de Campaña

Pacocha, abril 27. La movilización de este ejército hacia el sur ha entrado en gran actividad, no obstante las grandes dificultades que se presentan y la carencia de muchos elementos para llevar a cabo esta operación hasta colocarnos frente al enemigo que nos espera en Tacna. Pero hay gran entusiasmo y todos contribuyen al éxito de la empresa con buena voluntad.

Las divisiones se han puesto en marcha a ocupar los valles del sur hasta Sama—donde ya se encuentra la caballería—acompañados de la artillería de montaña. La de campaña se ha embarcado en nuestros transportes para ser trasladados a Ite, de donde emprenderá la marcha hasta unirse al grueso del Ejército.

El gran inconveniente para la movilización de nuestro Ejército es la falta de agua en estos desiertos que tenemos que atravesar y la carencia de animales y vehículos para llevar este indispensable elemento. Los que hoy están muy trabajados, se ocupan de preferencia en conducir municiones para nuestras armas y provisiones para el soldado hasta el valle de Sama, donde nos preparamos para atacar al ejército enemigo acampado a las afueras de Tacna.

A estas circunstancias se debe que nuestra movilización sea lenta y por secciones sucesivas.

La distancia que hay del valle de Ilo al de Tacna es de cerca de cuarenta leguas de desiertos de arena y ceniza de antiguas erupciones de volcanes próximos. Esta gran extensión está interrumpida solo por

-
- 1 Esta es la continuación del Diario de Dublé Almeida que fue publicado en el Cuaderno de Historia Militar N° 7. Los documentos que se transcriben a continuación fueron extraídos del Diario de las Campañas del Coronel Diego Dublé Almeida. “Lo que yo he visto” en *Las Últimas Noticias*, Año V, N° 1.524 (miércoles 23 de octubre) al 1.541 (martes 12 de noviembre), 1907, p. 5 (excepto N° 1535 en p. 6) y Diego Dublé Almeida. “La Jornada de Tacna. Un cuadro de campaña”. En *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 136, 1968, pp. 125-168. (transcripción textual)
 - 2 Forma parte de las investigaciones y transcripción de los relatos de la Guerra del Pacífico de escasa difusión e inéditos. Trabajo encargado por el Departamento de Historia Militar del Ejército al profesor Sergio Villalobos y al licenciado Patricio Ibarra en el año 2006-2007.
 - 3 Nació en Valparaíso en 1840, tuvo destacadas actuaciones en las filas del Ejército. Se encontró en las campañas de Tarapacá—desembarcó en Junín y participó en la Batalla de Dolores—en la de Tacna y Arica, la expedición a Moquehua y las batallas de Chorrillos y Miraflores. Ocupada la ciudad de Lima, incursionó al interior andino y desempeñó la jefatura política y militar de Puno junto al lago Titicaca. Al finalizar la guerra ostentaba el grado de coronel y fue enviado en comisión a Europa para inspeccionar la adquisición de armamentos. Culminó su carrera como general de brigada y falleció en 1921.

dos valles con agua, el de Locumba y el de Sama, a casi igual distancia uno de otro. De modo que hay que enviar agua a la medianía de la ruta entre uno y otro valle para las tropas que tengan que atravesar esos desiertos. Y aun así hay muchos soldados que quedan en el camino rendidos por el cansancio de la marcha, por el calor, y sobre todo por la sed.

Los jefes han tomado la precaución de subdividir lo más que se pueda los grupos de tropas en marcha, a fin de que el soldado tenga más espacio, más aire. Casi no hay viento en estos lugares, de manera que el soldado va acompañado de nube de polvo que se levanta al marchar. Es muy general que a dos pulgadas de la arena que hay en la superficie del terreno, aparezca polvo de ceniza, que removida por el pie, forma nubes que lo desespera, lo ahoga y provoca sed. De aquí también la necesidad de dar descanso al soldado cada veinte minutos para que pueda respirar aire limpio.

El 29 de abril partimos de Pacocha con mi hermano Baldomero a la estación de Hospicio, desde donde nos dirigimos a los valles del sur a incorporarnos a nuestras respectivas divisiones. Pasamos allí la noche del 30, y en la madrugada del 1 de mayo nos dirigimos al sur, conduciendo nosotros mismos una mula que el señor Bascuñán Álvarez, comandante del servicio de equipajes, nos ha proporcionado para llevar el nuestro.

El asistente de mi hermano, soldado de infantería del 3º de línea, había salido a pie antes del amanecer por la misma ruta que nosotros debíamos seguir, ruta bien marcada ahora por las huellas de las tropas que por allí han pasado durante los últimos días. A las 11 a.m. nos detuvimos a la sombra de unas grandes piedras para almorzar y descansar dos horas, guarecernos del fuerte sol del mediodía y dar también algún descanso y alimento a nuestras cabalgaduras.

A la 1 p.m. nos pusimos de nuevo en marcha. Pocos minutos después divisamos en la llanura un soldado que avanzaba a pie delante de nosotros. Pronto lo alcanzamos, parecía muy fatigado. Era asistente de mi hermano. Este le dijo que montara en la mula de carga que llevábamos. Rehusó hacerlo; nos dijo que no estaba cansado; que tenía mucha sed, y nos pidió agua. Desgraciadamente no la teníamos: la de nuestras cantimploras la habíamos consumido en el almuerzo. Le dijimos que subiera a la mula para llegar más pronto al depósito de agua que estaba como a una legua de distancia. Volvió a rehusar; dijo que más cómodamente llegaría a pie. Mi hermano le ordenó entonces que colocara sobre la mula la mochila y un saco que llevaba. Así lo hizo, y nos separamos de él dejándolo atrás, con la idea de verlo en pocos minutos más en el depósito de agua.

A poco andar sentimos la detonación de un tiro de fusil, lo que nos alarmó creyendo haber caído entre enemigos. Al volver la cabeza hacia atrás, vimos en el suelo al asistente de mi hermano. Acudimos a él llevando listos nuestros revólveres, pues supusimos haber caído en una celada. El soldado estaba muerto; tenía el cráneo despedazado; la bala le había entrado por debajo de la barba. El infeliz se había suicidado con su propio fusil. La sed lo había vuelto loco. Media hora después estábamos en el depósito de agua, y referíamos a nuestros compañeros aquel, para nosotros, doloroso accidente.

Y este no fue el único suicidio causado por la sed y los sufrimientos materiales de la campaña.

Acampado en gran parte nuestro Ejército en Sama, se esperó allí la llegada de nuestras baterías de campaña que con gran trabajo habían desembarcado en Ite, y con mayor habían subido a la meseta de donde parte el camino para Sama.

Día a día iban llegando a este valle elementos que se acoplaban para el asalto a las posiciones enemigas. Y todo bajo la silenciosa dirección de aquel modesto Ministro de Guerra, a quien no conocían los soldados y la mayor parte de los oficiales, don Rafael Sotomayor.

Con que contento trabajaban todos en beneficio de la obra común, soportando con resignación toda clase de fatigas y sufrimientos, reemplazando con el esfuerzo personal y con el entusiasmo la pobreza de nuestros elementos de movilización y de existencia.

La jornada que nos quedaba que recorrer hasta llegar al enemigo era larga y muy difícil.

Carne de Burro

En los primeros días de campamento en Sama no tuvimos carne de buey ni víveres secos. La mala mar en Ite había impedido el desembarque de las provisiones. Hubo que recurrir al sacrificio de los burros para alimentar al Ejército, mientras llegaban los víveres. Aquí fue donde los soldados hicieron prodigios de viveza e inteligencia para salvar sus borricos, que tanto querían, de los sabuesos del comandante Bascuñán Álvarez que los buscaban para el alimento de nuestro Ejército. Y muchos lograron salvarlos.

El campamento se extendía a la orilla sur del valle de Sama como dos kilómetros, cubierta de ramadas de hojas verdes en que vivían los soldados, entremezcladas las carpas o tiendas de los jefes y oficiales. En el fondo del valle tenían los soldados los burros que habían capturado en Moquegua, Ilo y Locumba, y que tanto les habían servido para llevar sus rollos, sus municiones, sus sacos y todo lo que constituye "la impedimenta" del soldado, hasta su pobre botín de guerra. ¡Si tendría razón para quererlos!

Durante cuatro días nuestro alimento fue la carne de burro, y ya principiábamos a acostumbrarnos a ella cuando llegaron bueyes de Ite. Y hubo muchos que opinaron que era mejor la carne de burro.

El consumo que se hizo de esta, también nos trajo otra ventaja: la de poder dormir más tranquilos, pues los rebuznos de estos animales no nos permitían dormir durante la noche. Un día cuando los ayudantes de los cuerpos concluían de escribir la orden del servicio, el Jefe del Estado Mayor de la 3ª División les previno que tomaran las medidas del caso para que los burros no rebuznaran, porque no dejaban dormir en el campamento. Los ayudantes lo miraron sorprendidos a la prevención tan rara que se les hacía y uno de ellos dijo: "¿Y qué vamos a hacer señor, para que los burros no rebuznen?" "Se les coloca dentro de una

oreja una piedrecilla, y lo mismo se hace con los caballos cuando se desee que no relinchen", le observó el Jefe de Estado Mayor. Los ayudantes se retiraron sonriendo de la prevención del jefe, dudando, probablemente, que pudiese tener buen resultado. Esa noche no se oyeron rebuznos. Los ayudantes habían puesto en práctica la lección.

En nuestra división (1ª 3ª) ocurrió algo respecto al alimento de carne de burro, que quiero dejar consignado en mi diario.

El comandante de esta división, coronel don Domingo Amunátegui, se encuentra enfermo. De constitución débil, los trabajos y fatigas de esta campaña han afectado su salud de un modo alarmante. Todos lo queremos y nos aflige su malestar. La perspectiva de no tener carne de buey para el rancho del coronel Amunátegui nos tiene preocupados. Sabemos que por nada consentiría en comer carne de burro.

Una noche, víspera del día en que debíamos recibir raciones de esta carne para nuestro rancho, me hallaba en la tienda del comandante del Chacabuco, don Domingo Toro Herrera. Repentinamente sentí el agudo rebuzno de un pollino que parecía estar cerca de nuestra tienda en el fondo del valle. Al oírlo, el comandante Toro se armó de un gran cuchillo, y dándome una linterna me dijo: "*Sígame compañero*".

Bajamos la ladera, y apoco andar encontramos un borrico joven amarrado a un árbol en el centro de un pequeño bosque. Con ayuda del asistente del comandante Toro se le degolló y despojó de la cabeza, cuero y patas. Aquella carne era bonita, parecía de ternera. Al amanecer del siguiente día pasaba por nuestra tienda un soldado de caballería. Se le detuvo y se entregó una nota para el coronel Amunátegui, al mismo tiempo que se colocó a la grupa de su caballo un cuarto del borrico despostado la noche anterior. Bien aleccionado el soldado se le dejó ir a desempeñar su cometido.

La carta decía lo siguiente:

Señor coronel don Domingo Amunátegui.

Querido compañero: Como se que hay escasez de carne de buey y que mañana se van a dar raciones de carne de burro, me permito enviarle un cuarto de una ternerita que he podido guardar previendo días de ayuno como los que vienen. Lo saluda respetuosamente su amigo. Manuel Bulnes.

Seguimos al soldado que conducía esta carta y el "cuarto de ternera". Este fue entregado al soldado que preparaba el rancho del coronel, y prevenido para que nada dijese del animal a que pertenecía la carne.

A la hora del almuerzo llegamos a la ramada del coronel Amunátegui (hacíamos rancho común los jefes de la 3ª división). Nos sentamos a la mesa. Vino primero una abundante carbonada. De los que allí se hallaban, solo el comandante Toro y yo sabíamos de qué carne era hecha la carbonada. Todos comían con

apetito. A mí se me atravesaban en la garganta los pedazos de carne. Tragaba sin respirar para no sentirle el gusto, y miraba lleno de angustia al comandante Toro, a quien le pasaba más o menos lo que a mí. El coronel Amunátegui nos leyó la cartita del comandante Bulnes, en que le anunciaba el envío del “cuarto de ternera”. Vino en seguida el asado al palito. Cada uno cortó una buena tajada, y todos repetían la ración con delicioso apetito, elogiando el buen sabor y lo tierno de aquella carne de ternera.

Y duró esta carne cuatro días, que fueron de martirio para el comandante Toro y para mí, y de las delicias para los otros comensales.

Después de algunos días contamos, hallándonos a la mesa, la travesura que habíamos hecho con la idea de evitar disgustos al coronel Amunátegui. Este no quería creer lo que le decíamos, y concluyó por decir: *“Si es carne de burro la que he comido estos días, declaro que es la mejo carne”*.

Se continúa con gran entusiasmo en los aprestos de la marcha sobre Tacna. Todos están contentos, ¿Cómo ha desaparecido tan pronto aquel malestar que dominaba en el Ejército hace un mes? ¡Ah, que poder tan inmenso es el sentimiento de amor a la patria!

De vez en cuando viene a perturbar nuestro entusiasmo y a debilitar nuestros esfuerzos, la crítica que por los diarios de Chile y por cartas que aquí llegan se hace de nuestras operaciones, de la lentitud de nuestros movimientos, por lo que han quedado allá al balcón, sin pensar en las grandes dificultades con que tenemos que luchar, no siendo las mayores batallas.

Parece que al gobierno han llegado noticias del disgusto y desaliento que aquí producen las críticas de los “cucalones”, y que esta circunstancia ha alarmado a los hombres dirigentes, porque uno de los ministros, que indudablemente conoce a los paisanos, para desvanecer el malestar que pudiera haber en el Ejército, ha escrito a uno de los jefes una carta que ha corrido como aceite el campamento. Dice así:

Mi querido D... tanto el gobierno como el pueblo en general, estamos admirados de la obra de nuestro Ejército en campaña. Tenemos la más absoluta confianza en ustedes; sabemos que el triunfo será de Chile en el próximo encuentro con el enemigo. Y es tan así, que anoche nos hallábamos reunidos (aquí los nombres de diez o doce personajes), y nos ocupábamos en determinar cuál será la recompensa que la nación conceda a sus gloriosos y abnegados hijos. Muchas se han emitido al respecto, y ha predominado la de conceder al ejército vencedor, terrenos en Arauco y una recompensa en dinero, tomando como base diez hectáreas de terreno y 300 pesos que se concederían al soldado, y proporcionalmente a la renta y al grado, se haría la distribución a los demás miembros del Ejército...”

Esta carta llegó a conocimiento de casi todo el personal del Ejército. Todos estaban contentos del proyecto del gobierno; en los semblantes se retrataba la alegría. Era de ver a los jefes, oficiales y tropas, todos lápiz en mano sacando la cuenta de cuánto les tocaría en terreno y en dinero. Allá un teniente coronel, bajo

su ramada de hojas de plátano, encorvado sobre su cartera decía: "*Si a un soldado que gana diez pesos le van a dar 300, a mí que gano 300 ¿Cuánto me corresponderá? Regla de tres simple, directa. Se multiplican los medios y se parte por el extremo. ¡Nueve mil pesos! ¡Hay para trabajar la hacienda!*".

Los que habían olvidado la regla de tres la recordaron; los que no la sabían la aprendieron. La gente se notó más contenta, no sé si por los ofrecimientos de la carta o por la proximidad de la batalla.

Mayo 10. Continúa en este valle de Sama el acopio de elementos para presentar batalla al Ejército Aliado de Tacna. Según los datos que se han obtenido, este se compone de 9 a 10 mil hombres, acampados en las alturas al norte de la ciudad de Tacna, como a una legua del valle, donde han tomado posiciones que defienden con trabajos ligeros de fortificación pasajera. Además, dos mil hombres del Ejército peruano guarnecen el puerto de Arica.

El Ejército Aliado Perú-boliviano, está mandado por el general Campero, Presidente de Bolivia, y, respectivamente, los ejércitos del Perú y Bolivia por el contralmirante Montero y coronel Camacho.

EL MINISTRO SOTOMAYOR

Mayo 15. Hoy, el Ministro de Guerra en campaña, don Rafael Sotomayor, se detuvo en nuestra ramada (en el campamento son comunes estas ramadas hechas de hojas de plátano, donde se reúnen los jefes y oficiales para charlar y a tomar el fresco bajo sus verdes ramas; les sirven también de comedor). Venía de recorrer el campamento y de observar a nuestros soldados. Con su sencillo traje civil, su sombrero medio chambergo, sus manos juntas a la espalda, su aire tranquilo y modesto, nadie imagina que aquel sea el ministro, el representante de nuestro gobierno, el que tiene en sus manos todos los hilos de esta gran tramoya, que se desarrolla a su voluntad, a impulso de su talento.

Allí nos hallábamos varios jefes. El ministro tomó asiento en su banco y nos refirió que se había divertido mucho en su paseo por el campamento, oyendo los graciosos dichos de soldados y sus reflexiones acerca de la campaña. Se acercó a un grupo numeroso de ellos. Allí había tirados boca abajo en el suelo como una docena de soldados, alrededor de un plano de la ciudad de Lima; en otra línea otro círculo de soldados de rodillas, y más afuera una multitud en pie. Entre estos se colocó el ministro sin ser reconocido, creyéndolo uno de tantos "cucalones" que andan en el Ejército.

Uno de los soldados daba explicaciones a los demás sobre el plano que tenía extendido en el suelo. Probablemente era uno de los expulsados del territorio peruano al principio de las hostilidades, y con seguridad conocía bien a Lima, a juzgar por las explicaciones sobre la ciudad, que daba a sus compañeros. "*Esta es la plaza de la Exposición, decía; este el palacio de la Exposición; se sigue por esta calle y se llega a la plaza de Armas; aquí está la "catreal"; aquí vive el gobierno, la casa es viejasa, mejor es la "Monea"; aquí están los portales; aquí hay una gran joyería grandaza" "¿Onde?"*", observa uno de los que están de

pie. “Aquí, aquí”. “Hácele una cruz, oh, pa saber onde está”, replica otro. Y siguen las explicaciones: “aquí está el río y aquí está el puente de alicanto, esta calle es lo mesmo que la calle del Puente de Santiago, y está lo mesmo que la calle de la Nevería; las dos van a la plaza y al río. Aquí está el cerro de San Cristóbal; en Lima no hay Santa Lucía, aquí pelean los toros...” Y seguían las explicaciones haciendo siempre comparaciones entre Lima y Santiago.

Pasó en seguida el ministro a hablar del ejército enemigo; de la situación que ocupa en las alturas al norte de Tacna; de sus jefes. “El general Campero se ha hecho cargo del mando en jefe del Ejército Aliado, dijo; no había sido del agrado de Montero”.

Acostumbra don Rafael en sus observaciones con los jefes, lanzar un tema sobre algún acontecimiento o personalidad, a fin de oír a los nuestros explicarse respecto de ellos. “El general Campero, dijo el general Barbosa, es un distinguido militar, quien, además de haber recibido en Europa su instrucción profesional, ha hecho varias campañas con los ejércitos europeos; creo que es el general más ilustrado de los sudamericanos”.

Así es, observó el ministro, “Campero como militar es notable; y tanto por su instrucción como por la práctica que tiene de la guerra, es de suponer que haya elegido muy buenas posiciones para esperarlos, con todas las probabilidades para él y los suyos de derrotarnos; pero con Baquedano lo hemos de... vencer”.

Después de media hora de conversación y descanso, abandonó nuestra ramada, y acompañado de Barbosa y de mi hermano se dirigió a su alojamiento de Buena Vista, al norte del valle de Sama, donde tiene su campamento la 4ª División.

Se encuentran ya en Sama todos los elementos de que puede disponer el General en Jefe para movilizar el Ejército. Son escasos—sobre todo se hace sentir la falta de carruajes y de mulas—pero el entusiasmo y patriotismo de todo el personal suplirá la carencia de aquellos.

Cuando alguien ha hecho insinuaciones al general Baquedano para estudiar y determinar el plan de combate para atacar al enemigo, ha contestado:

- “A su tiempo, a su tiempo”.

El 20, a las 5 de la tarde, ha muerto el ministro de la Guerra en Campaña, don Rafael Sotomayor, de un ataque apoplético, sin que ningún síntoma anunciase esta gran desgracia. Fue inmediatamente atendido por el doctor Allende Padin, jefe del servicio sanitario y por los demás médicos que estaban próximos a su alojamiento; pero todos los esfuerzos que se hicieron para salvarlo fueron inútiles, a los cinco minutos de principiado el ataque había sucumbido.

Es extraordinario el efecto doloroso que ha producido este acontecimiento en todo el Ejército. La consternación es inmensa. Por todas partes se ven semblantes afligidos. Muchas lágrimas se han derramado sobre este cadáver. Hay muchos que piensan que la desaparición de este hombre, tan querido como hábil, pudiera afectar el éxito de la campaña.

Los jefes del Ejército veían en el ministro Sotomayor, no solo el hombre superior que tenía todos los hilos de la campaña y que había preparado todas las operaciones militares hasta encontrarse el Ejército en vísperas de una batalla en que va a jugarse la suerte y el porvenir de Chile, sino que este distinguido estadista había estudiado durante la campaña a los hombres que constituyen nuestro Ejército, y habría sabido sacar de ellos, según sus cualidades, las mayores ventajas para el buen éxito de la guerra, sin atender a otra cosa que a sus méritos y al fin que se desea alcanzar.

Reconocimiento

Pagados los últimos tributos de cariño y respeto que se debían a don Rafael Sotomayor, acompañando sus restos —que van a Ite a embarcarse en uno de nuestros buques de guerra— hasta alguna distancia de este caserío de Buena Vista, y hechos los honores militares que a tan alta personalidad corresponden, todos vuelven sus pensamientos a las operaciones bélicas que deben ejecutarse en pocos días más.

El general Baquedano se impacienta de que aquellas no puedan marchar más de prisa, y si sus deseos no se ven satisfechos con la prontitud que todos deseáramos, es porque los preparativos de marcha de un ejército, cuyo personal es aproximadamente de 14.000 hombres de las tres armas, se ejecutan venciendo toda clase de inconvenientes. La marcha sobre el enemigo significa para nosotros una batalla inmediata, batalla que debe ganarse, y para lograr este fin lo principal es que nada falte al Ejército, ni durante la marcha, ni en el día del combate.

La campaña que hacemos sobre el Perú y Bolivia, nos ha mostrado y enseñado en la práctica que de nada sirve tener un ejército y armas, sino principalmente poseer medios de movilización y sostenimiento de los hombres que lo componen. Gente y armas es fácil encontrar; el soldado fácil también de formarlo entre nosotros. La gran dificultad es asegurarle la existencia y la movilidad en estos territorios de difícil topografía y desprovistos de todo elemento de existencia. Debíamos, pues, reunir en Sama todos aquellos de que podíamos disponer, que siempre han sido escasos, y que se hallaban dispersos en Pacocha, Hospicio, Ite y Locumba.

Se dispuso un reconocimiento sobre posiciones enemigas.

A las 2 a.m. del día 22 de mayo se pusieron en marcha hacia Tacna 400 hombres de caballería, 200 de infantería montada y 2 cañones Krupp de campaña, al mando del Jefe de Estado Mayor, coronel don José Velásquez. Acompañaban también a estas fuerzas de reconocimiento todos los comandantes de divisiones

y jefes de estados mayores divisionarios. A las 10 a.m. hizo alto la fuerza y después de algunos minutos que se emplearon en almorzar lo que cada uno llevaba consigo, continuamos la marcha hacia el enemigo. Cuando estuvimos como a tres mil metros de las posiciones que ocupa se hicieron algunos disparos con nuestros cañones, cuyos proyectiles cayeron sobre los parapetos de la línea enemiga. La artillería peruana contestó nuestro saludo, pero sus proyectiles cayeron a la mitad de la distancia que nos separa. Se recogieron dos y por ellos se vio que pertenecían a cañones ingleses de montaña, de los mismos que fueron tomados en la Batalla de San Francisco.

Algunas partidas de nuestra caballería se aproximaron hasta mil metros de la línea enemiga. Fue reconocido y estudiado el terreno en todo el frente y en los flancos. El viejo comandante de Guardias Nacionales, don Roberto Souper, fue el que más se aproximó al ala derecha del enemigo en dirección a una fortaleza a merlones que allí se ve. Estuvo a punto de ser capturado, escapando a la caballería peruana gracias al buen caballo que montaba.

Todo el terreno al frente de la línea enemiga es arenoso, pesado, con pequeñas y suaves ondulaciones que se hacen más profundas y escarpadas a medida que se acercan a la alta ceja que ocupan las fuerzas Perú-bolivianas. A los flancos, tanto a la derecha como a la izquierda, hay hondonadas más profundas, que van a concluir en el valle de Tacna, y que protegen las alas del ejército enemigo. El terreno tiene un declive suave, pero fatigoso para el infante que concluye en su mayor altura en la posición que ocupa el enemigo. La extensión de la línea enemiga es como de dos kilómetros. La situación es bien elegida, porque domina todo el terreno a su frente hasta una inmensa distancia. Tiene a su retaguardia el valle y ciudad de Tacna, que proporciona al ejército todo lo necesario para su existencia y defensa.

De los datos que hemos podido obtener, calculamos que el enemigo que nos espera en sus atrincheradas posiciones llega a diez mil hombres. El éxito dependerá de la rapidez del ataque; en llegar pronto a sus trincheras.

Reunidas todas las partidas en que se dividió el reconocimiento, emprendimos la marcha de retirada, después de haber hecho diez disparos de cañón sobre el enemigo, contestados por este con dieciséis. Llegamos al campamento de Sama, a las 7 p.m.

En Marcha

Principiaron los aprestos para la marcha de todo el Ejército. Al amanecer del 25 todo estaba listo. La 3ª División —en cuyas filas marchaba el que esto escribe— esperó que la 1ª y la 2ª avanzasen la distancia conveniente para emprender la marcha a su vez, debiendo seguir la 4ª y luego la reserva, compuesta del Buin, 4º de Línea y Bulnes.

La marcha se hizo sin inconveniente alguno, pues se tuvo cuidado de dar descanso cada media hora. De esta manera no se fatigaba mucho el soldado, ni quedaban rezagados.

El día era sumamente caluroso. El agua que el soldado llevaba en la cantimplora debía, por consiguiente, consumirse muy pronto, a pesar de las recomendaciones repetidas de los jefes y oficiales de economizarla cuanto fuese posible. Previendo el pronto consumo del agua, se había enviado antes de amanecer sesenta cargas de barriles que la contenían que debían esperar al Ejército en Quebrada Honda, a medio camino de la distancia que debíamos recorrer aquel día.

A las 12 a.m. alcanzamos los carros que conducían las municiones y los estanques con agua, luchando con las dificultades que presentaba el terreno blando y arenoso. A pesar de que eran arrastrados algunos hasta por ocho mulas, no era posible hacerlos avanzar. Además de las dificultades del camino el ardiente sol de ese día fatigaba extraordinariamente a los animales.

Dejando a nuestra izquierda los carruajes, continuamos nuestro camino, esperando que a la caída del sol y con el fresco de la noche las municiones y el agua llegarían al día siguiente con oportunidad al lugar donde se encontrara nuestro Ejército.

No obstante las fatigas de la marcha, los soldados se manifestaban contentos deseando encontrar al enemigo lo más pronto posible. Durante los descansos se les oía hacer comentarios sobre la próxima batalla, y cada uno esperaba tener ocasión de distinguirse, preparando la bandera para el caso de necesitar de ella.

Respecto a la bandera nacional ocurre entre los soldados algo muy curioso. En el campamento se la ve flamear en todas partes: colocada en una caña, en las tiendas, en los pabellones de armas, en las bayonetas de los fusiles. Es muy raro encontrar un soldado que no tenga una bandera chilena. Muchas mal hechas, con los colores cambiados, vueltas hacia abajo, estrellas de variado número de picos; pero el soldado tiene una bandera de su propiedad, que en el campamento la coloca como ya queda dicho, en marcha en su fusil, y en combate envuelta en el cuello o en la cintura. Además del cariño natural que todos los rotos tienen a su bandera, la razón principal para que todos la lleven en campaña es que cada uno tiene la esperanza de ser el primero en llegar a un reducto, a una trinchera, a un puesto tomado al enemigo, y hacer flamear allí la bandera chilena; hecho que nuestra ordenanza militar considera como acción distinguida, y por consiguiente, premiada.

A las 5 p.m. el coronel Amunátegui, comandante de la 3ª División, que había quedado atrás, me alcanzó. Aproveché de su presencia en la división para separarme y adelantarme de ella con un ayudante, a fin de tener visto y elegido el lugar donde por esa noche debía acampar.

Había galopado algunos centenares de metros cuando, poco antes de llegar a Quebrada Honda, encontré tres heridos que nuestros cirujanos curaban a un lado del camino. Estos eran tres de los arrieros que conducían las setenta cargas de agua, salidas de Sama a la madrugada de ese día, que habían sido sorprendidos por una partida enemiga de caballería, habiendo sido aquellos heridos, y tomados prisioneros, el capataz y tres individuos más. Estas cargas iban sin custodia alguna, sin embargo de haberse designado

un piquete de caballería para que las vigilase hasta Quebrada Honda; pero esta fuerza, que salió de Sama una hora después de la partida de las cargas, no pudo encontrarles a causa de haberse internado estas por una quebrada donde fueron sorprendidas y atacadas por el enemigo. Los arrieros no llevaban arma alguna, y no obstante de no hacer resistencia fueron heridos por la partida que los sorprendió; apresados el capataz y demás individuos que lo acompañaban; y conducidas al campamento enemigo las cargas y las mulas.

Continué la marcha acelerando el paso para alcanzar a la 1ª y 2ª División y poder darme cuenta del lugar en que debía acampar la 3ª antes de cerrarse la noche. Pasada Quebrada Honda, ya el camino principió a confundirse con el resto del terreno. Teníamos encima la noche y la oscuridad aumentaba con la “camanchaca” que principiaba a extenderse.

Apresuramos la marcha con el ayudante Peñafiel que me acompañaba. Serían las 8 de la noche cuando creímos notar una sombra que supusimos fuesen tropas extendidas en línea de batalla. Al mismo tiempo se nos da el ¿quién vive? Habíamos llegado al campamento que ocupaban la 1ª y 2ª divisiones. El Jefe de Estado Mayor General me indicó el lugar en donde debía establecerse en línea la 3ª División, a 200 metros a retaguardia de la 1ª. Comisioné al ayudante Peñafiel para que volviese y guiase al coronel Amunátegui al lugar donde debía acampar.

En frente del enemigo

Después de una hora de espera, llegó la 3ª División al campamento, siendo difícil darle colocación a causa de la oscuridad. Establecida ya, los soldados se echaron a tierra rendidos de cansancio y de sed.

Nuestra división debía cubrir los puestos avanzados del ala derecha de las dos líneas, servicio que tuvo que hacer la infantería, no obstante el cansancio y fatigas de la marcha, por no haber llegado aún al campamento la caballería que quedó en Sama para salir en la tarde. Como se ve, no podía ser más irregular el servicio de marchas de este ejército, careciendo en absoluto de la asistencia de la caballería en circunstancias tan peligrosas y delicadas.

También quedaba atrás toda nuestra artillería, parque y estanques con agua, luchando con las dificultades del camino.

La 4ª División y los regimientos que formaban la reserva, cubrían la retaguardia de esta inmensa columna en marcha.

Al acampar la 2ª División dejó a su izquierda el lugar que debía ocupar la 4ª cuando llegase.

La noche del 25 al 26 ha sido la más penosa que ha pasado nuestro Ejército en esta campaña. Además del cansancio del soldado por la larga marcha, cargado con su armamento, municiones y equipo, la sed lo

tenía desesperado. No había agua. La que se había enviado en la mañana había sido tomada por el enemigo. Sin embargo, no se oía una sola voz de queja. Los soldados acostados sobre la arena humedecida por la "camanchaca", conversaban en voz baja sobre la batalla que debía darse al día siguiente.

Para que el mecanismo del fusil no sufriese con la humedad de la noche, cada soldado colocaba su arma debajo de su cuerpo. De esta manera se conservaba bien. Al soldado no le importaba estar incómodo y sufrir esta posición, pero sí le importaba que su arma estuviese en buen estado de servicio para el trabajo del día siguiente.

El coronel Amunátegui había armado su tienda. Allí llegué, después de establecer el servicio de avanzadas y rondas en nuestra ala derecha, para esperar el arribo de la 4ª División que debía hacer este servicio en el ala izquierda. Poco después entró a la tienda el coronel Lagos. Conversábamos sobre la posibilidad de que el enemigo, conocedor de la localidad, tratase de sorprendernos aquella noche en nuestro vivac, lo que no sería difícil, la oscuridad de la noche y la "camanchaca" favorecían esta operación.

Retirándose que hubo el coronel Lagos, me dirigí a la tienda del General en Jefe, donde esperaba encontrar al Jefe de Estado Mayor, coronel Velásquez. Ambos estaban allí. Les comuniqué que la 4ª División aún no llegaba, y la conveniencia y necesidad de que la 3ª hiciese también el servicio de avanzadas en el ala izquierda, mientras llegaba la cuarta. El General en Jefe me autorizó para que yo tomase todas las precauciones necesarias para evitar una sorpresa del enemigo, y salí en dirección al lugar donde acampaba el regimiento de Artillería de Marina. Con fuerzas de este cuerpo establecí las avanzadas del ala izquierda.

De regreso al campamento, al pasar por los distintos vivac, recomendaba a los soldados no moverse en el caso de que fuerzas enemigas asaltaran nuestras posiciones, ni hacer fuego sino a la voz de sus jefes y oficiales. Todos los soldados estaban despiertos y contestaban: "*No tenga cuidado, mi comandante, que pase todo el ejército enemigo sobre nosotros no nos movemos*".

A las 2 de la mañana del 26 regresé a la tienda del coronel Amunátegui y afuera de ella me eché al suelo sobre una manta a descansar, teniendo a mi lado mi caballo. Me fue imposible dormir. A cada instante oía el alarido de las centinelas, que consistía en hacer sonar la cartuchera o en golpear las manos, sonido que se perdía a medida que los puestos de centinela se alejaban.

Preliminares

Al amanecer sentí varios disparos de fusil hacia nuestra izquierda. Monté a caballo y me dirigí al lugar de donde venía el fuego, no ya uno que otro tiro sino fuego sostenido. Mientras galopaba este cesó. Al llegar a las avanzadas del ala izquierda me dijeron allí que habían hecho fuego sobre varios bultos que se habían divisado a través de la "camanchaca", los que habían desaparecido rápidamente. Pocos momentos

después, aclarada la atmósfera, pudimos ver gruesas columnas del enemigo que se retiraban con gran rapidez a ocupar sus posiciones. Como habíamos supuesto, y según más tarde supimos, había venido a sorprendernos durante la noche una gruesa fuerza enemiga, pero se extravió en las pampas o arenales de aquella localidad a causa de la oscuridad y muy principalmente de la “camanchaca”.

Al regresar a la tienda del coronel Amunátegui busqué algo que comer, pero el oficial encargado de proporcionarnos, a los jefes de la 3ª División, algún alimento durante la marcha y el día del combate, había descuidado su cometido, y nada había para nuestro rancho. Lamentaba la situación, pues no había comido el día anterior y no había probabilidad de poder hacerlo el día de la batalla, cuando se me presentó un soldado ranchero del 4º de Línea que servía a los ayudantes de la 3ª División, pasándome una gran taza de café y un pan que, por lo duro, bien pudiera servir de proyectil, lo que en aquellos momentos era un almuerzo o desayuno espléndido, que tomé con gran satisfacción y apetito. Al devolver la taza al ranchero, la acompañé con un billete de diez pesos que hacía días que llevaba en el bolsillo sin tener en que gastarlo. No podía, pues, ser mejor empleado que en pagar una taza de café en tan solemne día, por más que la propina fuese espléndida y no estuviese en relación con los cortos medios del agraciado por el ranchero del 4º de Línea.

Al amanecer del día 26, llegaban al campamento nuestra caballería, la artillería y la 4ª División, tomando colocación esta última a la izquierda de la 3ª y a la retaguardia de la 2ª.

El parque de municiones y los carros con agua, aún luchaban con las dificultades del camino y no llegaban.

Me trasladé a visitar la 4ª División de la que mi hermano Baldomero era Jefe de Estado Mayor. Supe entonces que durante la noche se habían extraviado y que habían tenido gran trabajo para encontrar el lugar donde estábamos acampados.

Nos hallábamos a seis kilómetros del enemigo. Este ocupaba las mismas posiciones del día 22, es decir, la extensa loma que cierra el valle de Tacna por el norte. La cresta se veía cubierta con las líneas enemigas, destacándose a la derecha una fortaleza. En este mismo costado se veía un grupo de caballería, en la base de la loma. Las tropas no se veían, pues todas estaban detrás de sus abrigos esperando nuestro ataque. Solo de trecho en trecho se asomaba la parte superior de varias tiendas de campaña.

A las 7 a.m. el ayudante de campo, teniente coronel don Waldo Díaz, vino a decirme que el General en Jefe me llamaba. Después de comunicar esta orden al coronel Amunátegui, me puse en marcha con el comandante Díaz en busca del General en Jefe; Díaz me dijo que el general, al mismo tiempo que a mí, había mandado llamar a varios otros jefes, entre ellos a mi hermano. Cuando llegamos al Cuartel General ya se hallaban allí, rodeando al General en Jefe, Velásquez, Lagos, Amunátegui, Barceló, Bulnes (Manuel), Barbosa y Dublé.

El Jefe del Estado Mayor, coronel Velásquez, manifestó que el general deseaba comunicar a los jefes que se hallaban presentes, cuál era el plan para el ataque de las posiciones enemigas, que teníamos a la vista, y que después de expuesto esperaba que con franqueza hiciese cada uno las observaciones que estimara convenientes para el éxito de la operación. Hizo el general Velásquez una exposición de las fuerzas enemigas y de la situación de ellas en la línea, según los datos que se habían obtenido en el Estado Mayor, resultando de ella que en el ala izquierda enemiga era donde estaba concentrado el mayor poder de ese ejército, tanto por el número como por la calidad de sus defensores.

Durante una hora, más o menos, se habló sobre el ataque a las posiciones enemigas, y se resolvió lo siguiente:

La artillería chilena debería principiar sus fuegos sobre las trincheras enemigas, a fin de destruirlas y desalojar de allí, en cuanto fuese posible, la infantería que cubrían. Esta operación debería ejecutarse, quedando nuestra infantería fuera del alcance de los fuegos enemigos. Cuando el momento fuese oportuno, nuestra infantería marcharía sobre la línea atrincherada en la forma siguiente: la 1ª División, compuesta de los regimientos Chillán, Valparaíso, Esmeralda y Navales, atacaría con ímpetu y decisión el ala izquierda enemiga; la 2ª División, compuesta de los cuerpos Atacama, Santiago y 2º de Línea, el centro; y la 4ª División compuesta de Cazadores del Desierto, Lautaro y Zapadores, el ala derecha, tratando de envolverla en el movimiento. La 3ª División marcharía a 500 metros a retaguardia de la línea formada por la 1ª, 2ª y 4ª Divisiones, a la altura del intervalo que resultase entre la 1ª y 2ª listas para ocurrir en protección de cualquiera de esas divisiones que tenían que atacar el ala izquierda enemiga, la mejor defendida de la línea Perú-boliviana. La reserva compuesta por los regimientos Buin, 3º y 4º y Bulnes, marcharía a 800 metros a retaguardia de la 3ª División. La caballería marcharía, en protección de nuestra ala derecha, los Granaderos; en protección de ala izquierda de los Cazadores, y del centro los Carabineros.

Este fue el orden y disposición del ataque que quedó acordado ejecutar.

La batalla

Todos los jefes marcharon a dar a las fuerzas de sus comandos la situación acordada y la organización para emprender la marcha sobre el enemigo, lo que fue ejecutado rápidamente.

Se adelantaron las descubiertas. La caballería pasó a ocupar los flancos y retaguardia de nuestra línea. La artillería marchó a vanguardia en busca de posiciones ventajosas para su mejor empleo, posiciones difíciles de encontrar, porque el enemigo que había tenido dos meses para elegir lugar conveniente para esperarnos, se situó donde nuestra artillería no pudiera causarle gran daño. En toda esa extensa llanura no se divisaba una sola eminencia donde nuestros cañones pudieran situarse con ventaja. El enemigo era dueño de todas las posiciones altas.

Estando ya nuestras tropas colocadas en la posición del ataque acordado, se dio una ración de agua, de algunas cargas que llegaron en ese momento, solo a una parte del Ejército, más o menos a 6.000 hombres.

Los estanques con agua, municiones de repuesto y todo el servicio de intendencia, luchaban aún con los inconvenientes del camino a retaguardia de nuestro Ejército.

Mientras se daba a nuestras tropas la colocación de ataque, se presentó al Cuartel General el comandante Bulnes, trayendo prisionero a un oficial peruano que mandaba una partida de exploradores que habían sido capturados en una de las hondonadas del terreno a nuestra derecha. El oficial fue interrogado por el coronel Velásquez acerca del punto donde concluía la izquierda de la línea enemiga, y aquel indicó desde el sitio donde se encontraba una tienda de campaña, en la que se veía una pequeña bandera boliviana, agregando que allí la línea formaba un martillo hacia el valle de Tacna, reforzado por doble número de tropas que las que ocupaban el resto de las trincheras. Agregó algunas otras explicaciones de importancia para nosotros.

Los comandantes de divisiones, jefes de Estados Mayores y algunos jefes de cuerpo, fueron llamados al Cuartel General. Se les dio allí las últimas instrucciones para el ataque. El General en Jefe les dijo, más o menos, lo siguiente: *“La Patria espera hoy de sus hijos un nuevo triunfo. Yo sé que lo obtendremos con este abnegado Ejército que ha sabido soportar resignado tantas fatigas, tantos sufrimientos, hasta llegar al frente del enemigo. Detrás de esa loma está el valle de Tacna donde hay mucha agua. Para llegar allí hay que pasar sobre el Ejército Perú-boliviano y vencerlo. No hay retirada; es necesario vencer. ¡Viva Chile!”*.

Efectivamente, no había retirada. La derrota de nuestro Ejército significaría la muerte, puesto que el hambre y la sed aguardaban a que retrocediese. No había retirada; nada se había dispuesto para este caso; las naves se habían quemado; era necesario triunfar. Se jugaba en ese día la suerte de Chile, y el último soldado así lo comprendía. Cuando los jefes comunicaron a la tropa las palabras del general, los soldados contestaron con grito atronador: ¡A Tacna! ¡A Tacna! ¡Viva Chile!, apenas apagado por las bandas de músicos de los distintos regimientos que tocaban el himno nacional.

A las 10 a.m. el enemigo rompió el fuego con su artillería, que fue contestado por la nuestra con tiros rápidos y certeros sobre las trincheras.

Después de una hora de cañoneo, nuestra infantería en dispersión avanzó sobre el enemigo.

La 1ª División, cuyo jefe recibió del coronel Velásquez la orden de atacar con rapidez y decisión el ala izquierda enemiga, se puso en marcha por un bajo a nuestra derecha, y pronto desapareció para volver a verse subiendo el plano inclinado que la separa del enemigo. Con sorpresa vimos que los bolivianos que defendían esa ala, salían de sus trincheras para batirse con nuestros soldados.

La 2ª División a su vez, se pone en marcha para atacar el centro de la línea enemiga.

Y la 4ª se adelanta ejecutando un movimiento envolvente sobre el ala derecha que la defiende, además de su línea de infantes atrincherados, una fortaleza cuya artillería hace sobre los nuestros un nutrido fuego.

Mientras ejecuta este ataque de nuestra infantería, la artillería chilena continúa con sus certeros disparos destruyendo las trincheras enemigas y silenciando sus cañones.

Esta era la situación de nuestro Ejército a las 12 del día, y este fue el momento del desarrollo completo de la batalla en toda la línea, tanto en la nuestra como en la enemiga. El fuego era tan sostenido por ambas infanterías, que solo se oía un redoble continuado, interrumpido por los disparos de artillería.

A medida que avanzaba nuestra infantería en el ataque a las posiciones enemigas, lentamente también avanzaba la 3ª División para atender a la 1ª y 2ª que sostenían los fuegos vivísimos del ala izquierda enemiga. Y la reserva avanzaba también, conservando la distancia conveniente para estar fuera del alcance de los fuegos del enemigo.

El General en Jefe, con su Jefe de Estado Mayor General y sus ayudantes, ocupaba una pequeña eminencia a retaguardia y a la altura del pequeño intervalo de nuestra línea entre la 1ª y 2ª Divisiones. Desde aquí veíamos distintamente todo el campo de batalla, y observábamos el avance de nuestros infantes en dispersión ascendiendo el plano inclinado por donde tenían que marchar para llegar a las trincheras enemigas.

Hacía como una hora que había principiado el asalto —que no otra cosa era aquel combate, dada la situación que ocupaba el Ejército Perú-boliviano— cuando el coronel Velásquez me hace notar a nuestra derecha un poco en avance, una numerosa fuerza que no podíamos distinguir si era nuestra o enemiga. Me ordenó que fuese a reconocerla. Después de algunos minutos de galope, pude cerciorarme que eran tropas de la 1ª División que habían quedado de reserva por mandato del jefe de ella. Esto me causó gran sorpresa, porque me hallaba presente cuando el Jefe de Estado Mayor ordenó al comandante de aquella división que atacara el ala izquierda enemiga —cuyo extremo le indicó por la situación de una loma en que había una gran tienda de campaña, con bandera boliviana— con todo el grueso de la división y con el mayor ímpetu posible. Al recibir esta orden, el coronel Amengual volvióse y dijo al coronel Urriola, de Guardias Nacionales: "*Nos mandan al matadero*", palabras que no oyó Velásquez o aparentó no oírlas.

Al llegar a una altura de terreno, pude ver que las fuerzas que habían quedado de reserva habían entrado ya en combate para apoyar a las que venían en retirada, pues el enemigo había rechazado el primer ataque de nuestras tropas de la 1ª División. Pronto también se vieron envueltas en la retirada las que habían ido en auxilio de aquellas.

Allí encontré al capitán de Guardias Nacionales, don Alberto Gormaz, que sacaba de la zona de fuego, a la grupa de su caballo, al capitán del batallón Navales, don Guillermo Carvallo, que había recibido graves heridas.

Volví con presteza para comunicar al Estado Mayor la situación en que se hallaba la 1ª División. En mi camino encontré parte de la 3ª, que marchaba rápidamente en auxilio de aquella.

Este refuerzo contuvo la retirada de la 1ª División, que volvió al ataque de las posiciones enemigas, cuyas tropas habían salido ya de ellas en persecución de las nuestras.

En gran parte contribuyó a que el enemigo se replegase a sus trincheras, el movimiento de ataque que hizo nuestra caballería en esta ala, que aunque no alcanzaba el enemigo —pues tomó por este a los Navales, causándole algunas bajas— infundió gran terror en las tropas aliadas que volvieron con presteza a ocupar sus defendidas posiciones.

Pronto se restableció el orden de combate, y nuestros soldados marcharon más animosos al ataque.

Desde el sitio en que se hallaban el General en Jefe y Jefe del Estado Mayor, se habían apercebido de la situación difícil en que se encontraba la 1ª División, y habían dado las órdenes para que cargara la caballería y marchara la 3ª División en su auxilio. Parte de esta también reforzó en el ataque a la 2ª División.

Fui enviado por el General en Jefe a nuestra ala izquierda para informarlo de lo que allí pasaba, y tomar, en acuerdo con el comandante de la 4ª División, coronel Barbosa, las medidas que creyera convenientes. De aquella división acababa de llegar un ayudante pidiendo, a nombre de Barbosa, municiones para la infantería que estaba próxima a consumirlas. Como el ayudante (mi hermano materno, Diego Millar Almeida), había sido herido al atravesar el campo de batalla, y no se hallaba en estado de mantenerse a caballo, el General en Jefe me ordenó fuese a ponerme a las órdenes de Barbosa.

Atravesé a gran galope la extensa línea de batalla y llegué donde se dominaba con claridad la línea enemiga. Le dije a lo que iba, manifestándole que municiones no se le podían enviar, porque el parque aún no llegaba, pero que podía traerle fuerzas de la reserva, que aún no había entrado en combate, en el caso que necesitara de ellas.

En ese momento la situación de esa división era la siguiente:

El Jefe de Estado Mayor de estas fuerzas había logrado colocar la artillería en una altura del otro lado de la quebrada que defendía el ala derecha enemiga, y desde allí nuestros cañones habían causado un efecto terrible en la línea contraria, silenciando la artillería de la fortaleza que había en aquella extremidad. Los Cazadores del Desierto, salvando grandes dificultades que les oponían las irregularidades del

terreno, habían envuelto el ala derecha enemiga y marchaban al ataque con vigor y decisión. Las tropas del Lautaro atacaban oblicuamente y con gran empuje; y Zapadores marchaban de frente, en dispersión, subiendo y bajando los innumerables lomajes de aquel terreno.

Después de observar el campo, el coronel Barbosa, con su semblante lleno de satisfacción, y en el lenguaje familiar que usaba conmigo, me dijo:

"Tu hermano (el Jefe de Estado Mayor de la 4ª División), no sé cómo ha podido colocar la artillería en aquel cerro. Desde allí les ha hecho pedazos el fuerte... ¡Mira, que viejito tan bravo...!" y me mostraba al comandante Robles, del Lautaro, que, espada en mano y a la vanguardia de las guerrillas de su batallón, subía la ladera que conducía al fuerte. Y tomando en seguida aire y lenguaje de jefe, me dijo: *"Vuelva, señor, donde mi General en Jefe y dígame que si no tengo municiones, ese fuerte lo tomaré a la bayoneta"*.

Convencido de que las fuerzas de nuestra ala izquierda habían llenado ya satisfactoriamente la parte que les correspondía en aquella batalla y que en pocos momentos más serían dueños de la línea enemiga, volví a gran galope en busca del General en Jefe.

En mi camino tuve el sentimiento de encontrar herido al comandante Santa Cruz, de Zapadores. Conversé con él un momento. Me manifestó que creía que su herida en el vientre era grave. Su alegría fue inmensa cuando le comuniqué que el triunfo era nuestro. *"Déjame abrazarte, este es un día muy grande"*, me dijo. Y me bajé del caballo para abrazar al amigo y compañero, a quien dos días después tendría que llevar al cementerio de Tacna.

Llegué al Cuartel General y di cuenta al general Baquedano de la situación ventajosa en que se hallaba la 4ª División.

El triunfo

A las 2 p.m. nuestras tropas habían dominado por completo las posiciones enemigas, y peruanos y bolivianos apresuradamente abandonaban el campo de batalla en dirección a Tacna, perseguidos de cerca por las fuerzas de la 1ª División, guiadas por el coronel Amengual.

El enemigo, que a esa hora veía el indomable empuje con que nuestra infantería atacaba sus posiciones; que se desplegaban en apoyo de los primeros asaltantes de la 3ª División; que más allá avanzaba la columna de nuestra reserva, que aún no tomaba parte en la batalla; y que más lejos, en el horizonte, se diseñaban las líneas y pelotones que formaban nuestro parque de municiones y carruajes que conducían el agua, tomando todo esto como nuevas reservas, abandonó el campo y se pronunció la derrota.

Nuestras tropas —excepto la 1ª División, que bajó el valle picando la retaguardia de los que huían— se detuvieron en el campamento del Alto de la Alianza, nombre que habían dado a ese sitio los peruanos y bolivianos. Allí encontramos las ambulancias del enemigo, llena de numerosos heridos que habían tenido en esta sangrienta batalla. Los médicos y empleados superiores de las ambulancias se presentaron al General en Jefe, y este les dio toda clase de garantías para que tranquilos y sin temor alguno se entregaran al desempeño de sus humanitarios deberes.

El Ejército chileno acampó en este lugar, sirviendo las tiendas de campaña del enemigo para dar albergue a nuestros jefes y oficiales heridos.

Se dispuso que fuerzas de caballería marchasen en persecución del enemigo que huía por el camino de Pachía.

Recibí orden del General en Jefe para prevenir al coronel Amengual, que ocupara con su división la ciudad de Tacna y se acampara allí, tomando toda clase de disposiciones para asegurar el orden de la ciudad. Al mismo tiempo me previno que buscara al general boliviano don Juan José Pérez, que había sido herido de gravedad en el combate de ese día, según la exposición del jefe de las ambulancias enemigas, lo saludara a su nombre y le ofreciera todos los recursos y auxilios que su estado necesitase.

Acompañado de un sargento de caballería, me dirigí a la ciudad de Tacna, previniendo a mi asistente y designándole el lugar donde debía armar mi tienda de campaña, a fin de encontrarla lista a mi regreso para descansar de las fatigas de tantas horas de trabajo.

Después de una hora de marcha entré a Tacna. Recorrí algunas callejuelas y llegué a una calle ancha con buenos edificios, escapando de uno que otro disparo que nos hicieron desde el interior de algunas casas.

En una esquina había una plancha que decía: “Avenida del 2 de Mayo”. Allí me detuve un momento. Salió del almacén de la esquina un italiano que nos observó con curiosidad. El sargento me dijo: “¿Quiere mi comandante que a la derecha del 2 ponga un 6?” Y, al mismo tiempo, me señalaba la plancha que estaba escrito el nombre de la calle. Me agradó la ocurrencia del sargento y le dije que lo hiciera. Este se acercó al italiano que nos observaba y le pidió un tintero, que se apresuró a facilitar. El sargento atracó su caballo a la pared, se puso en pie sobre la montura, e introduciendo el dedo en el tintero, colocó un 6 al lado del 2, diciendo: “desde hoy esta calle se llamará del “26 de Mayo”, en conmemoración de la batalla ganada este día”.

El italiano me informó que las tropas chilenas habían entrado por otra calle. Me dijo que ignoraba donde hubiese sido conducido el general Pérez, pero que en un edificio que estaba al fin de esa calle y que la cerraba por el oriente, se había establecido un hospital. Me dirigí a él; tenía el edificio la apariencia de

una iglesia. En la puerta había varios individuos con el distintivo de la cruz roja. Pregunté si en ese hospital estaba el general Pérez, —“no señor, me contestó uno de ellos, el señor General está en aquella casa de altos”. Y al mismo tiempo me mostraba una como a 200 metros de distancia.

Allí me dirigí, y al llegar a la puerta vi que salía una joven llevando en sus manos una taza. Al verme palideció y se puso a temblar. Después de saludarla atentamente le pregunté si allí estaba hospedado el general Pérez. Trepidó un instante para contestarme. Al fin me dijo: “Está arriba, suba Usted”. Bajé del caballo y en ese instante la joven atravesó corriendo la calle y entró a una casa del frente.

Dejé mi caballo al cuidado del sargento y subí la escalera. Al llegar al final de ella, al fondo del pasadizo, vi un grupo de mujeres aterrorizadas por mi presencia. Me acerqué al grupo y vi que se componía de hermosas jóvenes en cuyos semblantes se retrataba el miedo. Delante de ellas se hallaba una señora, también muy hermosa, quien me dijo: “¿Qué se le ofrece a Ud., señor?” Me descubrí saludándola y le contesté: “Tengo la comisión, señora, de saludar a nombre del señor general Baquedano al señor general Pérez y de ofrecerle sus servicios”.

“El señor general Pérez, observó la señora, está sin conocimiento, pero si Usted desea verlo tenga la bondad de seguirme”. Y diciendo esto se dirigió por el corredor hacia el fondo de la casa, seguida de cinco o seis de aquellas niñas que se atropellaban por pasar delante de la señora y alejarse de aquel chileno que allí había caído. Yo las seguí. La señora entró en una pieza y yo enseguida. En el suelo de un cuarto desmantelado, estaba tirado de espaldas un hermoso tipo militar: un anciano de gran estatura, flaco, de color blanco, con su uniforme desabotonado y y ensangrentado. Su cabeza estaba cubierta de vendas. Ese era el general Pérez. Un casco de granada le había roto el cráneo.

Me incliné a su lado, y asiendo una de sus manos le repetí, en voz alta los sentimientos del general Baquedano hacia su persona. Como no contestase, le pregunté se había oído, y sentí entonces que me apretaba con fuerza la mano.

Me dirigí a la señora para que ella aceptase los ofrecimientos del general Baquedano, ya que el general Pérez no podía hablar. Me contestó que a nombre del general Pérez aceptaba los servicios que ofrecía el general chileno.

Retireme en seguida de aquella casa, que era la de la respetable familia Neuhaus —con la cual, desde ese instante, me ligó la sincera y respetable amistad— con la idea de hacer efectivos a la brevedad posible los auxilios de que necesitaba el general Pérez. Al día siguiente fueron estos enviados de orden del General en Jefe.

De la casa de la familia Neuhaus salí en busca del coronel Amengual. Llegué a una de las calles principales, donde encontré al señor Rafael Gana, que me condujo al hotel donde se hallaba aquel jefe

con sus ayudantes y jefes de cuerpos, sentados a una abundante mesa. Le comuniqué la orden del general respecto a la ocupación de la ciudad. Fui invitado a comer, lo que hice con un apetito extraordinario. Allí se decía que la comida que consumíamos había sido mandada preparar por los jefes peruanos para celebrar el triunfo de ese día. Ignoro hasta que punto sería esto verdad.

Concluida la comida, pensé en regresar al campamento del Alto de Alianza. Me acordé de mis compañeros, los jefes de la 3ª División, que en esos momentos comerían el pobre rancho de la tropa, si es que lo tenían, mientras que yo había devorado las más exquisitas viandas. Al señor Gana le dije si podía darme algo para llevar al campamento, y este señor, con el mayor placer y generosidad, me obsequió varias cajas de conservas, una de galletas y cuatro o cinco botellas de ricos vinos. El sargento que me acompañaba arregló en su montura la mitad de estas provisiones, y yo en la mía el resto de ellas, y nos dirigimos en busca del campamento ya entrada la noche. Más de una hora empleamos en llegar a él. Nos guiaban los fuegos de nuestros soldados que habían hecho con los muebles del lujoso campamento peruano para preparar el rancho. Allí encontré armada mi tienda, y a continuación la del coronel Amunátegui, a quien le comuniqué que era portador de muy ricas provisiones. Se mandó en busca de los otros jefes que pronto llegaron. En la tienda de Amunátegui se arregló la mesa (un bombo de la banda de músicos) y se colocaron abiertas las cajas de conservas; las galletas suplían el pan. Aquel fue un espléndido banquete que arregló con elegancia el comandante Toro Herrera. Hubo un brindis por la patria, por las familias y "*absent friends*".

El día 27 de mayo y subsiguientes fueron tristes, dedicados a recoger y conducir a las ambulancias nuestros heridos y a enterrar a nuestros queridos muertos.

Una de las pérdidas más sensibles para nosotros fue la del comandante don Ricardo Santa Cruz, a quien dimos sepultura en el cementerio de Tacna, acompañándolo su hermano Joaquín, el comandante Toro Herrera y yo. Los demás tenían deberes que cumplir en otros lugares.

Los que están lejos y reciben noticias de los triunfos se alegran y divierten porque no presencian las escenas dolorosas que se producen después de la batalla. No ven los cadáveres de los que pocas horas antes eran nuestros alegres compañeros; no presencian los sufrimientos de los heridos, ni de las terribles amputaciones; no reciben las confidencias y últimos encargos de los que agonizan. Todo esto produce mucha tristeza y el espíritu queda enfermo. Es verdad que el placer de haber ganado la batalla es inmenso, pero luego desaparece al contemplar sus horrores. Después de un combate, por muchos días, la atmósfera es solo de tristeza. De este estado de ánimo están libres los que desde lejos celebran los triunfos.

Nuestras bajas hasta ahora se computan en más de dos mil hombres, la mitad muertos. El enemigo ha tenido, más o menos, el mismo número.

Se han tomado cerca de 3.000 prisioneros y casi todo el material de guerra enemigo, el parque completo.

El Ejército del Alto de la Alianza alcanzaba aproximadamente a 10.000 hombres, cuyo poder se duplicaba por las buenas posiciones que ocupaban en aquellas lomas a cubierto de nuestros fuegos directos.

El Ejército chileno, todo su personal era de 14.000 hombres. De estos no combatieron la reserva, compuesta de 6.000 hombres, la intendencia, parque, etc.

De modo que fueron 9.000 hombres de la "Guardia Nacional de Chile" los que se batieron en el Alto de la Alianza, venciendo con indecible valor y patriotismo la resistencia, también valerosa, que les presentó el enemigo.

La caballería chilena, si no tuvo ocasión de manifestar su empuje, y su no desmentido arrojo en esta jornada, en cambio prestó el importantísimo servicio —que contribuyó al éxito del día— de conducir agua y municiones a nuestros infantes durante el combate, pues se recordará que el parque y estanques con agua habían quedado a una respetable distancia a nuestra retaguardia sin poder vencer el peso de la arena de esos intransitables caminos.

La Batalla de Tacna ha sido bien concebida y mejor hecha. Aquel día todo el mundo estaba alegre y contento; todos tenían fe y confianza en sus jefes. El soldado veía que estos tomaban parte en sus fatigas y peligros, y marchaban sobre el enemigo con la seguridad de obtener la victoria. Al posesionarse de cada altura, de cada reducto, de cada trinchera, el soldado gritaba: ¡Viva Chile! ¡Viva mi comandante!, porque con seguridad veía a este cerca de él, animándolo, ayudándolo y reconociéndole su valor y su patriotismo. En esta batalla se veía a todos risueños. Fue una batalla sin interjecciones, si se nos permite emplear esta frase.

Y aquí viene a nuestra imaginación el recuerdo de aquel grande hombre que preparó los elementos para obtener este triunfo, y a quien no fue dada la satisfacción de ver el feliz resultado de sus generosos esfuerzos y sacrificios. ¡Pobre don Rafael!

En los días subsiguientes la caballería, y aun divisiones pequeñas de las tres armas, se ocuparon en perseguir al enemigo que huía; los bolivianos ascendiendo la cordillera en busca de su lejana capital, y los peruanos hacia el norte por las faldas de las montañas próximas a Tacna. Los resultados de estas expediciones en persecución del enemigo no fueron del todo satisfactorios, pues era tarea muy difícil para nuestras fatigadas tropas perseguir los restos del Ejército Aliado por lugares casi inaccesibles para nuestra caballería, y practicables solo para los indios acostumbrados a viajar por esas serranías.

Lentamente nuestro Ejército ocupó el valle de Tacna hasta Pachía, donde acampó la 4ª División.

El 29 me dirigí a Calana con el objeto de buscar un campamento para la 3ª División. Este pueblo, con un caserío pobre, tiene solo una calle como de 500 metros de largo. Me dirigí a un señor.

Al saludarme, me alargó un papel, en que leí: *“Ramón Rojas Almeida, capitán del Ejército de Chile, recomienda a la consideración de sus compañeros de armas al señor Oquendo. Cuando se me conducía prisionero a Bolivia, a pie y desprovisto de todo, el señor Oquendo me ha facilitado una cabalgadura, provisiones y ropa. Que su buena y generosa acción sea recompensada por mis compañeros de armas”*.

—¿Es Usted el señor Oquendo?, le dije.

Si, señor, me contestó.

No podía el señor Oquendo presentármese con mejor recomendación. El capitán Rojas, deudo mío, había sido tomado prisionero en el reconocimiento de Locumba e ignorábamos qué suerte había corrido. Tuvimos ahora noticias de él. Lo internaron a La Paz, según la exposición que me hizo Oquendo, juntamente con un oficial Almarza, de caballería, a quienes sirvió como pudo.

Con Oquendo visité el pueblo, que estaba completamente abandonado, e indiqué a los ayudantes que me acompañaban, los lugares, casas y sitios que debía ocupar cada cuerpo de la 3ª División.

Volvía a Tacna y presenté al General en jefe al señor Oquendo, al mismo instante que le daba conocimiento de su generosa acción con oficiales chilenos. El general le dio las gracias, y dispuso que en la orden del día se diera conocimiento al Ejército de la conducta del señor Oquendo, al mismo tiempo que recomendaba su persona, su familia y su propiedad al respeto y consideración del personal del Ejército chileno.

Se han mandado distintas comisiones para reconocer la línea férrea y el valle hasta el mar, con el fin de preparar la expedición que debe operar sobre Arica.

En este puerto hay una guarnición peruana de poco más de 2.000 hombres, que han quedado aislados y abandonados después de la batalla del 26, mandados por el coronel Bolognesi. No habrá necesidad de un nuevo combate, porque se rendirán cuando reciban intimación, y si no lo hicieren, un asedio de pocos días los hará rendir, pues no tienen comunicación alguna con el exterior, y se les cortarán los recursos de existencia, que no los podrán recibir ni por mar (allí está nuestra escuadra) ni por tierra, donde dominamos sin cuidado de ninguna naturaleza.

CAMPAÑA DE LIMA

El 1º de enero de 1881 fui nombrado comandante del regimiento Atacama, por promoción del coronel don Juan Martínez, a un paso de ocupar el puesto de comandante de la 2ª Brigada de la 1ª División.

El Atacama formaba parte de esta división, y la división estaba mandada por el capitán de navío don Patricio Lynch.

Fui dado a reconocer como comandante de dicho cuerpo el 2 del mismo mes en el campamento de Lurín.

Desde este día me ocupé en instruir al regimiento en la táctica de orden disperso, sistema de combate, único apropiado para el buen uso de las modernas armas de precisión, cuya adopción en nuestro Ejército causó tantas resistencias y críticas de los viejos militares comandantes de cuerpos, cuando mi hermano y yo tratamos de introducirlo en el ejército que se organizaba en Antofagasta al principio de la campaña, siendo los comandantes don Ricardo Santa Cruz (de Zapadores), y don Dionisio Toro Herrera (del Chacabuco), los únicos que aceptaron y pusieron en práctica dicho sistema.

Diariamente llevaba al regimiento a adiestrarse en la toma del cerro de Pachacamac, cerca de Lurín, pues los reconocimientos que se habían practicado sobre la línea enemiga, había llegado a comprender que los combates que tendríamos próximamente con los peruanos, serían asaltos y ataques a los cerros fortificados que veíamos a nuestro frente. Los asaltos al cerro de Pachacamac, además, me daban la ocasión de introducir en mi regimiento de un modo imperceptible el orden disperso de combate, tan necesario para los golpes rápidos y de arrojo sobre un enemigo atrincherado, y que ha tenido tiempo para elegir y ocupar ventajosas posiciones.

A estos ejercicios matinales concurrían el General en Jefe, el ministro de la Guerra en campaña y gran número de curiosos, a quienes entretenía ver a los atacameños, por asaltos sucesivos, trepar las difíciles y escarpadas laderas de aquella fortaleza indígena, que no otra cosa es el cerro de Pachacamac.

En el personal del regimiento, tanto en los oficiales como la tropa, noté mucho entusiasmo y deseos de que llegase pronto el día del encuentro con el Ejército peruano.

El segundo batallón del regimiento aún no se había batido, por ser su organización de fecha reciente. Existía una saludable emulación con el personal del primer batallón, aguerrido y cubierto de glorias.

Aproximándose el día de la marcha al encuentro del enemigo, designé para estandarte del regimiento el del primer batallón por ser más antiguo, ordenando se guardase el del segundo.

Con gran sorpresa supe que los estandartes no tenían las glorias del personal del regimiento, habiéndose batido sin llevar estas insignias. Ignoro cual fuese la causa de esta irregularidad, pues en mi concepto, es punible que un regimiento se bata sin su respectivo estandarte. Los oficiales y tropa recibieron con entusiasmo la promesa que les hice de que en lo sucesivo pelearían con su insignia.

Los ejercicios y aprestos para la batalla continuaron en el campamento de Lurín. El día 10 se supo que el 12 nos pondríamos en marcha en busca del enemigo que nos esperaba en sus buenas y bien fortificadas posiciones de San Juan y Chorrillos.

Este mismo día se me presentaron los oficiales del 2º batallón, y me pidieron les permitiese llevar a los combates el estandarte del 2º batallón, que las señoras de Copiapó les habían obsequiado al salir de aquella ciudad, y a las que ellos habían prometido conducirlo al fuego.

Manifesté a los oficiales cuan comprometente era llevar dos estandartes; mas, insistieron y prometieron que la insignia caería en poder del enemigo solo cuando todos hubieran sucumbido. No era ya posible negarse a la solicitud de los oficiales. Accedido que hube a ello, les pregunté cual era el oficial que habían elegido para portaestandarte, y me indicaron al subteniente don Carlos Escuti Orrego, joven de dieciocho años, que me parecía muy débil y sin energía para que pudiera llevar a la pelea el estandarte del 2º batallón.

Privadamente comuniqué al capitán-ayudante, don Elías Marconi, estas circunstancias, aconsejándole que los oficiales eligieran otro portaestandarte, pues el joven Escuti, siendo la primera vez que iba a batirse, y cargado con el peso de la bandera, creía que no fuese el más apropiado para el puesto. Marconi me observó: —“*Ese niño es bueno, señor, y cuando todos lo han designado para portaestandarte es porque lo conocen bien*”. Efectivamente, más tarde tuve que admirar el valor de este joven en las batallas.

Recibí órdenes de estar listo para marchar a las 5 de la tarde del día 12. La mañana de este día se ocupó en los aprestos de la marcha. A las 4 p.m., el regimiento en formación, entregué los estandartes a cada batallón, haciendo presente a la tropa que esas insignias simbolizan la honra del regimiento y de la república, y que no debían perderse sino con la vida del último atacameño. “*Espero que el personal del 2º batallón del regimiento Atacama, que hoy marcha a los combates por primera vez, imite al 1º batallón que tantas glorias tiene adquiridas*”, agregué. Los soldados prorrumpieron en vivas a Chile y al regimiento.

Nos pusimos en marcha al son de nuestro himno nacional. Los dos batallones del Atacama, cuyo total de fuerza en ese día era de 1.146 hombres. Iban a mitades respectivamente por los sargentos mayores don Rafael Zorraindo y don Anacleto Valenzuela. Salimos a las 5 p.m. de los potreros en que habíamos estado acampados, y llegamos a la entrada del precioso puente de Lurín, donde se hallaba el comandante en jefe de la 1ª División el capitán de navío don Patricio Lynch, con su Estado Mayor viendo el desfile.

Pocas horas antes habían pasado a tomar el camino de la orilla del mar para asaltar el Morro Solar por ese lado, el regimiento Coquimbo y el batallón Melipilla, debiendo estos cuerpos en lo posible ocultar su marcha al enemigo, a fin de que el ataque tuviera lugar al amanecer del día 13, conjuntamente con el que nosotros debíamos ejecutar al mismo tiempo por el frente de las posiciones enemigas.

Continuamos marchando en columna hasta las 11 de la noche, a cuya hora se dio descanso, tomando en seguida los cuerpos colocación en dos líneas de aquella en esta forma.

½ Chacabuco, ½ 4º de Línea, Atacama y 2º de Línea.

½ Chacabuco, ½ 4º de Línea, Talca y Colchagua.

Como se ve la primera línea la componían un batallón del Chacabuco y uno del 4º de Línea, el regimiento Atacama y el 2º de Línea; y la segunda, un batallón del Chacabuco y uno del 4º de Línea, el regimiento Talca y el Colchagua.

La marcha que hasta allí habíamos hecho se había ejecutado por el bajo que hay paralelo a la orilla del mar como a un kilómetro de esta, cubiertos por la izquierda por los lomajes que corren a su orilla hasta llegar a Villa. Teniendo a la derecha los elevados cerros que la separaban del valle que conduce de Lurín a San Juan.

Estábamos muy cerca de Villa. Al haber sido tomadas todas las precauciones y medidas para resistir cualquier sorpresa que el enemigo pudiera intentar. Los oficiales y soldados estaban fatigadísimos de la marcha rápida que habían hecho por terrenos arenosos, y se echaron al suelo a descansar. Minutos después todos dormían profundamente. Los jefes, las vanguardias, los centinelas, quedamos vigilando en pie, cuidando el sueño de los que tan tranquilamente reposaban a tiro de cañón del enemigo.

La claridad de la luna había favorecido hasta entonces nuestra marcha, a tanto de poder observar el camino que cada regimiento seguía. Los soldados marchaban silenciosos y pensativos; no se oía sino el acompasado ruido de la marcha de los regimientos, semejando estos a distancia enormes serpientes.

A nuestro frente se diseñaban con claridad tres elevados cerros que constituían las fuertes posiciones más avanzadas del enemigo, unidos por su izquierda por una extensa línea de fosos y trincheras a los cerros fortificados de San Juan.

Por los distintos reconocimientos que se habían ejecutado en días anteriores sobre la línea peruana, habíamos llegado a convencernos de que la posición enemiga la constituía la línea fortificada que tenía a la vista, la que, aunque la creíamos bien elegida y poderosa, suponíamos fuese la única, sin imaginar que detrás de la que veíamos hubiese una segunda y una tercera tan poderosa o más que la primera. Y hasta cierto punto creo que convino esta ignorancia, pues a saber la verdad y tener conocimiento exacto de las defensas peruanas quien sabe si la pujanza del primer asalto no hubiera sido tan enérgica y rápida, a lo cual indudablemente se debió el éxito espléndido del ataque de la 1ª División a las posiciones enemigas.

A las 2 a.m. del 13, la 1ª División aún descansaba. A esa hora el coronel Lynch se acercó a mí, y desmontándose del caballo me comunicó [como] debía ser la forma del ataque indicándome que el cerro del centro, que se veía a nuestro frente, era el que debía tomarse el Atacama, secundado por el Talca que marcharía a nuestra retaguardia. Me recomendó que hiciera lo posible por ejecutar el asalto del cerro enemigo antes de amanecer, tratando de sorprender a sus defensores y de introducir el pánico entre ellos

a favor de la oscuridad. Se despidió de mí y continuó hacia los otros cuerpos que tenían también la tarea importantísima y difícil de asaltar los cerros que flanqueaban al del centro. El del lado del mar deberían tomarlo el 4º y el Chacabuco, y el de nuestra derecha el 3º y el Colchagua. El Coquimbo y el Melipilla ejecutaban el ataque al Morro Solar por la orilla del mar.

Tan pronto como se retiró el coronel Lynch hice formar al regimiento en columna cerrada, y ordené que todos echasen a tierra sus rollos y se desembarazasen de cuanto pudiera impedir la rapidez de movimientos; operación que se ejecutó en el mayor silencio. Encargué a los músicos que quedaran cuidando el equipo del regimiento sin moverse de ese lugar.

Anuncié al Atacama que el jefe de la división había hecho el honor al regimiento de designarlo para el puesto de vanguardia en el ataque y asalto del cerro central que teníamos al frente, y que era necesario corresponder dignamente a esa distinción. Un sordo murmullo de aprobación se dejó oír en las filas, y a no existir la orden de no hablar por estar muy próximos al enemigo, los soldados habrían prorrumpido en atronadores vivas.

Cuando me disponía a emprender la marcha, se me acercó uno de los capellanes del Ejército —creo que fue un señor Vivanco— y me preguntó si tendría inconveniente en permitirle dirigir la palabra al personal del regimiento. Le contesté que podía hacerlo, siempre que fuese corta la alocución, porque estábamos de prisa, y que no levantase mucho la voz por estar próximos al enemigo. Para que pudieran oír al capellán, hice estrechar las filas de la columna todo lo posible, y en esta disposición les habló de la patria y de Dios, concluyendo por hacer arrodillarse a los soldados y darles la bendición.

Concluida esta ceremonia, hice llamar al capitán don Gregorio Ramírez, de la 3ª del 2º.

Recordé en ese momento, que días anteriores, en Lurín, el coronel don Juan Martínez, que me había precedido en el mando del regimiento me había dicho: —“*Compañero, cuando necesite de un hombre esforzado y valiente para el desempeño de alguna operación difícil, ocupe al capitán Ramírez*”.

Llegado que hubo este a mi presencia, le ordené que con su compañía desplegada en guerrilla marchase de descubierta al frente del regimiento que iba a desplegar en batalla, a la distancia de 300 o 400 metros. Le agregué que siendo difícil que yo pudiera verlo yendo su compañía en dispersión (la camanchaca había principiado a levantarse y era difícil ver más allá de esa distancia, no obstante la luz de la luna que era muy pálida), tratase de conservarla, observándole nuestra línea de batalla, que le sería visible; que yo le enviaría un ayudante cada vez que hiciera alto el regimiento para que su compañía también lo hiciera; y, por último, que el guía central llevase por dirección el cerro que íbamos a atacar.

Ejecutado el movimiento por la compañía de Ramírez, el regimiento desplegó en batalla y dio principio la marcha por un terreno arenoso, sumamente movedizo, y por una superficie irregular, que hacía

muy penoso el camino yendo en formación de batalla. A cada instante las hileras se echaban encima unas a otras o se separaban a grandes distancias a causa de las irregularidades del terreno. Los soldados no perdían de vista el cerro enemigo, que iba haciéndose más y más imperceptible por la neblina que aumentaba. Así marchamos veinte minutos a paso rápido. El cansancio de la tropa era muy grande. Se oía la respiración fatigosa del soldado, a gran distancia. Ordené hacer alto, y mandé al ayudante Fontanes que fuese a decir al capitán Ramírez, que marchaba a nuestro frente, que con su compañía hiciese lo mismo. Nada se veía a 200 metros. Sentíamos a nuestra retaguardia el sordo ruido que producía la marcha del resto de la división.

En ese momento aparece cerca de nosotros y a nuestro frente un jinete. Es el comandante Wenceslao Bulnes, ayudante de campo del General en Jefe, que anda en desempeño de sus funciones, y a quien la camanchaca ha extraviado. Le pregunté si había pasado por entre nuestra guerrilla que marchaba a vanguardia, y me contestó que no había encontrado tropa alguna. El ayudante Fontanes tampoco volvía. Continuamos la marcha después de 20 minutos de descanso. El comandante Bulnes, ya orientado, se separó de mí en mi busca del General en Jefe. Suponía yo que ya estuviésemos muy cerca del enemigo. Eran las 4 de la mañana. El ayudante Fontanes llegó después de una hora de ausencia con su caballo casi gastado. No había encontrado al capitán Ramírez a nuestro frente ni a nuestros flancos. Mucho me inquietó el extravío de esta compañía.

Principiamos a subir una loma suave. Las posiciones enemigas apenas se diseñaban a causa de la camanchaca. Eran las 4.40. La pendiente que subíamos había terminado. En ese momento observamos que se producían tres reflejos cortos a nuestra derecha, al parecer hechos desde unos cerros altos que divisábamos en esa dirección, a gran distancia. Supuse que los hacía el teniente de marina Silva Palma, que marchaba en nuestro Ejército, para indicar alguna combinación o aviso a nuestra escuadra. Llamé la atención sobre los reflejos o destellos a mi ayudante, don Elías Marconi; mas, apenas había concluido de hablar, cuando vimos iluminarse los cerros que teníamos a nuestro frente como piezas de fuegos artificiales. En seguida, sentimos las detonaciones de miles de fusiles, cañones y ametralladoras. Al mismo tiempo caía sobre nosotros una lluvia de plomo. Los destellos, indudablemente, fueron hechos por espías del enemigo, y anunciaban nuestra presencia en un punto determinado, al cual tenían apuntadas sus armas con anticipación los peruanos. De aquí sus buenas punterías siendo aún de noche. Mandé alto y a tierra, y a los ayudantes que diesen la orden en toda la línea de batalla de no hacer fuego hasta que amaneciese, y que la tropa se ocultase bajando un poco la loma a nuestra retaguardia, para no ser herida por los proyectiles enemigos. La orden se cumplió con exactitud. El silbido de los miles de proyectiles que pasaban sobre nosotros era apagado por los gritos de ¡viva Chile! que lanzaban los atacameños desde sus lechos de arena.

Al mismo tiempo, a nuestra retaguardia, la artillería rompía sus fuegos sobre los cerros enemigos.

Un cuarto de hora después de la luz del día me permitía darme cuenta exacta de la situación. A nuestro frente se extendía una llanura de arena como de 700 u 800 metros de extensión, que nos separaba

del cerro que debíamos asaltar. En vez de sorprender al enemigo, nosotros éramos los sorprendidos. El regimiento había experimentado algunas bajas en la posición en que se encontraba, y mayores serían las que nos causaría el enemigo en la llanura que teníamos que atravesar. Para evitarlas no había otra manera que recorrer ese espacio en dispersión y con la mayor rapidez posible. Pero, para ejecutar esta operación, mi gente estaba aún muy cansada, y era necesario esperar algunos minutos. Los oficiales, principalmente, mis ayudantes Marconi y Fontanes, todos de un valor que honra al regimiento, se ocupaban de calmar el ímpetu de una gran parte de la tropa que quería lanzarse al ataque.

Notando en ese instante que los fuegos de nuestra artillería eran bajos, ordené al subteniente Abinagoitis —en ausencia de mis ayudantes— que fuese a retaguardia a advertir al comandante de artillería que en poco tiempo más principiaría por nosotros la ascensión de los cerros ocupados por los enemigos, y a fin de que levantasen sus punterías los cañones. Abinagoitis para cumplir esta comisión montó en el caballo de mi corneta de órdenes que acababa de caer. Le previne, además, que dijera al comandante del Talca apresurase la marcha, pues el cerro que debíamos atacar estaba defendido por fuerzas muy superiores a las que yo conducía, que disponían también de artillería y ametralladoras.

A los pocos minutos de separarse Abinagoitis noto que el Talca aparece en el fondo del bajo que teníamos a nuestra retaguardia, donde este bizarro regimiento, como el Atacama, soportado el fuego del enemigo causándole muchas bajas. Apenas los atacameños divisaron al Talca, gritaron: ¡vivan los talquinos! Vivas que estos correspondieron llenos de entusiasmo, corriendo a embeberse en las filas de los atacameños. Desde este momento ambos regimientos marcharon juntos, vivándose mutuamente, formándose entre ambos un efecto que durará tanto como el recuerdo de las glorias que en ese día supieron conquistar.

Se dio la orden de marchar al asalto en dispersión y talquinos y atacameños bajaron de la pequeña pendiente en que se hallaban, y principiaron la marcha al trote por la llanura de arena. Como era natural, la tropa se fatigaba extraordinariamente al recorrer este pesado terreno. El fuego del enemigo aumentó, y nuestro camino iba quedando sembrado de muertos y heridos.

A corta distancia, oblicuo a nuestra derecha, había una loma de poca elevación, desde donde también se nos hacía mortífero fuego por enemigos allí atrincherados. Resolví tomar primeramente estas posiciones que estaban más cerca de nosotros donde podría descansar la fatigada tropa y favorecerse de los fuegos enemigos que ocupaba el cerro que debíamos tomar. Así se hizo, ejecutando el movimiento con gran rapidez llegando allí con la mitad de las fuerzas. El resto de ellas, a las órdenes del comandante del Talca, don Silvestre Urizar Gárfias, se dirigió a la izquierda con el objeto aparente de flanquear al gigante que teníamos a nuestro frente.

Las trincheras fueron, tomadas con débil resistencia, y allí, defendido por ellas, se tendió el soldado fatigado y sediento. Estábamos a más de media llanura; habíamos atravesado la parte más difícil y pe-

ligrosa, pues se ha observado en todos los combates con los peruanos, que los fuegos de estos nos han causado el mayor número de bajas en la zona comprendida entre los 600 y 1.300 metros. A medida que nos aproximábamos al enemigo, los fuegos eran menos peligrosos, a causa, probablemente, de que los peruanos siempre en alturas y haciendo uso de toda el alza del fusil, no corregían sus punterías a medida que nos acercábamos. Las trincheras tomadas nos prestaron abrigo, sin embargo que allí hubo algunas bajas. El enemigo había redoblado sus fuegos. Nuestros soldados, por primera vez, tirados sobre la arena, hicieron un fuego sostenido.

Desde este punto se veía al 2º de Línea y al Colchagua que también por nuestra derecha marchaban resueltos a apoderarse de la posición enemiga que se les había designado.

Suponiendo que el comandante Urizar estuviese ya próximo a subir el cerro por nuestra izquierda, traté de hacer salir a mis soldados de las trincheras, pero encontré alguna flojedad a causa del cansancio y fatiga de que aún estaban poseídos. Era de todos modos necesario ejecutar pronto el ataque porque el enemigo apercibido de nuestra situación había redoblado sus fuegos sobre nuestras tropas, causándonos numerosas bajas. Recorro la línea animando a mis soldados e invitándolos a seguirme para la ascensión del cerro, ayudándome en esta tarea el mayor Valenzuela, que, como los soldados, rendido de fatiga, había permanecido tirado sobre la arena; me observó que la tropa estaba muy cansada. En ese momento veo al bravo ayudante Marconi que, a caballo y tranquilo en medio del fuego, se ocupa de amarrar una bandera chilena a la hoja de su espada. Se la pido, y acompañado de él hablo a la tropa a nombre de la patria y ordeno que me siga. Talquinos y atacameños se levantaron, y gritando ¡Viva Chile! abandonamos las trincheras y corrimos en dispersión hacia el cerro. Se nos reunieron muchos rezagados y con ellos el estandarte del 2º batallón del Atacama, conducido por el entusiasta y valeroso subteniente Escuti.

Dejé esta ala de nuestra línea a cargo del mayor Valenzuela, y seguido de Marconi me dirigí a la izquierda. En el trayecto que recorrí a gran galope por la llanura circunvalando la base del cerro, encontré a talquinos y atacameños, todos dirigiéndose a subirlo con el mayor entusiasmo. Al ascender una baja loma encontré al comandante Urizar, cuyo caballo con varias heridas de bala, apenas podía sostenerlo. Allí nos detuvimos para hacernos cargo de la situación en que nos hallábamos. El ataque se hacía con todo orden y regularidad, resintiéndose únicamente —lo que ha sucedido en todas las batallas— de cierta falta de unidad de acción en los cuerpos, pues se veían en nuestra división soldados de distintos regimientos que no pertenecían a ella, defecto que subsistirá siempre, dado el carácter voluntarioso de nuestros soldados de la Guardia Nacional, y muy principalmente, la falta de instrucción en la táctica moderna de combate.

A nuestra izquierda cargaban con todo ímpetu a las posiciones enemigas los regimientos 4º y Chacabuco. Desde el lugar donde nos encontrábamos veíamos las líneas de ataque de aquellos cuerpos, que se extendían hasta cerca de los potreros de Villa.

El fuego del enemigo continuaba con mayor fuerza; pero sin causarnos tantas bajas como cuando estábamos a mayor distancia, tal vez por las causas que ya hemos apuntado.

En aquel lugar nos causó sorpresa encontrar al teniente de marina don Javier Barahona, que había venido de la derecha atravesando por retaguardia de los cerros que atacaban el 2º y el Colchagua, el Atacama y el Talca, es decir, había pasado por el centro de dos fuertes posiciones ocupadas por el enemigo. El teniente Barahona, que desempeñaba, según creo, el puesto de ayudante del Ministerio de Guerra, había salido ileso, no así su caballo, que en ese momento caía a causa de sus muchas heridas. Tuvimos el sentimiento con Urizar de continuar nuestro camino sin poder ayudar en su difícil situación al valeroso teniente.

Llegamos hasta un lugar —flanco derecho del cerro— desde donde pudimos observar que a retaguardia de él había un valle con agua y plantíos, y más a retaguardia otra línea de cerros fortificados.

Desde este punto me separé del comandante Urizar y me dirigí a la derecha a unirme con la tropa que había quedado a cargo del mayor Valenzuela. No tardé en encontrar el grueso de nuestra ala derecha que ya principiaba a ascender el cerro. Se veía desde lejos el flamear en las faldas los estandartes del Talca y del 2º Atacama.

Había pensado para subir el cerro bajarme del caballo, pues a su pie [sic] creía poder ascender con más facilidad y con menos peligro; pero no me fue posible hacerlo porque los soldados se encargaron de sostener el caballo cada vez que este resbalaba en las pendientes, y le ayudaban a subir poniéndole de palanca sus hombros, distinguiéndose en esta faena al soldado que cuidaba de mis caballos, a quien, en toda situación difícil, vi que tomaba las riendas de mi montura para evitar la caída en los pasos peligrosos.

Subíamos el cerro por el frente y por la parte más pendiente y áspera, para evitar las minas que los peruanos habían colocado en los senderos; así también disminuían nuestras bajas, pues las ametralladoras y cañones enemigos, situados en la cumbre del cerro, no tenían campo de tiro útil y los fuegos verticales de fusil nos causaban poco daño.

Los soldados subían en medio de atronadores vivas a Chile y a sus oficiales que tan valerosamente los conducían. El estandarte del 2º Atacama, servía de guía, sostenido por el bravo subteniente Escuti, de cuya fuerza y valor yo había desconfiado el día anterior, complaciéndome en esos momentos, harto difíciles, en reconocerle aquellas cualidades. El estandarte se hallaba cubierto de sangre. Al tomarnos las primeras trincheras, una granada enemiga reventó sobre el soldado Rodolfo Morales, que formaba parte de la escolta, y su sangre, y aun pedazos de carne, cubrieron el estandarte.

Si el fuego del enemigo había disminuido, como asimismo como nuestras bajas por encontrarnos debajo de las trayectorias de sus armas, en cambio, otro elemento vino a causar no poca sorpresa y exal-

tación en nuestros soldados. Este fue el empleo de las minas o torpedos subterráneos que, colocados como hemos dicho, en los senderos que conducían a la cumbre del cerro, reventaban al ser tocados por nuestros soldados, sin causarles gran daño, pues sólo arrojaban a tierra a los que estaban más cerca de la explosión, un poco magullados o con heridas leves.

Nuestras tropas dieron gran importancia al empleo de estas minas y las temían. De aquí que los soldados se exaltaran y en su rabia mataran a los heridos peruanos que principiaron a encontrar desde la media falda del cerro. No podían comprender, no querían aceptar que en la guerra pudieran emplearse estos medios ocultos de destrucción siendo que ellos peleaban a cuerpo descubierto.

El empleo de las minas dio a los peruanos un resultado contrario al que esperaban. Al Ejército chileno no causaron más de cincuenta bajas en las batallas de Chorrillos y Miraflores, por la defectuosa preparación de las minas, mientras que los peruanos perdieron más de un tercio de sus heridos, muertos por nuestros soldados que escapaban de sus efectos. Nuestros hombres evitaban los senderos y trepaban el cerro por los lugares más escarpados y difíciles a fin de no causar la explosión de las minas con el contacto de sus pies, teniendo cuidado de no tocar ningún objeto saliente de la superficie del suelo.

Se hallaban enterradas, quedando descubierta solo la cabeza o espoleta a percusión. La ignición se producía con cualquier contacto en la espoleta. Como cabeza de espoleta empleaban objetos brillantes medio enterrados en el suelo, como perillas de catres de bronce, y otras veces mochilas, baúles y maletas, a las que ajustaban cuerdas o alambres afianzados por el otro extremo a la espoleta del torpedo.

Al fin, después de grandes esfuerzos y pérdidas de hombres, llegamos a la batería enemiga situada en la parte superior del cerro, después de pasar por fosos y trincheras que el enemigo abandonaba a nuestra aproximación.

Al llegar a esta batería y campamento enemigos, encontré allí como treinta soldados atacameños, talquinos y algunos de Artillería de Marina, cuya presencia (la de los últimos), no podía explicarme en esos momentos, pues sabía que ese cuerpo formaba parte del ala izquierda de la 1ª División. Clavados entre los cañones enemigos se encontraban los estandartes del 2º Atacama y del Talca, e innumerables soldados en dispersión subían el cerro. En un momento aquel sitio se vio invadido por atacameños y talquinos que llegaban vivando a Chile, a sus jefes y oficiales. Se distinguía por su entusiasmo y voz poderosa un joven de apellido Moreno, oficial de Artillería de Marina. También me sorprendió ver allí músicos del Atacama, a quienes había dejado yo cuidando el equipo del regimiento en el sitio de nuestro primer descanso. Se habían aburrido de su pasiva comisión y la abandonaron avanzando sobre las posiciones enemigas. Se armaron con los fusiles y municiones de los soldados que encontraban muertos en el camino y tomaron parte activa en el combate.

Pasando junto al estandarte del 2º batallón del Atacama, ordené al abanderado continuase marchando al frente, bajando a un potrero que hay al fondo, pues en ese momento el enemigo situado en los cerros

a nuestra derecha –a los cuales el 2º y el Colchagua subían– nos hacía nutrido fuego, como asimismo del cerro, o cordón de cerros (segunda posición fortificada del enemigo), que teníamos al frente, causándonos numerosas bajas.

Nuestros soldados no se preocupaban del fuego del enemigo, estaban distraídos en registrar las tiendas, maletas, baúles, etc., del lujoso campamento peruano que en ese instante ocupábamos, y otros que habían soportado los efectos de la explosión de alguna mina, se ocupaban en ultimar a los heridos.

Traté de que la tropa abandonase esa eminencia, tan expuesta a los fuegos que de la segunda línea fortificada se nos hacía, recomendando a los oficiales hicieran bajar a los soldados a nuestro frente, operación que estos ejecutaban de mala gana, pues se hallaban muy contentos en el registro de las tiendas del campamento enemigo. Al mismo tiempo, les indiqué hicieran más vivo fuego sobre los peruanos que subían la loma opuesta, los mismos que habían sido arrojados de las posiciones que nosotros habíamos tomado, y los que huían de la derecha ante los fuegos y bayonetas del 2º y del Colchagua. Los fuegos de los atacameños y talquinos se concentraban sobre los que huían, y bien pronto la falda opuesta se halló cubierta de puntos blancos. Los peruanos usaban uniforme de este color.

A las 7 a.m. llegamos a la cima del cerro que se nos designó como punto de ataque, habiendo demorado de consiguiente dos horas en tomarlo. Desde allí se veía la línea de la 1ª División en la forma siguiente: a nuestra izquierda el 4º y el Chacabuco, bastante avanzados en su ataque, habiendo pasado la planicie de Villa, y se disponían a asaltar la línea de cerrillos o primeras faldas del Morro Solar.

En este ataque nos acompañaba el regimiento de Artillería de Marina, habiendo, según supe después, venido con nosotros una compañía de ese cuerpo, a la que pertenecía el oficial Moreno, y otro más joven, y tan valiente como él, cayó herido al bajar el valle, subteniente don Eduardo Zegers. Este oficial, a cuyos padres me liga amistad íntima, fue herido de gravedad en una pierna, y como no pudiera marchar ordené a dos soldados lo condujesen a un lugar más cubierto de los fuegos enemigos.

En el centro, el Atacama y el Talca, ocupando ya las posiciones que se les había designado atacar.

A nuestra derecha, el 2º y el Colchagua habían ya pasado los extensos fosos situados a media falda del cerro. A la derecha de estos cuerpos, en la llanura que dominábamos, se veía dirigirse hacia nosotros una fuerte columna. Era la reserva que, al mando del coronel Aristides Martínez venía a apoyar la derecha del 2º y Colchagua y a atacar las posiciones enemigas situadas en el bajo de la derecha.

En la misma dirección y a gran distancia se veía con ayuda del antejo la 2ª División, al mando del general Sotomayor, que salía del valle por donde había hecho su marcha desde Lurín a la llanura que se extiende al pie de las posiciones enemigas en dirección a San Juan.

Esto era lo que veíamos de nuestro Ejército desde el cerro que ocupábamos.

Bajado que hubo la tropa al valle descansó allí como una hora esperando órdenes como me había prevenido el coronel Lynch al ordenarme el asalto cinco horas antes. Durante este tiempo se tocó llamada para reunir a los dispersos.

Al bajar hubo también que evitar los senderos naturales del cerro, pues estaban sembrados de torpedos, como asimismo las orillas de las acequias o canales en el bajo, donde los soldados corrían a apagar su sed y a rellenar sus cantimploras. Los peruanos habían previsto que llegaríamos hasta allí.

En la mayor parte del trayecto recorrido, el combate se había sostenido con valor y hasta con fiereza por ambos ejércitos. Los muertos y heridos peruanos eran numerosos; había lugares donde estaban unos sobre otros. No se podía exigir más valor ni mejor cumplimiento del deber de nuestros enemigos. Hubo lugares que defendieron batiéndose cuerpo a cuerpo. Todos simpatizábamos con el valor desgraciado.

Por nuestra parte la bajas también fueron numerosas, tanto más cuanto que en el terreno que recorrimos hasta llegar a las alturas donde se hallaba el enemigo, no había sinuosidad alguna donde el soldado pudiera cubrirse de los fuegos.

Después de una hora de espera en este lugar, me puse en marcha como con 400 atacameños hacia la derecha por el fondo del valle, faldeando los cerros que habíamos tomado nosotros y los que había tomado el 2º de Línea. Como a mil metros me encontré con el regimiento Zapadores, al mando del teniente coronel don Guillermo Zilleruelo, quien me informó del movimiento de circunvalación que ejecutaba nuestro Ejército por el ala derecha, teniendo por centro y eje las serranías del Morro Solar.

Me hallaba indeciso para obrar cumpliendo las órdenes que recibí antes de entrar en combate, había permanecido más de una hora en las posiciones tomadas sin que nadie viniese a comunicarme orden alguna.

Resolví desandar el camino que había hecho tanto así porque creía acercarme al jefe y Estado Mayor de la 1ª División como porque de ese lado sentía un vivísimo fuego. Llegué al lugar donde antes había esperado órdenes; pero al entrar donde el valle se ensancha un poco, fui recibido por los fuegos de la artillería enemiga, situada sobre el cordón del cerro Solar, por el lado oriente. Al mismo tiempo observé que piezas de nuestra artillería, situada en los cerros que el 4º y el Chacabuco se habían tomado, hacían certeros disparos sobre los fuertes enemigos.

Y a propósito de artillería, debo decir que los fuegos de esta, cuando el Atacama y el Talca ascendían los cerros en las primeras horas del combate nos ayudaron y secundaron de un modo espléndido. Confieso que tuve temores de que a la larga distancia a que estaba colocada, pudieran sus fuegos causarnos algún

daño; pero observé que a medida que subíamos, las punterías de los cañones se elevaban. Durante dos horas hemos marchado y combatido bajo las trayectorias de los proyectiles de la artillería chilena. Creo también que a este buen resultado contribuyó el aviso enviado con el subteniente Abinagoitis.

Al llegar al campamento enemigo pudimos notar en él los desastrosos efectos de nuestra artillería, tanto en material como en el personal que yacía; había en completa destrucción.

Traté de colocar mi gente en un lugar a cubierto de los fuegos, y esperé órdenes superiores. Allí pude revisar mi tropa. Tenía alrededor de 400 hombres, pero supuse que muchos andarían con el comandante Urizar, o dispersos en el avance (aquellos que no obedecen orden alguna, que marchan sobre el enemigo por su propia cuenta). Oficiales faltaban más de la mitad; los suponía muertos o heridos, pues los había visto dar pruebas de valor y arrojo extraordinario. Todos deseaban estar en los puestos de mayor peligro. El capitán Barrientos, que desde el principio del combate fue herido por una bala que le destrozó una mano, rehusó irse a la ambulancia varias veces que yo se lo indiqué, diciéndome que todavía podía ser de alguna utilidad.

En el cerro capturado en las primeras horas de la mañana encontré al capitán Gregorio Ramírez, que había desaparecido con su compañía en la llanura cuando marchábamos sobre las posiciones enemigas yendo de descubierta. Le pregunté por qué causa no había conservado en la marcha, la situación que le había designado, y me contestó: —“*Me perdí, señor, con la camanchaca*”. Más tarde, ese mismo día, supe que el capitán Ramírez al recibir orden de marchar con su compañía en descubierta, a vanguardia del regimiento, se fue con ella a tomarse el cerro enemigo que teníamos a la vista, marchando oculto por un bajo u hondonada que encontró oblicuando en su marcha a la derecha. Faltando un cuarto para las 5, cuando el enemigo rompía sus fuegos sobre nuestra línea, el capitán Ramírez con su compañía había logrado llegar a la falda del cerro por nuestra derecha.

El enemigo se apercibió de su presencia solo a la luz del día, y le causó tantas bajas que llegó arriba, después de grandes esfuerzos, solamente con muy pocos hombres. El capitán Ramírez evitó el castigo de su desobediencia por la circunstancia de haber sido gravemente herido en la Batalla de Miraflores, donde su conducta fue tan heroica como en Chorrillos. Los médicos tomaron el más vivo interés en salvar la vida de este distinguido oficial, lo que consiguieron felizmente.

Avanzando unos 200 metros a la izquierda encontré al coronel Lynch y el inteligente y bravo jefe de bagajes y municiones, comandante Bascañán Álvarez. Daba cuenta al primero de la parte de trabajo que había hecho el Atacama, cuando fuimos descubiertos nuevamente por el enemigo, que principió a enviarnos proyectiles de gran calibre desde los fuertes. El coronel Lynch subió un cerrillo que había a nuestra izquierda, y yo conduje [a] mi jefe detrás del mismo para evitar los proyectiles de la artillería enemiga.

El fuego a nuestra izquierda continuaba con mucha viveza. Ignoramos lo que pasaba en el centro y ala derecha de nuestro Ejército.

Un ayudante vino a decirme que el coronel Lynch me necesitaba. Encargué al mayor Valenzuela el cuidado de mi gente y le recomendé que reuniera los dispersos de distintos cuerpos, que en gran número allí andaban. Subí a la eminencia en que se hallaba el coronel Lynch. Desde allí se veía el combate desesperado que sostenían en las primeras faldas del Morro Solar, el 4º de Línea, el Chacabuco y la Artillería de Marina. Nuestros soldados se retiraban en gran número hacia Villa. El coronel me ordenó que fuese con mi regimiento a atajar por el bajo que se extendía a nuestra izquierda a aquella gente que se retiraba del campo de batalla. Bajé a reunirme con mi tropa, y al trote me dirigí con los atacameños a los potreros de Villa. En el camino encontré varios arrieros que conducían mulas cargadas con municiones. Las hice detener y descargar, abriendo los cajones y colocándolos a lo largo de una gran acequia o canal que corre paralelo a una muralla a las afueras de Villa que cierra los potreros por el norte.

En orden y con sus cañones a lomo de mula se retiraba del campo de batalla una batería de artillería chilena. Había concluido sus municiones. En seguida venían oficiales y soldados de Artillería de Marina, del 4º y del Chacabuco, a quienes se mandó hacer alto. Todos se retiraban de la línea de fuego por falta de municiones. Se les indicó la acequia cuyas orillas estaban cubiertas de ellas, y allí se dirigieron cesando la defección. Los demás que iban llegando se tiraban al suelo junto a sus compañeros, fatigados y sedientos. Era preciso dejarlos descansar. Detrás de todas las lomas bajas, de las tapias, de las trincheras, había mucha tropa y oficiales que no podían moverse, y permanecían sordos e indiferentes a las órdenes, a los ruegos y a las amenazas para continuar la marcha. Así pasaron como treinta minutos. Hacía dieciocho horas que marchaban por difíciles terrenos, y cinco que se batían; la materia se rendía, la fatiga era extraordinaria.

Desde una altura pude ver a mi frente que los cuartos, chacabucos y marinos, que mantenían las posiciones tomadas en las faldas del Solar, aún las conservaban, pero con fuegos muy flojos. Las municiones se agotaban. En el valle, a mi derecha y a gran distancia, divisó varios cuerpos que avanzan al trote hacia nosotros. Son cuerpos de nuestra reserva. Bajo y doy la buena noticia a los cansados. Los atacameños los animan. Se levantan; gritan: ¡Viva Chile! y avanzan nuevamente sobre el Morro Solar.

Al grito de ¡Viva Chile! o más bien a patriotismo del roto chileno, se debe más de la mitad de nuestras victorias. El sentimiento de amor a la patria en los días de combate es más poderoso que la disciplina y que todo.

Continuamos la marcha hacia el Morro Solar. El mayor Zorraindo quedó en tierra sin poderse mover de fatiga. Los soldados avanzan llenos de entusiasmo. No quieren ser alcanzados ni ayudados por la reserva. A poco andar encuentro al capitán Lastarria, ayudante del coronel Amunátegui, y que lo había sido mío, que acababa de ser herido.

Más adelante llego a juntarme con el coronel Amunátegui y comandante Vidaurre, que se mantenían en las difíciles posiciones que habían tomado, no obstante la defección de una parte de los suyos, de la falta de municiones y del fuego que se les hacía desde las alturas del Morro Solar.

Algunos cuerpos de la reserva nos siguieron y continuaron avanzando, una parte de la fuerza por el camino del bajo (por el oriente) que conduce a Chorrillos, y el resto principió la ascensión por la extremidad sur del morro.

En nuestro camino encontramos muchos muertos y heridos del 4º, Chacabuco y Artillería de Marina, que habían sostenido combate en estos lugares, entre ellos, desfigurado, casi irreconocible, el cadáver del capitán Moltke del Chacabuco.

Principiamos la ascensión del Morro Solar a las 12 del día. Hacía 7 horas que nos batíamos. A la 1ª División había correspondido lo más duro y difícil de la pelea: tomar las posiciones enemigas mejor defendidas, donde había mayor número de enemigos, y todavía nos quedaba aquella inmensa mole del Morro Solar.

El fuego del enemigo había disminuido notablemente. Su artillería solo de vez en cuando nos hacía algún disparo; las ametralladoras que hasta hacía pocos momentos nos causaban numerosas bajas, estaban ahora silenciosas, y solo un fuego de fusil mal sostenido nos incomodaba un poco. Pronto tuve ocasión de darme cuenta de la causa de la disminución del fuego enemigo. Al subir algunos metros la falda arenosa del Solar (a pie y llevando el caballo de la brida, pues es sumamente difícil la ascensión por las cabalgaduras por aquella arena suelta), noté el movimiento de circunvalación de nuestro Ejército por el ala derecha. Esta extremidad ya estaba en los alrededores de Chorrillos, y muchos de nuestros soldados habían ya entrado a la ciudad. (Los voluntariosos, los que no tienen más general ni más jefes que ellos mismos).

La mayor parte de los soldados que subían en ese momento el Morro Solar (de varios cuerpos) se echaban al suelo cansados. Al dirigirme a algunos de ellos, animándolos a marchar, les dije que ese era el último cerro que nos quedaba que tomar para en seguida entrar a Chorrillos a comer.

Uno de los atacameños, que estaba tirado de espaldas en aquel plano inclinado de arena, sin abrir los ojos y sin moverse, dijo: —*“Esta mañana nos decía mi comandante que íbamos a almorzar a Chorrillos, y ahora nos dice que vamos a comer; más tarde nos dirá que vamos a cenar.”* Yo afecté no oír y continué mi camino.

Efectivamente, en el primer asalto de la mañana, imaginando que la línea de cerros que veíamos al frente era la única posición fortificada del enemigo; dije a los soldados que iríamos a almorzar a Chorrillos. El error fue grande, y el atacameño me lo recordaba en ese momento.

Muchos soldados habían ya subido a la cima del morro. Dominado este por nuestras tropas, pudieron ya hacer la ascensión por el lado del mar el Coquimbo y el Melipilla, que habían permanecido largas horas en el bajo, no obstante los esfuerzos del primero de estos cuerpos, que varias veces y con extraor-

dinario arrojo, intentó aquella difícil y casi imposible ascensión. El Coquimbo, que tanto se distinguiera en las batallas de San Francisco y Tacna, hizo esfuerzos extraordinarios por trepar aquellas escarpadas laderas, soportando el nutrido fuego del enemigo; que le causó numerosas y distinguidas bajas, entre ellas la del comandante don José María Soto, que recibió graves heridas. Más feliz fue el Melipilla, al mando de don Vicente Balmaceda, cuyas bajas fueron muy pocas.

Llegado que hubimos a la cima, continuamos la marcha por la cresta de aquella montaña, toda sembrada de despojos del enemigo. Cañones, ametralladoras, municiones, tiendas de campaña, muebles, todo encontrábamos en nuestro camino. Desde aquella inmensa altura veíamos a todo nuestro Ejército estrechando el círculo, sirviendo de eje o centro la ciudad de Chorrillos, desde donde hacían los peruanos desesperada e inútil resistencia.

A poco andar encontré un fuerte y montado sobre un cañón a Arturo Villarroel, el general dinamita, como se le llamaba, ocupado en desclavar el cañón, que probablemente estaba cargado de material Villarroel (dinamita).

Más adelante, una batería de montaña de nuestra artillería; que había logrado ascender a la cima, bombardeaba el pueblo de Chorrillos, desde donde se nos hacía nutrido fuego de fusilería.

Nuestros soldados llegaban en gran número a la extremidad del morro (Salto del Fraile). En la puntilla que avanza al mar estaban "acorralados" como trescientos peruanos, muchos de ellos, jefes y oficiales. Se veía gran número de muertos, ningún herido. Varios de nuestros soldados habían muerto al pie [de] los cañones peruanos. Las plataformas del último fuerte ardían, y en medio del fuego se retorcían aún con vida, varios soldados enemigos.

Fácil nos fue comprender lo [que] allí había pasado con los primeros que llegaron. Los peruanos temían por sus vidas. El teniente coronel don Juan Fajardo, junto con otros jefes y oficiales peruanos, se acercó hacia mí y me pidió hiciese empeño porque pronto los enviasen a bordo de nuestros buques como prisioneros. Les prometí hacer lo que pudiese sobre el particular. Repartí con ellos el poco tabaco que me quedaba y se bebieron el contenido de mi cantimplora.

En ese momento se acercó a nosotros mi hermano Baldomero, acompañado de su ayudante el capitán Rojas Almeida, nuestro deudo. Me dirigí con ellos al fuerte. Allí se nos presentó la escena del incendio de las plataformas. Nuestros soldados miraban impasibles aquella escena. Mi hermano les ordenó procediesen a apagar el fuego, pero los soldados contestaron. "*No hay agua a esta altura, mi comandante*".

Comprendiendo la causa del indiferentismo de nuestra tropa, mi hermano dijo: "*Es necesario, muchachos, apagar ese fuego, porque la cureñas de los cañones van a quemarse, y estos los necesitamos para bombardear a Chorrillos que aún no se rinde. Como no hay agua apaguen con tierra*".

Los soldados procedieron entonces a vaciar en las plataformas los sacos de tierra que estaban formados los espaldones del fuerte, y el fuego se extinguió. ¡Pobre hermano! No podría prever que otro arranque de generoso sentimiento le causaría la grave herida, y con ella la muerte, una hora después en la ciudad de Chorrillos.

Los pocos soldados del Atacama que me habían acompañado los había detenido en la loma como a cien metros del fuerte. Volví allí y di orden que me siguiesen. Acompañado de mi hermano, bajamos por un difícil sendero en dirección a Chorrillos. Desde esta ciudad continuaban haciéndonos fuego. Al llegar a la base del cerro vi el cementerio situado como a cien metros de la ciudad.

En esos alrededores había gran número de soldados de todos los cuerpos, sin formación ni orden alguno. Unos entraban a la ciudad y otros salían. Determiné encerrar en el cementerio poco más de doscientos atacameños que me seguían. Para el efecto,forcé la puerta y entraron, no sin recelo y repugnancia de “estar entre los muertos”. Después de colocar centinelas a la puerta, y habiendo sabido que dentro de la ciudad estaban los dispersos de varios cuerpos bebiendo y siendo víctimas de los peruanos que todavía se defendían allí, comisioné a varios oficiales para que fuesen a sacar a los atacameños. Me disponía a marchar con ellos y con mi hermano, cuando me llama la atención cierto tumulto y bulla dentro del cementerio. Averiguando el origen, supe que los atacameños veían que por la falda del cerro que hay a la derecha del cementerio venía bajando una parte del regimiento Talca. Me pidieron permiso para salir a avivarlo, lo que les concedí; y cuando aquel regimiento pasaba por nuestro frente, se sintió un prolongado ¡Viva el Talca! ¡Vivan los compañeros! Con cuyos gritos saludaban los atacameños a sus camaradas y dignos émulos en los combates de la mañana. Los talquinos correspondieron el saludo con gran entusiasmo y continuaron su marcha para acampar en un lugar cercano.

Con mi hermano y algunos oficiales del Atacama nos dirigimos a la ciudad de Chorrillos. Aquel vio en una bocacalle al general Sotomayor y se separó de mí para acercársele. Los demás tomaron por distintos rumbos y calles y entramos a la ciudad.

Aquel lugar era un infierno. En las calles se veían destrozos de todo género: muebles despedazados, cadáveres y heridos, tanto peruanos como chilenos, casas que principiaban a incendiarse, puertas y ventanas destrozadas, caballería nuestra que atravesaba las calles a escape, soldados ebrios que salían de los almacenes y caían muertos o heridos por traidora bala disparada del interior de alguna casa vecina; y a todo esto se agregaba un ruido ensordecedor, unido al silbido de las balas disparadas del interior de los edificios a los que pasaban. Aquello era terrible, horroroso, y producía mayor impresión que la vista de un campo de batalla en lo más rudo del combate.

Ardua, difícil tarea la de hacer salir a los soldados de aquella ratonera: después de recorrer toda la población, logro hacer salir gran número de atacameños y conducirlos al cementerio, donde ponían siempre inconveniente para entrar, aduciendo que ellos no podían pasar la noche con los muertos. Más

pronto se conformaron cuando les dije que yo también dormiría con ellos en aquel lugar. Y al fin entraban pasando respetuosamente por entre las cruces y rejas de las sepulturas.

Eran las 6 p.m., cuando terminaba la tarea de recoger dispersos. Con todo no alcanzaba el número a 500.

Tomé medidas para pasar allí la noche y defenderme en caso de ser atacado, pues, creía muy probable que los peruanos intentaran darnos una sorpresa con la reserva que tenían en Miraflores y los escapados de las líneas tomadas por nuestro Ejército durante el día.

En la noche tomó grandes proporciones el incendio de Chorrillos y los disparos no cesaron.

Pocas horas después de estar dentro del cementerio, los soldados habían hecho varios fuegos con las cruces y rejas de manera que allí encontraron para preparar su pobre rancho.

Esa tarde mi hermano Baldomero fue herido de bala en la ingle derecha cuando entró a Chorrillos. Por evitar el sacrificio de varios peruanos que se hallaban encerrados dentro de una casa, fue a intimarles rendición, y estos lo recibieron con una descarga. Los soldados chilenos al verlo caer se precipitaron sobre la casa de donde habían hecho fuego, la incendiaron y dieron muerte a cuantos en ella había.

En la madrugada del 14 me dirigí a ver a mi hermano que había sido conducido a una ambulancia como kilómetro al poniente de Chorrillos. Allí lo encontré con ánimo entero, no obstante que él creía que su herida era grave. Al lado de mi hermano estaba la camilla del coronel peruano Recabarren, también herido, con quien conversamos un momento. Entre los heridos de ambos ejércitos se había establecido una confraternidad del infortunio.

Durante mi ausencia del campamento, el Atacama recibió orden de ir a acampar a un lugar situado como a 600 metros de la ambulancia, al oriente; pero como a las 3 p.m. recibió nueva orden de ir a unirse al resto de la división, que estaba acampada como a un kilómetro al norte de Chorrillos a orillas de la línea férrea. Allí llegué con mi tropa a las 5 p.m. fatigada de la jornada del día anterior, de la mala noche y debilitada por falta de alimento. El número de atacameños llegaba a 700. Las bajas habían sido enormes en la batalla del día anterior.

En la situación que me hallaba acampado, mi regimiento era el más avanzado hacia Lima, excepto una parte de la 3ª División que había marchado hasta colocarse casi a tiro de la línea enemiga de Miraflores, donde se había replegado el Ejército peruano arrojado de la línea de Chorrillos.

La reserva del Ejército peruano que se hallaba en Miraflores recomponía de 32.000 hombres que no tomaron parte en la batalla del 13. El ejército que nos esperó en sus bien elegidas y fortificadas posiciones era de 21.000 hombres. De manera que con la reserva el Ejército peruano alcanzaba 32.000 hombres.

El Ejército chileno que entró en combate en la Batalla de Chorrillos fue de 23.100 hombres.

En la noche recibí orden de dejar pasar de Miraflores a Chorrillos una locomotora que debía conducir a unos parlamentarios enemigos que iban a ponerse a hablar con nuestro General en Jefe.

Esa noche pudimos dormir con toda tranquilidad acampando las fuerzas perdidas durante las últimas 48 horas con un sueño reparador.

Se decía en el campamento que los peruanos estaban dispuestos a celebrar un armisticio con cuyo objeto iban a enviarnos parlamentarios.

A las 5 a.m. del 15 se sintió el silbato de una locomotora que venía de Miraflores, la que pronto se hizo visible desde larga distancia por una inmensa bandera blanca. Todos, oficiales y soldados, corrieron a la orilla de la línea férrea para verla pasar. Las murallas de los potreros paralelas a la línea se cubrieron de nuestras tropas. La máquina disminuyó su andar, y pudimos ver dentro del carro que arrastraba tres o cuatro señores que saludaban al pasar.

A las 9 a.m. acompañado del capitán Marconi, nos dirigimos a Chorrillos con el objeto de ver a mi hermano. Entramos al edificio de la Escuela de Cabos, donde habían sido trasladados la mayor parte de nuestros jefes, oficiales heridos y los de igual clase prisioneros peruanos. Vi a mi hermano durmiendo y no quise despertarlo. Estaba con fiebre.

Allí supe que entre los plenipotenciarios peruanos y nuestro General en Jefe se había celebrado un armisticio o suspensión de las hostilidades hasta las 12 de la noche. Celebré esta noticia que nos permitía algún descanso y reponernos de las fatigas que habíamos soportado. Mientras dormía mi hermano determiné visitar la ciudad de Chorrillos. Entré a ella, y con Marconi recorrimos todas sus calles. Estaba casi completamente destruida por el fuego que aún duraba teniendo nosotros que marchar con mucho cuidado para evitar que nos sorprendiera una metralla que caía o la explosión de municiones que eran muy frecuentes. Bajamos al malecón de la orilla del mar; llegamos a la playa y allí nos encontramos en el momento que desembarcaban los mayores Cruz, Daniel Ramírez, el mutilado de San Francisco, y Vicente Subercaseaux que habían llegado al puerto esa mañana. Con gran interés me preguntaron si el Ejército había marchado ya a batirse, y fue su inmensa alegría que tuvieron cuando le comuniqué que aún estábamos acampados y que probabilidades de batalla no habría hasta el día siguiente. Subieron en busca del campamento para proporcionarse cabalgaduras.

Nos dirigimos en seguida a nuestro vivac. En las afueras del pueblo fuimos detenidos por el comandante de Artillería de Marina, don Ramón Vidaurre para invitarnos a almorzar. Por él supimos que el general Baquedano hacía pocos momentos se había dirigido a reconocer la línea enemiga.

Como a las 12 del día divisé al coronel Lynch que marchaba hacia nuestro campamento. Salté al encuentro y me comunicó las noticias que ya había tenido sobre el armisticio, y me ordenó que fuera a mi vivac porque se repartían municiones al Ejército. Haría una hora que las habíamos recibido cuando sentimos algunos disparos al parecer hacia el lado del Miraflores. Hacía rato que varios cuerpos de nuestro Ejército habían pasado a tomar colocación al frente de la línea de batalla enemiga. Yo recibí orden de marchar a continuación del 2º de Línea. Las tropas marchaban por un callejón angosto y terroso. Nubes de polvo envolvían a nuestros soldados.

El fuego que se sentía próximo y cada vez más sostenido causándonos gran alarma y sorpresa pues no comprendíamos su origen y motivo desde que sabíamos que operaciones hostiles y activas entre ambos ejércitos no podrían tener lugar sino después de las doce de la noche, a cuya hora concluía el armisticio.

Tan pronto como desfiló el 2º de Línea, el Atacama siguió sus huellas. Llegamos al pueblo de Barranco cuyas casas ardían. Allí nos detuvimos por no se que inconvenientes que se presentaban a nuestra vanguardia.

El fuego continuaba cada vez más sostenido, y el enemigo debía avanzar, porque ya los proyectiles caían sobre nosotros que nos hallábamos inmóviles en un estrecho callejón. Vimos al 2º de Línea que doblaba a la derecha y cuando el Atacama se disponía a hacer lo mismo recibió orden de dejar pasar adelante a nuestra caballería.

En ese momento se produjo un gran desorden y alarma. A nuestro frente aparecen gran número de caballos que vienen desbocados y atropellan a los atacameños. Algunos venían montados por cantineras y mujeres, que acompañan al Ejército, las que gritan que estamos derrotados. (Estas mujeres no han servido en la campaña, sino de estorbo; para nada han sido útiles; solo sirven para desmoralizar al soldado e inducirlo a cometer faltas. Jamás debe permitirse su presencia en un ejército en campaña). Los gritos de las mujeres y los niños que lloran y son arrojados desde sus cabalgaduras; el tropel de animales sueltos, con sus cargas descompuestas atropellando todo en aquel angosto callejón; el fuego del enemigo que aumenta a cada momento y que principia a causarnos bajas; las detonaciones que produce la explosión de las granadas que revientan a nuestra inmediación; nuestra caballería que lucha contra aquella corriente para pasar adelante, produce un efecto desmoralizador y terrible entre los soldados que impasibles observan aquel desorden. Nunca los atacameños dieron mayores pruebas de disciplina y de valor que en aquellos angustiosos momentos. Y mientras tanto nadie viene a comunicarme orden alguna, o a imponerme de lo que sucede, pues no tenía conocimiento de cual fuese la posición del enemigo.

Ordené al regimiento que se cargase contra la muralla del oriente a fin de dar paso a la caballería que demora tanto en desfilar.

Al fin viene un ayudante que me dice de orden del General en Jefe marche rápidamente a ocupar la derecha de nuestra línea. ¿Y cuál era la derecha de nuestra línea? El ayudante no lo sabe. Este mismo me

comunicó que los peruanos rompieron el armisticio haciendo fuego sorpresivamente sobre nuestras tropas que descansaban tranquilas y descuidadas en su campamento, habiéndose producido como era natural, un gran desorden y pánico entre ellas. El enemigo avanzaba sobre nosotros.

Viendo que la caballería demoraba tanto en pasar, que otro regimiento (la Artillería de Marina) viene echándose encima por nuestra retaguardia, aumentando el desorden en aquel endiablado callejón; que los soldados no pueden soportar el calor producido por el ardiente sol aumentado, por el incendio de edificios inmediatos; que las bajas del regimiento aumentan a cada instante sin poder nosotros contestar al fuego enemigo; y considerando que el mejor guía que podía tener para darme cuenta de la posición del enemigo eran sus propios fuegos, di orden a los atacameños de saltar la muralla del lado derecho del callejón.

Aquí nos encontramos en un gran potrero. Continuamos la marcha hacia el oriente, soportando el fuego del enemigo que no podíamos contestar por la rapidez de nuestro paso. Atravesamos una sucesión de potreros tapiados. Los soldados al saltar las murallas caían heridos o muertos por las balas enemigas. Me coloqué a la cabeza del regimiento que marchaba por hileras, y al llegar a cada tapia —que se componía generalmente de dos adobes— hacía que algunos soldados echasen abajo el adobe superior. Así el resto de la tropa que nos seguía podía pasar cubierta en parte del fuego enemigo, y mi caballo podía saltar sobre el adobón inferior, sin tener yo que andar buscando por donde pasar sin desmontarme.

Tan pronto que entramos a los potreros, principiamos a encontrar rezagados de todos los cuerpos que nos habían precedido, y muchos heridos de los que habían sostenido los primeros fuegos del enemigo.

Llegamos a un potrero bastante extenso, y aquí, cubiertos por una tapia contestamos el fuego de los peruanos, cuya larga línea de batalla la podíamos medir o calcular por los interminables humos de sus trincheras.

En este lugar me alcanzó el coronel don Juan Martínez, jefe de brigada, a quien pregunté si había recibido órdenes superiores o si tenía alguna que darme. Me contestó que no, y que le parecía bien la posición que yo había tomado. En este momento pasa por nuestra retaguardia el Colchagua, con su comandante a la cabeza, animando a su tropa que va a tomar posiciones más a nuestra derecha.

Al fin, vemos que viene un oficial de Estado Mayor. Es el teniente coronel don Estanislao Gorostiaga que trae la orden de que mi regimiento avance más a la derecha hasta colocarse al frente del ala izquierda enemiga. En consecuencia suspendimos nuestros fuegos y continuamos a la derecha marchando al paso, para que la tropa no se fatigase. Las tapias que frente a la línea nos servían para cubrirnos de sus fuegos. Al pie de ellas encontramos heridos y rezagados, lo mismo dentro de las zanjias. Volvimos a encontrarnos con el inconveniente de las tapias que había que salvar.

Habíamos andado durante veinte minutos cuando vimos al frente que llevábamos, un gran grupo de soldados, no menos de 400 que se estrechaban a la muralla y a una casita rodeada de árboles que allí había. Me adelanté para reconocerlos, y me encontré con el señor Arrate Larraín, segundo jefe del 2º de Línea, y gran número de oficiales y soldados de distintos cuerpos. Al verme, el primero me dice: "¿Qué hacemos señor?" – "Avanza, esa es la orden", le contesté. Varias voces se levantaron. Todos los que han intentado pasar han muerto, decían. Efectivamente, al frente de la dirección de nuestra marcha teníamos un campo abierto hacia los fuegos enemigos, y gran número de chilenos yacían en el terreno.

Llegó al lugar el coronel Martínez, que se había bajado del caballo, y me aconsejó hacer lo mismo.

Mandé al ayudante Marconi para que apresurase la marcha de los atacameños que habían quedado atrás, mientras yo hacía derribar la tapia que teníamos al frente.

El enemigo hacía sobre aquel punto un fuego terrible de fusil y ametralladoras, y en este debía aumentarse y concentrarse más a aquel lugar a medida que el grupo de soldados fuese mayor.

Sin hacer caso a la indicación de Martínez, grité a los soldados que me siguiesen, e inclinándome sobre el caballo traté de pasar sobre el bajo adobón, pero el animal no tuvo fuerzas para saltar y quedó sobre él aplastándome la pierna derecha. Mi situación era difícil, pero me sentí asido por debajo de los brazos y que me sacaban de la silla. Fui arrojado al otro lado de la tapia en medio de un grupo de soldados que pronto pusieron de pie al caballo, volviendo a montar en él. Me había sacado de aquel apuro mi asistente que cuidaba de mis caballos, el mismo que había visto siempre cerca de mi en las situaciones peligrosas. Este soldado bueno y generoso quedó muerto en aquel lugar (Francisco Martínez). Pasé al otro lado, es decir, donde principiaban nuevamente las tapias acompañado siempre del fiel Marconi.

A cubierto de los fuegos, vi con pesar que los pocos que me acompañaron, la mayor parte habían quedado en el camino.

La situación era por demás angustiosa. Me dirigí al galope hacia la derecha de la dirección que llevaba la marcha, y como a 300 metros encontré un lugar cerrado, por detrás del cual podía pasar aquel grupo de gente que a cada instante aumentaba con los que llegaban de nuestra izquierda. Llegue a él y conduje esta tropa del otro lado de esa zona de fuego sin sensibles bajas.

Durante mi corta ausencia de aquel lugar habían caído: el coronel Martínez mortalmente herido pocos instantes después de que se bajara del caballo; el mayor Zorraíno, segundo jefe de mi regimiento, muerto por una bala que le penetró por la boca; el mayor Valenzuela, contuso; los capitanes López, Puelma y Ramírez, el bravo de Chorrillos, todos heridos de gravedad y varios otros del Atacama. También fue herido en este sitio, el comandante Arrate Larraín.

La vuelta que dio la tropa para salvar el paso dificultoso fue la causa de que quedaran muchos rezagados. La marcha por aquellos interminables potreros, saltando tapias, había cansado a los soldados de un modo extraordinario. Sin embargo, todavía me seguían como 400.

Creí llegado el momento de contestar los fuegos del enemigo. Esto serviría de descanso y entretenimiento a la tropa. Así se hizo. El enemigo redobló los suyos. A mi derecha veía otra línea de tiradores que supuse fuese la del 2º de Línea, en lo que no engañé.

Eran cerca de las 4 de la tarde y aún no había recibido más orden que la del comienzo de la batalla, avanzar a la derecha.

Casi desde el principio del combate me acompañó el teniente don Gil Alberto Fernández del Estado Mayor. Este joven se me acercó diciéndome que se había extraviado y que deseaba marchar conmigo. Aplaudí el delicado sentimiento de honor de este oficial, y estuvo a mi lado durante toda la batalla desempeñando con entusiasmo y valor las comisiones que le di.

Después de algunos minutos de fuego, el del enemigo aumentó de un modo extraordinario. La precisión de sus punterías también era notable, lo que no extrañamos cuando después supimos que a nuestro frente teníamos al batallón número 6 de la reserva de Lima, compuesta de gente de condición superior a la del soldado que siempre maneja bien su arma. También teníamos al frente otro cuerpo que llevaba en los kepies la palabra "Roma", que parecían extranjeros a juzgar por los pocos muertos de ellos que encontramos en nuestra marcha de avance, de tipo muy distinto al del peruano.

Al efecto que causaban los fuegos de la infantería enemiga, vino a agregarse el de algunas bombas del fuerte San Bartolomé que reventaban con espantosa detonación a nuestra cercanía. Nuestros fuegos eran flojos a causa de la poca tropa que cubría nuestra línea de batalla. Esta circunstancia dio aliento al enemigo y avanzó sobre nosotros. Al mismo tiempo se presenta por nuestra derecha un jefe que con voz alta nos dice que la caballería enemiga nos carga por ese costado. La excitación del jefe que nos daba esta noticia, su estado de ánimo muy alarmado, el desorden de su uniforme, todo esto tuvo su natural consecuencia. La tropa principió a abandonar la línea de batalla y a ocultarse detrás de las tapias que había a nuestra retaguardia para defenderse de la caballería. Hubo entonces necesidad de echar mano al revólver para contener la defección. No obstante, un buen número de bravos continuó en sus puestos.

Ordené al ayudante Marconi que fuese a las tapias de retaguardia a hacer salir la gente, lo que ejecutó en el acto. Cuando volvía de cumplir su cometido, y en el momento en que algo iba a decirme, una bala lo atravesó por debajo de la tetilla derecha y saliéndole por la espalda. El ayudante se inclinó sobre su caballo y en seguida cayó a la izquierda, quedando enredadas las piernas en unas correas que tenía delante de la montura. Bajé de mi caballo para sacar a Marconi de esa posición, y como no tenía fuerzas para levantarlo, solicité la ayuda del coronel Urriola, de Guardias Nacionales, que hacía rato me acompa-

ñaba en mis tareas, hallándose perdido en aquella localidad. Entre ambos colocamos en tierra a Marconi. Este me dijo: "*Siga su camino señor, mi herida es mortal; que me coloquen donde no me de otra bala*". En seguida me entregó un lujoso puñal para devolverlo a don Guillermo Matta, cuando lo viera. Esta arma le había sido obsequiada por dicho señor. Marconi fue colocado detrás de una tapia y me despedí de él creyendo que solo viviría unos pocos momentos más.

Vuelto a la línea de batalla me convencí que la situación era difícil. Sostenían el fuego muy pocos de nuestros hombres. Casi todos se habían ido a retaguardia, detrás de las tapias, donde permanecían acostados o sentados e indiferentes a todo. El enemigo avanzaba hacia nosotros, aunque lentamente.

Anduve como 200 metros a la derecha, y allí encontré al comandante del 2º de Línea, don Estanislao del Canto, que, revolver en mano, contenía en la línea de batalla a los pocos que lo acompañaban. Le había sucedido más o menos lo mismo que a mí. Le pregunté que órdenes había recibido, y me contestó: "*Ninguna: me bato como me parece mejor*". Lo que habían hecho casi todos los jefes de cuerpos. Observándole la presencia de caballería a nuestra derecha, me dijo que era nuestra. Al mismo tiempo notó que regimientos completos del Ejército chileno andan a gran distancia a la derecha y retaguardia de la posición que ocupamos. Comprendo entonces que la situación es mala solo en apariencia; pero ¿cómo hacerla comprender a nuestros soldados? Convinimos con Canto en hacer tocar dianas a los cornetas que tiene a su lado, y nosotros corriendo a caballo, con nuestros kepies agitándose en la mano gritamos: "*¡Hemos triunfado, el enemigo en derrota!*" A estas voces repetidas hasta enronquecer, salieron de detrás de las tapias no menos de dos mil hombres de distintos cuerpos gritando ¡Viva Chile! Aprovechamos ese momento de entusiasmo de las tropas para avanzar sobre el enemigo, seguidos al trote por los soldados que ahora todo lo atropellan en su camino. Viendo este buen resultado nos juntamos con el comandante Canto y nos dimos un abrazo de satisfacción. Creímos que el día era nuestro.

Continuando en la marcha de avance llegamos a un fuerte de la línea enemiga (el penúltimo de su izquierda), atravesando unos fosos con agua. Esta posición fue abandonada por sus defensores antes que nosotros llegáramos a ella. Desde aquí vimos que el enemigo huía hacia Lima.

En este avance, batiéndonos con el enemigo que huía, el cabo del Atacama, Julio Villanueva, ataca al portaestandarte del batallón de Reserva de Lima, lo vence en lucha cuerpo a cuerpo, se apodera de la insignia y la entrega al teniente de su compañía, Labbé Tagle, para salvarla de otros soldados que trataron de arrebátarsela.

El comandante Canto se detiene en el fuerte a reunir a su regimiento.

Continúo avanzando con los soldados del Atacama y de distintos cuerpos. Desde cada altura veo que nos sigue en dispersión un inmenso número de individuos. Al llegar a un ancho camino, encuentro al comandante don Arístides Martínez, que se ha detenido cerca y al flanco derecho del último fuerte de la

izquierda enemiga, tratando de contener a nuestra tropa que avanza y avanza. Arístides me hace notar el peligro que corre esa gente si llega a Lima o a sus inmediaciones (teníamos fresco el ejemplo de Chorrillos con sus horrores), y me pide le ayude a contenerla. Nos dedicamos a esta difícil, pero necesaria operación, deteniendo a los soldados que allí llegaban. En poco tiempo se reunieron como dos mil hombres.

El fuerte San Bartolomé con sus gruesos cañones principió a enviarnos sus proyectiles con muy malas punterías; pasaba sobre nosotros o iban a hacer explosión a nuestra retaguardia sin causarnos daño alguno.

Tranquilizada la tropa, más por el cansancio que la agobiaba, que por nuestros esfuerzos, los soldados se echaban al suelo.

Desde allí pudimos ver el asalto que un puñado de nuestros soldados daban al último fuerte de la izquierda (fuerte de la Merced) que aún ocupaban, y defendían los peruanos. Aproximadamente como cien hombres subían por sus flancos, dirigidos por un oficial a caballo, a quien, con el comandante Martínez, aplaudíamos desde el punto en que nos encontrábamos. Dos veces los asaltantes fueron rechazados, pero a un tercer esfuerzo dominaron el fuerte. Se les oía el grito de ¡Viva Chile! y los soldados parados sobre los cañones enemigos hacían flamear la bandera chilena. Nosotros no podíamos sino aplaudir desde el lugar donde nos hallábamos y saludar a los bravos asaltantes en unión de los soldados que nos rodeaban y que ansiosos observaban el arrojó de sus compañeros. Pero repentinamente sentimos una fuerte explosión, la atmósfera se cubrió de humo y de polvo, y la tierra se estremeció como sacudida por un fuerte temblor. La fortaleza peruana había volado por medio de traidora mina. Un silencio sepulcral se siguió. Los soldados que nos acompañaban, espantados, miraban hacia el lugar de la explosión: nadie murmuró una palabra. Ese silencio era la plegaria que todos dirigían por los bravos que allí habían sucumbido cumpliendo con su deber.

Aproximándose la noche reuní a los atacameños que en ese punto se encontraban (200), y me dirigí a acampar al lugar donde había quedado Canto.

Me siguieron casi todos los soldados que allí había de distintos cuerpos, y ya de noche hicimos alto en un potrero rendidos de cansancio, de hambre y de las emociones del día.

Reuní a los oficiales del Atacama: faltaban más de la mitad de aquellos valientes. De 36 que era la dotación del regimiento, quedaban solo 16. Veinte habían caído, incluyendo al coronel Martínez que antes había mandado el Atacama.

Los oficiales muertos y heridos den aquellas dos jornadas, fueron los siguientes:

Coronel Martínez, muerto.

Sargento mayor Zorraindo, muerto.

Sargento mayor Valenzuela, contuso.
Capitán Marconi, herido grave.
Capitán Ramírez, herido grave.
Capitán López, herido grave.
Capitán Álvarez, herido grave.
Capitán Barrientos, herido leve.
Teniente Vallejos, herido leve.
Subteniente Ruiz Tagle, herido leve.
Subteniente Huerta, herido grave.
Subteniente Vallejos, herido leve.
Subteniente Patiño, herido leve.
Subteniente Zelaya, herido leve.
Subteniente Juan L. Rojas, herido leve.
Subteniente José L. Rojas, herido leve.
Subteniente Hoppen, herido grave.
Subteniente Rouch, herido leve.
Subteniente Castro, herido leve.
Aspirante Vallejos, herido grave.

De la tropa, en las listas que se pasaron, faltó la mitad de la que entró en combate.

Durante toda la noche se sintieron fuertes detonaciones hacia el Callao. Eran los buques de la dársena que los peruanos hacían volar o echaban a pique después de quemarlos.

En la noche del 15 fueron llegando los rezagados atacameños buscando su regimiento, y hasta el día 18 se completaron en todo 600 hombres.

La misma noche del 15 llegó al campamento el subteniente Juan L. Rojas, muy maltratado; la cabeza y otras partes del cuerpo machucadas e hinchadas. Este fue el oficial que condujo a los atacameños al asalto y toma del fuerte de la Merced, que hicieron volar los peruanos a la conclusión del día. Rojas había sido arrojado a gran distancia por la fuerza de la explosión. Vuelto en sí del aturdimiento que le causó el golpe se dirigió en busca del campamento que encontró después de muchas dificultades y sufrimientos. Ordené que fuese conducido a una ambulancia, pero él me pidió que no lo mandase al hospital, que quería entrar a Lima con su regimiento, aunque fuese amarrado en un burro.

En la madrugada del 16 mandé una comisión a recoger el cadáver del mayor Zorraíndo para darle sepultura. Se le hizo un ataúd de un ropero de jacarandá tomado de una casa del pueblo de Miraflores. El 17 en la mañana fue conducido al cementerio de Chorrillos acompañado por todo el personal que queda del regimiento Atacama.

Otra comisión fue en busca de Marconi, a quien todos suponíamos muerto, pero no pudo ser hallado, ni tampoco entre los heridos de los hospitales y ambulancias.

El 16 acampó la 1ª División como a 500 metros al norte de la línea de Miraflores, y el 17 en la tarde volvimos a movernos para acampar como a kilómetro y medio al oriente. En la tarde de ese día recibí orden de estar listo con mi regimiento para marchar en la mañana siguiente al Callao debiendo pasar por Lima.

Al amanecer del 18 la 1ª División se ponía en marcha hacia Miraflores. De aquí tomamos el camino que conduce a Lima, y a las 12 del día llegamos a los suburbios de la ciudad.

En este trayecto encontramos al Ministro de la Guerra en Campaña, quien dirigió al personal en nombre del gobierno, palabras de felicitación y elogio por su conducta valerosa en las dos últimas batallas.

Poco antes de llegar al Palacio de la Exposición ordené batir marcha al tambor.

Los soldados comprendieron que iban a entrar en aquella ciudad, cuyos habitantes en todos los tonos nos habían dicho que no lo conseguiríamos, que antes encontraríamos allí nuestra tumba; veían al fin coronados sus esfuerzos, sus sufrimientos y sacrificios de toda especie; iban a pisar aquella orgullosa ciudad que tanto les había costado conquistar. Aquellos que a causa de la marcha se hallaban fatigados, que habían salido de filas y que avanzaban con dificultad, los que habían ocultado sus heridas para poder entrar a Lima y que apenas podían sostenerse, al oír la marcha que batía el tambor y el traspaso a la banda de músicos que tocaba uno de los favoritos pasodobles del regimiento, se apresuraron a embeberse en las mitades, olvidando el cansancio y las dolencias. Tomó el regimiento la formación de columna, y nadie hubiera podido sospechar al ver a estos arrogantes soldados cubiertos del grueso polvo del camino y de la pólvora de dos batallas que en aquellas filas iban oficiales y soldados heridos. Jamás vi una formación más correcta, y al atravesar las calles de Lima, llenas de extranjeros que veían desfilar silenciosos y ordenados a los soldados-ciudadanos de Chile, me sentía orgulloso de ser uno de ellos y de mandar este bravo regimiento que tantas glorias ha dado a su patria.

Al llegar a la plaza de la Exposición la banda de músicos tocó nuestro himno nacional, y al compás de este y del de Yungay atravesamos las calles hasta llegar a la Avenida del 2 de Mayo, por donde continuamos la marcha hasta Bellavista, a dos kilómetros del Callao. Allí alojamos, justamente con el 2º de Línea, en el edificio que en ese lugar existe para depósito de las harinas de Chile.

Al atravesar la plaza de la Exposición, un ayudante vino a decirme que no debía tocarse la música para entrar a Lima. No hice caso a esta observación, y el regimiento continuó la marcha al compás de sus himnos más queridos. Hacía veinte y dos meses que estábamos en campaña, nos habíamos batido en todas partes, y nuestros himnos, en el más solemne de momento era nuestra sola recompensa.

Al pasar por las calles de Lima el Atacama marchaba a continuación del 2º de Línea. Repentinamente este se detuvo por no se que inconveniente en su camino. El Atacama tuvo que hacer lo mismo y su cabeza de columna quedó a la altura de cuatro bocacalles, donde se hallaban muchos extranjeros viéndonos pasar. Uno de ellos dice: —“*Que bonito puñal lleva ese jefe*”, y señala el que yo llevaba en la bota (El de Marconi). Fijo mi atención en el grupo y con gran sorpresa veo entre los extranjeros al señor Miranda. El mismo que en mayo de 1879 había hecho conmigo el viaje de Valparaíso a Antofagasta —como tengo consignado en mi diario de aquella época— y a quien yo había dicho: —“*Hasta la vista en Lima señor Miranda*”. La despedida que en forma de broma había yo hecho a aquel caballero venezolano —pues entonces nadie pensaba que nosotros pudiéramos llegar a Lima— se había convertido en realidad. Bajé del caballo y fui a saludar al señor Miranda, diciéndole: —“*Vengo a cumplir mi palabra*”. La sorpresa de este al reconocerme no fue menor que la mía, al hacer memoria de mi despedida en Antofagasta. El señor Miranda fue un buen amigo de los chilenos durante la residencia de estos en Lima.

El resto de la 1ª División está acampando en el Callao, y el grueso de nuestro Ejército en Lima y sus alrededores.

El tiempo que permanezcamos aquí nos es posible calcularlo. Tendremos con seguridad que hacer campaña sobre Arequipa, donde hay fuerzas peruanas que aún pueden hacer resistencia e incomodarnos por largo tiempo. Los civiles que andan con nosotros parece que no tienen esta opinión. Creen que la campaña ha terminado con la toma de Lima.

Este es el resumen de lo que ha ocurrido en las dos últimas batallas, es decir, lo que yo he visto, lo que ha pasado cerca de ahí, no más allá de un regimiento.

La de Chorrillos ha sido una batalla bien preparada y bien ejecutada; la de mayor importancia que se ha dado en la América del Sur. Sin embargo, ya se dice que el ataque a las posiciones enemigas pudo haberse hecho por Ate. Un mal elemento que ha tenido el Ejército en campaña, que en ninguna parte del mundo es tolerado, o está contento de habernos dado un Tarapacá, quiere otro en mayor escala.

En otras páginas de este diario manifestamos las poderosas causas que aconsejaron la batalla en la forma que se dio y que nos aseguraban el triunfo. Este se obtuvo.

La de Miraflores se resintió de los inconvenientes que se acumulan en un ejército después de una gran batalla, sobre todo en el caso excepcional de la sorpresa que causó el haberse dado comienzo a las hostilidades cuando descansábamos en la confianza de un armisticio. En esta batalla cada jefe de cuerpo hizo lo que su patriotismo le aconsejó, y se batió como mejor pudo, siendo cada uno de ellos general en jefe, Estado Mayor, todo, en una palabra. Los oficiales de un modo admirable con una abnegación y patriotismo que nunca la nación agradecerá lo suficientemente. A ellos se debe el triunfo; a ellos todo honor.

En los últimos días de febrero recibí orden del General en Jefe de estar listo para regresar a Chile con el regimiento Atacama en el transporte *Angamos* que se hallaba anclado en el Callao.

Me trasladé a Lima con el objeto de solicitar del general Baquedano ordenara que a los pocos más de 600 individuos a que había quedado reducido mi regimiento después de las dos últimas batallas, se les diera por la Intendencia del Ejército un uniforme nuevo, pues no era posible, ni propio, que volvieran a la patria cubiertos con harapos —que no otra cosa eran las telas destrozadas que cubrían a los atacameños— los soldados que tantas glorias habían dado a Chile. Conseguí que el general diera esa orden, pero tuve que luchar después con los empleados de la Intendencia, comisarios, tesoreros y demás gente del Comisariado, que me ponían muchos inconvenientes para darme este uniforme, pues decían que no era posible dar prendas nuevas de ropas a soldados que en pocos días más debían dejar el servicio militar. Les prometí que cuando el regimiento se disolviese, yo devolvería a la Intendencia el nuevo uniforme. Solo con esta condición pude conseguir que me dieran nuevos trajes.

Estos empleados de la Intendencia con sus tacañerías (que tanto dicen a favor de la honorabilidad y del cuidado que tiene de los intereses que la nación les ha confiado), me recuerdan a los tesoreros reales que acompañaban a Cortés y a Pizarro. Son los mismos; no han progresado: siempre defendiendo el quinto del rey.

Vestidos de uniforme nuevo mis atacameños, solicité del General en Jefe me permitiese llevarlos a Lima a lucirlos y despedirlos de la ciudad que tanto nos había costado conquistar, y de nuestros compañeros a lo que el general accedió gustoso. Fue ese un día de fiesta. Se sabía que el Atacama debía ir a Lima, y no solo el Ejército chileno allí y en sus alrededores acampando, se preparó para recibirnos, sino también los extranjeros residentes en Lima, y aun lo peruanos, todos querían ver al legendario regimiento Atacama, cuyo valor y patriotismo eran tan conocidos en los territorios que habían conquistado.

El día designado para este paseo, a las 10 de la mañana entraba a Lima, el regimiento Atacama, vestido de gran parada, y marchó por todas las calles de la ciudad, al compás de los pasodobles que tocaba su espléndida banda de músicos. Las calles estaban llenas de chilenos, de extranjeros y aun de peruanos que nos veían desfilar. El aire marcial y la apostura de veteranos de los atacameños llamaban la atención general, y muy principalmente los 52 sobrevivientes de los 600 del primer batallón que habían salido de Copiapó a principio de la campaña, que llevaban atada al brazo izquierdo una cinta roja en que con letras de oro estaba escrita la palabra “Fundador”. Estos se habían batido en todas partes durante dos años y habían sobrevivido; los otros 548 habían quedado en los distintos campos; habían sucumbido en el cumplimiento del deber.

En el Palacio de la Exposición, donde tenía su residencia uno de nuestros regimientos de artillería, nos esperaba un espléndido almuerzo que se nos había preparado.

A las 2 p.m., después de otro paseo por la ciudad, volvimos a nuestro campamento de Bellavista a prepararnos para regresar a la patria, siendo el Atacama el primer regimiento que vuelve a Chile después de dos años de campaña.

Comisioné a los capitanes don Juan Agustín Fontanes y don Antonio 2º Garrido —el primero, uno de mis ayudantes, y el segundo capitán de la 2ª compañía del 1er Batallón— para que a la madrugada del siguiente día se trasladaran al Callao a contratar las lanchas para conducir [a] bordo el equipaje del regimiento, y después a su personal.

Voy a consignar en estos apuntes lo que ocurrió en el Callao con estos dos oficiales, a quienes los envidiosos de sus glorias, los maldicientes, han querido echar una mancha sobre el honor, siendo que la falta que cometieron es insignificante, y de ninguna manera afecta su honor, ni como militares, ni como hombres privados.

A las 11 a.m., los oficiales nombrados aún no regresaban a nuestro campamento de Bellavista, distante como dos kilómetros del Callao. Monté a caballo y me dirigí al puerto con el fin de concluir los aprestos para embarcarlos.

En el Callao residía, y era jefe militar de la plaza, el coronel don Patricio Lynch, y allí también estaba acampado el resto del personal de la 1ª División, cuyo comandante en jefe él era.

Al llegar a los suburbios de la ciudad noté cierta animación extraordinaria; mucho movimiento en sus habitantes, muchas carreras. A poco andar encontré al mayor de ingenieros militares don Francisco Javier Zelaya, quien me dijo que dos capitanes del regimiento Atacama habían causado grandes desórdenes en la ciudad; que habían subido a caballo las escaleras de un hotel, y con su conducta producido gran alarma en la ciudad. Me indicó un grupo numeroso de gente que había al fin de una calle, y me agregó: *"allí los tiene usted, han entrado a aquella casa"*.

Me dirigí al grupo que me señalaba Zelaya, y acercándome a la ventana de la casa a cuyo rededor había tanta gente, vi dentro el salón a los dos capitanes Fontanes y Garrido que, montados en sus caballos y copa en mano hacían brindis de despedida en medio de un grupo de chilenos y peruanos que los aplaudían.

Los llamé y se apresuraron a salir. Los conduje a un cuartel donde los dejé en arresto, después de haber oído de ellos mismos la relación de lo que habían hecho en la ciudad, y me dirigí al hotel —cuyas escaleras habían subido a caballo y cuyos destrozos puede ver— para averiguar a sus dueños, y de las personas que en él había, lo que hubiera ocurrido.

De mis averiguaciones resultó lo siguiente:

Los capitanes Fontanes y Garrido habían llegado a la oficina del dueño de las lanchas que iban a buscar, y como este no llegara tan pronto, para esperarlo entraron a un “restaurant” vecino y se desayunaron algunas copas de licor. El dueño de las lanchas tardaba en venir y las cosas continuaron. Resolvieron volver a Bellavista para dar cuenta de su cometido, y cuando pasaban frente a uno de los principales hoteles del Callao, Fontanes dijo a Garrido:

*Compañero, ¿quiere que entremos a este hotel a tomar la última copa?
Bien, compañero, contestó Garrido, pero ¿dónde dejaremos los caballos?
Subiremos al hotel a caballo, compañero.
Y diciendo esto principiaron a ascender la escalera.*

El efecto que produjo el ruido y estremecimiento de la casa entre las personas que en ella se encontraban almorzando fue tremendo. Todos creían que aquello era un gran terremoto, y se disponían a abandonar el salón cuando aparecieron en él los dos oficiales montados en sus caballos que difícilmente se mantenían parados en el piso de mármol de aquel comedor.

Se dirigieron los jinetes al dueño de casa, que asombrado se mantenía detrás del mostrador de su cantina, y le dijeron que tuviera la bondad de servirles champagne; que en pocas horas más debían embarcarse para regresar a la patria, y querían despedirse del Perú. Mientras el dueño de casa se disponía a servirlos, los oficiales, miraron a su derredor, y viendo estos que había tanta gente de pie, que había interrumpido su almuerzo y sorprendida los observaba, ordenaron al dueño del hotel que sirviera champagne por cuenta de ellos a toda la concurrencia, lo que este se apresuró a hacer. Cuando todos tuvieron sus copas en mano, el capitán Fontanes hizo un brindis por el honor del Perú, despidiéndose amablemente, y todos bebieron.

Los oficiales pagaron el valor del consumo, y haciendo un último saludo a los que con sorpresa los observaban, dirigieron sus caballos a la escalera y principió el descenso. Los concurrentes se precipitaron a las ventanas del salón que estaban del lado de la calle para ver salir por la puerta los restos de aquellos oficiales; pero se llevaron un gran chasco. Salieron estos bien montados en sus caballos y continuaron por las calles rodeados de una muchedumbre testigo de su hazaña, que los llevó vivándolos hasta la casa donde yo los encontré a mi arribo al Callao.

Después de haberme bien impuesto de lo que había pasado, me dirigí a la oficina del coronel Lynch, quien ya tenía conocimiento de lo que había ocurrido por la exagerada y no exacta relación que se le había hecho del suceso. Había ya redactado una nota pidiendo al General en Jefe la destitución de los capitanes Fontanes y Garrido, pero la destruyó cuando yo le referí los hechos. Me ordenó que los castigase como estimara de justicia, y que pagase, los daños que estos oficiales hubiesen causado en el hotel. Al dar cumplimiento a la segunda parte de esta orden, el dueño del hotel se negó a recibir remuneración alguna; diciéndome que ningún daño habían hecho. ¡Y yo veía los destrozos causados en la escalera de mármol por

las patas de los caballos al subirla y bajarla y otros daños en el comedor del hotel! No fue posible hacer aceptar al dueño remuneración alguna, y hube de retirarme.

Los capitanes Fontanes y Garrido volvieron a Chile en arresto, y así continuaron durante las fiestas de recepción que se hicieron al Ejército en Valparaíso y Santiago, hasta que en esta última ciudad una comisión de distinguidos caballeros, presidida por don Benjamín Vicuña Mackenna, vino a pedirme suspendiera el arresto de los capitanes a lo que no fue posible negarme.

Los diarios de Chile que últimamente han llegado a nuestro campamento de Buenavista, traen la noticia de haber sido ascendido a capitán al sargento del Buin don Daniel Rebolledo, por haber sido el primero que, en la Batalla de Chorrillos, colocara la bandera chilena en posición enemiga.

LA AYUDA INGLESA A CHILE DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO. ¿MITO O REALIDAD?

Rafael Mellafe Maturana¹

OBJETIVO GENERAL

El presente trabajo intentará demostrar si el Reino Unido prestó algún tipo de apoyo o ayuda a Chile durante la conflagración conocida como Guerra del Pacífico y cómo esta, ante su eventual existencia, pudo haber influido decisivamente en el resultado de la contienda.

Como objetivo secundario investigaremos en qué plano –militar, diplomático, económico– se induce que se materializó la supuesta ayuda británica.

HIPÓTESIS GENERAL

¿Recibió Chile algún tipo de ayuda del Reino Unido de Gran Bretaña durante la Guerra del Pacífico?

Definiciones Esenciales.

Presentamos algunas definiciones que serán fundamentales para el mejor entendimiento del presente trabajo.

Ayudar / Ayuda: Prestar cooperación. Auxiliar o socorrer. Poner los medios necesarios para el logro de algo.²

Mito: (2) Historia ficticia o personaje literario o artístico que condensa alguna realidad humana de significación universal.³

Salitre (Nitrato): Sustancia natural extraída del caliche que se encuentra en yacimientos situados en las regiones de Antofagasta y Tarapacá. Su uso primordial fue de abono natural para los sembradíos, para la fabricación de vidrio, pigmentos, fósforos (cerillos) y pólvora.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y hasta la Gran depresión de 1929 fue llamado “Oro Blanco”, luego de aquello, este mineral entra en una franca declinación. La importancia de la industria del salitre de la época solo es comparable con la del petróleo de la actualidad.

1 Alumno del Diplomado de la Guerra del Pacífico en la Escuela Militar el año 2012.

2 Real Academia Española. http://buscon.rae.es/drae/?type=3&val=leitmotiv&val_aux=&origen=REDRAE. Consultado el 26 de junio 2012.

3 Real Academia Española. http://buscon.rae.es/drae/?type=3&val=orografi&val_aux=&origen=REDRAE. Consultado el 26 de junio 2012.

Como dato diremos que los actuales territorios de la I y II región de Chile producían en 1913 el 100%⁴ del salitre mundial.

Introducción.

La Guerra del Pacífico produjo una infinidad de historias de dudosa procedencia y mitos que se han arraigado en nuestra cultura popular. A modo de ejemplo podemos mencionar los leones de la Avenida Los Leones en Santiago, traídos supuestamente de Lima,⁵ el brebaje estimulante popularmente conocido como “La Chupilca del Diablo”⁶ o la inmolación del coronel Alfonso Ugarte que habría saltado en su cabalgadura desde el Morro de Arica hacia el mar, aquel 7 de junio de 1880, llevando en sus manos la bandera peruana, salvándola así del deshonor de caer en manos chilenas.⁷

Después de 130 años de terminadas las acciones bélicas, es difícil establecer esa delgada línea en donde termina la realidad y empieza la ficción –o la mistificación– de un determinado acontecimiento, sobre todo si se toman como fuentes a los autores de clara pertenencia a la escuela del positivismo histórico aumentados por el romanticismo francés decimonónico. Afortunadamente existen los datos y registros históricos “duros” y fehacientes que, de alguna manera, nos permitirán separar claramente estos dos planos.

La frase: “*Los ingleses ayudaron a Chile durante la Guerra del Pacífico*” está tremendamente arraigada en la cultura popular peruana y en menor medida también en Chile, creando de esta manera el mito.

Las preguntas que surgen de inmediato respecto de quiénes son los “*ingleses*”: ¿El gobierno inglés?; ¿La monarquía inglesa?; ¿Los militares ingleses?; ¿El pueblo británico?; ¿Los empresarios o capitales ingleses?

Como también nos cuestionamos de qué manera se materializó la supuesta ayuda: ¿armas, especies, dinero?

En el desarrollo del presente trabajo intentaremos encontrar respuestas concretas a estas interrogantes.

4 Cavieres Korn, Patricio. “El Salitre Natural y el descubrimiento que provocó sus crisis” en <http://www.ingenierosagronomos.cl>, consultado el 29 de junio 2012.

5 Los leones de la avenida homónima fueron mandados a fundir por don Arturo Lyon en Francia, quien se las donó, al entonces dueño del fundo “Los Leones” don Ricardo Lyon para que fuesen usadas como adorno en la entrada del fundo ya mencionado. No obstante lo anterior, es cierto que los cuatro leones de la Plaza de Lima fueron traídos a Chile durante el período de la ocupación, pero no están en Santiago. Dos de ellos se encuentran a la entrada de la Base Naval en la ciudad de Talcahuano y los otros dos en la puerta del Parque Lota de la ciudad del mismo nombre. (N. del A.)

6 Dicha bebida era la resultante de mezclar, en un “tacho”, la pólvora contenida en una vaina de munición de rifle con aguardiente. Solo aparece mencionada en la novela histórica “Adiós al Séptimo de Línea” de Jorge Inostroza.

7 Ver el Parte de Batalla del Jefe de Estado Mayor de la fuerza peruana, coronel Manuel Ignacio Espinoza en: Ahumada Moreno, Pascual. Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencia y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia, Tomo III. Imprenta del Progreso, Valparaíso 1886, página 186. En este queda claramente establecido que el coronel Ugarte muere en la cima del morro.

Ahora bien, notamos que los historiadores peruanos que publicaron obras inmediatamente después de la caída de Lima, como Tomás Caivano⁸ o cercanos al término del conflicto, como es el caso de Mariano Felipe Paz Soldán,⁹ no hacen referencia alguna a que los “ingleses” hayan ayudado a Chile. Sin embargo historiadores posteriores, como Jorge Basadre o el aun más posterior Roberto Querejazu,¹⁰ tocan el tema de los británicos, pero en un contexto distinto y que desarrollaremos más adelante.

Destacamos que otro grupo de historiadores, como el boliviano Alcides Arguedas en su obra “Historia General de Bolivia”, no hacen mención alguna al tema en cuestión.

Tampoco lo hacen los historiadores chilenos que publicaron obras en paralelo al desarrollo de la guerra, como Benjamín Vicuña Mackenna o los levemente más tardíos como Gonzalo Bulnes, F.A. Machuca o Nicanor Molinare.

Más bien este mito se ha masificado últimamente gracias a la internet donde han surgido –y desaparecido– una serie de páginas de extremo nacionalismo peruano, en las que se ha llegado a afirmar que buques de guerra “ingleses” como el *Cochrane*¹¹ o la *O’Higgins* lucharon a favor de nuestro país. Más aún, han extremado la posición diciendo que los oficiales de la Real Armada Británica, John Williams,¹² Patrick Lynch¹³ y Charles Condell¹⁴ fueron contratados por nuestro país para servir durante la guerra.

ANTECEDENTES

En 1810 empieza el proceso de emancipación de las colonias españolas de Sudamérica con la península Ibérica. Dicho proceso, que involucra guerras civiles y revoluciones, desemboca en el nacimiento –o fundación– de nuevos países, transformando la antigua división territorial colonial en repúblicas independientes.

Luego de aquello, cada nuevo país pasa por otra fase de ajuste interno donde se crean constituciones y leyes que regirán los destinos individuales de cada nuevo Estado. Estos procesos tienen un período de maduración y éxito que es relativo y exclusivo para cada nación, tomando tiempos indefinidos en cada caso particular.

8 Caivano, Tomás. *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*. Publicaciones Museo Naval, Lima 1979.

9 Paz Soldán, Mariano Felipe. *Narración Histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*. Editorial Milla Batres, Lima Perú, 1979.

10 Historiador boliviano.

11 La fragata blindada Almirante Cochrane fue construida en los astilleros Earle de Inglaterra y entregada a la Armada de Chile en 1874. En tanto que la corbeta O’Higgins fue también construida en Inglaterra y entregada a Chile en 1868. (Nota del autor)

12 Se refiere a Juan Williams Rebolledo nace en Curacaví en 1825, hijo de Juan Williams y de Micaela Rebolledo; y fallece en Santiago; 24 de junio de 1910. (N. del A.)

13 Patricio Lynch Solo de Zaldívar. Nace en Santiago de Chile, 1 de diciembre de 1824. Hijo del ciudadano argentino Estanislao Lynch y doña Carmen Solo de Zaldívar. Fallece en alta mar, cerca de Tenerife, 13 de mayo de 1886. (N. del A.)

14 Carlos Arnaldo Condell de la Haza. Nace en Valparaíso, 14 de agosto de 1843 y es hijo del marino escocés Federico Condell y de doña Manuela de la Haza, ciudadana peruana. Muere en Quilpué, Chile; 24 de noviembre de 1887. (N. del A.)

LA AYUDA INGLESA A CHILE DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO. ¿MITO O REALIDAD?

Chile empieza a consolidarse como un país con orden republicano a partir de la época portaliana, culminando este proceso después de la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839) con la eficiente administración del Presidente Manuel Bulnes Prieto, quien además da a conocer los logros y éxitos alcanzados por nuestro país en Europa, gracias a la notable gestión de José Victorino Lastarria.

Esta fuerte consolidación republicana se vio tremendamente contrastada con el desorden y caos interno de nuestros vecinos del norte, que no lograban terminar con sus propias fases evolutivas de madurez republicana. Como ejemplo de lo anterior, valga decir que para el período entre 1840 y 1860, Chile tuvo dos presidentes, Bolivia nueve y Perú dieciséis.



Don Manuel Bulnes Prieto (Wikipedia).



Don Manuel Montt Balmaceda (Wikipedia).

Durante el gobierno de Manuel Montt (1851-1861) y gracias a las gestiones emprendidas en el anterior gobierno de Bulnes, Chile logra firmar los siguientes acuerdos con potencias europeas.

1852. Convenio de Comercio entre Chile y Gran Bretaña.¹⁵

1853. Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con Francia.¹⁶

1855. Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con el Reino Unido e Irlanda.¹⁷

1859. Tratado de Comercio, Amistad y Navegación con el Reino de Bélgica.¹⁸

15 http://www.bcn.cl/tratados/tratados_pdf/tratado_mp15.pdf

16 http://www.bcn.cl/tratados/tratados_pdf/tratado_mp16.pdf.

17 http://www.bcn.cl/tratados/tratados_pdf/tratado_mp17.pdf.

18 http://www.bcn.cl/tratados/tratados_pdf/tratado_mp24.pdf. Las notas al pie de página N°s 15, 16 y 17 fueron consultadas a los sitios ya indicados el 23 de mayo de 2012.

Por lo anterior, y además de otras gestiones realizadas por el gobierno chileno en pos de hacer crecer el comercio, Valparaíso se convierte en el primer puerto del Pacífico —desplazando de este sitio a El Callao— donde además se instalan un sinnúmero de casas comerciales europeas, especialmente británicas, aumentando considerablemente la colonia de los súbditos de la Corona en nuestro país, de 2.043 en 1854 a 4.118 para 1875.¹⁹

Esta situación pesará fuertemente a la hora de empezar la elaboración de la idea que “los ingleses” apoyaron a Chile durante la Guerra del Pacífico.

Durante el conflicto propiamente tal, vale decir entre 1879 y 1884, no hay aseveraciones o acusaciones por parte del Perú a Chile que el Reino Unido estuviese ayudando o apoyando la causa chilena.

Quizá si el primer registro escrito que podría haber dado pie a la construcción de esta percepción, lo encontramos en una entrevista, aparecida el 30 de enero de 1882 en el New York Herald,²⁰ al Secretario de Estado del gobierno norteamericano, James G. Blaine.

Q: *How has Chili been able to make such a complete conquest of Peru?*

A: *Peru was exhausted by her extravagant outlays on railroads, amounting in the aggregate to more than \$ 200.000.000, and she had no Navy and only a disorganized Army. Chile got iron clad ships from England, and material of war from the same source. Chilean soldiers marched to Peru clad in uniforms of English cloth, with English muskets on their shoulders. English sympathy has stood behind her at every step in her conquest, and English commercial interest receive a tremendous impulse from Chili's aggrandizement. I think the result of this Peru – Chilean war destroys American influence on the South Pacific coast and literally wipes out American commercial interests in that vast region.*

P: *¿Cómo es que Chile fue capaz de conquistar completamente el Perú?*

R: *Perú estaba exhausto por su extravagante gasto en ferrocarriles, que asciende a un total de \$ 200.000.000, y no tenía Armada, solo un Ejército desorganizado. Chile tenía buques blindados ingleses y material de guerra de la misma fuente. Los soldados chilenos marcharon al Perú en uniformes de tela inglesa, con mosquetes ingleses sobre sus hombros. La simpatía inglesa estuvo a su lado en cada conquista, y los intereses comerciales ingleses reciben un tremendo impulso con el engrandecimiento de Chile. Yo creo que este resultado de la guerra peruano-chilena, destruye la influencia estadounidense en la costa del Pacífico Sur y literalmente arrasa con los intereses comerciales americanos en esta vasta región.*

19 Couyoumdjian, Ricardo. “Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la posguerra 1914-1921”. Editorial Andrés Bello y Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago 1986, p. 29.

20 <http://timesmachine.nytimes.com/browser>. El New York Herald desaparece como periódico en 1924, pero afortunadamente los archivos históricos de esa publicación están disponibles hoy en el New York Times, del que se extrajo el original de la entrevista presentada. Archivo del New York Times #81730011882. (N. del A.)

Reafirma sus dichos en una nueva entrevista publicada el 27 de abril de 1882, en el mismo periódico de Nueva York:

*“The English bondholders put up the job of a war on Peru for loot and booty, and that they make a mistake who speak of this war as Chilean war - it was an English war on Peru”.*²¹

Los tenedores de bonos ingleses hicieron la guerra a Perú por el botín y pillaje, y se equivocan quienes hablan de que esta guerra es de Chile [en contra Perú] - fue una guerra inglesa en contra de Perú.

Independientemente, las declaraciones de Mr. Blaine apuntan hacia un aspecto de pérdida de influencia norteamericana, en el más amplio sentido del concepto, en las costas del Pacífico Sur. La frase, sacada del contexto original de la entrevista:

“Chile tenía buques blindados ingleses y material de guerra de la misma fuente. Los soldados chilenos marcharon al Perú en uniformes de tela inglesa, con mosquetes ingleses sobre sus hombros”.

Esta frase, junto con la anterior, dichas por Mr. Blaine, eventualmente podrían ser la semilla que origina la construcción de la acusación en contra de Chile.

PLANO MILITAR Y DE ARMAMENTOS.

Siguiendo esa línea de análisis, la frase de Mr. Blaine va dirigida netamente hacia el plano militar de la guerra, en el sentido de que las fuerzas chilenas fueron ayudadas o provistas por Inglaterra con los bastimentos necesarios para llevar a cabo la contienda.

Como hemos indicado en nuestra hipótesis, demostraremos que esto no responde a la realidad. Veamos los porfiados hechos.

- Los buques de la Armada de Chile fueron mandados a construir a Gran Bretaña, entre los años 1854 –para la Esmeralda, el buque más antiguo de la Armada– y 1874 para el ya mencionado



James G. Blaine. Biblioteca del Congreso USA.

21 Archivo del New York Times #82027041882

blindado Almirante Cochrane. La única nave no británica sirviendo en la marina chilena fue la goleta *Virjen de la Covadonga (sic)*, que fue capturada a España durante la guerra de 1866. Destacamos que los dos navíos más importantes de la escuadra peruana, el Huáscar y la Independencia, también fueron construidos en Inglaterra.²² Las Armadas de Chile y Perú contrataron marinos extranjeros para sus buques, es así como nos encontramos con el norteamericano Edward Hyatt a cargo de las calderas de la Esmeralda, o bien con Thomas Wilkins, de idéntica nacionalidad y responsabilidad en la nave peruana Independencia, entre muchísimos otros.

- En cuanto a los fusiles –no mosquetes, como indica Mr. Blaine– que fueron utilizados por Chile, eran de origen francés y belga, Gras y Comblain, respectivamente. También se utilizó la carabina norteamericana Winchester para los escuadrones de caballería y para las unidades de artillería. Asimismo, debemos mencionar que una parte del ejército peruano usó el fusil Martini Henry de procedencia británica.
- Los sables de la caballería chilena eran de origen francés, fabricados por “La Manufacture D’Arme de Chatellerault”.
- La artillería ocupada por las fuerzas terrestres chilenas fue en un 90% de procedencia alemana, fabricados por la empresa Krupp, el resto se componía de unas pocas piezas Armstrong, adquiridas antes de la guerra y ya obsoletas por ser de avancarga, lo mismo sucedía con piezas francesas La Hitte, adquiridas en 1858.
- Las telas para los uniformes de los soldados chilenos fueron adquiridas, en su gran mayoría en Chile a la empresa “Paños Bellavista Tomé”,²³ y en menor medida importados desde Francia, desde donde incluso llegaron algunas partidas de botones.

En una situación político militar muy poco conocida, debemos mencionar que las grandes potencias europeas y Estados Unidos enviaron hacia nuestras costas sus navíos de guerra, cuya misión era la de observar las acciones bélicas y proteger los intereses de sus connacionales en caso de que alguno de los beligerantes los violentase.

La siguiente es la lista²⁴ de navíos neutrales presentes en nuestras costas durante la Guerra del Pacífico.

22 El Huáscar fue hecho en los astilleros Laird Brothers en 1865 y la Independencia en 1863 por los astilleros Samuda Brothers, en el río Támesis. (N. del A.)

23 http://www.textilschile.cl/detalle_noticia.php?id=180, consultado el 19 de mayo 2012. La empresa Paños Bellavista Tomé fue fundada en 1865 en la localidad de Tomé, cerca de Concepción, Chile.

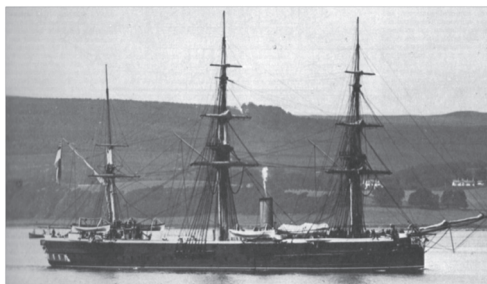
24 Esta lista es un compendio de la información contenida en los libros de Bulnes, Machuca y Le Leon.

LA AYUDA INGLESA A CHILE DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO. ¿MITO O REALIDAD?

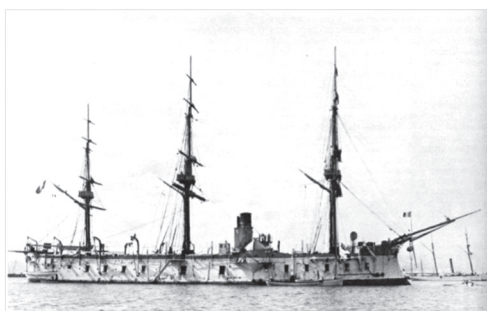
ARMADA INGLESA	ARMADA FRANCESA
HMS Triumph	Victorieuse
HMS Shannon	Decrès
HMS Turquoise	Dayot
HMS Thetis	Hussard
ARMADA ITALIANA	ARMADA NORTEAMERICANA
Cristoforo Colombo	USS Adams
Garibaldi	USS Lackawanna
Archimede (armada Napolitana)	
ARMADA ALEMANA	
SMS Hansa SMS Bismarck	

Notamos cuatro navíos de Su Majestad, la reina de Inglaterra, que si bien es cierto no estuvieron todos al mismo tiempo, sí el HMS Shannon junto con el HMS Thetis desempeñaron labores de ayuda humanitaria al pueblo de Lima y alrededores luego de las batallas de Chorrillos y Miraflores.

*“Lo que al comienzo parece ser serio fue la escasez de provisiones y si no hubiera sido por el “Shannon” y más tarde por un buque americano y otro italiano, los refugiados se habrían muerto de hambre. El capitán D’Arcy inmediatamente comenzó a enviar en las mañanas, galletas, agua, arroz, carne envasada y chocolate caliente, y fue él quien, en el hecho, alimentó a la gente. Yo mismo experimenté la gran generosidad del capitán D’Arcy y de sus subalternos, de la siguiente manera: que subí a bordo y obtuve algunas cositas para la Sra. Rey, como leche condensada para sus pequeños, y espontáneamente me regalaron muchos pequeños objetos”.*²⁵



HMS Shannon hacia 1875. (Histamar).

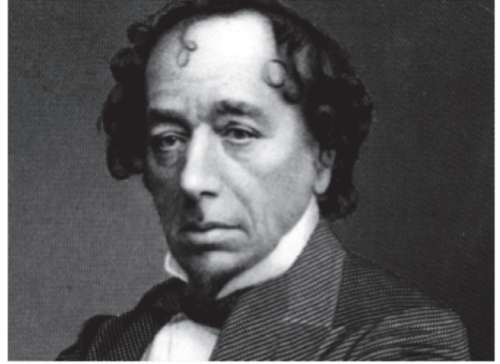


El buque francés Victorieuse. (histamar).

25 Mellafé, Rafael / Pelayo, Mauricio. *La Guerra del Pacífico en Imágenes Relatos y Testimonios*. Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, 2007, p. 272.

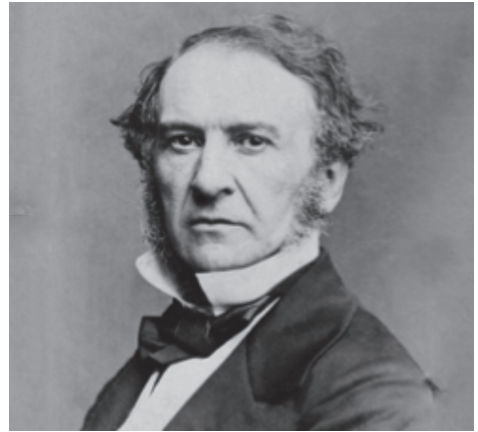
PLANO DIPLOMÁTICO.

En el plano político diplomático vemos que los sucesivos gabinetes británicos de Benjamin Disraeli²⁶ y William Gladstone²⁷ tomaron una posición más bien neutral, no involucrándose más de lo estrictamente necesario, preocupándose en dar protección adecuada a los intereses de los ciudadanos británicos que habitaban, tanto en Chile como en el Perú.



Benjamin Disraeli. (Wikipedia).

Revisando los archivos del The National Archives de Inglaterra, que es la entidad oficial del gobierno británico de almacenamiento de documentos oficiales y registros históricos, constatamos que la cantidad de documentación existente respecto de la Guerra del Pacífico es más bien escasa –17 entradas del Foreign Office para el período 1879/1880 –limitándose principalmente a correspondencia de los cónsules británicos en Valparaíso, Santiago, Lima e Iquique y que dicen relación con información sobre la situación de los súbditos británicos en la zona, algunos aspectos comerciales y conversaciones con políticos locales sobre la marcha de la guerra y su contingencia.



William Gladstone. (Biblioteca Congreso US).

No obstante lo anterior hay dos comunicaciones del Foreign Office que hacen referencia a la retención de dos buques mandados a construir por Chile, nos referimos a los cruceros protegidos Arturo Prat y Esmeralda²⁸ en razón a la observación de neutralidad del Reino Unido ante los países beligerantes. Lo mismo sucede con dos buques peruanos, el Sócrates y el Diógenes²⁹ –bautizados con nombres griegos para ocultar a sus verdaderos dueños– que fueron comprados en Alemania y

26 Benjamin Disraeli, Primer Ministro Británico desde 1874 a 1880. (N. del A.)

27 William Gladstone, Primer Ministro Británico desde 1880 a 1885. (N. del A.)

28 Detention of War Vessels building in Tyne for the Chilean Government: Arturo Prat, Esmeralda. The National Archives FO 16/234.

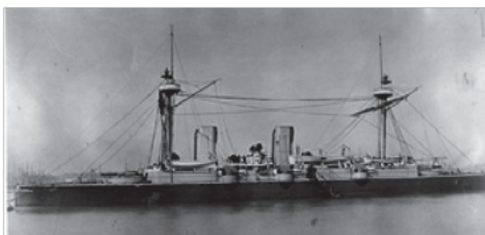
29 Detention of the Diogenes and Socrates (War Vessels built for Peruvian Government). The National Archives FO 16/233

enviados a Inglaterra para artillarlos, siendo en definitiva retenidos en este último país hasta el fin de la guerra.³⁰

Además de los dos navíos ya mencionados, Perú intentó por todos los medios adquirir buques de guerra en Europa. Hizo esfuerzos en Francia para comprar *Le Solférino* y *La Gloire*, y en Turquía con el *Fethi Bulend*³¹ utilizando a un banquero griego como intermediario. Todos aquellos esfuerzos por parte de Perú fueron impedidos por el ágil diplomático chileno Alberto Blest Gana y su secretario Carlos Morla Vicuña³² y no por algún estamento británico.

A raíz de los acontecimientos ocurridos durante la expedición a Mollendo –Marzo 1880– las cancillerías europeas consideraron que las tropas chilenas habían violentado las leyes de la guerra infligiendo daño a propiedades de neutrales,³³ por lo que el gobierno inglés toma cartas en el asunto.

“El resultado de la representación de Mr. Pakenham (el ministro de Inglaterra en Santiago) no es todavía conocido, pero después se le han dado instrucciones para unirse a sus colegas francés e italiano i protestar contra la repetición de actos que violan los usos civilizados de la guerra”.



El crucero Esmeralda (Armada de Chile).



El BAP Lima (buques de la Marina Perú).



El Fethi Bulend (History of Turkish Navy).

-
- 30 El “Arturo Prat” nunca llegó a Chile ya que fue vendido al Japón dado que sus características diferían con las especificaciones de contrato. La “Esmeralda” (3ª) sirvió en nuestra Armada desde 1884 a 1895. En tanto que el “Sócrates” fue rebautizado como “Lima” y sirvió en la Armada peruana hasta 1935, mientras que el “Diógenes” fue vendido a USA en 1898. (N. del A.)
- 31 En las publicaciones relacionadas con la Guerra del Pacífico a este navío se le denomina “Felhz- Bolend”. No aparece ese nombre en el listado naval de la Armada Turca, pero si vemos al Fethi Bulend, este error puede deberse a algún problema en la traducción / interpretación del nombre original. Ver *All the World's Fighting Ships 1860-1905*, Conway Maritime Press, Londres 1979. Pp. 388 a 393
- 32 Ver Bulnes, Gonzalo. *Guerra del Pacífico, Tomo II*. Sociedad Impresora y Litografía Universo, Valparaíso 1914. P. 454 et al.
- 33 En aquella expedición el Regimiento 3º de Línea, formado básicamente por hombres expatriados del Perú al inicio de la guerra, se cobran venganza saqueando e incendiando las casas y la aduana de aquel puerto. Al reembarcar a las tropas chilenas, se produce una desertión de cerca de 80 soldados chilenos que se quedan en tierra con el solo propósito de arrasar la zona. (N. del A.)

“Esto ocurría a fines de junio de 1880, i Mr. Gladstone, Jefe del Gabinete inglés, solicitó de las grandes cancillerías europeas i de la de Washington que se uniesen para poner fin a la Guerra del Pacífico por imposición, si bien reconociendo los derechos que la victoria se le daba a Chile.



Le Solférino (Wikipedia).

*Esta proposición fue manejada con la mayor reserva en junio i se relaciona con las conferencias de Arica, porque se estimuló al gobierno norteamericano para hacer valer sus influencias i evitar que la intervención europea atropellara el precepto Monroe. Requerido Gladstone por Bismark para dar forma por escrito a sus ideas, aquel propuso que las grandes potencias enviasen representantes al Pacífico, los cuales manifestarían a los beligerantes la necesidad de firmar la paz i permanecerían presentes mientras se debatía la cuestión, llegando en caso de desacuerdo a imponer la paz por la fuerza. Francia contestó aceptando la proposición si la Alemania e Italia se adherían a ella. Italia aceptó. Bismark dio su respuesta en nombre del Emperador, diciendo: que los gastos de una empresa semejante serían para el Imperio alemán mui superiores a las utilidades que podía reportar”.*³⁴ (sic)

Esta es la primera tentativa seria de intervención diplomática promovida por el Reino Unido, para lograr un acuerdo de paz que fuese honrosa y honorable para los tres beligerantes. Sin embargo los Estados Unidos aplica la denominada Doctrina Monroe, dejándole muy en claro a las potencias europeas que dicho país no va aceptar ni tolerar ningún tipo de intromisión de los países del viejo continente en América.

Impulsadas y auspiciadas por Estados Unidos, la propuesta original del Primer Ministro inglés, se cristaliza en “Las Conferencias de Paz de Arica”, donde los ministros norteamericanos Thomas Osborn, ministro de Estados Unidos en Chile; Isaac P. Christiancy, ministro de Estados Unidos en Perú; y Charles Adams, ministro de Estados Unidos en Bolivia logran reunir entre los días 22 y 27 de octubre de 1880 a los representantes de los países en guerra a bordo de la fragata de bandera estadounidense “USS Lackawanna”, fondeada en el puerto de Arica.

Dichas conversaciones fueron absolutamente estériles e infructuosas.

Es curioso observar este episodio de la historia de la Guerra del Pacífico, donde Estados Unidos en una actitud soberbia y prepotente, no deja actuar a las potencias de Europa –países con vasta y ancestral

34 Bulnes, Gonzalo, op. cit. p. 461.

experiencia diplomática— y toma para sí el control de las conversaciones de paz, no quedando claro si es un mero auspiciador de las conversaciones o bien en algún momento se presenta como mediador entre los países en guerra.

EL SALITRE

Es en el plano comercial de la explotación del salitre, donde el supuesto mito adquiere mayor fuerza, ya que toma algunos elementos de acontecimientos históricos previos a la contienda, que luego son de cierta manera, torcidos para darles un cauce tal que puedan dar una interpretación antojadiza y plausible a hechos ocurridos durante la guerra y a algunos posteriores.

Jorge Basadre, en su obra ya citada, dice:

*“En suma el capitalismo inglés ayudó y sostuvo a Chile en la guerra contra el Perú. Es importante consignar y estudiar este importantísimo hecho que debe llevar a revisar muchas aseveraciones de la historia tradicional acerca de dicha contienda. Pero ello no implica olvidar que las campañas y las batallas de la invasión y la ocupación del Perú las hicieron chilenos”.*³⁵

Si bien es cierto que Basadre identifica como ayudistas al “capitalismo inglés”, veremos que durante la guerra no hubo tal.

Al respecto y dando un breve repaso de este plano podemos decir que para 1878 en el puerto boliviano de Antofagasta la industria del salitre estaba prácticamente monopolizada por la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, de capitales chilenos y cuyos dueños eran, Francisco Puelma y Agustín Edwards Ossandón que entre ambos tenían —por partes iguales— un total de 1.696 acciones, equivalente a un 67,84% y Gibbs y Cia (británica) las restantes 804 acciones, equivalentes a un 32,16%, completando así 2.500³⁶ acciones patrimoniales. Su gerente general en Antofagasta era el ciudadano inglés George Hicks.



Plano de ferrocarriles y salitreras de tarapacá hacia 1886. Las zonas coloreadas en amarillo indican concentración de caliche. (Museo del Salitre).

35 Basadre, Jorge. *Historia de la República del Perú 1822-1933, Tomo 15. La Guerra con Chile*. Edición digital, p. 21.

36 Ver Bermúdez, Oscar. *Historia del Salitre desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico*. Ediciones Universidad de Chile, Santiago, 1963. Pp. 192 a 207.

Por el lado peruano hay que resaltar que en 1873, el entonces Presidente de ese país, Manuel Pardo, dictó una ley que creaba el estanco del salitre para todo el Departamento de Tarapacá y que además prohibía la concesión de nuevos terrenos salitreros –también llamadas “estacas”³⁷– a extranjeros. Esto tenía por objeto balancear la pérdida de ingresos por la mayor dificultad en la extracción de guano, con el mayor control de producción y precios del salitre. Luego de esto, en 1875 se dicta una nueva ley que estatiza todo el sector salitrero, entregando a sus dueños bonos a plazo como forma de pago por la pérdida de sus industrias. Es así que ya en 1876 el Estado peruano controlaba casi dos tercios de toda la producción salitrera del Perú.

También se crea en el mismo período la “Oficina de Inspección de las Salitreras”, que era la entidad gubernamental peruana encargada de velar y fiscalizar el buen cumplimiento de las normas, planes y cuotas de producción y por supuesto la comercialización del producto que se hacía a través de agentes comerciales ingleses. La jefatura de esta oficina recayó en el ciudadano inglés Robert Harvey, quien luego es ratificado en su cargo por el gobierno chileno cuando se produce la ocupación de Tarapacá, y que a la postre pasaría a jugar un papel importante en la privatización chilena del salitre.

Desde la década de 1850 se habían establecido en las costas del Pacífico Sur, básicamente en los puertos de Valparaíso, Antofagasta, Iquique y Callao, una serie de empresas europeas de la más variada índole.

En el área de servicios podemos destacar a la Pacific Steam Navigation Company³⁸ –competencia directa de la Compañía Sud Americana de Vapores– que unía en forma regular, los puertos de Liverpool y Panamá, haciendo la ruta por el Atlántico Sur, Estrecho de Magallanes y el Pacífico Sur.

En el área comercial, se habían instalado en los puertos ya dichos, una serie de empresas del viejo continente, mayoritariamente inglesas, que proveían los más variados artículos. Desde repuestos para ferrocarriles, maquinarias y explosivos usados en la industria del salitre, hasta menaje, abarrotes y, por supuesto, té. Sin embargo, estas empresas no solo se dedicaban a la importación de bienes, sino que al poco andar se empezaron a interesar en el negocio de la exportación del salitre, pasando a ser agentes comerciales de las distintas empresas productoras de aquel elemento.

El profesor Juan Ricardo Couyoumdjian, en su artículo “*El alto comercio de Valparaíso y las grandes casas extranjeras, 1880-1930: una aproximación*”, nos explica la relación entre el salitre y Chile:

“La explotación del nitrato de sodio en la provincia peruana de Tarapacá estuvo vinculada desde temprano a la economía chilena. Ya en 1842 Valparaíso era el centro comercial de la naciente industria

37 Concesión de 100 hectáreas de terrenos calicheros.

38 Fundada en Londres en 1838, también conocida como “Compañía Inglesa de Vapores”. (N. del A.)

*salitrera: allí recalaban para vender el cargamento los buques que zarpaban de Tarapacá rumbo al Atlántico; a comienzos de los años 1870 tres cuartos de todas las transacciones de salitre se efectuaban en Valparaíso. Las casas comerciales porteñas, extranjeras y nacionales, negociaban activamente esta sustancia, otorgaban crédito a los productores tarapaqueños y aprovisionaban a las oficinas salitreras especialmente de alimentos”.*³⁹

Algunas de estas casas comerciales eran: Gibbs y Cía. que se instala en Valparaíso en 1826 con sucursales en Iquique y Callao; Williamson Balfour, que hace lo propio en 1852; Duncan Fox y Cía., que también se instala en Lima en 1863.

Desde la toma de Antofagasta, vale decir, al inicio de la guerra, la escuadra chilena había bloqueado el puerto de Iquique, principal punto de exportación del salitre peruano, menoscabando así los ingresos fiscales del Perú por ese concepto con el objetivo de obligar a la escuadra peruana a batirse con la chilena, cosa que no se logra.

Noviembre de 1879 es un mes clave para el negocio del salitre. A principios de aquel mes, las tropas chilenas desembarcan en el puerto de Pisagua,⁴⁰ iniciando así la denominada Campaña de Tarapacá que culmina con la batalla del mismo nombre.⁴¹ Aunque esta última acción fue una derrota para las armas chilenas, el Ejército aliado se retira completamente hacia el norte en demanda de Arica, dejando así todo el departamento peruano de Tarapacá en manos chilenas y por consiguiente toda la labor de la industria del salitre.

El gobierno de Chile designa como Comandante de Armas y Gobernador del Departamento de Tarapacá al capitán de navío Patricio Lynch, quien tenía como prioridad hacer funcionar a plenitud la extracción del salitre de la zona, ya que con la comercialización de este producto, el Fisco chileno contaría con los recursos necesarios para poder sostener la guerra a través del tiempo.

Para lograr aquello en el más corto plazo posible, el gobierno de Chile decide que a los tenedores de los bonos —o certificados— emitidos por el Perú cuando estatizó el salitre, se les respetaría el derecho de propiedad de la salitrera sobre el cual fue emitido el ya mencionado certificado. De esta manera la industria del salitre vuelve a manos privadas. Destacamos que en fecha temprana, enero de 1880, dicha producción pudo destinarse al objetivo antes señalado.

“La decisión de Chile de devolver las salitreras a los poseedores de estos certificados, que representaban los derechos de los antiguos propietarios, tuvo profundas consecuencias sobre la nacionalidad de

39 Couyoumdjian, Juan Ricardo. *El alto comercio de Valparaíso y las grandes casas extranjeras, 1880-1930: Una aproximación*. Pontificia Universidad Católica de Chile, 2011. Edición digital, p. 17.

40 Específicamente el 2 de noviembre de 1879. (N. del A.)

41 Batalla de Tarapacá, librada el 27 de noviembre de 1879 en la quebrada homónima. (N. del A.)

la industria. Para los productores extranjeros, británicos y alemanes que estaban trabajando sus propiedades bajo contrato con el gobierno peruano, esta medida les permitió recuperar sus propiedades de inmediato. Sin embargo, los más beneficiados con esta política fueron aquellos que supieron identificar las mejores y más importantes propiedades salitreras y adquirieron los certificados correspondientes, que por entonces se transaban a muy bajo precio. Fue el caso de J. T. North y Robert Harvey quienes, por esta vía y mediando el financiamiento del Banco de Valparaíso, consiguieron hacerse de varias excelentes oficinas y terrenos”.⁴²

Como vimos, Robert Harvey era el jefe de la Oficina de Inspección de las Salitreras, por lo que tenía información clave sobre la capacidad productiva y de la calidad del nitrato de cada una de las oficinas salitreras de la región. También aparece en escena otro personaje relevante, John Thomas North,⁴³ quien llega a Iquique en 1871 a probar fortuna en el negocio de la importación de maquinarias y con la distribución de agua.

Harvey y North se asocian y comienzan a comprar los bonos del salitre peruano, que a medida que pasaba el tiempo y las victorias bélicas se inclinaban hacia Chile, estos perdían cada vez más su valor real de transacción ya que nadie sabía con certeza cual sería el futuro de los certificados emitidos por un gobierno que a la postre ya no existía.⁴⁴



John T. North (Museo del Salitre).

“Por otra parte, el gobierno chileno optó por la política de entregar la industria nuevamente a las empresas privadas. Harvey y North tuvieron conocimiento anticipado de esta determinación y adquirieron a bajo precio los certificados de muchas oficinas, para lo cual utilizaron el crédito que les otorgó el gerente del Banco de Valparaíso, Juan Dawson. Fueron así beneficiados con el decreto expedido en Santiago el 11 de junio de 1881 que mandó devolver los establecimientos salitreros que habían sido adquiridos por el gobierno peruano, a quienes depositasen, por lo menos, las tres cuartas partes de los certificados emitidos por el valor de cada salitrera y entregasen, además, una suma igual al precio de la otra parte.

42 Couyoumdjian, Juan Ricardo, *op cit.*, p. 18.

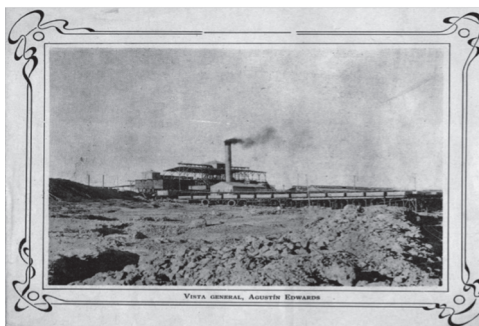
43 John North, ciudadano inglés, llega primeramente a Caldera, Chile, en 1869 como supervisor de la fabricación de calderas para el ferrocarril. (N. del A.).

44 Después de la Batalla de Miraflores, 15 de enero de 1881, el gobierno peruano sencillamente desaparece. El Dictador peruano Piérola huye a la sierra y en Lima se forma una Asamblea constituyente que a la postre nombra al Sr. García Calderón como Presidente del Perú. (N. del A.).

Los fondos para las lucrativas especulaciones entonces hechas por Harvey y North salieron de una institución de crédito chilena: el Banco de Valparaíso ya mencionado. Dawson estaba interesado en los negocios de North hasta el punto de que se le adjudicara el título de "Rey del Salitre"; pero ello ya no pertenece a la historia del Perú. Su "reinado" empezó, pues, contra lo que se ha dicho, solo después de la ocupación chilena de Tarapacá".⁴⁵

Ciertamente Harvey y North tenían acceso a información privilegiada –cuyo uso hoy está penado por ley– y la ocuparon apostando fuertemente a que el gobierno de Chile respetaría a los tenedores de los bonos emitidos por el Perú sobre las oficinas salitreras y que no se volvería a estatizar la industria del salitre, apuesta que ganarían, y con creces.

Pero todo esto después de 1882 o 1883, vale decir cuando estaba en pleno apogeo la Campaña de la Sierra y se vislumbraba el final de la contienda.



Oficina Salitrera de Agustín Edwards. (Colección particular).

CONCLUSIÓN.

Como hemos visto, todos los mitos, y los de la Guerra del Pacífico no son la excepción, que han perdurado a través de los años y que están tremendamente arraigados en la cultura popular de los tres países involucrados en la contienda, tuvieron una semilla o un germen que es históricamente sustentable.

Tenemos que recordar que en aquella época, segunda mitad del siglo XIX las comunicaciones no eran expeditas –lo más rápido era el telégrafo, cuando había conexión, y la fotografía aún no estaba masificada– los periódicos rara vez imprimían una foto –generalmente usaban litografías. Más aún, debemos tener en cuenta que solo el 18% de la población del Perú⁴⁶ y el 22% de la de Chile⁴⁷ sabían leer y escribir.

Lo que hoy entendemos como “comunicación masiva”, a la época se hacía oralmente en los denominados “meetings populares”, donde un consumado y a veces inflamado orador, relataba los acontecimientos poniendo los énfasis donde más conviniese y, como no, emitiendo juicios personales sobre una determinada noticia. Tampoco podemos olvidar las tertulias ciudadanas o las reuniones de los empleados

45 Basadre, Jorge, *op. cit.*, p. 23.

46 Gootenberg, Paul. “Población y etnicidad en el Perú republicano (siglo XIX)”. IEP Ediciones, Lima, Perú 1995, p. 10.

47 Oficina Central de Estadística. *Quinto Censo Jeneral Levantado el 19 de Abril de 1875*. Imprenta El Mercurio, Valparaíso 1876. P. XLIV.

del campo en la casa patronal, en las cuales se procedía a contar –y comentar– las novedades de la guerra en forma más o menos similar.

Quizás si vemos la construcción de los mitos, no desde un punto netamente histórico analítico, sino que más bien desde una perspectiva psicológica social de los pueblos, podemos encontrarles algún sentido propagandístico, o bien, como se denomina hoy en día, de guerra psicológica, que puede ser usada tanto para el frente interno como para el externo.

Aunque la guerra haya ocurrido hace más de 130 años y estemos en el siglo XXI, los mitos antes expuestos siguen perdurando –y, en algunos casos, acrecentándose, ya que continúan explicando algunas acciones, que de lo contrario sería muy difícil de aceptar para algún grupo específico de Chile o de Perú.

Sin lugar a dudas es el mito de la ayuda inglesa a Chile el que presenta mayores aristas y despierta mayores controversias. Como vimos, esta supuesta ayuda se mueve al mismo tiempo en varios planos distintos.

En el plano militar queda sumamente claro que “los ingleses” no prestaron apoyo alguno. No hubo abastecimiento de pertrechos bélicos⁴⁸ desde el Reino Unido, como tampoco injerencia directa en las acciones bélicas. Solamente, y al igual que sus símiles franceses, norteamericanos y alemanes, fueron meros observadores en las distintas batallas, enviando delegaciones de oficiales a los dos bandos en disputa.

En el plano político, el gobierno de Su Majestad la reina Victoria, se mantuvo totalmente neutral, preocupado, eso sí, de sus súbditos que habitaban estas tierras y de la marcha, en general, de la guerra. Las retenciones de la compra de buques de guerra a los gobiernos de Chile y Perú, como también las comunicaciones del Foreign Office con sus cónsules en Sudamérica en relación al estado de los ciudadanos británicos, refrendan lo ya dicho. Incluso la iniciativa del ministro Gladstone queda en nada debido a la presión norteamericana.

Es en el plano comercial donde se puede ver una mayor actividad de las casas inglesas, antes, durante y después de la guerra con respecto a otras del viejo continente. También es cierto que algunos comerciantes o empresarios ingleses fueron oportunistas. Tanto en Perú como en Chile, aprovecharon la ocasión –y la información– para hacerse de algún patrimonio. Pero en ningún caso las actividades de los comerciantes o empresarios ingleses tuvieron alguna injerencia o fueron gravitantes en el desarrollo del conflicto o en el resultado del mismo. Todo lo contrario, ellos usufructuaron y supieron sacar provecho de la guerra.

48 La empresa Armstrong envió algunos cañones navales a la Armada de Chile junto con personal para la evaluación de dichas piezas. (N. del A.)

Es interesante observar con detenimiento el análisis del aspecto comercial que hace el Secretario de Estado James Blaine, que aparece en un párrafo posterior al de la entrevista presentada anteriormente.

Q. Do you blame England for the result [in relation of the Chilean victory over Peru]?

A. To blame England would be childish; England is always bold, energetic, and vigilant in spreading her commercial power. I admire her ceaseless activity, but I do not believe in having it exercised at the expense of the United States. Especially do I dislike to see England winning great commercial triumphs in a field that legitimately belongs to the United States, and which the United States could readily command if she would. Chili's victory throws the whole Peruvian business into English hands. The export of guano and nitrate is already nearly 700.00 tons per annum, and will rapidly increase, all from Peruvian territory and all now absorbed by Chili, English bankers will furnish the money, English merchants will transact the business. English ships will carry the cargoes. Over 800 ships are already engaged in the trade. Chili will gain from it in two years more than the entire cost of her war, and England will absorb the business as she absorbs the trade of Portugal, of Egypt, of Australia or of Benegal.⁴⁹

P. Usted culpa a Inglaterra por el resultado [por haber vencido Chile al Perú]?

R. Culpar a Inglaterra sería infantil. Inglaterra siempre es valiente, enérgica y vigilante en la apertura de su poder comercial. Yo le admiro esa incesante actividad, pero no creo que deba ser ejercida a costa de Estados Unidos. Especialmente me desagrada ver a Inglaterra obteniendo triunfos comerciales en un área que legítimamente le pertenece a Estados Unidos, y que los Estados Unidos podrían fácilmente comandar si quisiera. La victoria de Chile arroja todo el negocio peruano a las manos de los ingleses. La exportación del guano y nitratos está cerca de las 700.000 toneladas por año, y se aumentará rápidamente, todo desde el territorio peruano y ahora absorbido por Chile, los banqueros ingleses suministrarán el dinero, los mercaderes ingleses harán las transacciones. Barcos ingleses llevarán la carga. Más de 800 barcos ya están participando en el flete. Chile ganará en dos años mucho más que el costo total de toda esta guerra, e Inglaterra absorberá este negocio como absorbió el comercio en Portugal, de Egipto, Australia o Benegal.⁴⁹

Queda más que claro que a Mr. Blaine no le importaba quien ganase la guerra—Perú o Chile—lo importante era que los Estados Unidos perdía el comercio de un “área que legítimamente le pertenece a Estados Unidos.”, por tanto culpa a los ingleses, no de la victoria chilena, sino que de la derrota comercial norteamericana.

Por todo lo anterior y desde el punto de vista del análisis netamente histórico, no existe ninguna evidencia que demuestre que “los ingleses ayudaron a Chile” y por lo tanto esa idea o aseveración no es más que otro gran mito construido en torno a la Guerra del Pacífico.

49 Entrevista antes citada.

Sin embargo queda aún un último aspecto que hay que mencionar.

Debemos recordar que desde antes del comienzo de la guerra y especialmente durante el lapso que esta duró, el Perú se encontraba sumido en una anarquía política. Pradistas, civilistas, pierolistas, carceristas, etc., eran corrientes políticas antagónicas que incluso durante el conflicto armado no lograban ponerse de acuerdo unas con otras, incluyendo derrocamientos de presidentes y combates⁵⁰ entre fuerzas políticas contrarias en plena guerra contra Chile.

Como dijimos, en el período de 1840 a 1860, Perú tuvo 16 presidentes, pero a esto hay que adicionar el lapso de 1860 a 1884, dándonos una suma total de 39 jefes de Estado, incluyendo más de un presidente en ejercicio al mismo tiempo. Una demostración palpable del caos y de la tremenda desorganización del frente interno peruano.

Por supuesto que estas divisiones y la falta de un liderazgo que diese una conducción política estratégica clara y contundente contribuyeron, en parte, a la derrota peruana en la Guerra del Pacífico.

Después de terminado el conflicto, con la firma del Tratado de Ancón, las luchas intestinas peruanas no solo no terminaron, sino que se acrecentaron, derramándose más sangre peruana.

Terminada la guerra y básicamente después de que Perú logra cierta estabilidad cívica, republicana, que podría decirse que es luego de la elección de Eduardo López de Romaña como Presidente en 1899, cuando ya todos los próceres peruanos de la guerra contra Chile han dejado de ser primeros actores de la política del Perú, parte de la opinión pública de ese país comienza a exigir explicaciones concretas por el desastre, en el más amplio sentido de la palabra, que significó el resultado de la guerra contra Chile.

Lo más fácil y menos comprometedor para la clase oligárquica que comandó, de alguna manera, las acciones bélicas desde 1879 a 1883, fue decir que Perú no había perdido la guerra contra de Chile—antigua Capitanía General al sur del Virreinato del Perú y por tanto un territorio de inferior categoría— sino que la había perdido contra la potencia mundial dominante en esos momentos: Inglaterra, que había usado como brazo armado a Chile en pos de la conquista, no del Perú, sino que del salitre.

50 Ver Mellafé, Rafael / Pelayo, Mauricio, *op. cit. El Combate de Acuchimay*, p. 303.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes Primarias:

AHUMADA MORENO, Pascual. *Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencia y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia*. Imprenta del Progreso, Valparaíso 1884 a 1892. 8 tomos más un apéndice.

Diario El Ferrocarril. Santiago, 1879-1883.

El Diario Ilustrado. Santiago, 1910-1913.

Fondo *Biblioteca del Congreso Nacional* (Chile).

Fondo *The National Archives*. United Kingdom.

Fondo *The New York Times Archives*. U.S.A.

Libros:

ARGUEDAS, Alcides. *Historia General de Bolivia*, La Paz, 1922.

BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú*. 6^a, Edición. Lima, 1969.

BERMÚDEZ, Oscar. *Historia del Salitre desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico*. Ediciones Universidad de Chile, Santiago, 1963.

BULNES, Gonzalo. *Guerra del Pacífico*, Tomos I, II, III. Sociedad Impresora y Litografía Universo, Valparaíso 1911, 1914 a 1919.

CÁCERES, Andrés. *La Guerra del Pacífico, sus campañas* (memorias). Editorial Millas Batres S.A. Lima, 1973.

CAIVANO, Tomás. *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*. Publicaciones Museo Naval, Lima, 1979.

CASTAGNETO, Piero / LASCANO, Diego. *Buques de Guerra Chilenos 1850-1950: Un siglo en Imágenes*. Ril Editores, Santiago, 2011.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

- CID, Gabriel / SAN FRANCISCO, Alejandro. *Nación y Nacionalismo en Chile*. Siglo XX. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2009.
- Conway Maritime Press. *Conway's All The World Fighting Ships 1860-1905*.
- COUYOUMDJIAN, Juan Ricardo. *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la posguerra 1914-1921*. Editorial Andrés Bello y Ediciones Universidad Católica de Chile, 1986.
- COUYOUMDJIAN, Juan Ricardo. *El alto comercio de Valparaíso y las grandes casas extranjeras, 1880-1930: Una aproximación*. Pontificia Universidad Católica de Chile, 2011.
- DE VARIGNY, Charles. *La Guerra del Pacífico*. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1971.
- DEL CANTO, Estanislao. *Memorias Militares*. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2004.
- DELLEPIANE, Carlos. *Historia Militar del Perú*. Biblioteca Militar del Oficial, Tomo Segundo, Sexta Edición Ministerio de Guerra, Lima, 1977.
- DOUGLAS DOLLENZ, Walter. *Batallas del Ejército de Chile. Chorrillos y Miraflores. Crónicas de Eduardo Hempel, corresponsal de Guerra*. Ril Editores. Santiago, 2010.
- Ejército de Chile. *Boletín de La Guerra Del Pacífico 1879-1881*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979.
- ENCINA/ CASTEDO. *Historia de Chile*. Editorial Zigzag. Santiago, 1976.
- GIBBONS, Tony. *La Enciclopedia de los Barcos*. Edimat Libros. Madrid, España, 2003.
- GOOTEMBERG, Paul. *Población y Etnicidad en el Perú Republicano (Siglo XIX)*. Algunas revisiones. IEP Ediciones, Lima, 1995.
- GUTIÉRREZ, Alberto. *La Guerra de 1879*. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1975.
- LE LEÓN. *Recuerdos de una Misión en el Ejército chileno. Batallas de Chorrillos y Miraflores*. Editorial Francisco de Aguirre. Santiago, 1969.
- LECAROS, Fernando. *La Guerra con Chile en sus documentos*. Ediciones Rickchay. Lima, 1979.
- MACHUCA, Francisco. *Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico*. Tomos I, II, III y IV, Imprenta Victoria, 1926.

LA AYUDA INGLESA A CHILE DURANTE LA GUERRA DEL PACÍFICO. ¿MITO O REALIDAD?

- MASON, Theodorus. *Guerra en el Pacífico Sur*. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1971.
- MELLAFE, Rafael / PELAYO, Mauricio. *La Guerra del Pacífico en Imágenes, Relatos y Testimonios*. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2007.
- Oficina Central de Estadística. “*Quinto Censo Jeneral de la Población de Chile Levantado el 19 de Abril de 1875*”. Imprenta El Mercurio, Valparaíso, 1876.
- Oficina Central de Estadística. “*Sesto Censo Jeneral de la Población de Chile Levantado el 26 de Noviembre de 1885*”. Imprenta La Patria, Valparaíso, 1886.
- PAZ SOLDÁN, Mariano. *Narración histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*. Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, 1884.
- PINOCHET DE LA BARRA, Oscar. *Testimonios de la Guerra del Pacífico*. Editorial Andrés Bello, 2003.
- QUEREJAZÚ, Roberto. *Guano, Salitre y Sangre: Historia de la Guerra del Pacífico*. (La Participación de Bolivia). La Paz, 1998.
- RAVINES, Rogger. *Partes Oficiales de la Guerra con Chile 1880-1882*. Editorial Los Pinos. Lima, 1992.
- SATER, William F. “Reflection on the War of the Pacific”. Centro de Estudios Bicentenario. *Revista Bicentenario*, Vol. 4. Nº 2, 2005.
- VILLALOBOS, Sergio. *Historia de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago, 1974.
- En Internet:*
- www.memoriachilena.cl
- www.textilschile.cl
- www.laguerradelpacifico.cl
- www.1879.cl

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

Gonzalo Dulanto Rencoret¹

La guerra de Chile contra la alianza Perú-Boliviana (1879-1884), es un conflicto que ocurre prácticamente a fines del siglo XIX. En las postrimerías de este siglo, grandes avances tecnológicos habían ocurrido.

La marina Chilena contaba con dos buques muy modernos para la época (los dos blindados), torpedos, ametralladoras. El Ejército por su parte disponía de material de guerra de última generación, fusiles de repetición con bala de vaina metálica, ametralladoras, revólveres, artillería Krupp y cañones de distinto calibre defendiendo los puertos, etc.

La mantención, reparación y operación de estos equipos requerían de personal altamente preparado.

Esta monografía aborda esta temática, investigando lo que había antes de la guerra para entender lo que fue posible hacer llegado el conflicto.

Finalmente, citaremos la vida de un ingeniero mecánico chileno, civil, que pide ser enrolado en el Ejército para aportar todos sus conocimientos y experiencias a la causa de la patria, situación que vivieron muchos otros llegando al heroísmo como los jóvenes mecánicos egresados de la Escuela de Artes y Oficios.

PRÓLOGO

Todo conflicto bélico implica la capacidad de los países beligerantes de apoyar el esfuerzo bélico con el mejor material humano que se dispone para las acciones militares y para el apoyo que ellas requieran.



Don Federico Stuken y Marcos Latham en Lima. (MHM).

¹ Alumno del Diplomado en Historia Militar de Chile Guerra del Pacífico, 2012 e Ingeniero civil mecánico de la Universidad Santa María.

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

En el caso de la Guerra del Pacífico (1879-1884), Chile debió enfrentar al Perú y Bolivia en una guerra para la cual no estaba preparado. Esta guerra ocurre en un período de la historia en que los avances de la Revolución Industrial hacían fuerte aparición en Chile, siendo los más significativos los relacionados con el transporte (marítimo y terrestre) y las armas modernas, todos estos adelantos tenían como elemento común el gran desarrollo de la mecánica (máquinas a vapor).

El tema que se plantea es “¿de dónde obtuvo Chile mecánicos profesionales para abordar estos requerimientos?”.

Para dar respuesta a esta interrogante investigaremos cual era la situación histórica del país antes del conflicto en términos de diagnóstico de capacidades de las instituciones existentes a la fecha para la formación de personal, instalaciones industriales existentes que permitieran disponer de técnicos adiestrados para las necesidades de la Armada y Ejército. Para un mejor conocimiento aportaremos aspectos de las condiciones de vida y ocupaciones laborales existentes a la fecha.

Situación imperante hacia 1840

A comienzos de 1843, “El Progreso “ describía la falta de calificación de los artesanos chilenos en términos muy similares a los que había empleado Manuel Salas veinte años antes:

*“Las artes mecánicas yacen por lo general estacionarias. La rutina sin ciencia, dirige sus operaciones; nuestro artesanado carece de toda instrucción elemental; ninguna noción de dibujos; ningún rudimento de mecánica; y aunque se han abierto cursos públicos sobre uno de estos ramos con fin de que sirvan para la instrucción de nuestros operarios, las bancas de la clase permanecen casi desiertas por la imposibilidad en que se hallan estos mismos operarios, faltos de toda instrucción de apreciar las ventajas que podría traerles esta”.*²

Afortunadamente a partir de esa fecha los agricultores chilenos toman conciencia del estado tecnológico del país e insisten ante las autoridades que se formen escuelas industriales similares a las existentes en Europa.

En aquella época comenzaba ya a discutirse el proyecto de creación de una escuela de artes y oficios en Santiago y otras posteriormente en provincias, destinada a dar la preparación necesaria a los artesanos. Los más diversos sectores de la opinión pública cultivada coincidían en constatar el bajo nivel de especialización de los menestrales³ chilenos y en la necesidad de fundar una Escuela de Artes y Oficios.

2 “Sociedad de instrucción y población”, artículo IX, El Progreso, Santiago, 7 de enero 1843.

3 Persona que profesa un arte mecánico.

*“Sensible es decirlo, no hay buenos artesanos en Chile, y nos vemos precisados a ocupar a los extranjeros hasta para las cosas mas sencillas, con perjuicio de los hijos del país, a quienes debiéramos dar la preferencia si fueran más aplicados y morales”.*⁴

LA EDUCACIÓN PROFESIONAL

La Escuela de Artes y Oficios de Santiago

La Escuela de Artes y Oficios de Santiago fue fundada finalmente el 6 de julio 1849 por un decreto supremo del Presidente Manuel Bulnes Prieto y como ministro de Justicia e Instrucción Pública, don Manuel Montt Torres.

Las primeras especialidades fueron herrería, mecánica, modelista y fundición. Su primer director fue el ingeniero y pedagogo francés Jules Jariez, al igual que el grupo de instructores de las diferentes especialidades. El modelo escogido era el empleado en las escuelas francesas de la época.

Los primeros estudiantes debían tener entre 15 y 18 años de edad, saber leer y escribir y conocer las operaciones aritméticas. Su instrucción principal consistía en la formación práctica en talleres. Adicionalmente se instruían en álgebra, trigonometría, geometría descriptiva, dibujo técnico, mecánica industrial, física y química y naturalmente castellano, historia, geografía y otros cursos básicos. Esta formación originalmente duraba cuatro años, pero a partir de 1858 se amplió a cinco años. Los egresados recibían la calificación de ‘aprendiz’.

*A partir de 1854, la Escuela de Artes y Oficios licencia a los primeros egresados cuyo número alcanzó la cantidad de 19 diplomados.*⁵ Posteriormente se amplió el número de plazas de admisión incrementándose el número de egresados.

En el primer semestre de 1869 y a petición de Joaquín Blest Gana, entonces ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, se designó a una comisión integrada por el propio José Zegers además de Pedro Lucio Cuadra, Antonio Marazzi y Constancio Costa para estudiar el eventual traslado de la Escuela de Artes y Oficios a la ciudad de Limache, donde el Ejército contaba con una maestranza desde 1866. El informe de la comisión refuta la moción del traslado.

Entre fines de la década de 1870 y comienzos de la década siguiente, la Escuela de Artes y Oficios enfrentó una nueva crisis ocasionada entre otros factores por la Guerra del Pacífico. La participación de

4 “Colegio de Artes y Oficios”, *Revista Católica*, Santiago, 27 de septiembre de 1845.

5 Muñoz, Juan y otros, *La Universidad de Santiago de Chile. Sobre sus orígenes y su desarrollo histórico*. Santiago, la Universidad, 1987, p. 25.

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

la Escuela de Artes y Oficios en el conflicto se tradujo en que sus dependencias fueron utilizadas como maestranza de material bélico, al tiempo que sus alumnos formaban parte del Ejército chileno, como el caso de varios marinos que formaron parte de la tripulación de la “Esmeralda” en el Combate Naval de Iquique.

No podríamos dejar de mencionar los nombres de los héroes del combate del 21 de mayo egresados de la Escuela de Artes y Oficios.

Ignacio Serrano Montaner

José Gutiérrez de la Fuente

Vicente Mutilla

Dionisio Manterola Villarroel

Manuel Santiago Juan

Antonio Torres

y los marineros rescatados,

José Fructuoso Vargas Uribe

Ramón Rebolledo

Hay un hecho curioso que quisiéramos dar a conocer: “Grau tenía en su buque a varios prisioneros de la hundida Esmeralda, entre los cuales se encontraba el único aprendiz mecánico escapado con vida de la gloriosa corbeta mártir, don José D. Vargas.”⁶

Deseando el jefe peruano saber a que atenerse con respecto al buque al cual perseguía, llamó a aquel joven mecánico y lo interrogó sobre las millas que andaba la Covadonga, a lo que el valeroso y leal muchacho contestó, que forzando máquinas la Covadonga podía desarrollar fácilmente hasta once millas marinas...

Entonces Grau resolvió suspender por el momento la persecución y se dedicó aún a intentar el salvamento de los restos de la Independencia.

*En realidad, lo único que salvó con este acuerdo al jefe peruano fue a la pequeña Covadonga, que en aquellos momentos navegaba al sur andando 4 millas escasas...”*⁷

ESCUELA DE INGENIERÍA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas nace junto a la Universidad de Chile en el año 1842 durante el gobierno del Presidente don Manuel Bulnes.

6 Creemos que es José Fructuoso Vargas Uribe.

7 Olid, Arturo. *Crónicas de Guerra: relatos de un ex combatiente de la Guerra del Pacífico y la Revolución de 1981*. Ril Editores, Santiago 2009, p. 43.

En el año 1853 se organizó la enseñanza de la ingeniería propiamente tal, impartándose en principio las especialidades de ingeniería de geógrafo, ingeniería de minas, ingeniería de puentes y caminos y arquitectura.

No cabe duda alguna que la formación de estos profesionales debe haber tenido importante impacto en los cuadros de profesionales existentes previo y durante el conflicto.

Ejemplo de lo anterior lo constituye el coronel don Arístides Martínez Cuadros, quien después de graduarse en la Escuela Militar obtiene el título de ingeniero geógrafo en la Universidad de Chile en 1866. También pertenecieron a este grupo los señores José Francisco Vergara Echevers, Domingo de Toro Herrera, Augusto Orrego Cortes y Manuel J. Soffia Otaegui.

De las listas de veteranos de la guerra, chilenos, hemos rescatado el nombre de Cipriano Encina, 25 años, casado, quien figura con profesión (actividad) ingeniero.⁸

Otros ingenieros señalados en forma genérica serían “*cuatro ingenieros civiles*”, contratados por la marina ante la falta de ingenieros navales de carrera”.⁹

OTROS APORTADORES DE CONOCIMIENTO MECÁNICO

A pesar que mucho del personal de mecánicos que participaron en la guerra no habían sido sometidos a una educación técnica académica, no es menos cierto que el nivel de exigencias de su trabajo los había preparado en forma real. Me refiero a los mecánicos que preparaban las mineras del norte que en el momento del llamado se incorporaron al Ejército y en menor grado a la marina. Este contingente seguramente fue la base de muchas de las acciones de soldados-mecánicos anónimos que resolvieron urgentes problemas en momentos apremiantes.

Gonzalo Bulnes, señaló que producido el desembarco de Pisagua: “*El ministro al día siguiente del combate había nombrado a don Víctor Pretot Freire administrador del ferrocarril y jefe de la maestranza al ingeniero don Federico Stuvén, el que se valió para esas reparaciones de algunos soldados pontoneros, mientras llegaban quince mecánicos que había pedido a Valparaíso*”.

La afirmación indicada por don Manuel Bulnes nos incentivó a investigar en los archivos del Ejército quiénes y cuándo habían sido seleccionados estos mecánicos, para ocupar dichos cargos. Después de una larga revisión de documentos, personal del archivo general del Ejército, logró encontrar el siguiente decreto cuyo texto lo copiamos en extenso.

8 Méndez, Carlos, *Héroes del Silencio, los Veteranos de la Guerra del Pacífico*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, p. 256.

9 Subercaseaux, Benjamin. *Tierra de Océano: la epopeya marítima de un pueblo terrestre*, Santiago. Ercilla, 1946.

“Nº 5180

Santiago, nov. 7 de 1879

S.E. ha decretado hoy lo que sigue:

Con lo espuesto en la nota que precede, apruébase el siguiente decreto espedido con fecha 27 del mes último por el Gral. en Jefe del Ejto. del Norte:

Vista la nota que precede i considerando que es necesario tener en el Ejto. un número de mecánicos diestros i esperimentados que ejecuten los diversos trabajos que se ofrezcan en la campaña, decreto:

Nº 2449.- Autorízase al Ingeniero Mecánico D. Federico Stuken para contratar los servicios de los obreros que siguen: Un primer mecánico, CIPRIANO AGUILAR con ciento veinte pesos; i segundos ROSAURO ROJAS y MARIANO CHEPULICHE, con setenta pesos; ayudantes caldereros BARTOLO TAPIA i JUAN ROJAS, con sesenta pesos el primero i cincuenta i cinco el segundo, i un remachador, GREGORIO HIDALGO con cincuenta pesos mensuales; debiendo principiar a contarse sus servicios desde el 15 del presente a D. Cipriano Aguilar i desde el 23 a D. Ramon Rojas. Tómese razon i comuníquese.

Lo transcribo a Ud. para su conocimiento.

Dios guarde a Ud.
D. Santa María”.¹⁰

Quisiéramos destacar en este grupo de aportadores al conocimiento mecánico al capitán Marcos Latham Squella, fiel compañero y ayudante de don F. Stuken quien falleció en Trujillo (Perú) de fiebre amarilla, el 7 de mayo 1882. A pesar de la brillante hojas de servicio presentada por F. Stuken, el señor Latham no tenía estudios de mecánica (información proporcionada por miembros de su familia durante esta investigación).¹¹

Otro personaje que contribuyó fue el mayor J. Arturo Olid quien en sus memorias relató lo siguiente:

“Mi resolución y falta de interés y de amor por una renta salvaron la situación y poco rato después el señor Altamirano me hizo entregar el decreto siguiente, con el cual ya podía presentarme a bordo:

10 Documento encontrado en el Archivo del Departamento de Historia Militar del Ejército, Vol. DS Nº143. Ver Anexo Nº 1.

11 “El cual sin ser mecánico, sirvió bajo las ordenes de don Federico Stuken, fue mi tío bisabuelo”... ANEXO Nº 2

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Nº 367.- Nómbrase Aprendiz Mecánico de la Armada, con derecho a ración y sin sueldo, a don J. Arturo Olid, quien se embarcará en la goleta Covadonga mientras obtiene una plaza efectiva en alguno de los buques que componen la Escuadra Nacional en campaña.

Anótese.- Eulogio Altamirano

El día 1º de mayo, esto es, dos o tres días después, el ingeniero señor Coros me llevó a la Covadonga y dejándome en cubierta bajó a la cámara del Comandante para darle cuenta del nuevo tripulante que llegaba a bordo, bajo sus recomendables auspicios.

Minutos después fui llamado a la cámara del Comandante de la Covadonga, que era un cuartucho reducidísimo, donde se paseaba con las manos puestas a las espaldas un oficial de buena estatura, pálido, de amplia y blanca frente, el cual me interrogó sobre si tendría ánimo para desempeñar la pesada tarea de un Aprendiz Mecánico, siendo de tan corta edad.

Yo me confundí un poco al contestar lo más acertadamente que pude, dada mi poca experiencia; pero me animó mucho y me fortaleció la expresión bondadosa y de tranquila serenidad con que se dignaba interrogarme el jefe del buque; más aún cuando yo me consideraba un perfecto microbio al lado de aquel gallardo y altivo oficial, de mirada suave a la vez que enérgica y penetrante.

Salí de la cámara muy animado con el bondadoso tratamiento de aquel jefe, que era el Capitán de Fragata graduado don Arturo Prat.

Dos días después zarpamos para Iquique en convoy con la corbeta Abtao, que mandaba el Capitán de Corbeta don Carlos Condell.

Así fue como me ocurrió el hecho de encontrarme a bordo de la Covadonga, como Aprendiz Mecánico, a ración y sin sueldo, sin haber visto en mi vida más máquina que la de coser... y esto aún con el honor de ser mandado por el gran futuro héroe chileno, el legendario Arturo Prat".¹²

LA FUERZA LABORAL

En la siguiente tabla se presentan datos sobre ocupaciones artesanales según los censos laborales de 1854, 1865 y 1875.

12 Arturo Olid. *Crónicas de Guerra*, p. 25.

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

Oficios	1854	1865	1875
I Construcción y mobiliario			
Carpinteros	9.499	16.544	15.962
Silleteros	0	0	417
Albañiles	2.875	4.229	6.195
Pintores	382	655	1.256
Ebanistas y grabadores	110	193	368
Tapiceros	133	204	319
Estucadores	4	25	142
Doradores	20	64	69
II Confección			
Sastres	3.439	3.422	3.599
Modistas	62	108	197
Pelloneros	390	656	764
III Cuero y calzado			
Zapateros	11.209	13.376	14.333
Curtidores	458	296	427
Talabarteros y Fab. de riendas	825	1.049	1.211
IV Alimentos y bebidas			
Panaderos	2.191	3.895	4.272
Amasanderos	1.190	305	0
Dulceros	520	525	411
Pasteleros	23	59	88
Destiladores	82	66	0
Cerveceros	49	86	241
Cigarreros	987	1.783	2.004
V Metalurgia y artesanía de metales			
Joyeros	76	82	0
Carroceros	83	211	454
Herreros	2.606	3.561	4.843

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Oficios	1854	1865	1875
Plateros	703	392	345
Bronceros	0	15	38
Hojalateros	228	418	605
Fundidores	165	375	494
Herradores	99	150	155
Relojeros	0	122	292
VI Imprenta y edición			
Tipógrafos	194	364	652
Litógrafos	6	9	31
Encuadernadores	32	61	94
VII Diversos			
Calafateros	111	182	279
Toneleros	315	565	619
Tintureros	289	263	113
Maquinistas	118	453	528
Mecánicos	0	81	615

Censos de la población chilena de los años 1854, 1865 y 1875. (Sergio Grez Toso. “*De la Regeneración del Pueblo*”).

Del cuadro informado se puede apreciar la baja cantidad de obreros ocupados en actividades propiamente mecánicas, pero se nota un incremento de ellas pese al deterioro de la actividad fruto de la crisis económica que se iba incrementando hacia 1879.

Tómese nota del nulo valor de mecánicos existentes hacia 1854 y su rápido aumento para 1875.

LA TECNOLOGÍA DURANTE EL SIGLO XIX

Este cuadro muestra los grandes inventos tecnológicos del siglo XIX que alcanzan a impactar durante la Guerra del Pacífico. Su ordenamiento cronológico nos permite ver la rapidez de la transferencia desde su invención hasta su llegada al país.

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

Nº	AÑO	INVENTO	INVENTOR	NACIONALIDAD
1	1794	Rodamiento a bola	Philip Vaughn	Gales
2	1801	Locomotora (vapor)	R. Trevithick	Inglés
3	1803	Buque (vapor)	Robert Fulton	EE. UU.
4	1825	Ferrocarril (vapor)	G. Stephenson	Inglés
5	1825	Electro- magneto	W. Sturgeon	Inglés
6	1826	Cámara fotográfica	Joseph Nipce	Francés
7	1831	Generador eléctrico	Michael Faraday	Inglés
8	1832	Telégrafo	Samuel Morse	EE.UU.
9	1834	Refrigeración (mecánica)	Parkins	EE.UU.
10	1834	Segadora mecánica	C. Mc Cormick	EE.UU.
11	1835	Revólver	Colt	EE.UU.
12	1837	Fotografía (Blco.- Negro)	Louis Daguerre	Francés
13	1839	Caucho (vulcanización)	G. Goodyear	EE.UU.
14	1842	Bicicleta	Macmillan	Escocés
15	1845	Cinemascopio	Aspdin	Inglés
16	1852	Giróscopo	L. Foucault	Francés
17	1855	Horno (gas)	Robert Bunsen	Alemán
18	1856	Convertidor	H. Bessmer	Inglés
19	1857	Ascensor	E.G. Otis	EE.UU.
20	1859	Espectrógrafo	Bunsen	Alemán
21	1860	Dínamo	Picinotti	Italia
22	1861	Ametralladora	R.J.Gatting	EE.UU.
23	1866	Torpedo	Whitehead	Inglés
24	1866	Dinamita	Alfred Nobel	Sueco
25	1866	Máquina de coser	Elias Howe	EE.UU.
26	1868	Máquina de escribir	C. Sholes	EE.UU.
27	1868	Freno de aire (FF.CC.)	G. Westinghouse	EE.UU.
28	1869	Plástico (celuloide)	J. H. Hyatt	EE.UU.
29	1876	Teléfono	A. Graham Bell	EE.UU.
30	1876	Motor a gas	Nikolaus Otto	Alemán
31	1877	Fonógrafo	T.A. Edison	EE.UU.
32	1879	Lámpara Incandescente	T.A. Edison	EE.UU.
33	1879	Lámpara eléctrica	T.A. Edison	EE.UU.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Nº	AÑO	INVENTO	INVENTOR	NACIONALIDAD
34	1879	Carburador	G. Daimler	Alemán
35	1884	Lapicera	L.E. Waterman	EE.UU.
36	1884	Turbina vapor	Charles Parson	Ingles
37	1885	Motocicleta	G. Daimler	Alemán
38	1885	Automóvil	Karl Benz	Alemán
39	1885	Motor combustión interna	G. Daimler	Alemán
40	1891	Fotografía (color)	Lippman	Francia
41	1892	Motor eléctrico (C.A.)	Nicolas Tesla	EE.UU.
42	1895	Radio	G. Marconi	Italiano
43	1895	Motor Diesel	Rudolf Diesel	Alemán
44	1900	Tractor orugas	B. Holt	EE.UU.
45	1903	Aeroplano	Hnos. Wright	EE.UU.

Mechanical Inventions (worldgeneralknowledge. Internet).

LA INDUSTRIA

La industria nacional

Las industrias de elaboración de metales constituyeron antes y después de la Guerra del Pacífico la vanguardia del desarrollo de la industria moderna, tanto por las maquinarias y técnicas empleadas, como por el monto de su producción, y en menor medida, por el grado de concentración de trabajadores.

Las guerras contra España y del Pacífico incentivaron el progreso de la industria fundidora y metalúrgica en general. Importantes contratos con el Estado aseguraron beneficiosos mercados para las empresas metalmeccánicas durante y después de la guerra contra la Alianza. Se pueden citar como ejemplo Fundición Lewer, Murphy Cía., Fundición Nacional de Federico Stuenen. Otra gran fundición con parque de máquinas herramientas fue la Maestranza de Limache.

El mercado generado por la minería, en especial el del norte grande, fue un elemento clave en el desenvolvimiento del sector. Los productores mineros comprendieron que era más rentable fabricar en el país una serie de repuestos, herramientas y bienes de capital.

Fundiciones como la Tarapacá y El Morro de Iquique, Rocard de Antofagasta, La Victoria y La Unión de Valparaíso, o grandes maestranzas como la de Caldera y Mejillones, gozaron de gran prosperidad gracias al mercado minero.

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

Maestranza de Limache

La Maestranza de Limache, propiedad del Estado, fue autorizada el 17 de abril de 1866, cerrada en 1872 y arrendada en 1875. Gozó de reputación, incluso, más allá de la frontera. Además de armamento, allí se fabricaban arados, rejas para la agricultura, motores a vapor de hasta 15 HP, calderas, aparatos telegráficos, etc. En la Exposición Nacional de Artes e Industria realizada en Santiago en el año 1872, cinco años después de su fundación, la industria limachina exhibía entre sus trabajos una hélice para el vapor Lusitania y todo un tren construido en sus talleres, desde la locomotora hasta los vagones de pasajeros y de carga.

Durante el año 1867 personal de la Maestranza de Limache es comisionado para participar en la construcción de las fortificaciones de Valparaíso.

“El 7 de enero de 1869 se decreta el Reglamento para la Maestranza de Limache y en su Art. 49 se decreta que la Maestranza estará dividida en cinco secciones.

Sección de Modelaría. - Sección de Fundición - Sección de Mecánica.

Sección de Herrería - Sección Calderería.

Cada sección tendrá un maestro mayor, y el número de obreros que fuera necesario. El maestro mayor será responsable del orden de los trabajos y de la asistencia de los operarios durante ellos”.

La Maestranza de Limache a pesar de su gran aporte a la industrialización del país debió cerrar sus actividades en 1874: *“Las razones de esta decisión se encuentran en el mal estado financiero del Estado y en el problema de conseguir personal especializado para sus labores”.*

Santiago, Marzo 2 de 1875

*“Hallándose clausurada la Maestranza de Limache y siendo necesario tomar una resolución definitiva a su respecto, nómbrase una comisión compuesta del ex-Director del establecimiento, Tte. Coronel Benjamin Viel, del Ingeniero José Francisco Vergara y el Director de la Escuela de Artes y Oficios don José Zegers Recasens, para que informen al Gobierno acerca de la conveniencia de enajenar o dar en arrendamiento a particulares la referida Maestranza”.*¹³

Finalmente, se tomó la decisión de arrendar el local con sus instalaciones al particular Clemente Sunel y Cía. (Decreto del 3 de Octubre 1875).¹⁴

13 Memoria del Director de la Maestranza de Limache, año 1869, en Memoria Ministerio de Guerra y Marina 1869.

14 Decreto del 3 de octubre 1875 en Archivo Histórico del Ejército.

Fundición Lewer y Cía.

La Fundición Lewer y Cía. no llevaba muchos años de actividad, cuando le tocó asumir una tarea que después se repitió por varias décadas, contribuir al esfuerzo de la defensa nacional de Chile.

El apoyo chileno a su vecino del norte en la guerra contra España, también trajo sus consecuencias, es así como, a partir de septiembre de 1865, el puerto de Valparaíso se encontró bajo el bloqueo de los buques de guerra españoles. Solo entonces se hizo evidente la realidad que Valparaíso era una plaza indefensa y que su fortificación era una necesidad indispensable.

Dado la situación de bloqueo, debía descartarse por el momento la importación de piezas de artillería costera, quedando solo la alternativa de fabricarlas en el país. Es por esta razón que se firma un contrato entre el Estado y Lewer y Cía. (27 de diciembre de 1865). Este contrato convino la fabricación de catorce cañones de hierro. La firma se comprometía a entregar el primer cañón “*de a sesenta y ocho, de ánima liza, en el término de treinta días a contar desde aquel en que se les haga el anticipo de dinero para los gastos de instalación y los restantes dar cada doce días*”.¹⁵

A pesar de las múltiples contrariedades que se debieron enfrentar (bombardeo de Valparaíso 31 de marzo de 1866), accidente en la fundición de cañones de bronce, Lewer logró cumplir con los contratos celebrados.

El General de brigada Justo Arteaga, comandante general de Ingenieros, tuvo la ocasión de inspeccionar esta industria y en mérito de su recomendación “*La inspección que hice de este establecimiento me inspiró la seguridad de que era practicable en él la fundición y demás operaciones de la artillería, sin gastos considerables para ponerla en ejercicio*”.¹⁶

Finalmente, a manera de conclusión podemos citar el Informe del Ministerio de Guerra que dice: “*los cañones de bronce de 120 fundidos en Valparaíso por Lewer y Cía. y los cañones fundidos en Limache y modificados últimamente, a más de su probada exactitud de tiro y superior alcance, presentan la ventaja de resistir a las mayores cargas para producir grandes efectos de penetración*”.¹⁷

La participación de Lewer y Cía. durante la Guerra del Pacífico se refirió a la mantención de naves de guerra. De ello podemos citar la mantención que se le efectuó al blindado Cochrane. Este se varó frente a las instalaciones de Lewer y Cía. en caleta Abarca y con las medidas de seguridad pertinentes, a fin de prevenir posibles ataques enemigos, a este buque se le hicieron reparaciones y mejoras más acabadas, obras que son descritas por Fco. Machuca en los siguientes términos.

15 Memoria Ministerio de Guerra, 1867 Documento N° 4

16 *Ibidem.*

17 *Ibidem.*

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

*“El señor Gandarillas, Ministro de Marina, se trasladó al puerto a activar los trabajos que vigila en unión del Almirante Goñi y de don Vicente Dávila Larraín. Un centenar de buzos limpia los fondos, cuadrillas de mecánicos recorren las máquinas. Destapadas las calderas, se encuentran obstruidos 1200 tubos, de los 1800 de dotación. Las maestranzas del ferrocarril, de Caleta Abarca, Limache y otras de menos importancia, trabajan día y noche en limpiar, componer y rehacer la tubería y fabricar remache”.*¹⁸

Asimismo añade Machuca, *“se le instalan ametralladoras y focos eléctricos para rechazar ataques de torpedos, aplicando una tecnología entonces novedosa”.*¹⁹

La utilidad de las reparaciones realizadas no tardó en dejarse sentir. La escuadra chilena zarpó a fines de septiembre, y el 8 de octubre el Huáscar cayó en sus redes, en la Batalla Naval de Angamos. En su derrota y captura jugó un papel principal el blindado Cochrane, que tan sustanciales reparaciones había recibido de parte de la Fundición Lewer y Cía.

Esta empresa también participa en la reparación de otros buques de la escuadra, las corbetas O’Higgins y Chacabuco fueron acondicionadas para aumentar su velocidad.

Además de lo anterior y tal vez el trabajo más emblemático fueron las reparaciones y modificaciones que se le efectuaron al monitor chileno Huáscar. *“En 1882 se le cambió la artillería principal y secundaria, se mejoró el sistema para mover su torre giratoria y se le cambiaron las calderas, tarea esta última que estuvo a cargo de la Fundición Lewer y Cía.”*²⁰ A las nuevas calderas se les agregó un dispositivo de purga de los separadores de agua, destinado a evitar los arrastres o “fermentaciones” que tanto afectaron a los diferentes buques durante momentos críticos de la Guerra de Pacífico. Estas importantes reparaciones y modernizaciones denotan una notable capacidad industrial de la ingeniería chilena en el puerto de Valparaíso”.

*“Hacia 1870, las maestranzas de reparación y mantención de equipos ferroviarios se había expandido y al igual que la de Limache, producían otros bienes, como carros, rejas y bancos. Pero esa expansión, posibilitada por la demanda interna, fue desordenada y sujeta a ciclos que impidieron un desarrollo sostenido. A pesar de ello, hubo logros importantes, hacia comienzo de la década de 1870 las fábricas metalmecánica de Valparaíso comenzaron a producir motores a vapor de 8 a 10 HP”.*²¹

18 Machuca, Francisco. *Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico*. Imprenta Victoria, Valparaíso, 1927.

19 *Ibidem*.

20 Espina, Pedro. *El monitor Huáscar*, editorial Adrés Bello, 1974.

21 Ortega, Luis. *La Revolución Industrial: sus aportes y requerimientos*.

La Energía

Hacia 1840 la situación de los suministros de energía en Chile en particular en Santiago era, para efectos de la iluminación pública, la combustión de aceite de esperma. Para la iluminación doméstica, velas y lámpara de aceite. La calefacción y cocina domiciliar era básicamente en base a carbón de madera.

A partir de 1853 primero en Valparaíso y 1856 en Santiago se crean las empresas productoras de gas en base a carbón mineral (gas carbónico), dejando como subproducto el denominado carbón coque ampliamente usado como combustible, ya que era más manejable que el carbón de piedra. Esta matriz energética se mantiene vigente hasta la mitad del s. XX.

El uso de este carbón se hace extensivo al uso industrial, por las ventajas que ofrece y su bajo costo. Era un subproducto de la producción del gas.

La primera experiencia en Chile con energía eléctrica se verificó con la iluminación de la plaza de armas en 1883 (plena Guerra del Pacífico).

El 27 de agosto de 1886 se promulga la Ley N° 2799 que se refiere a materias relacionadas con la electrificación del país.

Art. 1 Declárese libre de derechos de internación las máquinas, calderas, lámparas y demás útiles que se importen para el alumbrado eléctrico.

Art. 2 El Presidente de la República dictará las reglas necesarias para comprobar que se de la debida aplicación a los artículos introducidos.²²

Con la dictación de esta ley se da un fuerte impulso a la electrificación de Chile.

En 1895 las instalaciones y procesos de Famae fueron convertidas para ser accionadas por energía eléctrica.

La energía eléctrica disponible a finales del s. XIX fue de corriente continua.

Plantas Resacadoras de Agua

Por ser este un tema recurrente durante toda a Guerra del Pacífico y estar muy ligada a la gestión que debieron efectuar los mecánicos para su operación, he estimado importante referirme a ella en forma particular.

22 Ley N° 2799, promulgada el 31 de agosto 1886.

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

La palabra RESACADORA es definida por don Aníbal Echeverría (autor del diccionario "Vocablos Salitreros"), como *aparato para destilación de agua*.²³

En el caso particular de las plantas existentes en los puertos del norte la destilación se hacía a partir del agua de mar.

Para una mejor comprensión de la definición debemos agregar que destilar es la acción de evaporar la parte volátil de una sustancia y reducirla luego a líquido mediante la extracción de calor. También en algunos casos estas plantas son referidas como plantas CONDENSADORAS o DESTILADORAS ya que condensar se define como convertir en agua el vapor de una sustancia o en forma más amplia, transformar una sustancia del estado gaseoso al líquido.

Dada la importancia que tuvieron estas plantas en innumerables decisiones y acciones bélicas durante la Guerra del Pacífico, estimo conveniente agregar este capítulo a esta monografía.

A todo lo anterior debemos agregar que estas plantas por la naturaleza de su funcionamiento, el hervir el agua (combustión), estaban la mayor parte de sus componentes en contacto con el agua de mar por lo que eran equipos altamente expuestos a la corrosión y formación de depósitos de sales calcáreas y microorganismos del agua de mar.

Es en este contexto que estas plantas debieron estar en el permanente quehacer de los mecánicos de las unidades del Ejército y de la Armada durante la guerra.

Durante la travesía del convoy desde Antofagasta a Pisagua, y para mitigar en algo la falta de agua, *"Las resacadoras que se repartían en el Loa, Huanay, Santa Lucía, y Cochrane permitirían disponer de una capacidad de producción de 17.325 lts/día"*.²⁴

Estas plantas estaban diseminadas a lo largo de todos los puertos del norte, siendo Iquique el lugar donde más plantas funcionaban.

*En 1840 se instala la primera planta desalinizadora de agua de mar más conocida como resacadora de agua cuyo propietario fue don Bernardo Digoy con una producción de 1500 lts./día. Hacia 1879 hay instaladas en Iquique 9 plantas resacadoras con una producción diaria de 270.000 lts./día.*²⁵

A partir del bloqueo de Iquique, el capitán Arturo Prat es portador de la siguiente comunicación a las autoridades peruanas de Iquique:

23 Echeverría, Aníbal. *Vocablos Salitreros*, Santiago, 1934

24 Pinochet, Augusto. *La Guerra del Pacífico. Campaña de Tarapacá*, Editorial Andrés Bello, Santiago 1979, p. 107.

25 Durán, Senen. *La Conquista del Agua para Iquique*.

“República de Chile, Comandancia General de la Escuadra a bordo del blindado Blanco Encalada.

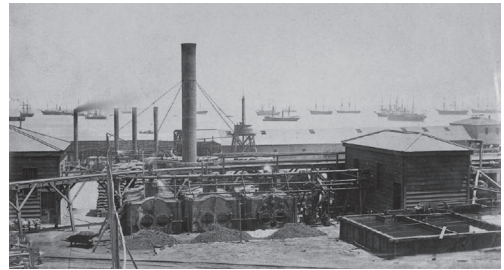
Sr. Prefecto: A las 4 p.m. del día de hoy, voy a dar principio a la destrucción de las máquinas destiladoras de agua a no ser que dejen de funcionar. Lo avisa a Ud. para su conocimiento.

Dios Guarde a Ud.

J. Williams Rebolledo”.

El 6 de abril de 1879, la Esmeralda destruye las resacadoras de agua de la ciudad de Iquique.

Por su parte, la escuadra peruana (Huáscar e Independencia) al mando del capitán Miguel Grau quien había sido instruido por el Presidente Prado de navegar a Iquique a romper el bloqueo naval sostenido por buques menores de la escuadra chilena y posteriormente trasladarse al sur a interceptar y atacar el convoy proveniente de Valparaíso que trasportaba tropas a Antofagasta, y destruir la planta resacadora de agua existente ahí, misión que fue abortada por la ocurrencia del combate del 21 de mayo y sus hechos posteriores.



Resacadora de Antofagasta 1915 (internet).

También es destacable el siguiente parte de guerra: *“Los señores Stuvén y R. Carrasco han dejado corriendo una máquina resacadora de agua, a la salida del Loa de Pisagua, que daba seis mil litros por día”.*²⁶

DON FEDERICO STUVEN OLMOS

Nació en Valparaíso el 24 de diciembre de 1837. Hijo de Juan Stuvén natural de Bremen, Alemania y de doña Jesús Olmos de Aguilera. Sus estudios primarios y secundarios los efectuó en el Colegio Inglés de Valparaíso.

En 1853 ingresó a la Escuela Politécnica de Hannover después de hacer la práctica laboral de herrero, (esta exigencia era norma a los postulantes de las escuelas técnicas alemanas), donde aprendió los principios de la mecánica, la construcción de máquinas y el arte de manejarlas. También trabajó y estudió en Inglaterra, Bélgica y Francia (cuyos idiomas manejaba), países donde tuvo la oportunidad de poner en práctica sus conocimientos y aprender del estado de la técnica mecánica imperante en ese momento en Europa.

26 Vargas, Moisés. *Boletín de la Guerra del Pacífico 1879-1881*. Editorial Andrés Bello, 1979 (reedición).

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

Después de ocho años de estudiar y trabajar en Europa, vuelve a Chile donde gracias a la buena situación económica de su padre, inician una actividad privada relacionada con su especialidad de mecánico, empresa que fue conocida como Fundición Nacional (1861).

A pesar que este emprendimiento no fue exitoso, tal vez por falta de experiencia comercial o por la competencia de los productos extranjeros, este negocio debió liquidarse sin antes decir que a esta industria se le deben los primeros cañones de gran calibre fundidos en el país, siendo su resultado muy exitoso si se toma en cuenta la rapidez con que debieron fabricarse y lo limitado de los medios de producción.

Después de esta frustrada experiencia Stuyen es contratado por el Ejército para organizar la Maestranza de Limache.

Por razones de economía nacional la Maestranza de Limache debió cerrar sus operaciones en el año 1874 y se dio en arriendo a un empresario nacional.

En vista de esta situación y en razón de haber incrementado su familia (casado con doña Dora González), debió Stuyen reorientar sus actividades dedicándose a las asesorías industriales básicamente en las mineras del norte donde se dedicó a los montajes industriales. Sus servicios profesionales los extendió más allá de las fronteras específicamente en el Perú. Algunos de los mejores ingenios azucareros de los valles septentrionales del Perú, principalmente en Lambayeque fueron montados por él.

Después de esta etapa de profesional itinerante Stuyen decidió iniciar una actividad industrial en la zona de Buin. En efecto montó ahí una planta de papel de estrazo (papel Kraft).

Por esta fecha (1879) se da inicio al conflicto bélico contra Perú y Bolivia, Stuyen se ofrece para ocupar un puesto de mecánico en el Ejército, ofrecimiento que no fue aceptado.

Fruto de la experiencia y lo observado durante su permanencia en Europa, Stuyen tuvo la oportunidad de ver en terreno la práctica empleada por los ejércitos modernos de Europa y EE.UU. de acompañarse de una maestranza ambulante (móvil).

Stuyen envía a B. Vicuña Mackenna la siguiente carta:

“El cuerpo de mecánicos con sus correspondientes herramientas y a las órdenes de un ingeniero competente debieran acompañar al ejército y escuadra; tanto para las composturas a bordo que son necesarias en los buques que están continuamente sobre la máquina, como para el ejército que necesita de este cuerpo para el arreglo del parque de artillería, pertrechos, carros, etc. y sobre todo es preciso tener presente que la guerra se hace en un desierto en que se carece del agua y esta tiene que “fabricarse”. Supóngase que la toma de Iquique sea un hecho y que el enemigo, como es natural,

*destruyera sus máquinas resacadoras de agua, en ese caso es imposible la permanencia de un ejército si estas máquinas no se componen inmediatamente. Aquí el cuerpo de mecánicos estaría en su elemento, y es de indispensable necesidad su formación. Mandar a Valparaíso para arbitrar todos estos recursos, es imposible: es preciso que se hagan en el terreno mismo. Este cuerpo podría enrolar obreros que han trabajado en la Maestranza de Limache ya conocedores en la fundición de cañones, pertrechos, etc. y que serían los más competentes para el manejo de la artillería; es mucho el partido que se podría sacar de hombres acostumbrados a esta clase de trabajos”.*²⁷

A continuación el Sr. Stuyen solicita a don B. Vicuña Mackenna lo siguiente:

*“Si Ud. escribe algo a este respecto, suplicaría a usted no dijese que yo había ofrecido mis servicios: con los pasos que he dado los creo ya suficientes: si me necesitan que me llamen ; el general Arteaga sabe muy bien esto y se que en todo caso me llamaría para ocupar el puesto que creo necesario para el ejército y escuadra”.*²⁸

Todo esto ocurría en mayo de 1879, finalmente Stuyen es llamado desde Antofagasta por el ministro Sotomayor a incorporarse al Ejército a partir del el 10 de septiembre de 1879.²⁹

Santiago, Junio 5 de 1879

He acordado y decreto:

1º Organícese una compañía de pontoneros y constructores del ejercito con la dotación de un capitán, un teniente, dos subtenientes, un sargento primero, seis id. segundos, seis cabos primeros, y seis segundos, dos cornetas y 100 soldados.

2º Los oficiales y tropa que se enumeran gozaran los mismos sueldos que los de su clase en el arma de artillería.

3º Elévase por el conducto respectivo las propuestas de oficiales para la citada compañía.

Tómese razón y comuníquese

PINTO B. URRUTIA³⁰

27 Vicuña, Benjamin. *El Álbum de la Gloria de Chile*. Santiago, Imprenta Cervantes, 1883-1885.

28 *Ibidem*.

29 Certificado del Archivo General del Ejército en ANEXO N° 3

30 Vargas, Moisés. *Boletín de la Guerra del Pacífico*.

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

Finalmente en:

Santiago, Septiembre 3 de 1879

He acordado y decreto:

El cuerpo de Ingenieros Militares del Ejército del Norte se compondrá del teniente coronel don Arístides Martínez como comandante; del sargento mayor don Baldomero Dublé Almeida, de los capitanes don Emilio Gana y don Manuel Romero; del teniente don Manuel Martínez y de los cien pontoneros constructores que existen en dicho ejercito.

Tómese razón y comuníquese.

PINTO DGO. SANTA MARIA

*Al Sr. General en Jefe del Ejército del Norte.*³¹

26 de Octubre de 1879

(Embarque del Ejército en Antofagasta)

El Orden de Batalla del Ejército invasor, lo encabezaba el Cuartel General, al mando del General Jefe, don Erasmo Escala, y el Estado Mayor General, al mando del Jefe del Estado Mayor, coronel don Emilio Sotomayor.

Le seguían los diferentes cuerpos con un total de 10.520 hombres.

El cuerpo de Ingenieros Militares está conformado por:

Comandante *Teniente coronel don Arístides Martínez*

Sargento Mayor *don Baldomero Dublé Almeida*

Capitanes *don Francisco Javier Zelaya*
don Romero Hodges

31 *Ibíd.*

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Capitanes agregados don Federico Stuken Olmos
 don Augusto Orrego Cortés

Subtenientes don Víctor Badilla
 don José Domingo Salas.³²

La primera actividad que realiza este cuerpo es la construcción de un pontón desde el muelle hasta la línea de las naves, lográndose un importante acortamiento del tiempo de embarque en Antofagasta.

Este cuerpo se embarca en Antofagasta con destino a Pisagua, en el vapor Sta. Lucía con 100 efectivos.

A partir de esta fecha se le permitió a Stuken montar un pequeño taller de mantención a bordo de la fragata-transporte Elvira Álvarez.³³

Continuando con el relato de B. Vicuña Mackenna:

“Se recordará, en efecto, que Federico Stuken fue el primero en saltar a tierra en Junín; fue el primero en enviar agua resacada en improvisado caldero al ejército sediento en las alturas; fue el primero en habilitar máquinas que corrieron hasta Dolores, cuyo inagotable pozo, vena escondida del río del Tarapacá, fue la salvación del ejército y la preparación de su victoria.

*Y desde entonces, como era natural, y aparte de los mil servicios mecánicos que comenzaban en la herradura del caballo y terminaban en las válvulas de la locomotora, el ingeniero Stuken estuvo siempre a la vanguardia de todas las operaciones del ejército”.*³⁴

Tal es la cantidad de servicios que Stuken realizó durante su permanencia en el Ejército que sería muy largo enumerarlos. Solo me queda resumir, diciendo que cuando se presentó el informe al Congreso de las acciones llevadas a cabo por él, (informe entregado por el Jefe de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional al Congreso), se cuentan 24 páginas.³⁵

Don Federico Stuken sufre un grave accidente en un ferrocarril durante el desembarco en Ilo quedando herido de gravedad, esta dolencia se agravará durante su estadía en Lima y vuelve a Chile. En mérito de sus servicios prestados y capacidad profesional se le da el cargo de Jefe de la

32 Vargas Moisés, *Boletín de la Guerra del Pacífico*.

33 *Ibidem*.

34 Vicuña, Benjamín. *El Álbum de la Gloria de Chile*.

35 Archivo General del Ejército. Carpeta antecedentes para monteplio F. Stuken.

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

Maestranza de los Ferrocarriles del Sur (en Concepción), lugar donde finalmente muere en agosto de 1883.³⁶

CONCLUSIONES

Hacia el comienzo de la Guerra del Pacífico el país se encontraba sufriendo los embates de una recesión económica que iba en aumento. En esta situación tan compleja el país debió iniciar la preparación de su gente para enfrentar los inicios de la guerra.

Gente del nivel de preparación de don Federico Stüven no existía en Chile, por cuanto los institutos de formación de profesionales de carreras técnicas todavía no se habían creado. La Maestranza de Lima tuvo problemas con el enganche de obreros capacitados, lo mismo la marina, para conseguir sus tripulantes de máquinas.

Sí, había a esa fecha, mucha gente que ya se ocupaba de actividades relacionada con la mecánica, en razón que la actividad industrial y desarrollo general del país (construcción y operación de FF.CC., minería etc.), lo requería. Para ello, era necesario y es muy probable que las empresas hallan creado sus propios centros de formación técnica al igual como se hacía corrientemente en Europa, en particular Alemania, Austria y Suiza.

No obstante lo anterior, podemos señalar que la capacidad del soldado chileno independiente del grado de preparación que tuviera, fue capaz de adaptarse a las necesidades y cumplió en muchas ocasiones la función soldado-mecánico, con notable éxito.

Todo lo anterior lo podríamos entender o sintetizar en la idea de que Chile no requirió de apoyo o contratación de profesionales extranjeros.

No podría terminar estas conclusiones sin referirme a un relato del libro (Seis años de vacaciones), cuyo texto copio;

*“A media falda del cerro que con tanta dificultad subimos, estaba la artillería atascada en la arena, hundida las ruedas hasta cerca de los ejes, y con los caballos desenganchados, pues al hacer esfuerzos para tirar las piezas, se hundían en la arena hasta cerca del pecho”.*³⁷

No cabe duda que si don Federico Stüven y sus mecánicos hubieran estado ahí, el problema habría sido solucionado de mejor forma.

36 *Ibidem.*

37 Benavides, Arturo. *Seis años de vacaciones*. Santiago, Universo 1929.

BIBLIOGRAFÍA

El Ferrocarril, Santiago, 1878.

El Mercurio, Valparaíso, 1878.

La Industria Chilena, *Boletín Semanal de la Asociación de Industriales de Chile*, 1875.

LIBROS

AHUMADA, Pascual. *Guerra del Pacífico*. Imprenta y librería Americana de Federico Lathrop, Valparaíso Chile, 1890.

BENAVIDES, Arturo. *Seis años de vacaciones. Recuerdo de la Guerra del Pacífico contra Perú y Bolivia*. Universo, Santiago, 1929.

CASTAGNETO, Piero. La Empresa Lewer y Cía. y la defensa Nacional 1865-1901. *Revista Archivum*, año V N° 6 en www.arpa.ucv.cl,

DURÁN, Senen. *La Conquista del agua para Iquique*, amautasenen@hotmail.com

ECHEVERRÍA, Aníbal. *Vocablos salitreros*, Santiago, 1934.

ESPINA, Pedro. *El Monitor Huáscar*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1974.

GREZ, Sergio. *De la "Regeneración del Pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. DIBAM, Centro de Investigaciones Barros Arana, Ediciones Ril, Santiago, 1998.

PINOCHET, Augusto. *La Guerra del Pacífico. Campaña de Tarapacá*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979.

Santos Ossa en Cobija y las primeras resacadoras. historiadelagua.wordpress.com

SUBERCASEAUX, Benjamín. *Tierra de Océano. La epopeya marítima de un pueblo terrestre*. Santiago, Ericilla, 1946.

MACHUCA, Francisco. *Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico*. Valparaíso, Imprenta Victoria, 1927.

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

MUÑOZ, Juan y otros autores. *La Universidad de Santiago de Chile. Sobre sus orígenes y su desarrollo Histórico*. Santiago, La universidad, 1987.

MÉNDEZ, Carlos. *Héroes del Silencio, Los Veteranos de la Guerra del Pacífico*. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario.

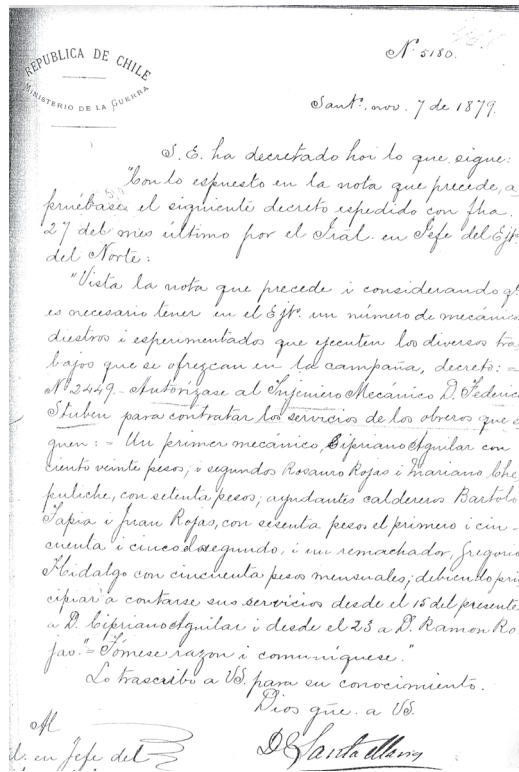
VARGAS, Moisés. *Boletín de la Guerra del Pacífico 1879-1881*. Editorial Andrés Bello, reedición 1979.

VARGAS, Moisés; Vicuña, Benjamín. *El Álbum de la Gloria de Chile*. Santiago, Imprenta Cervantes, 1883-1885.

INTERNET

Mechanical Inventions. (worldgeneralknowledge Internet)

ANEXO N° 1 DOCUMENTO CON LA CONTRATACIÓN DE LOS MECÁNICOS



CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

ANEXO N° 2: CORRESPONDENCIA CON DESCENDIENTE DE DON MARCOS LATHAM

El día 21 de agosto de 2012 08:21, Gonzalo Dulanto <gdulanto@vtr.net> escribió:

Estimado Carlos:

Le estoy adjuntando a este correo una foto inédita de don F. Stuvén y acompañante.

Copia de esta foto me fue entregada por el historiador teniente coronel Pedro Hormazábal (Archivo Histórico del Ejército) para ser incluida en mi monografía.

No se sabe quien es el acompañante sentado. ¿No será su pariente?

Si algo pudiera reconocer, por favor hágamelo saber.

Atte.

Asunto: Re: Foto de don F. Stuvén en LIMA

Fecha: martes, 23 agosto 1201208 16:42

De: carlos bopp <cbopropiedades@gmail.com>

Para: Gonzalo Dulanto <gdulanto@vtr.net>

Conversación: Foto de don F. Stuvén en LIMA

Estimado Gonzalo:

La verdad es que se parece mucho a Marcos Latham, pero la única foto que tengo de él, es la que le envié en la que aparece junto a Tomás Yávar, y si uno las compara, son bastantes parecidos, por lo que le agradezco su gentileza, ya que es una foto inédita, ya que don Federico es el que está de pie y al parecer Marcos Latham sería su acompañante. (además que es muy parecido a mi abuelo).

Saludos

Carlos Bopp

LOS MECÁNICOS EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

ANEXO N° 3: CERTIFICADO DE SERVICIOS DE FEDERICO STUVEN



EJÉRCITO DE CHILE DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR DEL EJÉRCITO

CERTIFICADO

El Jefe de la Sección Archivo General del Ejército que suscribe, certifica que en la documentación del Decreto Supremo N° 2520 de 12 de agosto de 1925, existente en el Archivo General del Ejército, hay constancia que don FEDERICO STUVEN prestó servicios durante la Guerra del Pacífico, como Teniente Coronel de Guardias Nacionales e Ingeniero Mecánico en el Cuartel General, desde el 10 de septiembre de 1879 hasta el 31 de mayo de 1881, en que realiza la Campaña desde Antofagasta, bajo las órdenes del General en Jefe del Ejército del Norte don Erasmo Escala, encontrándose en los siguientes hechos de armas: Toma de Pisagua, Ilo, Pacocha, batalla de Los Ángeles, Dolores, Moquegua donde cayó herido, conduciendo personalmente un tren con tropas; se reincorporó nuevamente en el desembarco y marcha a Lurín, encontrándose en las batallas de Chorrillos y Miraflores.

En Lima, tuvo a su cargo los ferrocarriles y en 1883, fue nombrado como Ingeniero, para fundar la Maestranza de los Ferrocarriles en Concepción y organización del ferrocarril a la frontera.

Falleció el 13 de agosto de 1883, en Concepción.

COMBATE DE PACHÍA. ÚLTIMA ACCIÓN GUERRERA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

GDB Eleuterio Hernán Ramírez Beiza¹

EL COMBATE DE PACHÍA

11 de noviembre de 1883

En el contexto de la Guerra del Pacífico y en la denominada Campaña de la Sierra, este combate viene a constituir la última acción de guerra entre Chile y Perú.

I. PROPÓSITO GENERAL:

A través de la reunión de antecedentes históricos, se intentará destacar en una acción aunque poco conocida, el coraje, espíritu y voluntad de tantos miles de soldados que, lejos de la tierra natal, soportando todas las inclemencias y el rigor del escenario, cuando el grueso del Ejército movilizado había regresado a Chile, supieron cumplir con su deber y no trepidaron un instante en continuar con la misma fuerza, valores y sintiéndose herederos de cada una de las jornadas de gloria, con los aciertos y errores vividos durante los cinco años que duró la Guerra del Pacífico.

II. INTRODUCCIÓN:

En el contexto de la Guerra del Pacífico, en la más penosa de sus campañas llevada a cabo en la serrería peruana y cuando ya se había iniciado el regreso del grueso del Ejército movilizado a Chile, se produce un incremento de la actividad montonera en toda la zona de ocupación. Ante tal escenario se dispusieron guarniciones chilenas en diferentes localidades al interior del territorio; en Ica, Tambo de Mora, Pisco y Chincha Alta y Baja, entre muchas otras que protegían la actividad económica de la zona en base a la producción de caña de azúcar. Ello, junto con ayudar a normalizar la actividad económica, contribuía de manera fundamental a la mantención del esfuerzo bélico² que hacía Chile, al mantener las fuerzas de ocupación.

Los llamados “Batallones Olvidados” conformaban las fuerzas chilenas de ocupación, que en un vasto territorio agreste y solitario, en que las condiciones del esfuerzo de la guerra habían adquirido un carácter diferente y las penas por la lejanía del terruño patrio, el cansancio y las enfermedades se hacían cada vez más evidentes. El ambiente en que transcurrieron más de tres años, hasta la ansiada firma del tratado

1 Alumno del Diplomado de la Guerra del Pacífico, Escuela Militar, 2012.

2 Bulnes, Gonzalo. “Guerra del Pacífico”. Tomo III Ocupación del Perú-La Paz. Sociedad Imprenta y Litografía Universo. Valparaíso, Chile, 1919. P. 519.

COMBATE DE PACHÍA. ÚLTIMA ACCIÓN GUERRERA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

de Ancón,³ fueron muy difíciles y hasta el último momento, porque aun cuando la guerra ya estaba formalmente finalizada y suponía el término de las hostilidades y la rendición de las armas por parte del Perú, persistían acciones que importaban peligro a las reducidas fuerzas chilenas allí destacadas. Estas fuerzas obedecían asimismo a brindar seguridad y cubrir ciertas guarniciones de las posibles incursiones de guerrillas y montoneras tarateñas que merodeaban entre Calana y Pachía, que cobijaban la secreta intención de reconquistar territorios ocupados o a lo menos mejorar las condiciones de paz impuestas por el vencedor.

Tan pronto asumió la primera magistratura en Chile,⁴ don Domingo Santa María, resolvió ocupar la comarca interior⁵ con la finalidad de obligar a los caudillos a aceptar la paz y presionar a Bolivia. Con ese propósito, entre otras acciones, fueron enviadas diversas unidades, incluso muchas de ellas no habían participado en acciones de combate durante todo el desarrollo anterior del conflicto, así los batallones Curicó y Rengo en apoyo del Lontué que allí cubría guarnición, otorgaban protección a la zona de Ica y Pisco, Chincha Alta y Baja, Tambo de Mora y Cañete. En ese contexto, el 27 de julio el Curicó tomó parte en el Combate de Lunahuana.

Lo propio ocurriría en la provincia de Tacna, en que las montoneras del caudillo cubano Pacheco de Céspedes, atacaron diversos lugares, aprovechando el debilitamiento de las guarnición que debió enviar parte de sus medios a Lima y en la zona solo se contaba con los batallones Rancagua, Ángeles y el escuadrón Carabineros de Maipú, además de dos baterías de artillería. En ese entorno, se destaca el combate de Pachía, cuya guarnición fue atacada por una fuerza de guerrilla y montonera que, a pie y montados, sumaban aproximadamente 400 hombres. En el intenso combate que se produce en horas de obscuridad, en que el enemigo finalmente es rechazado con elevadas bajas, destacó durante la acción el alférez Enrique Stange del escuadrón Las Heras, quien encabezando una carga con sus jinetes, logró cortar el avance adversario y dar tiempo al resto de la tropa del Ángeles para organizarse y hacer frente a ese sorpresivo ataque.

III. ANTECEDENTES:

Pachía⁶ poblado de tierras fértiles, distante a 22 kilómetros de Tacna, hacia los inicios de la república tenía una población de aproximadamente 1.000 habitantes, con un activo comercio con el altiplano y el norte de Argentina. A partir de la derrota de Campo de la Alianza, se transformó en el centro de resistencia de las correrías de los guerrilleros Albarracín y Pacheco de Céspedes.⁷ El escenario geográfico, constituido por una extensa región favorecida por una frondosa vegetación y cuyas características topográficas así como las condiciones climáticas, de niebla y camanchaca, facilitaban las acciones encubiertas.

3 Tratado que da por finalizada la guerra entre Perú y Chile, redactado en Ancón y firmado en Lima, el 20 de octubre de 1883.
4 El Presidente electo don Domingo Santa María asume la primera magistratura de la nación el 18 de septiembre de 1881, luego de ganar las elecciones en que el contendor, el general Manuel Baquedano González, había retirado su postulación.
5 Estado Mayor General de Ejército, *Historia Militar de Chile*. Tomo II, p. 202, IGM, Santiago, 1983.
6 López Rubio, Sergio, *Expedición Arequipa Puno*. Santiago, Chile. 1985, p. 218.
7 Estado Mayor General de Ejército, *Historia Militar de Chile*. Tomo II p.172, I.G.M., Santiago, 1984.

La guerra se encontraba en la etapa final de su desarrollo, focalizada fundamentalmente en asegurar el resultado de las acciones llevadas a cabo, que permitieron a las fuerzas chilenas ocupar la ciudad de Lima, capital del Perú. La mayor parte del Ejército movilizado había regresado al país al término de la campaña de Lima y solo se esperaba dar término real al conflicto y asegurar una paz duradera para ambas naciones, sin embargo, persistían acciones aisladas, llevadas a cabo por una guerrilla que no aceptaba la presencia chilena en la zona, mediante el permanente hostigamiento de esos grupos armados.



No obstante lo anterior, existían antecedentes concretos de lo ocurrido con anterioridad. La noche del 2 de septiembre 1881,⁸ en Pachía y conformando la primera acción guerrillera del caudillo cubano Pacheco de Céspedes, quien en la ocasión, al mando de la “Columna Sama Pachía”⁹ atacó a la guarnición militar chilena, que estaba compuesta por 100 jinetes del “Carabineros de Maipú” y 60 infantes del “Rancagua”, comandadas por el sargento mayor Belisario Campos, quienes rechazaron un ataque emprendido por la montonera, que debió retirarse, no sin antes comprobar la muerte de 1 oficial y 15 soldados perdidos en la acción y haberle causado a las fuerzas chilenas 14 bajas, entre muertos y heridos, lo que refleja la fiereza del combate.

Lo anterior ocurrió al día siguiente del Combate de Calientes, en septiembre de 1881, cuando Pacheco de Céspedes condujo sus tropas al pueblo de Pachía, atacando a la guarnición chilena que lo ocupaba, sosteniéndose el combate desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde, momento en que llegaron de refuerzo 4 compañías chilenas del batallón Rancagua que se encontraban en Calana, lo que provocó la retirada de Pacheco a las alturas que dominaban la población, retirándose después sin que las tropas chilenas pudieran impedirlo.

La historia se repetiría dos años más tarde,¹⁰ en un acontecimiento de similares características, siendo escenario el mismo poblado de Pachía y las fuerzas chilenas ahí destacadas, estaban llamadas a cubrirse de gloria, al ser atacadas por una guerrilla que comandadas por el mismo caudillo, “el Cubano”, que conocía perfectamente la zona y se movía de un lugar a otro con gran rapidez, logró sorprenderlas y causarles graves daños. Este constituyó el último combate de la Guerra del Pacífico y donde también mu-

8 <http://es.wikipedia.org>. Art. primer combate de Pachía. Consultado el 24 de junio de 2012.

9 Batallón organizado por voluntarios peruanos de la región, cuya finalidad fue hostigar en forma permanente a las fuerzas chilenas, acantonadas entre Moquegua y el Caplina.

10 <http://www.laguerradelpacifico.cl>, consultado el 01 de agosto de 2012.

COMBATE DE PACHÍA. ÚLTIMA ACCIÓN GUERRERA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

rió el último oficial chileno en acción, el alférez Enrique Stange Aliste,¹¹ perteneciente al escuadrón “Las Heras” y cuya fracción de once jinetes, que tenía al mando, habían sido asignadas a reforzar el batallón “Ángeles”.

Esta acción constituye el “segundo combate de Pachía”¹² y se producía a raíz de la disminución de fuerzas chilenas, en el mes de septiembre de 1883, cuando con la misión de conquistar Arequipa, la división Velásquez, que se encontraba acantonada en la región, había salido de Tacna. Este hecho había dejado muy debilitadas las guarniciones militares destacadas en cada uno de los pequeños poblados que tenían la misión de asegurar la tranquilidad de la población, con lo que se asumió un riesgo innecesario, ya que la guerra formalmente había terminado, no obstante la poca y vaga información existente, daban cuenta de grupos de guerrillas organizadas que acechaban la región.

La fuerza general de la guarnición militar en Pachía, estaba integrada por un destacamento compuesto con parte del batallón “Ángeles”, cuyo grueso integró la expedición a Arequipa. En total, ciento cuarenta y tres soldados de infantería, al mando de un capitán y dos tenientes, los que fueron escogidos por su capacidad de mando y liderazgo, como fue el caso del capitán Matías López,¹⁴ bajo su mando el teniente Ramón B. López y el subteniente Eulogio Silva V. A ellos se agregaba el alférez Enrique Stange A., quien junto once soldados de caballería, conformaban las fuerzas chilenas en esos parajes.



Alférez de caballería Enrique Stange Aliste, héroe del Combate de Pachía.

-
- 11 El Alférez Stange nació en Santiago, el 17 de octubre de 1857, hijo de Enrique Stange, inmigrante alemán y de doña Isabel Aliste. Realizó sus primeros estudios en la “Escuela Práctica Normal” y luego fue un aventajado alumno del “Instituto Nacional”, donde finalizó sus estudios, destacándose posteriormente en el comercio y entusiasta luchador político. Se unió al Ejército, como soldado en el Escuadrón “Maipú” al estallar la guerra en 1879.
 - 12 Fotografía gentileza del ex General Director de Carabineros de Chile, don Rodolfo Stange Oelckers.
 - 13 Considerando que la primera acción de combate en el poblado de Pachía, había ocurrido dos años antes, este combate venía a ser la segunda oportunidad en que “el Cubano”, aprovechando sus habilidades, sorprendió a las fuerzas chilenas que allí se encontraban acantonadas.
 - 14 El legendario capitán Matías López nació el año 1821, a la edad de 16 años se enroló en el Regimiento “Maipú” y luego pasó al Batallón “Valparaíso”, unidad en la que participó contra la confederación Perú-boliviana, inicialmente a las órdenes del Gral. Manuel Blanco Encalada y luego en el mismo batallón participó destacándose en las jornadas de “Portada de Guía” y “Puente de Buin”, acompañando al Gral. Manuel Bulnes en 1838.

Para toda esa extensa zona que incluía a Tacna y a todo el valle de Tarata, las fuerzas chilenas allí destacadas eran significativamente insuficientes, sin embargo, los batallones Ángeles, Rengo, Santiago 5º de línea y los escuadrones General Cruz y General Las Heras, hacían sus mejores esfuerzos para cubrirlas, no obstante que aparentemente, no se observaban mayores peligros, dadas las circunstancias que se vivían a esas alturas de la guerra. Sin embargo, estaban las experiencias de lo ocurrido en La Concepción, Sangra y Huamachuco, que aportaban antecedentes concretos sobre las incursiones guerrilleras y, particularmente del caudillo de origen centroamericano, denominado “El Cubano”,¹⁵ que se había unido a la causa peruana, (Juan Luis Pacheco de Céspedes).

Desde mediados de junio, el Ejército chileno se encontraba vivaqueando en el valle del Caplina y las montoneras asechaban, en espera de la ocasión para ejecutar su cometido, lo que no resultaba fácil para ellas, entendiendo que sus fuerzas eran demasiado pequeñas para comprometerse en un ataque a alguno de los campamentos chilenos. Sin embargo, el 11 de noviembre de 1883 y Pachía serían finalmente la fecha y el lugar en donde el guerrillero Pacheco sufriría la mayor de las derrotas¹⁶ que lo llevaría a huir, junto a un grupo muy reducido de seguidores a Bolivia, no volviéndose a tener noticias de su existencia, cuando ya se había firmado el tratado de Ancón, que suponía sellaba la paz entre ambas naciones.



Coronel Juan Luis Pacheco de Céspedes
"El Cubano"

IV. DESARROLLO DE LA ACCIÓN:

La existencia en la región de guerrillas y montoneras era una realidad que solo esperaban hacerse sentir en el momento que las circunstancias así lo permitieran. Las noticias en Tacna daban cuenta de la partida de las fuerzas chilenas, que iniciaban la expedición a Arequipa, lo que vino a constituir el momento propicio e hizo renacer en estos grupos, la intención de efectuar acciones que produjeran daño al enemigo. Esto supuestamente obligaría a cambiar los planes del coronel Velásquez y por otra parte posibilitaría se que gestara una acción ofensiva por parte de las fuerzas del almirante Lisardo Montero, cuyos medios podrían ser reforzados

15 Juan Luis Pacheco de Céspedes, nacido en el pueblo cubano de “Manzanillo”, en 1853, participó en la independencia de su patria del dominio español y donde conoció al joven voluntario peruano Leoncio Prado Gutiérrez, hijo del entonces, Presidente del Perú, quien lo invita a incorporarse al Ejército peruano, como jefe de bagajes y luego de Pisagua adquiere un rol más activo, al mando de la “Columna Sama Pachía”, para hostigar a las fuerzas chilenas, mediante acciones de guerrilla. A su haber se encuentran los combates de “Caliente” y el 1º y 2º de Pachía”. Muere en Moquegua durante la revolución de 1895, el 27 de enero de ese año.

16 Mellafé Maturana, Rafael y Pelayo González, Mauricio, *La Guerra del Pacífico*, Ed, 2007, Santiago, pp. 350 y 351.

COMBATE DE PACHÍA. ÚLTIMA ACCIÓN GUERRERA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

por unidades bolivianas, buscando las condiciones que permitieran albergar la secreta esperanza de reconquistar Tacna.

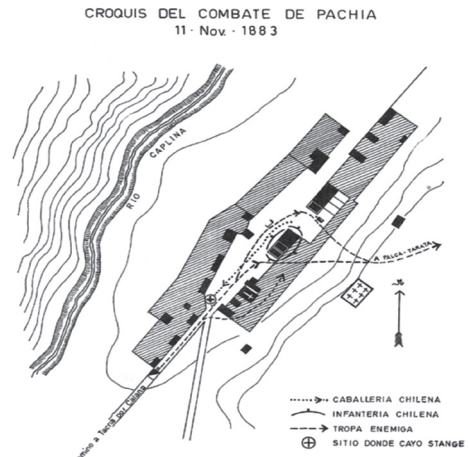
La amenaza existente no estaba lejos de hacerse realidad, porque prontamente el “cubano”, informado de lo que acontecía, se desplazó en dirección al Caplina, a través de las pampas de Curibaya y atravesando los cerros de Chintare, Torata y Ticaco, alcanzó Tarata con 400 hombres, de ellos 200 montados; luego de un corto descanso continuó por la quebrada del Diablo, todo ello para no ser visto por los pobladores de los caseríos al interior de Tacna. Lo que buscaba y como era su forma de actuar, era caer por sorpresa sobre sus objetivos. Tal fue la rapidez de su actuar, que ya el 10 de noviembre de 1883, se encontraba junto a una pequeña adelantada en forma totalmente inadvertida, en el cementerio de la ciudad de Tacna. A partir de ese momento, inició bajo un disfraz junto a los suyos, la búsqueda de información para ser más certero en su accionar.

De esa forma logró saber que esa noche retornaba a la ciudad el batallón Ángeles, lo que echaba por tierra sus pretensiones de reconquistador, sin embargo, obtuvo antecedentes importantes sobre la disposición de los efectivos que guarnecían los pueblos del interior, como era el caso de Pachía, donde de acuerdo al interrogatorio que efectuó a un guardia, los efectivos en esa localidad no sobrepasaban los cien hombres. Con esa información no perdió más tiempo y resolvió, emprender su esfuerzo en esa dirección, que se encontraba a corta distancia y cuyo tiempo de marcha no era significativo. Además, le permitía llegar en buenas condiciones con su tropa y mantener en absoluto hermetismo su presencia.

Como era una característica de la región, el amanecer de ese día 11 de noviembre, Pachía estaba completamente cubierto por una densa camanchaca, lo que facilitó el acecho del “Cubano” para la acción que emprendería a continuación, rodeando la guarnición chilena con 150 hombres por el poniente, 100 hombres por el norte y otros 150 hombres por el sur. Un total 400 hombres, entre guerrilleros y montoneras, era la fuerza reunida por “Pacheco” para concretar sus propósitos, los que quedaron de manifiesto con la primera descarga de fusilería contra el centinela ubicado en el frontis del edificio que los albergaba. La sorpresa había sido absoluta, nadie esperaba lo que aconteció a partir de ese momento.

La reacción de las fuerzas chilenas fue inmediata y a diferencia de lo acontecido en “La Concepción” y aun cuando se encontraban completamente rodeados, el comandante del la guarnición militar, capitán Matías López, ordenó abandonar rápidamente el edificio y defenderse buscando parapetarse en las afueras de este, sin embargo, el acoso enemigo era tan directo, que ese cometido no fue fácil de lograr y requería de una acción violenta y decidida, que permitiera cortar el avance adversario y dar el tiempo y el espacio suficiente para la salida de quienes se encontraban en el interior de la vivienda. Eso solo se alcanzó por un corto tiempo, con la arremetida de la fracción de la unidad de caballería del escuadrón Las Heras y la totalidad de los fusileros que, en la medida que la situación lo permitía, podían hacer uso de sus fusiles logrando parcialmente estabilizar el combate, sin embargo, a pesar de

las fuerzas muy superiores y el estrecho asedio, el ataque continuó, siendo herido de muerte el alférez Stange. Su valerosa acción evitó una masacre total, no obstante mantener el combate por más de dos horas y media, tiempo en que la guerrilla abandonó el poblado por temor a la llegada de refuerzos chilenos que ya se encontraban en camino. Todo había concluido, el recuento dejaba una huella de heridos y muertos por ambas partes; en el caso del Perú los muertos eran cuarenta incluidos tres oficiales, de los heridos no se tenían mayores datos al abandonar la zona, sin embargo, de Chile, dieciséis eran los muertos incluidos un oficial y veinte heridos, entre ellos el capitán López.



Terminado el combate, el capitán López¹⁷ en su parte daba cuenta:

“A las 5:30 A.M. del día de ayer; me impuse de la presencia del enemigo que estaba a pocos pasos de nosotros por una descarga que hizo sobre el centinela del cuartel. En el acto dispuse que saliera la tropa para contestar los fuegos del enemigo, disponiendo mi gente por grupos. El enemigo nos había sorprendido, dejándose caer por el lado de Calana y aprovechándose de la oscuridad de la noche y de la camanchaca que hacían invisibles los objetos, aun a corta distancia, para tomar sus posiciones, que eran inmejorables. Al efecto, nos tenían rodeados por el poniente, norte y sur, dejando libre sólo la parte del oriente en la extensión del camino público, pues detrás de las casas de ambos lados tenían diseminados sus soldados. El enemigo se componía, a lo menos, de 400 hombres: 200 de infantería y 200 de caballería. Estaba parapetado tras las tapias y hacía un nutrido fuego de mampuesto, teniendo una ventaja inmensa sobre los nuestros que estaban a pecho descubierto. En medio del combate, como nos estaba estrechando demasiado el enemigo, dispuse que el alférez Stange, del escuadrón Las Heras, diese una carga de caballería sobre el grupo más cercano que estaba hacia el lado oeste, dando por resultado que se deshizo completamente dicho grupo, haciéndole varias bajas”.

Más adelante el parte oficial continuaba:¹⁸ “En ese momento tuve que lamentar la muerte del alférez Stange i dos soldados de caballería.

17 Ahumada Moreno, Pascual. *Guerra del Pacífico*, Ed. 1919, capítulo VIII, pp. 455 y 456, Santiago.

18 *Ibidem*, p. 455a

COMBATE DE PACHÍA. ÚLTIMA ACCIÓN GUERRERA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

El fuego no cesó por ambas partes durante dos horas i media hasta las ocho, hora en que el enemigo tomó la fuga. No creí prudente perseguirlo porque no tenía orden para ello i a más porque huyó todo él montado, de modo que era imposible darle alcance por la infantería.

El enemigo ha dejado en el campo 40 muertos, entre ellos el mayor don Juan Herrera i dos oficiales. El número de heridos del enemigo lo ignoro, pero creo que son algunos.

Por nuestra parte tenemos que lamentar la muerte de diez soldados i un cabo del batallón Ángeles, cuatro soldados de caballería del Las Heras, más el Alférez Stange de que he hecho mención.

Los heridos son veinte individuos de tropa del Ángeles i el que suscribe, herido en un pié y tres de caballería.

Solo pudo tomarse un prisionero, que ayer fue enviado a Tacna.

También dejó el enemigo en nuestro poder varias armas i animales caballares y mulares.

La relación de muertos i heridos i un estado de las armas tomadas, serán enviadas a la mayor brevedad.

No terminaré esta relación sin recomendar el valor i disciplina de los señores oficiales i tropa de mi mando.

Merecen, no obstante una recomendación especial el subteniente señor don Eulogio Silva, que me secundó admirablemente en todas partes durante la acción i el teniente señor don Ramón B. López, que a pesar de encontrarse enfermo, hizo cuanto pudo por combatir al enemigo, animando i dirigiendo a los soldados.

Nada diré del señor Stange, que murió valientemente en su puesto.

Por último, señor comandante, pido a Ud., que me escuse lo mal ordenado y desaliñado de este parte, pues lo hago desde mi cama i con el dolor de mi herida.

Al transcribir a Us., el parte precedente, me hago un deber de estricta justicia manifestarle que por diversos datos que he recogido, sé que se han conducido perfectamente tanto el capitán López, como sus oficiales i tropa; por lo que creo de la mayor justicia recomendar a Us especialmente al capitán don Matías López, teniente señor don Ramón B. López i subteniente señor don Eulogio Silva V., i la tropa por su bizarra conducta en el expresado combate”.

Por su parte el coronel Gregorio Urrutia agrega a continuación:¹⁹ *“Lo que tengo el honor de transcribir a Us., para su conocimiento, agregando que el número de fusiles que el enemigo abandonó en este combate son 44 i 72 los animales mulares i cabalgares, fuera de 15 o 20 que quedaron muertos en el campo. Termino señor ministro, haciendo una recomendación especial del capitán don Matías López, pidiendo para él la efectividad de capitán de Ejército, pues además de su buen comportamiento, abona en su favor la herida recibida i sus largos años de servicios, en los cuales solo ha alcanzado hasta ahora el grado de teniente de Ejército. Dios guarde a Us.”*

Todo lo descrito, tal como ya se ha mencionado, ocurrió el 11 de noviembre de 1883, cuando la guerra formalmente había finalizado, sin embargo por sus características, duración y lo reducido de las fuerzas participantes, este combate no alteraría en nada el curso de los acontecimientos posteriores, solo dan cuenta del estado de la situación que había alcanzado la guerra y el ambiente que imperaba en guarnición chilena en Pachía, cuyo espíritu si bien era el cumplimiento del deber, todos esperaban confiados en las buenas noticias el fin de la guerra. No obstante, el destino contemplaba otra cosa y la suerte para esa guarnición ya estaba echada.

El coronel Velásquez, al enterarse de todos estos movimientos, ordenó al resto del batallón “Ángeles” regresar a Tacna intentando evitar un ataque que era inminente y que, a esas alturas de la guerra, resultaba absolutamente inconducente. Tal como lo relatan los partes oficiales, la jornada fue heroica, la tropa del batallón “Ángeles” había sido sorprendida en circunstancias en que todo hablaba de tranquilidad ese día en Pachía. Gran parte de los integrantes de las fuerzas chilenas se preparaban para salir a la misa aquel día domingo, sin embargo, todo cambió de un momento a otro y súbitamente comenzaron los disparos hacia el cuartel, desde diferentes ángulos del exterior del recinto. En una reacción instintiva, el capitán López ordenó salir y los pocos chilenos que alcanzaron a hacerlo se arrojaron valientemente contra el enemigo. En ese primer intento, una bala dio en el pie del capitán López, arrojándolo al suelo.

Para todos ellos, la sorpresa fue total y vieron cómo el mundo que les rodeaba, aunque pequeño, se les fue encima, como una ola inmensa y aplanadora, que había que enfrentar y para eso estaban allí; asimismo sabían lo que significaba para los soldados chilenos, no rendirse, cual caballeros ante una fuerza mayor; no había entonces otra posibilidad, sino caer combatiendo heroicamente como Ramírez en Tarapacá o Carrera Pinto en La Concepción. Nadie podía hacerse ilusiones al respecto. La cuestión se reducía no solo a morir, sino que hacerlo en el cumplimiento del deber y siguiendo la huella trazada con anterioridad, por todos aquellos insignes soldados y comandantes, que ofrendando sus vidas por la patria, trascendiendo su acción como patrimonio espiritual de la nación. *“El militar que tuviere orden absoluta de conservar su puesto a toda costa lo hará”*.²⁰

19 *Ibidem*, p. 456a

20 Texto extraído de la antigua “Ordenanza General del Ejército” y cuya redacción se mantiene vigente hasta el día de hoy, en el Reglamento de Disciplina para las FFAA., Cap. I, Art. 21.

COMBATE DE PACHÍA. ÚLTIMA ACCIÓN GUERRERA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Fue entontes cuando el capitán López,²¹ sintiendo la desesperación de la muerte frente a sus ojos, gritó al alférez Stange que cargara con sus jinetes y aun sabiendo que se jugaban allí sus vidas, la reducida unidad de caballería lo hizo y enfrentó a la masa humana y de caballos, cuyo ataque a todas luces resultaba imposible, pese a ello, lo logró haciendo retroceder momentáneamente a las fuerzas adversarias, mientras los tiradores envalentonados por el éxito de lo acometido hacían uso de su armas, ello equivaldría a la sentencia de muerte de la vida de ese joven oficial.

Stange, que al momento del ataque se encontraba en la caballeriza que había junto al cuartel, lugar del que presencié toda la acción, no perdió tiempo y partió a dar carga de sables con solo cinco de sus jinetes, logrando despejar de montoneros las puertas del edificio donde se encontraban sus camaradas sin poder salir. Su acción valerosa y decidida reconocida porque trasciende al hecho propiamente tal, no sin antes ser herido en su brazo izquierdo y luego muerto por la fusilería adversaria, permitió salvar gran cantidad de vidas.

La acción del alférez Stange²² constituía su despedida, sin embargo lo que ocurriría, si no se lograba el desprendimiento del asedio del enemigo, era la derrota que se le venía encima a sangre y fuego. La actitud de Stange fue determinante para el resultado de la acción, logró conformar una fuerza sinérgica tan grande, que luego fuera sellada por ese joven oficial, cuando al levantar su sable en la mitad de la calle, recibió una segunda ráfaga que lo atravesó, dándole muerte a él y a parte de su pequeña unidad. Su muerte venció al enemigo, que temeroso abandonó el campo de acción, luego de más de dos horas de combate. *“Los montoneros, en su característico proceder, continuaron clavando sus bayonetas y lanzas contra los cuerpos, aún después de caídos”*.²³

Agrega el parte de López, que la carga de Stange deshizo por completo el grupo que atacó, haciéndole varias bajas. Lo que se sabe de cierto, es que Stange cayó para no levantarse más y que López, viejo tan heroico como ese joven, saltó a la calle tras la cola de los caballos al frente del último puñado de los suyos y que se batió de tapia en tapia y de casa en casa, hasta que el enemigo emprendió la fuga, y él, herido en un pie, fue recogido por los suyos. A las ocho de la mañana, sobre el campo habían quedado: del enemigo, 40 muertos, entre ellos el mayor don Juan Herrera y dos oficiales más; de parte de las fuerzas propias, muertos el alférez Stange, diez soldados y un cabo del “Ángeles” y cuatro soldados del “Las Heras”. Los heridos llegaban a veintitrés.

Cerca de las 10 de la mañana, llegó el resto del “Ángeles” a Pachía al mando del mayor don Francisco A. Subercaseaux. Agregó a sus fuerzas lo mejor de los fatigados vencedores, raudamente abandonó

21 López Rubio, Sergio, *op. cit.* p. 223.

22 Riquelme Venegas, Daniel, *“Bajo la Tienda”*, Ed. 1887, Santiago

23 En el registro del cuerpo del alférez Stange, se comprobó que además de las heridas a bala presentaba siete profundas heridas de arma blanca, hechas posmortem.

el lugar tras los pasos de Pacheco y su guerrilla y a las cuatro de la tarde entraba en Palca; la persecución dio sus primeros resultados alcanzándola cerca de Tarata, aplastándola y vengando la masacre con una violentísima carga de sables. Parte de esta montonera se parapetó en un desfiladero, en tanto que otro grupo coronaba una altura hábilmente elegida. Contra los de este último, envió Subercaseaux parte de sus “Ángeles”, a las órdenes de los oficiales Calvo y Castro, los que en media hora de fuego y bayoneta se adueñaron de la cumbre sobre la que yacían sin vida dos oficiales y dieciocho soldados, pero el caudillo Paredes de Céspedes logró escapar y no se tuvo nunca más noticias sobre algún tipo de acción de sus guerrillas.

El parte oficial del mayor Subercaseaux,²⁴ expresaba:

“En cumplimiento a lo ordenado por US., salí de Pachía a las 12,30 P.M., llegando a las 4 P.M. a la entrada de Palca; ahí parte del enemigo se parapeto en un desfiladero que enfrentaba al camino, mientras otro grupo coronaba una altura; hice subir tras de estos a algunos soldados del Ángeles a cargo de los oficiales Calvo y Castro; después de media hora de fuego los dispersaron, matando a 18 soldados y dos oficiales; con el resto seguí tras de Pacheco durando la persecución, hasta las ocho de la noche, haciendo treinta y tantas bajas; durante todo el trayecto hemos batido, pues no han dejado de hacernos fuego.

Como ya la caballada no daba un paso y se oscurecía, cesé la persecución, pues solo acompañaban ocho hombres al teniente Sánchez que iba a la vanguardia. Pacheco va para Tarata, pues en esa dirección lo hemos seguido siete leguas.

Armamento, municiones y muchos animales han caído en nuestro poder, en este momento, 8,30 P.M., vuelvo a Palca para reponer la caballada, en donde aguardo órdenes, por si desea ocupemos a Tarata, lo que no he tratado de hacer, por tener órdenes de US. para no hacerlo.

Tenemos un soldado herido; jefes, oficiales y tropa han marchado infatigables en la persecución.

Pacheco completamente deshecho, con treinta a cuarenta hombres, se nos desapareció en dirección a Tarata, entrada la noche; mañana a la diana haré recoger el armamento y munición del enemigo.

Se ha rescatado un soldado de la policía de Tacna que tenía Pacheco como prisionero”.

Al parte que retransmitió el mayor Urrutia,²⁵ comandante de la plaza de Moquegua, dirigido al ministro de la Guerra, se le agregaban los antecedentes que aportaba el sargento mayor Miguel Moscoso,

24 Ahumada Moreno Pascual, op. cit. p. 455 a y b

25 *Ibidem*, p. 454b

como jefe de la infantería que acompañaba al mayor Subercaseaux: *“En Palca se tomó al enemigo 38 fusiles, 6 sables, 5.000 tiros a bala, como 60 animales cabalgares y mulares, haciendo también prisionero a un capitán. Agrega también que el número de muertos en aquel lugar no bajará de 50 y que el resto del enemigo ha huido en la más completa dispersión”*.

Continua diciendo: *“El mayor Subercaseaux ha continuado persiguiendo a Pacheco de Céspedes y aun que creo difícil se le dé alcance, por lo menos se impedirá que se vuelva a reorganizar”*.

Finalmente, el mensaje concluye: *“El expresado jefe lleva orden de ocupar Tarata, capital de la provincia de este departamento, estableciendo allí y en los pueblos vecinos la autoridad chilena, creyendo que este es el mejor medio para evitar que en esas localidades se organicen nuevas guerrillas que nos traigan nuevas molestias y otras desgracias que lamentar”*.

Lo anterior es coincidente con el parte del comandante de la plaza de Moquegua, quien transcribe el relato que hacen vecinos de la localidad de Tarata, en relación a la situación del “Cubano”, luego de su arribo a ese poblado.²⁶ *“Hoi llegó a esta de Tarata el vecino de aquel lugar don José Pazo i dice que vio llegar a ese lugar a Pacheco Céspedes completamente derrotado en un combate de hora i media que sostuvo en Pacocha, donde perdió como cien hombres i gran cantidad de animales. Pacheco Céspedes salió con dirección a Bolivia el martes 13 con 2 ordenanzas”*.

V. CONCLUSIONES AL TÉRMINO DE LA ACCIÓN:

De carácter general de la campaña.

- La Campaña de La Sierra constituye una etapa de la Guerra del Pacífico que principal y generalmente es conocida a través de los heroicos combates de Sangra, La Concepción y la Batalla de Huamachuco. A mayor abundamiento, la opinión pública de la época otorgó escasa atención a la lucha que libraba un pequeño núcleo de fuerzas chilenas para asegurar la ocupación y, finalmente, lograr una paz estable y duradera. Para la mayor parte de ellos, la guerra había terminado una vez ocupada la capital peruana por las fuerzas chilenas, lo que se reflejó en el grandioso recibimiento que tuvo el Ejército movilizado a su regreso al país. Sin embargo, la guerra continuó y los numerosos hechos de armas ocurridos en este período, son poco conocidos, aun cuando fueron tanto o más duros y sacrificados, pero sin la trascendencia de los anteriores.
- Aun cuando las fuerzas regulares peruanas fueron derrotadas y la capital del país ocupada por las fuerzas chilenas, no ocurrió lo mismo con el espíritu de lucha de un grupo de jefes militares que desconociendo las gestiones de paz iniciadas por las nuevas autoridades del Perú, no aceptaban ceder

26 *Ibidem*, p. 455a

ante el conquistador y tratando de revertir los acontecimientos, continuaron con la defensa de su patria. Ese espíritu traspaso la cúpula militar y a ella se unieron numerosos suboficiales y una gran cantidad de civiles patriotas.

- Las acciones guerrilleras tuvieron por escenario los sectores montañosos de la serranía peruana y mantuvieron un largo período de ejecución, entre abril de 1881 y noviembre de 1883. La razón fundamental era hostigar y desgastar a las fuerzas chilenas de ocupación, logrando en muchas de las acciones resultados desbastadores, a pesar del buen éxito que pudieran haber obtenido, el ambiente político convulsionado que vivía el Perú, no permitió aunar esfuerzos entre los caudillos de la guerrilla y los dirigentes políticos, que terminaron con disputas internas que, en definitiva alejaron las posibilidades de establecer objetivos políticos y estratégicos para alcanzarlos.

De carácter específico del combate:

- La excesiva confianza depositada en las buenas noticias del fin de la guerra, constituyó el mayor error cometido por la pequeña guarnición chilena de 143 hombres del batallón “Ángeles” al mando del capitán Matías López y los 11 jinetes del Escuadrón Las Heras al mando del alférez Enrique Stange, durante su permanencia en las instalaciones que ocupaban en el poblado de Pachía.
- Si bien este combate constituyó la última acción contra el enemigo, antes del término de las hostilidades, pudo haberse evitado adoptando una seguridad que previniera de una sorpresa, como uno de los principios de la guerra, fundamentales de observar por toda fuerza militar en el campo de batalla, independiente del nivel o circunstancias que la pueda rodear, sobre todo que desde el punto de vista militar, este combate no tuvo una significación mayor, aunque, trajo como consecuencia a las fuerzas chilenas expedicionarias, la muerte de un oficial, un cabo y catorce soldados. En total, dieciséis muertos.
- La acción fue claramente un golpe de mano, característica propia de la forma de proceder del tipo de fuerzas guerrilleras y, particularmente, por la personalidad del caudillo Pacheco de Céspedes, quien mediante la sorpresa podía producir el mayor daño posible al adversario, para luego retirarse, idealmente al amparo de la oscuridad o las condiciones atmosféricas adversas (niebla o camanchaca) y sin comprometerse en combate como fuerza regular que lo amarrara al terreno.
- No se le dio la debida importancia a la presencia guerrillera, descuidando aspectos fundamentales, aun cuando existían antecedentes concretos que debieron ser considerados por la guarnición militar chilena en esa localidad, lo anterior resulta inexplicable, dada la vasta experiencia guerrera del mando de la unidad. Por su parte, la guerrilla, asumiendo desde otra perspectiva la causa peruana y animada por las derrotas inflingidas por el ejército invasor, vio en esta una oportunidad de cobrar venganza.

COMBATE DE PACHÍA. ÚLTIMA ACCIÓN GUERRERA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

- Tanto la sorpresa del ataque como la muerte de los dieciséis hombres pudo haberse evitado, de haber tomado los mínimos resguardos necesarios, sobre todo cuando existían antecedentes reales de la existencia de fuerzas guerrilleras en la zona y las experiencias vividas en esa fase de la guerra, como lo fue La Concepción y Sangra.
- A juzgar por los antecedentes existentes, la reacción tanto del mando como de los integrantes de la unidad acantonada, fue de absoluta sorpresa y desesperación ante los acontecimientos. No se observa la existencia de ningún tipo de planificación ni preparación que permitiera prever la adopción de medidas ante una acción de esa naturaleza y de una respuesta eficaz, capaz de salvar la situación.
- Una vez que se logró espantar a los montoneros temerosos de que aparecieran refuerzos de un momento a otro, después de dos horas de combate, se pudo haber iniciado una persecución con los medios del batallón “Ángeles”, sin embargo, dadas las características de los atacantes que gran parte de ellos lo hacían montados y sumadas las condiciones de nubosidad que afectaban la visibilidad en el escenario, las posibilidades de éxito eran mínimas.
- No obstante lo anterior, la pronta llegada de refuerzos, al mando del mayor Subercaseaux, permitió materializar la persecución y dar alcance a un gran número de adversario, que en su huida, aun cuando hizo uso de sus armas, no se defendió en forma organizada, siendo batidos en forma dispersa, dejando además abandonado una gran cantidad de armamento, municiones y animales, así como un gran número de muertos, entre ellos varios oficiales.
- Aun cuando no fue posible dar alcance al principal caudillo y gestor de las correrías que asediaban constantemente la zona, su huida, así como la de sus montoneros, quedó completamente desarticulada y diezmada, no permitiendo su reorganización para llevar a cabo otras acciones y no se tuvo conocimiento nunca más del famoso caudillo apodado “El Cubano”, por el término de la presencia de las tropas chilenas en el Perú.
- Finalmente, con la experiencia del resultado de esta acción, se ocupó militarmente Talara, capital provincial del distrito de Pariñas, quedando a partir de ese momento toda esa vasta zona, bajo la jurisdicción del mando de ocupación y regida por el imperio de las leyes chilenas, lo que permitió ejercer un mayor control sobre todas las actividades en los diferentes ámbitos, como asimismo, se evitó volver a repetir o fraguar acciones como la acontecida en Pachía.
- Se destaca la valerosa actitud del alférez Stange, quien pudo haber enfrentado al enemigo en forma más segura, desde la caballeriza en que se encontraba, sin embargo, no vaciló un instante y montando su caballo junto a cinco de sus jinetes, inició una carga de sables, que alejó momen-

táneamente a los montoneros, pero como era de esperar, una certera ráfaga del adversario lo atravesó, dándole muerte a él y a parte de su pequeña unidad. Finalmente, su acción logró un resultado fundamental, despejar el frente del cuartel y con ello permitir la salida de los chilenos que arremetieron contra los guerrilleros y que de no haber mediado su intervención, aun a costa de su propia vida, estaríamos frente a una nueva masacre como la ocurrida en La Concepción, un año antes.

- La decisión del alférez Stange constituye un ejemplo en el cumplimiento del deber y de sacrificio de hasta su propia vida por los demás, hecho que lo escala a la categoría de héroe, en una acción que a todas luces parecía imposible de lograr con éxito, sin embargo, pudo rechazar el asedio adversario y con ello evitar una masacre, dando tiempo al resto para que pudiera salir y a la postre rechazar el ataque adversario. Su heroica acción, reconocida y valorada es recordada, ya que su nombre en una placa, como un mudo testigo de su hazaña, luce orgulloso en el Escuadrón de Caballería de la Escuela Militar, homenaje realizado por el Círculo Ignacio Carrera Pinto,²⁷ en el 114^a aniversario del Combate de Pachía y de su muerte y que fuera distinguido como “El último héroe de la Guerra del Pacífico”.
- Los restos mortales de este joven oficial retornaron, a la capital, después de mucho tiempo.²⁸ En un principio, sus restos fueron trasladados a Tacna el día 12 de noviembre de 1883, confirmando que, además de las heridas a bala, el cuerpo presentaba siete profundas heridas de arma blanca hechas posmortem. El día 13 de noviembre hubo solemnes honras fúnebres en la iglesia de San Ramón y luego fue trasladado para ser sepultado, con los honores correspondientes, en el cementerio de Tacna, a los pies del cerro Intiorko, cercano a la “quebrada del diablo”. Sus restos permanecieron allí hasta el año 1929, cuando Tacna retornó al Perú, siendo llevados sus restos hasta el cementerio de Arica, lugar donde descansó hasta que, en el septuagésimo tercer aniversario de su muerte,²⁹ el 11 de noviembre de 1956, retornaron definitivamente al país, siendo recibidos en Santiago en la base aérea de “El Bosque”, por el Regimiento de Caballería Cazadores, vistiendo su uniforme de gran parada, lo escoltaron hasta el Instituto Nacional, lugar donde fue velado y donde recibió las más grandes muestras de afecto y reconocimiento por su acto como exinstitutano. Luego, el 13 de noviembre de ese año, fue escoltado por la Escuela Militar hasta el Cementerio General para recibir sepultura en el Mausoleo del Ejército,³⁰ destino final donde sus restos descansan en paz desde esa fecha.

27 Artículo del diario *El Mercurio*, en homenaje del Círculo Ignacio Carrera Pinto, en el 114^a del Combate de Pachía y de su muerte, publicado el sábado 15 de noviembre de 1997.

28 Artículo diario *El Mercurio*, publicado el 11 de noviembre de 1956, con motivo de la llegada de los restos mortales del héroe a Santiago.

29 Gestión realizada por el Instituto de Conmemoración Histórica, presidido por don Enrique Vergara Robles, en el septuagésimo tercer aniversario de la muerte del recordado héroe de Pachía.

30 López Rubio, Sergio, *Expedición Arequipa Puno y paz de Ancón*, Ed. 1985, Santiago. Pp. 217-219.

Artículo del diario "El Mercurio" de Santiago, de fecha 11 de noviembre de 1956, en que se publica la llegada vía aérea de los restos del alférez Enrique Stange Aliste, a Santiago, los que son recibidos en la base aérea "El Bosque", por diferentes autoridades de la época.

RESTOS DEL HEROE E. STANGE LLEGAN HOY A ESTA CAPITAL

11-11-1956

A las 18 horas de hoy llegarán a El Bosque, procedentes de Arica, a bordo de un avión transporte de la Fuerza Aérea, los restos del héroe de Pachía, alférez Enrique Stange Aliste, muerto heroicamente en el combate mencionado hace justamente 73 años.

En el aeródromo de El Bosque, los despojos mortales del héroe serán esperados por delegaciones de las Fuerzas Armadas y tropas de la FACH rendirán los honores militares correspondientes. Posteriormente, los restos serán trasladados al patio de honor del Instituto Nacional, donde se erigirá una capilla ardiente. Un destacamento de honor del Regimiento "Cazadores" rendirá honores militares a la llegada del cortejo al Instituto, y cadetes de la Escuela Militar montarán guardia al lado del catafalco.

CEREMONIA. — Mañana, a las 15 horas, se efectuará en el Instituto Nacional una ceremonia en la que harán uso de la palabra un miembro del Instituto de Conmemoración Histórica y el Rector del Instituto. Posteriormente, el Vicario General Castrense, Monseñor Teodora Eugenia, oficiará responsos por el descanso eterno del alma del alférez Stange.

FUNERALES. — Terminada la ceremonia anterior, se procede-

rá al traslado de los restos del alférez al Mausoleo Militar Antiguo, ubicado en el Cementerio General, con el objeto de darle allí sepultura definitiva.

Concurrirán al Camposanto delegaciones de las Fuerzas Armadas, y en el momento de la inhumación de los restos se procederá a rendir honores militares. Despedirá los restos a nombre del Ejército el general José Beltrán de la Rosa.

EL HEROE. — El alférez Enrique Stange nació en Santiago, el 17 de octubre de 1857. Hizo sus estudios en el Instituto Nacional, a la sazón dirigido por Barros Arana, plantel en el que plasmó su carácter. Al iniciarse la Guerra del Pacífico, Stange ingresó al Ejército como soldado del "Escuadrón Maipú", correspondiéndole participar en las expediciones realizadas tierra adentro de Antofagasta, luego de las cuales es nombrado alférez de Caballería.

Por sus condiciones pasó a formar parte del "Escuadrón Las Heras", y en 1881 es movilizado con su unidad a custodiar los territorios conquistados de Tacna y Arica.

El Escuadrón fue destacado en pequeños grupos entre Calama y Pachía. En este último villorrio, en 1883, nueve jinetes del Escuadrón Las Heras, junto a 154 hombres del "Ángeles", fueron atacados por fuerzas peruanas muy superiores. Fue en ese combate, librado el 11 de noviembre de ese año, donde Stange y sus jinetes encontraron una gloriosa muerte, luego de dos cargas suicidas.

Artículo del diario "El Mercurio", del 15 de noviembre de 1997. Homenaje del Círculo Ignacio Carrera Pinto,³¹ en el 114º aniversario de la muerte del alférez Enrique Stange A.

EL MERCURIO — Sábado 15 de Noviembre de 1997

El Último Héroe

Señor Director:

En noviembre de cada año recordemos Páchara, Corré el año 1883 y es el de noviembre, a pocos meses de concluir la Guerra del Pacífico.

Enrique Stange Aliste, joven alférez de caballería y ex alumno del Instituto Nacional, entregó su vida en la acción llamada Combate de Páchara, convirtiéndose así en el último oficial chileno en combate en la Guerra del Pacífico, y en carga gloriosa que permite organizar la defensa de sus camaradas infantes que se ven sorprendidos al ser rodeados por el enemigo, su posición en un momento de efecto; la pequeña guarnición chilena al mando de un distinguido oficial, capitán Matías López, veterano de Yungay, se conforma por 82 hombres, de ellos 74 infantes y ocho de caballería son sorprendidos luego que 400 guerrilleros al mando del coronel Juan Luis Pacheco los rodearan por el norte-sur y poniente.

Es entonces cuando el capitán Matías López ordena al alférez Stange que cargue con sus linetes. Stange agrupa a su gente y hacen frente a la turba en tres cargas consecutivas, todos, excepto cuando a un corneta, entregan su vida. En la primera carga, Stange recibe un balazo en el hombro y dos de sus soldados caen; el corneta con su corcel encabritado logra sobrepasar al enemigo y es quien alerta a los refuerzos en Tacna.

A golpe de sable y temeridad, Stange y sus hombres cumplen el objetivo que permite el amunicionamiento de la infantería y su posterior acción que en

desigual combate se prolonga por cerca de tres horas, logrando hacer retroceder al adversario que los superaba en número. Stange cae en glorioso ejemplo junto a sus últimos dos hombres, luego que una bala le destroza su antebrazo izquierdo, lo que lo obliga a sostener las bridas de su cabalgadura con los dientes, para finalmente, luego de arremeter solo, caer muerto del caballo, que también muestra visibles heridas.

El alférez Stange fue enterrado con honores en Tacna en el cementerio tocando a la quebrada del Diablo.

Sus restos regresaron a Chile en 1980, recibidos en el Aeropuerto Base de El Bosque de Santiago por el Regimiento Cazadores, que lo escoltó vestido de gran parada.

Fue velado en el Instituto Nacional y posteriormente, el día 13 de noviembre, acompañado por la Escuela Militar hasta el Cementerio General para recibir sepultura en el Mausoleo del Ejército. El alférez Stange se yergue así, como un ejemplo de la juventud eterna de la patria, quien debe recordarlo por siempre.

Edmundo Villarroel Carmona
Círculo Ignacio Carrera Pinto

31 Gentileza de su actual presidente Señor Edmundo Villarroel Carmona.

“EL MERCURIO – Sábado 15 de noviembre de 1997

EL ÚLTIMO HÉROE

Señor Director:

En noviembre de cada año recordamos Pachía, corre el año 1883 y es 11 de noviembre, a pocos meses de concluir la Guerra del Pacífico. Enrique Stange Aliste, joven alférez de caballería y ex alumno del Instituto Nacional, entregó su vida en la acción llamada Combate de Pachía, convirtiéndose así en el último oficial muerto en combate en la Guerra del Pacífico y en carga gloriosa que permite organizar la defensa de sus camaradas infantes que se ven sorprendidos al ser rodeados por el enemigo superior en número. En efecto la pequeña guarnición chilena al mando de un distinguido oficial, capitán Matías López, veterano de Yungay y conformada por 82 hombres de ellos 74 infantes y ocho de caballería son sorprendidos luego que 400 guerrilleros al mando del coronel Juan Luis Pacheco los rodeara por el norte, sur y poniente.

Es entonces cuando el capitán Matías López ordena al alférez Stange que cargue con sus jinetes. Stange agrupa a su gente y hacen frente a la turba en tres cargas consecutivas, todos exceptuando a un corneta, entregan su vida. En la primera carga Stange recibe un balazo en el hombro y dos de sus soldados caen; el corneta con su corcel encabritado logra sobrepasar al enemigo y es quien alerta a los refuerzos en Tacna.

A golpe de sable y temeridad Stange y sus hombres cumplen el objetivo que permite el amunicionamiento de la infantería y su posterior acción, que en desigual combate se prolonga por cerca de tres horas, logrando hacer retroceder al adversario que los superaba en número. Stange cae en glorioso ejemplo junto a sus últimos dos hombres, luego que una bala le destrozara su antebrazo izquierdo, lo que lo obliga a sostener las riendas de su cabalgadura con los dientes, para finalmente, luego de arremeter solo, caer muerto del caballo, que también muestra visibles heridas.

El alférez Stange fue enterrado con honores en Tacna en el cementerio cerca de la Quebrada del Diablo. Sus restos regresaron a Chile en 1956, recibidos en el aeropuerto base de El Bosque, de Santiago por el Regimiento Cazadores, que lo escoltó vestido de gran parada.

Fue velado en el Instituto Nacional y posteriormente el día 13 de noviembre, acompañado por la Escuela Militar hasta el Cementerio General para recibir sepultura en el Mausoleo de Ejército. El alférez Stange se yergue así como un ejemplo de la juventud eterna de la patria, quien debe recordarlo por siempre.

Edmundo Villarroel Carmona

Círculo Ignacio Carrera Pinto”.

VI. BIBLIOGRAFÍA:

AHUMADA MORENO, Pascual. “*Guerra del Pacífico*”. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencia y demás publicaciones relacionadas con la Guerra del Pacífico, publicadas por la prensa de Chile, Perú y Bolivia. Este compendio, contiene documentos inéditos de importancia, para el estudio y la comprensión de este fenómeno social. Tomos VII y VIII “Imprenta y librería Americana de Federico T. Lathrop.” Valparaíso, Chile, 1890.

LÓPEZ RUBIO, Sergio E., “*Expedición Arequipa-Puno y de Paz de Ancón*”. Jornada inédita en la última campaña militar de la Guerra del Pacífico, después de Huamachuco. Impresores Edimpres Ltda. Santiago, Chile, 1984.

BULNES, Gonzalo. “*Guerra del Pacífico*”. Tomo III. Ocupación del Perú-La Paz. Sociedad imprenta y Litografía Universo. Valparaíso, Chile, 1919.

Departamento de publicaciones del Estado Mayor General del Ejército, Sección Historia. “La Campaña de Arequipa, a través de la correspondencia del coronel don José Velásquez Bórquez, Comandante en Jefe de la expedición.” Biblioteca del Oficial. Vol. XXIII - 1. Santiago, Chile, 1949.

SIEBERT HELD, Bruno. “Militares de ascendencia germana en la Guerra del Pacífico”. En revista *Anuario* N° 21, Academia de Historia Militar. Santiago, Chile, 2006.

MELLAFE MATURANA, R. y Pelayo González, M. “*La Guerra del Pacífico*”, en *Imágenes, Relatos... Testimonios*. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, Chile, 2007.

Departamento de Relaciones Internas del Estado Mayor General del Ejército, *Historia Militar de Chile*. Tomo II, “Campaña de la Sierra”. I.G.M. Santiago, Chile, 1983.

EN EL CUERPO, CICATRICES. INVÁLIDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO. (1881 - 1890)

Felipe Casanova Rojas¹

INTRODUCCIÓN.

La guerra nos es conocida. Chile ha estado marcado por ellas desde los primeros aires independentistas, hasta la última confrontación entre hermanos, allá por el año 1891. Por ello, el Ejército fue un actor principal en diversos hechos ocurridos a lo largo del siglo en cuestión, años de nuestra formación como Estado.

Uno de estos enfrentamientos fue la Guerra del Pacífico, siendo sin duda la confrontación más importante de nuestra historia. Este, como todos los conflictos, dejó una serie de consecuencias manifestadas en diversos ámbitos, como el económico, el político, el territorial e, incluso, el ideológico. Pero nos interesa sumergirnos en uno de los menos investigados, el que alberga los pasares del contingente humano que participó, directa o indirectamente en el conflicto.

La guerra fue inmensamente popular, donde el ciudadano común se enroló en el Ejército o Armada, en su mayoría, de forma voluntaria. Así, esta “nación en armas” llegó a movilizar durante los seis años de confrontación un total aproximado de 111.000 soldados, siendo el punto más alto del enrolamiento en la campaña de Lima, cuando se tuvo sobre las armas a más de 45.000 almas. Estos comenzaron a ser desmovilizados paulatinamente, primero en 1881 con el retorno del general Manuel Baquedano a Chile y posteriormente con el fin del conflicto, cuando los últimos batallones regresaron a territorio nacional, muchos de ellos después de seis largos años de lucha.

Todos volvieron con un título homogéneo: “veterano”. Para nosotros este núcleo debe dividirse en 2 tipos generales: los “veteranos ilesos”, aquellos que regresaron sin ninguna secuela, y los “veteranos inválidos”, los retornados con la guerra en el cuerpo. Esta diferencia no es excluyente, ya que en cierta medida cada veterano traía consigo los pesos propios de un conflicto bélico, el comúnmente llamado “estrés postraumático”. Dentro de los últimos mencionados podemos observar dos tipos de invalidez: la “mental”, donde el individuo vivió sus últimos años fuera de la realidad, internado en la Casa de Orates, y el “físico”, donde la guerra se llevó una parte de su cuerpo y/o le dejó marcas permanentes. Este artículo se refiere a los últimos.

Pero más que narrar aspectos propios de ellos, buscamos respuestas a unas preguntas que pueden interpretarse como simples: ¿Qué hizo el Estado de Chile por sus veteranos inválidos físicamente?

1 Investigador. Estudiante de Pedagogía en Historia en la Universidad de Tarapacá en Arica.

¿Cuáles fueron las medidas tomadas para subsanar una incapacidad ocasionada directamente por su declaratoria de guerra? Su simpleza se esfuma al sumergirse en una problemática mucho mayor conocida como “El Pago de Chile”, que provocaría una discusión permanente, principalmente durante los primeros años del siglo XX, sobre cómo el Estado debía premiar, recompensar y pensionar, a sus veteranos de guerra.

Este artículo se centrará entre los años 1881 y 1890, un período inmensamente atractivo, ya que se ubica en parte, en un tiempo inmediatamente posconflicto, con las consecuencias muy presentes en la sociedad, estimando así el accionar del gobierno liberal frente a un posible contraste con la postura adquirida durante el período parlamentario con el problema socio-económico que afectó a los excombatientes.

Para armarlo, echamos mano de material propiamente estatal, ante la carencia de testimonios de los propios inválidos.

UN CUERPO INCOMPLETO, MARCADO.

Semanas tras semanas llegaban a los puertos de las zonas ocupadas y de Chile propiamente tal, los cientos y cientos de heridos que dejaban las acciones del Ejército de Operaciones del Norte en el frente. La atención en los diversos hospitales era esforzada pero además de lidiar con la naturaleza de las heridas, también se combatía contra las infecciones subsecuentes.

La mayoría de los fusiles de la época disparaban una bala de 11 milímetros de calibre, mientras que otros modelos de 12 y hasta de 14 milímetros, que estaban fabricadas en plomo deformable, provocando un gran daño anatómico, especialmente en los huesos, fracturándolos y/o astillándolos.

Como producto de las heridas que comprometían huesos y de las infecciones que las atacaban, como el “clostridium” que originaba la gangrena, la principal opción para salvar la vida del soldado, herido en alguna extremidad, era la amputación. Esta operación era bastante “bruta” y suponía una experiencia traumática para el paciente, realizándose en muchos casos apenas horas después de recibir al herido, como primera intervención, para luego ser despachado, según su gravedad, al sur.

El viaje era prácticamente un infierno, realizándose por mar y durando varios días. El hacinamiento a bordo, la mala salubridad y lo largo e incomodo del trayecto provocó que la mayoría de las heridas se complicaran o infectaran, tal como lo describe la administración del Hospital de Sangre “de Nuestra Señoría del Carmen de la Esposición”, en memoria al gobierno:

“Estas consistían (las heridas) en estensas i profundas heridas de las partes blandas, simples o con fracturas incompletas de los huesos largos del miembro superior o inferior, algunas fracturas completas de los huesos de la mano i del pié i varias heridas penetrantes del tórax i del cráneo. Natural-

mente la fiebre traumática i demas accidentes primitivos habían pasado, los proyectiles habian sido estraidos, escepto aquellos de existencia dudoda e ignorada; pero todas las heridas presentaban una o varias de las terribles complicaciones de las heridas por arma de fuego: las hemorragias secundarias, el flegmon difuso, la crispela, la gangrena (...) (sic)

Los de la penúltima remesa entraron el 2 de mayo, en número de 115; todos con lesiones crónicas: fracturas incompletamente consolidadas, cáries, necrosis, trayectos fistulosos, algunos gangrenados, varios amputados, algunos con escoraciones del muñon i otros con necrosis de las estremidades óseas seccionadas”.²

Otro tipo de herida era la ocasionada por arma blanca, comúnmente bayonetas y cuchillos que, utilizadas en el combate cuerpo a cuerpo, provocaban lesiones de carácter cortante y punzante.

En muchos combates predominó la fiereza y el salvajismo, como es común en este tipo de casos, ocasionando episodios traumáticos en el momento, algunos evidentes en el tiempo, en la mente y otros en el cuerpo, como verdaderas cicatrices del conflicto. Los casos de heridos múltiples son comunes, pero algunos de estos carecen de explicación para convencerse de que hubieran sobrevivido, como fue la realidad del sargento mayor Bernardo Necochea, quien fuera herido en la Batalla de Tarapacá. Su expediente médico detalla cada una de las lesiones sufridas aquel 27 de noviembre de 1879:

“La comisión de cirujanos que suscribe, certifica: que el sarjento mayor de ejército don Bernardo Necochea, tiene múltiples cicatrices por heridas de bala, de instrumento cortante, por contusiones i por quemaduras en diferentes rejiones del cuerpo. Tiene:

1.º, una intensa cicatriz por instrumento contundente situada en la porcion anterior i superior del parietal derecho, con fractura de la lámina esterna. A pesar de la gravedad de esta herida conserva perfectamente sus facultades intelectuales, sufriendo solamente de dolores de cabeza de una manera intermitente;

2.º, Una cicatriz por arma de fuego proveniente de una bala que penetró en la parte media, posterior e inferior del cuello al nivel de la primera vértebra dorsal, recorriendo un trayecto oblicuo hácia arriba i adelante por entre las masas carnosas supraclaviculares hasta salir en el tercio medio i lateral esterno del músculo esterno cleido mastrides;

3.º Se nota otra cicatriz producida por arma de fuego, penetrando la bala en la parte esterna de la articulación del codo izquierdo atravesando profunda i oblicuamente los tejidos blandos, hácia a ariba i adentro, hasta salir en la parte interna e inferior del brazo a dos traveses de dedo por encima

2 Ministerio de Guerra: “Memoria del Ministerio de Guerra correspondiente al año de 1881”. 1881. P. 575.

de la articulación. A pesar de la extensión de esta herida solo ha quedado con ligeras perturbaciones en las funciones del brazo;

4.º Tiene una cicatriz superficial i un tanto estensa, proveniente de una quemadura en la parte esterna i tercio superior del antebrazo,

5.º Tiene tambien una cicatriz profunda, ocasionada por una herida de bala desde el apéndice xifoides, oblicuamente hácia afuera del costado derecho, siguiendo el trayecto de la octava costilla, terminando al nivel del tercio esterno de la misma en una extensión de dieciséis centímetros, siendo incurable la fractura completa de las extremidades anteriores correspondientes a dos costillas falsas;

6.º Sufrió una herida penetrante del abdómen por instrumento cortante que ha ocasionado una herida considerable en este punto, i

*7.º Se nota equimosis i cicatrices provenientes de catorce a dieciséis contusiones diferentes que sufrió en distintos puntos de las dos piernas”.*³

Estas son la naturaleza de las heridas más comunes, y con las que el soldado tuvo que conllevar en su vida luego del conflicto. En este ámbito el Estado fijó categorías a la hora de otorgar beneficios, asunto que veremos en las siguientes líneas.

CONCIENCIA REAL SOBRE LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA: LA LEY DE RECOMPENSAS DE 1881.

El 12 de diciembre de 1881 el Senado aprobaba un proyecto de ley determinante, que evidenciaría la responsabilidad que le cabía al Estado para con los ciudadanos defensores de sus intereses en conflictos bélicos. Esta ley, llamada “de Recompensas”, estaba dirigida a quienes la guerra había afectado de forma inmediata y cercana: a los deudos y a los inválidos físicos. En sus 35 artículos el Estado dispone el cuidado y mantención de los soldados inválidos y de los deudos de los caídos en combate, acogiéndolos bajo su tutela en el ámbito social, económico e incluso educativo.

Nuestro interés recae en los primeros 9 artículos, que disponen los beneficios para los soldados inválidos. El primero es meramente formal, pero importante para conocer quienes eran los que podían optar a los beneficios, al señalar que:

“Los jefes, oficiales i tropa del Ejército de línea, de la Guardia Nacional movilizada, de las guardias municipales de Santiago i Valparaíso i Armada de la República, que hubieren quedado inutiliza-

3 “La Semana Militar” del 23 de Junio de 1901, N° 48. Pp. 348 y 349.

*dos por acción de guerra, o por actos del servicio durante la campaña contra el Perú i Bolivia (...) tendrán derecho a disfrutar de las recompensas concedidas por la presente lei, en conformidad a sus prescripciones”.*⁴

Así, acoge solo a un grupo de soldados, especificando que debían haber quedado inutilizados por acción de guerra o por actos del servicio, desechando cualquier accidente particular o muertes por enfermedades naturales. Por ello fueron rechazadas varias solicitudes, como la del sargento mayor José de la Cruz Salvo, el artillero de Dolores, quien perdió su brazo derecho durante una expedición realizada en la zona de Moquegua a finales de 1880, y que solicitó ser declarado inválido. Luego de revisar los antecedentes, el Ministerio de Guerra desestimó la solicitud, señalando que el accidente del oficial no había sido provocado por acciones propias de la campaña.⁵ En realidad el mayor Salvo perdió su brazo al explotar un cartucho de dinamita que sostenía mientras enseñaba a sus soldados la pesca con explosivo.

La ley fijaba dos tipos de invalidez: la absoluta y la relativa. La primera era otorgada a aquel veterano cuyas heridas le impidieran seguir en servicio en el Ejército o Armada y poder trabajar en un empleo del “mundo civil”. Mientras que la invalidez relativa era aquella que permitía ganar la subsistencia al veterano afectado fuera de las ramas castrenses.

Los artículos 2 y 3 se refieren a los oficiales, disponiendo que el que resultara con invalidez absoluta recibirá una pensión igual al sueldo que recibiera en su último grado jerárquico. Mientras a quienes se les diagnosticara invalidez relativa, se le abonarían 10 años de servicio.

En el caso de los soldados era algo parecido, mientras que el inválido absoluto recibiría una pensión equivalente a su último grado al momento de promulgarse la ley, el relativo tendría una equivalente a las dos terceras partes de aquel.

Para acreditar la invalidez, el individuo debía pasar por una comisión médica formada, en el caso de los oficiales, por tres facultativos y dos para diagnosticar a los soldados. Junto con aquello, se debían entregar una serie de documentos que certificaran su participación en el conflicto.

Hasta aquí las disposiciones de esta ley no son nada nuevo, ya que a los inválidos resultantes de las campañas de Chiloé, entre 1824 y 1826, se les otorgó pensiones equivalentes a los sueldos según su grado. Pero lo que le hace determinante, es que aparte de entregar una mantención económica total o parcial a los inválidos, se ocupa de remediar, en lo posible, su daño físico con la entrega de prótesis. Ello evidencia que

4 “Ley de Recompensas por la Campaña contra el Perú y Bolivia de 1881”. En: Carlos Méndez Notari: “Héroes del Silencio. Los Veteranos de la Guerra del Pacífico”. 2004. Anexo 5. P. 111.

5 Decreto Supremo del 28 de Abril de 1884. En: José Antonio Varas: “Recopilación de Leyes, Órdenes, Decretos Supremos i Circulares Concernientes al Ejército”. 1888. Tomo VII. P. 47.

el bienestar económico no era suficiente en estos casos, debiendo dar un paso hasta ese momento inerte en un país ya con tradición guerrera y por ende, con no pocos inválidos.

La ley también contenía auxilios a los deudos de los caídos en combate, fijando beneficios económicos y educativos, con la creación de una serie de escuelas para los huérfanos de la guerra. Pero aquel es asunto para otro texto.

Promulgada la ley, venía el proceso más complicado y largo: la certificación para poder obtener los beneficios. Para ello se creó la Oficina de Tramitación que, al mando del coronel Francisco Barceló, se mantuvo en funcionamiento por varios años.

Dentro de este proceso, para acreditar la invalidez, el interesado debía ser revisado por una comisión médica. Proceso que abordaremos a continuación.

POSANDO PARA ACREDITAR REALIDAD: LA APLICACIÓN DE LEY EN LOS INVÁLIDOS.

Cómo mencionamos, el artículo 9 establecía el suministro por parte del Estado, de los aparatos ortopédicos necesarios para suplir la falta de los miembros mutilados en los inválidos.

Para ello se formó una comisión médica que tendría como misión analizar cada petición de pensión, acreditando así el grado de invalidez del solicitante y estableciendo el tipo de prótesis que se le debía entregar, las cuales se diferenciaban por su propósito general. Estos cumplían funciones específicas, como remediar las torceduras o correcciones en la forma de los órganos lesionados y otra para suplir la falta de extremidades. Y dentro de estas se diferencian por suplidoras de órganos y otras por funciones de los mismos.

La Memoria del Ministerio de Guerra de 1882 apunta un dato interesante que nos explica la carencia de conocimiento sobre los aparatos ortopédicos, como parte de una medicina nueva en el país:

*“No habiendo en el país aparatos ortopédicos, ni teniéndose conocimiento cabal acerca de sus precios, la comisión de cirujanos encargada del exámen de los inválidos, tuvo que pedir a Europa i Estados Unidos los datos necesarios, lo que han retardado el cumplimiento del art. 9 de la lei de recompensas”.*⁶

Al tiempo después, ya con el conocimiento necesario, se publicó en los periódicos “La Época”, “El Ferrocarril”, “El Independiente” y “El Mercurio”, un llamado para el envío de propuestas de casas fabri-

6 Ministerio de Guerra: “Memoria que el Ministerio de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1882”. 1882. P. 39.

cantes interesadas en proporcionar las prótesis y aparatos. Al cabo de 20 días se presentaron 5 interesados, siendo aceptada la propuesta por el ortopedista A. Baudon, quien sugirió:

“El señor Baudon nos hizo una propuesta con fecha 22 de mayo del año corriente pero no la aceptamos porque pedía precios exesivos.

Posteriormente tomando en cuenta nuestras reflexiones, ha convenido en bajar los precios aun nivel que nos parece equitativo i conveniente.

*(...) El señor Baudon se obliga tambien a tomar personalmente las medidas i modelaciones en yeso que sean necesarias para que la aplicacion de estos aparatos resulte perfecta i satisfaga completamente los usos a que se destinan ensayandolas el mismo ortopedista hasta complacer al favorecido”.*⁷

Con esta alternativa aceptada, se celebró el contrato con el gobierno el 6 de diciembre de 1882⁸ y se decidió llevar un libro titulado “Aparatos Ortopedicos i Miembros artificiales”, donde se anotaban características generales de los inválidos que requerían de aparatos, tales como el nombre, el regimiento al que pertenecía, la edad, el estado civil, nivel de alfabetismo, el miembro mutilado o carente de funcionamiento, sitio de amputación si lo hubiera, resección o desarticulación del miembro, las medidas para la construcción del aparato o prótesis, la clase y calidad del aparato y finalmente el informe de los cirujanos.⁹ Pero este proceso presentó un problema, comunicado al gobierno en nota del 5 de marzo de 1883:

*“(...) es necesario consignar las medidas correspondientes a cada mutilado que debe recibir un miembro artificial para suplir las funciones del que ha perdido en los campos de batalla. Hemos observado inmediatamente que la ejecución de este trabajo presenta ciertas dificultades que no habían sido previstas. Para construir un miembro artificial cualquiera de manera que se adapte con perfeccion y pueda suplir eficazmente al órgano que falta es preciso tomar diferentes medidas, que se espresan con nombres técnicos especiales, no siempre invariables que ocupan demaciado espacio, i en general bastante difusas para ser fácilmente comprensibles”.*¹⁰

La solución fue simple: fotografiarlos. Díaz & Spencer, Leblanc & Adaro y Guillermo Perez Faut fueron los encargados de dicha tarea. Estas imágenes, albergadas en el “Álbum de Inválidos de la Guerra del Pacífico” en número de 172, immortalizan mayoritariamente a individuos con amputaciones, muchos semidesnudos para demostrar de mejor manera sus lesiones. Algunos con sus prótesis o aparatos ortopédicos a un costado y otros simplemente con rudimentarias muletas o bastones de madera. Los oficiales,

7 Nota sobre aparatos ortopédicos, sin fecha. En: “Álbum de los Inválidos de la Guerra del Pacífico”. 1884. P. 3.

8 Contrato del gobierno con A. Baudon, *op. cit.* P. 11.

9 Comunicación de la Comisión de Cirujanos al gobierno, fechado noviembre 9 de 1882, *op. cit.* P. 9.

10 Comunicación de la Comisión de Cirujanos al gobierno, fechado marzo 5 de 1883, *op. cit.* P. 12.

y algunos clases y oficiales, visten uniforme o evidenciando su grado jerárquico, como la imagen del capitán Pedro Silva, quien aparece con su torso desnudo reflejando una lesión en su hombro izquierdo y con su quepis correspondiente en la cabeza. Con la inclusión de estas fotografías se formó un nuevo libro, manteniendo los datos característicos por anotar.

Pero no todo iba viento en popa para el gobierno y los inválidos que debían recibir su prótesis. El 22 de agosto de 1884 el Estado rompió el contrato con A. Baudon, ya que este no cumplió con lo acordado, negándose a que sus aparatos fueran certificados e incluso pasando a llevar a la Comisión de Cirujanos al entregar a los inválidos las prótesis sin el consentimiento de los médicos.¹¹ Asociado a que se presentaron casos de mala construcción y calidad de los aparatos, cuando tres inválidos se dirigieron a la Comisión de Cirujanos reclamando por la escasa duración de sus piernas artificiales, con apenas meses de uso.¹²

Realmente desconocemos quien reemplazó a Baudon en la construcción de las prótesis, ya que no alcanzó a entregar todos los aparatos. Con ello, quizás, la entrega de estos cesó, no lo sabemos y caeríamos en falacias si diéramos un comentario categórico, pero en lo que sí podemos estar seguros es en los pagos de las pensiones y por ello, en la labor de acreditación realizada por la Oficina de Tramitación, cuya historia se estampa en las siguientes líneas.

ARDUA, LARGA, PERO NECESARIA TAREA: LA OFICINA DE TRAMITACIÓN Y LAS PENSIONES DEL ESTADO.

La Oficina de Tramitación fue creada el 30 de marzo de 1882, funcionando desde las 11 del día hasta las 4 de la tarde, trabajando en sus dependencias diez miembros del Ejército y la Comisión de Cirujanos, que recibía interesados durante dos horas al día.¹³ Aquí se recibían todos los expedientes, tanto de los posibles inválidos, como los de probables deudos de caídos en el conflicto. Pero también se designó a otros oficiales para que sirvieran de agentes para los interesados de provincias, enviándose uno incluso a Lima.¹⁴

Ante tanto interesado para obtener los beneficios de la ley, la existencia de esta oficina se extendió por un tiempo largísimo, explicando, primero, la gran cantidad de inválidos y deudos que dejó el conflicto; segundo, el desconocimiento de algunos sobre su existencia; por residir en lugares apartados de las ciudades; incluso, estar curándose de las heridas en sus propios hogares. La oficina tuvo varias prórrogas de existencia, estando aún funcionando en 1890, casi nueve años después de la promulgación de la ley de recompensas.

11 Comunicación de la Comisión de Cirujanos al gobierno, fechado agosto 22 de 1884, *op. cit.* P. 16.

12 Comunicación de la Comisión de Cirujanos al gobierno, fechado enero 4 de 1884, *op. cit.* P. 17.

13 Decreto Supremo del 30 de marzo de 1882. En: José Antonio Varas, *op. cit.* 1884. Tomo VI. P. 450.

14 Decreto Supremo de 12 de junio de 1882. José Antonio Varas, *op. cit.* Tomo VI. P. 504.

Desde su creación hasta el 5 de enero de 1885, la oficina había aprobado 2.264 expedientes de invalidez,¹⁵ los que aumentaron en 1886 a 2.623¹⁶ y a 2.721 en 1887.¹⁷ Pero estos números no reflejan la cantidad de expedientes que se recibían y eran rechazados por no cumplir las condiciones, ya que las publicaciones, en su mayoría, solo anotan las peticiones aceptadas. Para ejemplificar: entre el 10 de noviembre de 1888 y el 11 de enero de 1890 se recibieron 330 expedientes nuevos, de los cuales solo 98 fueron aceptados (14 por invalidez absoluta y 84 por relativa), mientras que 48 a esa fecha no se habían tramitado. El resto, 184, se habían rechazado.¹⁸ Este último número significa el 56 % del total, una cifra que puede explicar un posible desconocimiento sobre las condiciones mismas de la ley, aún tomando en cuenta que 70 de ellos eran solicitudes de oficiales.

Los veteranos que fueron declarados inválidos pasaron a formar parte del "Cuerpo de Inválidos", fundado en agosto de 1819 como "Cuerpo de Aguerridos" en Santiago, y el que existía en las principales ciudades del país. El lisiado recibía su pensión por medio de la Tesorería Fiscal de su ciudad, y si deseaba cambiarse de urbe, debía informar al Ministerio de Guerra para que este dispusiera el pago en el nuevo lugar de residencia.

El pago de pensiones era fijado año a año, separando Ejército y Armada en las salas del Congreso Nacional, durante las discusiones del presupuesto de la nación. Para 1886 el Estado fijó las pensiones para los del Ejército por un total de 297.574 pesos y 2 centavos,¹⁹ cantidad que iba creciendo en los años siguientes producto de la promulgación de nuevas pensiones. Esta fue la tónica salvo en 1888, cuando el proyecto de presupuesto fijó el total de pensiones en \$ 377.315, 70 pesos, los cuales eran \$ 4.372, 90 menos que el de 1887, fijado en \$ 381.746, 70, ya que un buen número de inválidos había fallecido.²⁰

Pero no todos los inválidos absolutos y relativos recibían el mismo sueldo. ¿por qué razón? Simplemente porque el Ejército recibió una modificación de sueldos a finales de septiembre de 1882. Como la ley de recompensas fue dictada en diciembre del 1881 y establecía que las pensiones se fijarían según el sueldo que recibía el beneficiado al momento de ser herido, se produjo una desigualdad en las remuneraciones entre veteranos con el mismo tipo de invalidez. Para ejemplificar, un soldado de infantería declarado inválido absoluto y que fuera herido antes de septiembre de 1882 recibía una pensión de 11 pesos, mientras que otro, del mismo rango, arma y grado de invalidez, malgrado después de aquella modificación salarial, percibía 15 pesos al mes. Este problema fue zanjado recién en 1888 al disponer la base de las pensiones en los sueldos fijados en 1882.

15 Diario Oficial de la República de Chile, 30 de enero de 1885, Nº 2.334. Archivo Histórico "Vicente Dagnino", Fondo Intendencia de Tacna, Sub-fondo Diarios Oficiales, Volumen 1.

16 "Memoria que el ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1886 En: Diario Oficial de la República de Chile del 11 de octubre de 1886, Nº 2856. Archivo Histórico "Vicente Dagnino", Fondo Intendencia de Tacna, Sub-fondo Diarios Oficiales, Volumen 4.

17 Ministerio de Guerra: "Memoria que el Ministerio de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1887". 1887. P. 23.

18 Ministerio de Guerra: "Memoria del Ministerio de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1890". 1890. Pp. 356 a 366.

19 "Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1886", *op. cit.*

20 Ministerio de Guerra: "Memoria que el Ministerio de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1887". 1887. P. 32.

Las pensiones no eran una riqueza, el gobierno lo sabía, el Congreso era consciente, pero nada se hizo por subsanarlo al menos en el período en estudio. El ministro de Guerra, en sesión en el Senado, apuntó al respecto sobre los sueldos del Ejército que afectaban evidentemente a las pensiones de inválidos, lo siguiente:

“(...) es cierto que nuestros soldados no alcanzan a satisfacer las mas premiosas necesidades de su familia con el sueldo que reciben”.²¹

Pero pese a todo lo hecho, las pensiones otorgadas eran ínfimas y no permitían la mantención holgada de un hogar. En un Chile sin legislación social, los inválidos comenzaron a caer por el peso de la realidad, siendo este un problema que puede profundizarse aún más.

CONCLUSIONES.

Hemos dado pinceladas a una temática sumamente densa y extensa, que ha sido estudiada por pocos especialistas, quedando muchas preguntas por responder y otras por nacer.

Enfocándonos en nuestro límite temporal, la ley de recompensas de 1881 fue un total acierto del Estado, pero que evidenció la carencia de una legislación socio-militar para acudir en ayuda de los que la guerra dejaba físicamente incapacitados. Chile era un país ya con tradición militar, con una guerra de independencia, dos conflictos internacionales y tres guerras civiles y, hasta ese momento la ayuda hacia deudos se limitaba al montepío militar de 1855, que beneficiaba solamente a oficiales y sus familias. Por ello, la ley de recompensas resultó importantísima, promulgándose en un momento oportuno al estar aún la guerra en curso y por ende, con un actuar más consciente de los parlamentarios, el gobierno y con una sociedad completamente comprometida con las problemáticas sociales que se evidenciaban con el pasar del tiempo.

Los inválidos fueron entendidos, con justa razón, como cargas por el Estado, ya que, por su actuación en un conflicto internacional, defendiendo los intereses del país, sufrieron un cambio radical en sus vidas. Cosa que no fue interpretada de la misma forma para con los que volvieron ilesos, ya que estos, en edad productiva, volvieron a sus actividades normales o buscaron nuevos horizontes laborales, sin descartar que algunos quedaran en la más absoluta miseria, viviendo de la caridad, por no decir del vagabundaje.

La inclusión de prótesis y aparatos que suplieran los miembros mutilados, y sus funciones, fue un paso tan novedoso que no había conocimiento cabal en el país de su fabricación y precio, pero que demostró que con un beneficio económico no era suficiente para una reinserción exitosa en la sociedad. Con ello se rozaba, consciente o inconscientemente, la rehabilitación. En este ámbito queda una laguna interesante, ante la cancelación del contrato con A. Baudon. ¿El gobierno con quién lo reemplazó?, ¿Se siguieron entregando prótesis?

21 Cámara de Senadores. Sesión 14ª ordinaria del 13 de julio de 1888. En “Diario Oficial de la República de Chile” del 19 de julio de 1888, N° 3.351. Archivo Histórico “Vicente Dagnino”, Fondo Intendencia de Tacna, Sub-fondo Diarios Oficiales, Volumen 8.

Así, el período entre 1881 y 1890 dejó un trabajo arduo para el Estado, particularmente para quienes recibieron la tarea de tramitar las peticiones y certificar la invalidez. Ello asociado a la gran cantidad de personas que solicitaron ser beneficiados, siendo riguroso el proceso antes de establecer el beneficio. Esto llevó a que un número importante de solicitudes fueran rechazadas por no cumplir las condiciones, lo que nos lleva a realizar nuevas preguntas respecto al porqué de ello. ¿La ley no se entendía? ¿Careció de difusión apropiada? ¿O simplemente significó un intento de aprovechamiento por parte del solicitante no beneficiado?

Si bien el pasar de los inválidos del 79 no fue preocupante o supuso una discusión permanente, como se generaría en los inicios del siglo XX, no significó tampoco una mantención holgada de sus vidas, ya que las pensiones no eran cómodas. Si un veterano compraba un kilo de carne, uno de charqui, uno de azúcar y uno de arroz, todo le costaba 1 peso y 75 centavos en promedio, en 1881.²² Resumimos el pasar de los lisiados en palabras del, por entonces, coronel José Velásquez, como Diputado por Quillota en una de las sesiones del Congreso:

“En Santiago, 800 soldados mutilados no tienen cuarteles, ni siquiera una pieza en que guarecerse. El 1º de este mes, estos gloriosos inválidos llenaban la plazuela de San Isidro, esperando en medio de la lluvia que se les pasara revista i se les pagara.

Creo que el deber de los representantes del país en este aniversario (de la Toma de Arica), es tratar de llevar el bienestar a esos mutilados en servicio de la patria.

Igual cosa que en Santiago pasa en el resto de la República. En Coquimbo, como puedo palparlo siendo Intendente de aquella provincia, me ví en precisión de proporcionar una pieza de mi casa a muchos de esos inválidos, que pasan de ciento.

*Pido, pues, a la Cámara que, para aliviar la condición de estos mutilados, autorice al Presidente de la República para que invierta hasta la cantidad de 200.000 pesos en construir casas o cuarteles en los diferentes pueblos de la República que juzgue conveniente, para proporcionar un asilo a estos buenos servidores del país”.*²³

Este proyecto nunca se realizó, y de aquella realidad llamada “Pago de Chile”, el Estado tardó en hacerse cargo, dejando pasar un tiempo invaluable para volver a legislar y entregar pensiones permanentes a los excombatientes, pero que nos dejó una problemática social que evidencia que los héroes, la gloria y el reconocimiento pueden llegar a ser en ocasiones premiados y en otras tristemente ignorados.²⁴

22 Carlos Méndez Notari, *op.cit.* P 61. (No presenta fuente para los precios publicados).

23 Cámara de Diputados, Sesión 3ª ordinaria del 7 de junio de 1888. En “Diario Oficial de la República de Chile del 9 de junio de 1888, N° 3.318. Archivo Histórico “Vicente Dagnino”, Fondo Intendencia de Tacna, Sub-fondo Diarios Oficiales, Volumen 9.

24 Sinceros agradecimientos a quienes, de alguna manera, ayudaron a que este artículo naciera y se desarrollara. A mis amigos, profesores y formadores Roberto Zagal Ahumada, Daniel Castillo Ramírez, Rodrigo Ruz Zagal, Javier Manríquez Ferreira, Mauricio Pelayo González, Enrique Cáceres Cuadra y a Pedro Hormazábal Espinosa, las gracias.

BIBLIOGRAFÍA

Archivos:

Fondo Intendencia de Tacna, Sub-fondo Diarios Oficiales, Volumen 1, 4, 8 y 9 en Archivo Histórico "Vicente Dagnino".

Álbum de los Inválidos de la Guerra del Pacífico". 1884 en Archivo Histórico del Ejército.

Fuentes impresas:

La Semana Militar del 23 de Junio de 1901.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministro de Guerra* presentada al Congreso Nacional correspondiente al año de 1881. Imprenta Nacional, Santiago, 1881.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1882*. Imprenta Nacional, Santiago, 1882.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1886*. Imprenta Nacional, Santiago, 1886.

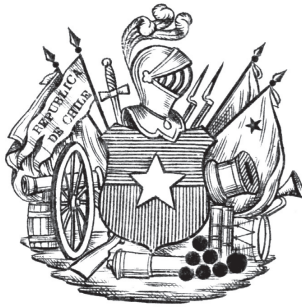
Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1887*. Imprenta Nacional, Santiago, 1887.

Ministerio de Guerra, *Memoria del Ministerio de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1890*. Imprenta Nacional, Santiago, 1890.

VARAS, José Antonio. *Recopilación de Leyes, Órdenes, Decretos Supremos i Circulares Concernientes al Ejército*. Tomo VII. Santiago. Imprenta Nacional. 1888.

Libros y artículos:

MÉNDEZ NOTARI, Carlos. *Héroes del Silencio. Los Veteranos de la Guerra del Pacífico*. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2004.



ARTÍCULOS MISCELÁNEOS

CHILOÉ: CUERPOS ARMADOS, REFORMA E INDEPENDENCIA (1780-1813)

Ignacio Ibáñez Echeverría¹
Alejandro Orellana Ceballos²

En el presente artículo se desarrollará la evolución militar de la isla de Chiloé entre 1780 y 1813, período en que se enmarcan las denominadas reformas borbónicas, la crisis del Antiguo Régimen, la caída de la monarquía borbónica tanto en Francia como en España, el surgimiento del Imperio francés y el comienzo de los procesos emancipadores hispanoamericanos. Es decir, un período crucial para la historia del mundo europeo y sus territorios ultramarinos. Años de profundos y violentos cambios los que se insertan dentro de la modernidad, tanto en lo político y social como en lo económico.

La promulgación de reglamentos militares elaborados después de la toma de La Habana por parte de los ingleses en 1762, fue una de las medidas de la Corona castellana para poner atajo a la ofensiva de las potencias europeas en el continente americano, provocando la reforma general a los cuerpos armados de América y en nuestro caso de Chiloé. Pues al comienzo del período emancipador en el año 1808, la isla se encontraba viviendo una reestructuración de sus cuerpos armados dirigida por el virreinato. Este punto es central, pues explica las razones por las que los virreyes del período emancipador usaron a la isla como plataforma ofensiva contra los patriotas independentistas chilenos; aún cuando el virreinato en 1826 había dejado de existir como unidad administrativa.

Este trabajo pretende ser un aporte para la comprensión del fenómeno emancipador dejando de lado el antagonismo nacionalista, es decir, una guerra entre naciones o Estados republicanos ya constituidos, para dar paso a una comprensión virreinal si se quiere, incluso a nivel americano y monárquico, incluida la propia España. Más aún desde el ámbito de la historia militar americana, ya que serán las fuerzas y cuerpos armados que se configuran desde el siglo XVIII, los protagonistas de la lucha armada durante la emancipación. Oficiales y soldados del propio Chiloé que llegaron o estaban en la isla a fines del siglo XVIII, lucharon en su mayoría por el rey y la monarquía. Una generación “iluminada por la guerra”, protagonista de la guerra, formada y heredera del orden militar borbónico que para nuestro caso serán los soldados de Chiloé.

CHILOÉ: TERRITORIO, DEFENSA Y ESTRATEGIA

La adversidad que ofrece la isla de Chiloé para la vida humana, hace reflexionar acerca del temple de la población chilota para soportar las duras inclemencias y el aislamiento propio de un

1 Licenciado en Historia de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción, Chile. Correo electrónico: ignacioibanezecheverria@gmail.com

2 Licenciado en Historia de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción, Chile. Máster en Estudios del Mundo Hispánico: Las Independencias del Mundo Hispanoamericano, de la Universidad Jaime I, Castellón de la Plana, España. Correo electrónico: amorellana@historia.ucsc.cl

territorio lejano y de difícil acceso. La dura vida que aún ofrece la isla se explica por su ubicación geográfica, entre los grados 42 y 47 de latitud sur, teniendo por límite norte el canal de Chacao y como límite austral la península de Taitao. Las costas de Chiloé son muy desmembradas en la parte continental, por lo que hace compleja la comunicación con tierra firme. A ello se le suma estaciones muy marcadas, alta pluviosidad y fuertes vientos que hacen complejas las actividades como la agricultura y la navegación. El padre Alonso de Ovalle narra en relación de Chiloé: “*que su retiro es tan grande del resto del mundo, que no puede ser mayor*”.³ De aquí surge el concepto *Non Plus Ultra*,⁴ ya que no se encuentra nada más allá, no había más asentamientos, no existía civilización al sur de la isla.

Teniendo en cuenta la dura vida que ofrece hasta hoy el archipiélago, nos es posible comprender adecuadamente las particularidades que tendrán las fuerzas militares de Chiloé. Para ello es necesario estudiarlas en su contexto: la evolución militar estuvo ligada al carácter estratégico, defensivo, geográfico, económico y social de la isla. Los altos mandos y la preparación de los cuerpos armados en función de los fuertes y la defensa del territorio fueron configurando una evolución militar particular, explicándose con la separación administrativa de Chile, tras el traspaso de Chiloé al Virreinato del Perú en 1769. Las necesidades defensivas abrieron paso a la construcción de fuertes y baterías; aquellas fortalezas debían ser usadas por tropas profesionales naciendo así el Ejército veterano o de línea, reforzado por las milicias, es decir, el territorio condiciona la defensa y estrategia.

Esta estrategia estaba directamente relacionada con los planes de Pedro de Valdivia de encontrar una ruta continental al Estrecho de Magallanes. Pero fue el gobernador García Hurtado de Mendoza, quien mandó una expedición de reconocimiento de las tierras australes del reino y los vientos del norte lo llevaron a un laberinto de islas y canales interiores, protegidos de los vientos de alta mar. La fundación de la ciudad de Castro se realizó en 1567, bajo el gobierno de Rodrigo de Quiroga quien mandó a Martín Ruiz de Gamboa a tomar posesión de dichas tierras.

Desde la fundación de Castro, esta provincia debe ser conservada y mantenida para el resguardo de las demás Américas del continente. Esta medida es necesaria no solo considerando sus fuertes y puertos, sino también la extensión del territorio que se debe guardar y las expediciones que se debieron ejecutar para el reconocimiento del sin número de islas que se encuentran desde la isla hasta el Cabo de Hornos. De esta manera se produciría una defensa interna, no dependiendo de los auxilios que por tierra o por mar podría enviar tanto el gobierno de Chile como el de Lima.⁵

3 URBINA, Rodolfo. *La periferia meridional indiana Chiloé en el siglo XVIII*. Eds. Universitarias de Valparaíso. Valparaíso, 1983. p. 19.

4 *Ibidem*, p. 9.

5 Archivo Histórico Nacional de Chile. (en adelante AHNCh) Fondo Vicuña Mackenna Volumen 13.

La rebelión indígena de 1598 establece la zona de frontera en el río Biobío, produciendo el abandono de las ciudades al sur de este punto, incluida Osorno, cuyos habitantes llegaron a Chiloé. Sucedió esto, hasta el siglo XVIII cuando se intentó recuperar el camino hacia Chile a través del lago Nahuelhuapi.⁶ Las preocupaciones del siglo XVII en Chiloé eran netamente internas y recién con las invasiones holandesas fueron externas. Anterior a estas preocupaciones externas, la búsqueda de los Césares Perdidos y el control del Estrecho de Magallanes, junto con la repoblación de Osorno, más las malocas como forma punitiva y de sometimiento del indígena, fueron las preocupaciones del modelo encomendero chilote durante la monarquía de los Austrias.

La llegada de los Borbones y el escenario europeo del siglo XVIII produjo un cambio en la percepción militar, estratégica y defensiva que Chiloé proyectaba hacia la Corona y el Virreinato del Perú. Esto comenzó a perfilarse desde la segunda mitad del siglo XVIII, ya que una vez controlados los indígenas y sometidos a la Corona a través del sistema de parlamentos y las fundaciones de ciudades en la zona del Biobío, puede entonces preocuparse de las misivas correspondientes a la defensa externa. Y esto porque Chiloé posee una doble carga defensiva y este elemento incentivó la fortificación de Chiloé y su reordenamiento militar a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Esto se explica por la construcción de los fuertes, por ejemplo, el de Alcudía, que abre el camino entre Valdivia, Osorno y Chiloé y la creación de nuevas construcciones como el fuerte de Lapi que complementó la defensa norte del archipiélago.

Es así como vemos que el incremento de las construcciones va ligada a un reordenamiento de los cuerpos armados. El fuerte de Calbuco resiste y contiene a los indios rebeldes cortando toda comunicación con los naturales de la isla. Por ende no se puede entregar el fuerte a los milicianos, sino que es importante guarnecer a la compañía de infantería, para dar una mayor seguridad a la provincia, dejando solo 86 hombres de infantería para repartir entre San Carlos y Chacao. Esta tropa se encuentra compuesta casi en su totalidad por hombres sin experiencia “hijos del país”, por tanto fue necesario instruirlos en el manejo del arma y en el ejercicio militar. Aún con el contingente, a fines del siglo XVIII, la situación defensiva de Chiloé, continúa siendo deficiente: “(...) *no hay correspondiente para los destierros de cañoneros, guardias, centinelas y patrullas avanzadas (...) conocimiento de que tan diminuto número deja al mayor abandono estos dos fuertes (Chacao y San Carlos)*”.⁷ La tropa reglada es más numerosa en el siglo XVII que en gran parte del siglo XVIII, y responde por una parte a la necesidad de hacer frente a las incursiones corsarias y por otra al estado de guerra viva con los indios juncos. La guarnición dispone de 130 plazas en 1630; en 1664, las dos compañías cuentan con 236 soldados distribuidos en 164 de caballería y 70 de infantería; 200 plazas en 1675; 205 en 1676; 204 en 1677 y 1678; 200 en 1684, y 273 en 1686. Por entonces, la tropa reglada representa el 50% de los vecinos criollos de la provincia.⁸

6 URBINA, María Ximena. *La frontera de arriba en Chile colonial: interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*. Centro de investigaciones Diego Barros Arana. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Santiago, 2009, pp. 110-111.

7 AHNCh, Fondo Vicuña Mackenna. Vol. 13.

8 José de Garró informa en 1684 que el vecindario de Chiloé se compone de hasta 400 españoles, los 200 a sueldo y los restantes naturales del país. El gobernador de Chile, Joseph de Garró al rey. Concepción, 2-enero-1684. AGI. Chile, 86. Extraído de: Urbina, Rodolfo, *La periferia meridional indiana*. p. 232.

La dinastía de Borbón revirtió el deterioro del mundo militar americano, ya que las guarniciones repartidas en el Nuevo Mundo se encontraban mal pagadas y pésimamente apertrechadas, donde la oficialidad y la tropa estaban conscientes de este abandono por parte de las autoridades. El aumento de la presión sobre las Indias por parte de las potencias europeas requirió un mayor esfuerzo de la Corona para el enrolamiento de tropas desde el Viejo Mundo, el que se volvió cada vez más difícil; razón por la cual se reclutaron los sectores marginales de la entonces sociedad española. En este punto, Juan Marchena habla del concepto de carrera militar, ya que el Ejército era mirado como un instrumento de ascenso social por parte de los peninsulares empobrecidos.⁹ En América la demora en las pagas a la tropa, la ineficacia de los cuerpos armados en la resistencia a las invasiones de los corsarios, determina una ruina en lo material y social, desestimando la carrera para los demás espectros de la sociedad colonial de comienzos del siglo XVIII. Luego de la firma del tratado de *Utrecht*, cobra vital importancia reorganizar defensivamente América para la administración borbónica, dignificando y enalteciendo la carrera de las armas, estableciéndola como el Real Servicio.

A comienzos del ya nombrado siglo se reforman las guarniciones de toda América, de las compañías de presidio se pasa a los batallones y regimientos, se dotan las planas mayores y los servicios de guarnición. Lo más importante es que se crea una nueva oficialidad, para la cual fue establecido el requisito de la nobleza de sangre. En definitiva, será este elemento el que cambiará la estructura social americana.¹⁰ La falta de oficiales nobles en el Viejo Mundo, sumado a la entrada de los criollos a la nobleza comprada a través de títulos nobiliarios, fue el detonante de los ascensos de los oficiales criollos en los cuerpos armados americanos, personas que se mezclaron en la carrera de armas sin dejar sus intereses comerciales o de poder. El ascenso en los altos mandos militares americanos se comienza a gestar con el impulso que los Borbones otorgan con la creación de academias de ingeniería y matemáticas que darán la oportunidad de educarse e instruirse en el arte de la guerra. Se comienzan a crear cargos como los de inspectores generales de tropas, visitadores y reformadores. Con esto se le entrega mayor dinamismo e integración a los distintos puntos defensivos y cuerpos armados ubicados a lo largo de América, siendo el reformismo borbónico en el ámbito militar un elemento modernizador del Ejército. Su impacto en América será profundo; ya que podemos decir que esta arista del mundo colonial le entregará a la sociedad americana un nuevo tipo de poder: el militar, siendo este esencial en los procesos emancipadores a partir de 1808.¹¹

CHILOÉ Y EL REFORMISMO BORBÓNICO MILITAR

Durante el siglo XVIII la distribución de los cuerpos militares de Chiloé denota una centralización de la fuerza en Castro y una distribución uniforme de la milicia en los demás puertos con la excepción de

9 MARCHENA, Juan. *Oficiales y soldados en el Ejército de América. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla*. Sevilla, 1983, pp. 91-92.

10 MARCHENA, Juan. *Ejército y milicias*. p. 93.

11 *Ibidem*, p. 99.

San Carlos, el que se encontraba cercano a Castro, por tanto dependía defensivamente de este emplazamiento. Hacia fines del siglo XVIII se manifiesta la reestructuración de este componente defensivo, la distribución y normativa se modifica con el cambio en la administración del archipiélago, ya que hacia 1784 las compañías no se encontraban regladas en batallones ni regimientos. Tras estas disposiciones se busca adecuar las milicias a las normativas llegadas desde Cuba, las que normaban estos cuerpos armados uniformándolos, siendo comandados por mandos veteranos y sacándole su clase urbana, otorgándoles así mayor instrucción y disciplina. La participación del grupo miliciano se haría solo en caso exclusivo de guerra; ya que se debe tener presente que la miseria que constituye el total servicio del soldado de milicias implicó una dificultad para mantener a este cuerpo reunido. La función más importante de las milicias fue la conservación y seguridad interna de los dominios meridionales, por lo tanto la ignorancia en el manejo del fusil no sería obstáculo para cumplir la función de mantener el orden público.

Estas razones harán variar el sistema de defensa impactando en el aumento de la tropa, la que debía ser suficiente para defender los fuertes que se crearon como Lapi y los que se fortificaron como San Carlos. De esta forma se buscaron los mecanismos para vencer “la desidia e inexperiencia” de los moradores y en especial la instrucción de los milicianos con el manejo de las armas, fusiles y cañones, operaciones de guerra que serán útiles a la defensa de la provincia. La inclusión de altos mandos experimentados llegados desde España y Perú, fue la solución para contribuir al desarrollo eficiente del sistema defensivo chilote, junto con la remisión de pertrechos para abastecer a las tropas, que fue constante a fines del siglo XVIII. Este flujo de pertrechos traería una reactivación del intercambio comercial entre Chiloé y Perú, ya que desde el Callao parten los navíos con destino a Chiloé cargados con el situado, sin intervención de la capitanía general. Este intercambio repercutió en la mayor oportunidad de los habitantes de la isla de comerciar con estos navíos, suprimiendo así la práctica del monopolio, la que concentraba el comercio en muy pocas manos.

El mayor impulso que se da a esta estrategia defensiva de fortificaciones, no solo se puede entender como un mero aspecto militar, sino también económico, ya que la isla carente de ciertos productos, necesitaba abastecer a las tropas, con ello se generaba todo un círculo económico ventajoso, haciendo más dinámica la economía con la llegada de nuevos productos. Por tanto los fuertes y la tropa eran vistos como el mecanismo que pondría a Chiloé en contacto con el comercio virreinal.¹²

Aunque Chiloé comienza a cambiar militarmente en 1768 con la llegada del gobernador de origen catalán Carlos Beranger,¹³ coronel de dragones, cargo que ejerció en Perú. Militar con conoci-

12 AHNCh, Fondo Antiguo. Vol. 51.

13 Carlos Beranger era hijo de Carlos Beranger y Clavia, militar francés que llegó a Cataluña formando parte de las tropas borbónicas. Su hijo Carlos Beranger y Renaud, nació en Barcelona y fue alumno de la Academia de Matemáticas de Barcelona. María Carmen Navarro, nos dice que la preparación que poseían los ingenieros militares fue polivalente, y en que en el caso de Beranger quedó manifiesto al ejercer como ingeniero, geógrafo y político, aunque no hay que olvidar que ante todo era militar. LIZAUR y Utrilla, Antonio de (coord.) *La ilustración en Cataluña, la obra de los ingenieros militares*. Editado por el Ministerio de Defensa de España. Barcelona, 2010.

mientos en lo geográfico, militar y estratégico, aportó a la reforma militar de los cuerpos armados de Chiloé, ya que desde su nombramiento en adelante serán sustantivos los avances que se hagan con respecto a los estudios referentes a la isla y su fuerza militar. Esa preocupación defensiva ya no va ligada al concepto militar solamente, es decir reglamentos, instrucciones, adoctrinamiento, sino que se complementa con conocimientos territoriales, geográficos, hidrográficos, etc., tratando de aprovechar al máximo los avances de las ciencias para la defensa eficiente del territorio. Beranger expresa esta preocupación en su *Relación Geográfica y Militar de Chiloé*,¹⁴ donde da cuenta que un gran número de contingente militar era en primer lugar ineficiente, obstruía la producción de Chiloé aumentando su precariedad en el ámbito económico, por lo tanto el modelo de Ejército Vecinal, concentrado en las milicias y la ineficiencia en la tropa reglada se debía mejorar reduciendo el contingente, preparándolo de mejor forma e incluyendo instructores traídos de afuera de la isla para establecer un cuerpo militar defensivamente eficiente, y menos numeroso para no entorpecer las labores de la vida diaria en la isla Grande.¹⁵

Sin embargo las nuevas necesidades defensivas nos muestran que a partir de 1780 comenzó a haber mayores exigencias por parte de la administración chilota hacia el virreinato. Una de las primeras demandas fue el aumento de sueldo a la tropa veterana, ya que no era atractivo el acantonamiento en el Ejército chilote, debido a que el sueldo que gozaban las tropas había sido reglamentado en el año 1753: “*ño de 1753 firmado expresamente para las guarniciones, tasas y Fuertes de la Frontera de la Concepción de Chile, Valparaíso, e Islas de Juan Fernández. Aunque por entonces fue este suficiente para la manutención y decencia tanto del soldado, como del oficial*”.¹⁶ Estas demandas responden a los requerimientos que los gobernadores e intendentes de Chiloé hacen al virreinato, como forma de que lleguen recursos frescos para mejorar el nivel de vida en la isla Grande. A esta situación de escasez constante se le suma “*Considera que las Islas de Chiloé por su ventajosa situación, y demás buenas circunstancias de que gozan, son la Puerta Principal de aquel Reino, y que por tanto conviene tenerla bien guardada*”.¹⁷ Esto demuestra que aunque exista una escasez del erario, siempre se tendrá presente que Chiloé cumple un rol estratégico-defensivo vital para el Virreinato del Perú, el que a partir de las guerras que tuvo España contra Inglaterra y Portugal, se preocupó de la manutención de una tropa que cumpla con la misión de resguardar los fuertes y hacerlos funcionar. Pero Beranger solamente realizó un reordenamiento de las tropas diferenciando las milicias de las tropas veteranas. Hacia fines del siglo XVIII quedó reglada la misión y característica de cada cuerpo armado.¹⁸

14 Véase: AHNCh, Fondo Vicuña Mackenna. Vols. 12-13.

15 Para el estado de las milicias Véase: Gobernador de Chiloé sobre la defensa de aquel país. Archivo General de Indias (en adelante AGI) Estado, 85, 46.

16 Archivo General de Simancas (en adelante AGS) Cuerpos de Chiloé. Reglamento. Sueldos SGU, LEG, 7093, 8.

17 AGS, Cuerpos de Chiloé. Reglamento. Sueldos SGU, LEG, 7093, 8.

18 *Ibidem*.

El Reglamento de Milicias de Cuba fue elaborado después de la toma de La Habana en 1762, y fue promulgado en 1769, siendo el reglamento base para los cuerpos armados del nuevo ejército americano: “*Por ello se extendió a todo el continente, salvo a Nueva España y al Río de la Plata, sirviendo como patrón en la elaboración de los distintos reglamentos territoriales, los cuales prácticamente serían casi una copia literal del cubano, salvo las pertinentes modificaciones imprescindibles para su adaptación a las condiciones del lugar*”.¹⁹ En el Virreinato del Perú este fue promulgado y reimpresso en Lima en el año 1779, siendo aplicado a partir de 1780 por los inspectores de tropa del virreinato.²⁰ Este reglamento poseía la facilidad de acomodo a cada lugar de la monarquía: “*Dicho código sería el modelo rector al que se ajustaría la concepción de las nuevas milicias disciplinadas que se contemplaban dentro del plan de reformas del ejército de Carlos III y sus ministros de Indias*”.²¹ Estos planes reformadores fueron una verdadera ofensiva de nuevos estudios y análisis de la situación defensiva americana, con un ejército desgastado y no apto para el nuevo tipo de guerra utilizada por los ingleses en Cartagena de Indias, La Habana y Manila.

La ofensiva reformadora tenía en los cuerpos armados su punta de lanza y Chiloé no podía ser la excepción. Este progresivo proceso de militarización va a llevar a una pérdida del control que la Corona ejercía, mucho antes del proceso independentista. Allan Kuethe señala que son tres los momentos claves para el futuro militar de América: 1) los batallones fijos instalados en La Habana en 1769; 2) las decisiones tomadas después de la toma de La Habana en 1763 y 1764 con el establecimiento de milicias fijas y el agrandamiento de los cuerpos fijos, y 3) en 1786 con el fin del envío de batallones y regimientos de refuerzos enviados desde España siendo reemplazados por fuerzas americanas.²² Fueron ilustrados militares como Alejandro O’Reilly en Cuba y Juan Villalba en México, quienes pronosticaron que la defensa debía estar basada netamente en unidades americanas, controladas por una oficialidad criolla y cuyas tropas debían ser los vecinos de las ciudades, perfeccionando el antiguo sistema defensivo.

En consonancia a lo anterior, se pide el aumento en las remuneraciones de la tropa, como también la paga en el servicio miliciano. El detalle del aumento de los sueldos a las compañías que se crearon es el siguiente.²³

19 MARCHENA, Juan (coord.) *El ejército de América antes de la Independencia. Ejército regular y milicias americanas. 1750-1815*. Hojas de servicio, uniformes y estudio (CD-Rom) Fundación MAPFRE-TAVERA. Madrid, 2005. p. 122

20 Reglamento para las milicias de infantería y caballería de la Isla de Cuba: aprobado por S.M. y mandado que se observen invariablemente todos sus artículos, por real cédula expedida en el Pardo a 19 de enero de 1769; y que debe observarse en todo lo adaptable a las tropas de milicias del Reyno del Perú, en consecuencia de real orden. Va al fin añadida una real declaración sobre puntos esenciales de este reglamento (1793). Reimpresso en Lima en 1779. Obtenido de la página web: <http://archive.org/details/reglamentoparala03peru> Consultada el 01 de julio de 2012.

21 MARCHENA, Juan (coord.) *El ejército de América antes de la Independencia*. p. 122.

22 MARCHENA, Juan, CHUST, Manuel (eds.) *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencias en Iberoamérica*. Publicacions de la Universitat Jaume I. Castellón de la Plana, 2008. p. 83.

23 AGS, *op. cit.*, 8

TABLA N° 1

Número de Plazas	Haber		Descuentos que han de sufrir		
	Al mes	Al año	Inválidos	Montepío	Gran masa
2 capitanes	50 pesos al mes c/u	1.200	35,2	34,2	48
2 tenientes	30 pesos al mes c/u	720	20,1	20,1	48
2 subtenientes	25 pesos al mes c/u	600	17,6	17,1	48
2 sargentos	15 pesos al mes c/u	360	10,5		36
4 sargentos	14 pesos al mes c/u	672	20,4		72
4 tambores	11 pesos al mes c/u	528	15,4		48
8 cabos	12 pesos al mes c/u	1.152	33,7		96
8 cabos	11 pesos al mes c/u	1.056	31		96
128 soldados	10 pesos al mes c/u	15.360	451,6		1.536
Totales	1.804	21.618	657,2	71,7	2.028

El aumento de los ingresos a los oficiales y soldados tenía como objetivo la “*decencia y manutención digna de los servidores del rey*”; sin embargo advertimos al lector que estas cifras son solo un cuadro administrativo, ya que no sabemos a ciencia cierta si se hacían los pagos con la regularidad debida y menos aún si fueron “infladas” –factor de exageración– para generar una llegada de mayores dineros al archipiélago, el que era acuñado en el virreinato; aunque en las fuentes se deja entrever: “*Esta provincia carece de muchas cosas de primera necesidad, y entran de a fuera todo género de ropas, azúcar, yerba, vino, aguardiente, vinagre, aceite, miel, que se venden con un aumento de 70 a 80, o más por ciento sobre los principales de Lima; de que se deduce la imposibilidad de que estos oficiales, y tropa mantengan una regular decencia con el corto sueldo, y prestamos que gozan*”.²⁴ La importación de productos desde Lima, cargados con altos precios, dificultaba la vida de la tropa.²⁵

Para contrarrestar la situación antes descrita, primero el virrey Croix y luego el rey aprueban el plan de sueldos y el aumento de las tres compañías propuestas. Lo anterior se concretó con la ejecución del plan del Inspector de tropas Tomás Shee,²⁶ que consistía en crear tres compañías de infantería, manteniendo

24 AGS, *op. cit.*, 8.

25 *Ibidem*.

26 Tomás O’Shee, hijo de Edmundo O’Shee, irlandés de Dublín y de Ana Catalina Ramery de origen vasco; nacido en Bilbao el 17-12 de 1724, ingresó como cadete del Regimiento de Infantería de Irlanda en 1744, participando en las guerras de Italia, sitio de Tortona, bombardeo de Plasencia, jornada de Ceuta y toma de Almeyda, en la campaña de Portugal de 1759. Corregidor de Yauyos en Perú entre 1770 y 1777. Comandante de la expedición a Chiloé durante la guerra contra Inglaterra (1779-1784), subinspector y comandante de las tropas de Chiloé desde octubre de 1779. Nombrado subinspector de milicias de La Serena en 1789. En San Carlos de Chiloé se casa con doña Josefa O’Fallon y Cárcamo. Fallece en La Serena el 19 de enero de 1801. GUARDA, Gabriel. *Los encomenderos de Chiloé*. Eds. Universidad Católica de Chile. Santiago, 2002. p. 406. También véase: Tomás Shee. Recomendaciones. AGS. SGU, LEG, 6885, 35.

la compañía de dragones y de artilleros con los nuevos sueldos y reglamentos. Sin embargo, se advierte que una tercera compañía de infantería solo provocaría gastos superfluos en tiempos paz. Por ello se decide aumentar de 47 a 60 hombres, con un número variable de 64 entre ambas compañías, haciendo un total de 128 hombres tal como lo propone el plan de Shee.²⁷ La compañía de dragones fue reformada con 62 hombres, siendo reemplazada la compañía creada por Beranguer en 1769, con un total de 53 hombres que resguardaban el fuerte de San Carlos. La compañía de artillería fue compuesta por 26 hombres;²⁸ sin embargo la oficialidad de esta es considerada como destacamento de la ciudad de Lima, por órdenes del virrey Croix, la cual debe ser relevada cada dos o tres años.²⁹

En Chiloé no existen oficiales lo suficientemente preparados para enfrentar los nuevos desafíos, ni tampoco oficiales que desearan ascender, ya que los sueldos eran muy bajos. Por ello y tal como se apunta, el capitán y los subtenientes vendrán del Real Ejército de Lima, los que eran militares profesionales que habían servido incluso en las guerras que España sostuvo contra Inglaterra y Francia, como también chilotos de condición noble, es decir, de los descendientes de los encomenderos, que por tradición han servido en el Real Servicio, y aunque no posean mucha experiencia militar el hecho de pertenecer al Ejército afirmaba su condición de nobleza. Muchos de los antepasados de estos soldados llegaron a Chiloé por motivos militares. Estos cargos se elijen a través de una terna que maneja el virrey, donde se seleccionan los militares más preparados. Estos nombramientos se pueden observar a través de los pies de listas u hojas de servicio, que muestran a los oficiales más adecuados para llenar las plazas disponibles.

Estas plazas se completaron con oficiales como Manuel Montoya, que en 1788 era subteniente del Regimiento de Infantería Real de Lima: “*Don Manuel Montoya, subteniente del Regimiento de Infantería Real de Lima, que sirve a V.M. 19 años y 4 meses en esta forma. Habiéndose hallado en este tiempo de Guarnición en Oran 1 año 2 meses y 23 días; 6 meses y 20 días en el Bloqueo de Gibraltar y en el Ejército que operó en América al mando del Teniente Gral. Don Victorio de Navia*”.³⁰ Los inspectores del virreinato proponen que la tenencia y la subtenencia idealmente pueden ser completadas tanto con hombres del regimiento de Lima, como de Chiloé. Sin embargo la realidad es distinta debido a que como mencionamos anteriormente, no es atractivo ser oficial de un cuerpo que recién se está consolidando, menos aún en Chiloé, lugar destacado por sus inclemencias. Por ello la tenencia quedará en manos de Juan Huidobro, cadete del Regimiento de Infantería Real de Lima: “*Soldado Distinguido y antigüedad en su actual de 3 años 7 meses y 2 días, habiéndose hallado en el sitio y rendición de Pensacola, y en la Co-expedición de Riotan*

27 Regimientos y Milicias de Perú. Revistas. Agosto de 1790 AGS. SGU, LEG, 7133, 1; *Regimientos y Milicias del Perú*. Revistas. AGS. SGU, LEG, 7133, 2; *Compañías de Chiloé*. Empleos. AGS. SGU, LEG, 7121, 21; AGS., *op. cit.*.

28 Regimientos y Milicias de Perú. Revistas. 1790. AGS. SGU, LEG, 7133, 1; *Regimientos y Milicias del Perú*. Revistas. AGS. SGU, LEG, 7133, 2.

29 Carta N° 563 de Teodoro de Croix, Virrey de Perú, a Antonio Valdés, Secretario de Hacienda, Marina y Guerra de Indias. AGI. Lima, 686, N° 115.

30 AGS, *Compañías de Chiloé*. Empleos, SGU, LEG, 7121, 21.

y Río Tinto”.³¹ Para la subtenencia asume Manuel de Matta: “*Cadete de una de las Compañías de la Dotación de dicha Isla que sirve a V.M. cuatro años cinco meses, y diez y ocho días con aplicación y buena conducta habiendo ejercido funciones de abanderado, y habilitado para hacer el servicio de Oficial*”.³² En cuanto a la compañía de dragones en los altos mandos quedó como capitán Bernardo Martín Valverde, quien sirvió: “*En el de Infantería de Saboya; en el Real Felipe del Callao, en el cuerpo de Asamblea, en el Regimiento Provincial de Dragones de Lima y en la Compañía de Dragones*”.³³ Como teniente, Francisco Arenas sirvió: “*En el de Infantería el Real de Lima, y en la Compañía de Dragones de la Isla de Chiloé*”.³⁴ El subteniente fue Antonio Flores: “*sirve 22 años 2 meses y 7 días, cumplimiento cuanto le han mandado sus jefes*”.³⁵

A partir de estos altos mandos que con probada experiencia militar reforzarán la isla, es posible concluir que desde la llegada de Carlos Beranguer hasta el inicio del proceso emancipador, tenemos un reordenamiento militar que se orienta a la preparación de las distintas compañías como también de las milicias. Los altos mandos que llegaron a Chiloé, en el aspecto formal, llegan a la Primera y Segunda Compañías de Infantería, pero no se excluye la idea de que estos altos mandos no intervengan en los demás cuerpos de la infantería de dotación, ya que los inspectores reales expresan esta idea a través del concepto de economía de guerra, y el ahorro para las Cajas Reales, ya que en tiempo de paz los gastos superfluos deben disminuirse al máximo, en palabras del inspector Tomás Shee. Cuando España entre en guerra con otra potencia europea las preocupaciones están orientadas a la preparación de las tropas para un inminente ataque, y el problema no es la falta de hombres, sino la instrucción deficiente de estos. Con estos datos podemos decir que alrededor del 95% de los altos mandos de las compañías militares en Chiloé desde su reordenamiento militar hasta 1800, son oficiales traídos de España que han servido en Europa y en Perú, como naturales del mismo virreinato.³⁶

El elemento miliciano en Chiloé fue un complemento al Ejército de línea, debido al constante peligro de una invasión y la posibilidad de que Chiloé fuese atacado. Esto dio pie a que las milicias siempre tuvieran un papel preponderante, independiente que existiera la tropa veterana, ya que una derrota de las fuerzas veteranas chilotas significaría la pérdida de la isla, y la incomunicación con el resto de Chile retrasaría una reconquista del territorio. La correcta utilización de las ventajas naturales del archipiélago, como también la constante instrucción de la población, produjo la independencia del modelo militar en Chiloé. En otras palabras la isla fue un “laboratorio histórico”, militar, defensiva y estratégicamente hablando.

31 *Ibidem.*

32 *Ibidem.*

33 AGS, Compañías Veteranas de Chiloé. Perú, SGU, LEG, 7286, 15.

34 AGS, Veteranos de las Milicias de Chiloé. Perú, SGU, LEG, 7288, 11.

35 AGS, Guarnición de Chiloé. Despachos, SGU, LEG, 7115, 26.

36 Para revisar la plana mayor de las compañías de la tropa reglada en Chiloé remítase a: AGS, Compañías de Chiloé. Empleos, SGU, LEG, 7121, 21 1790. AGS, Compañías Veteranas de Chiloé. Perú, SGU, LEG, 7286, 15. AGS, Guarnición de Chiloé. Despachos, SGU, LEG, 7115, 26. AGS, Veteranos de las Milicias de Chiloé. Perú, SGU, LEG, 7288, 11.

Desde Perú existía la llegada del situado para pagar a la tropa, de los inspectores virreinales expertos en temas militares-defensivos, los que con una conciencia plena de la importancia estratégica y defensiva de Chiloé, hicieron saber constantemente los planes a seguir a la administración chilota, para que esta mantuviera una independencia militar entendida como eficiente y diferente con respecto a América.

Sin embargo en las fuentes vemos una constante crítica a las milicias debido a su función en el cuerpo militar chilote, ya que sin instrucción, deficiente disciplina militar, sumado a falta y mala calidad de los pertrechos entregados a una tropa carente de todo manejo de las armas, cuya preocupación más que la defensa era la subsistencia: “*La constitución de las milicias, por lo que tengo visto, no es para poder confiarse en ellas, en caso necesario y urgente de defensa. Ellos no han tenido fusiles ni otra alguna arma de fuego; carecen de experiencia militar: no están impuestos como corresponde para hacer una formal defensa, y así me parece que si les acaeciera lance de invasión, se verían intimidados en todo*”.³⁷ Es la visión del fray Pedro González de Agüeros, quien recorrió el archipiélago, refleja claramente cómo las milicias son percibidas en la isla, y al igual que en Chile estas solamente eran fuerzas militares de papel y que más bien respondían a las especulaciones defensivas de la Corona y del modelo militar borbónico, el que coloca en brazos no solamente de un ejército veterano y profesional, sino también todo vasallo que pueda tomar armas, la participación en la defensa del territorio.

Así en Chiloé conviven dos modelos de ejército, uno moderno que responde a los nuevos tiempos: cuerpos armados profesionales y pagados, instruidos –en sus planas mayores– en las escuelas militares de los reinos, y que basados en el juramento de fidelidad al monarca estuvieron llamados a defender los territorios del rey. El otro modelo es el tradicional, de la hueste medieval, donde todo hombre capaz de portar armas y cumpliendo el juramento vasallático, luchará por el rey. De esta forma quienes no pertenecían a la nobleza de sangre o vida a partir del Real Servicio, se integraron a la concepción de que se luchaba por el derecho divino del monarca para gobernar –unión del trono y el altar–, creándose “sentimientos” que sustentan el modelo desde el punto de vista de las mentalidades.

Son estas interacciones de modelos que se dan en Chiloé, las que hacen particular la evolución de los cuerpos armados en el archipiélago, configurando el sistema defensivo de la provincia, moldeando los demás espectros sociales. Estas interacciones en un espacio geográfico aislado crearán una mentalidad defensiva en la que, se une la experiencia y ejercicio militar. Es por esto que a las milicias se les instruye también por medio de oficiales profesionales, la llamada asamblea.³⁸ El inspector Shee hace saber la necesidad de reforzar la asamblea que estaba compuesta por oficiales de experiencia, generalmente llegados de afuera de la isla para contribuir en la preparación y comando de las milicias. A diferencia de lo que sucedía en el Chile Central, las milicias en Chiloé recibían instrucción –o eso se deseaba–, pero en vez de

37 GONZALES DE AGÜEROS, Pedro. *Descripción historial de Chiloé (1791)*. Instituto de Investigaciones del Patrimonio Territorial de Chile, Universidad de Santiago. Santiago, 1988. p. 350.

38 *Ibidem*, p. 350.

crear una plana mayor con oficiales, era más barato crear una asamblea general al mando de suboficiales y supervisada por los oficiales de los cuerpos veteranos. Por lo anterior se explica la baja cantidad de tropa veterana, ya que si la milicia tenía instrucción, podía perfectamente reforzar al Ejército en caso de emergencia, además de producir un ahorro a la Real Hacienda, ya que se insiste en utilizar las ventajas que la isla ofrece, dejando en claro el carácter del cuerpo miliciano.³⁹ Esta instrucción estaba destinada a la independencia defensiva de Chiloé, que basada en sus fuertes y una tropa preparada sería capaz de resistir y repeler un ataque extranjero. El Real Servicio que significaba servir en las milicias se hacía sin paga y se alternaban por 4 meses.

Se establece que las milicias tienen la clara función de la defensa territorial, evitar los desembarcos en las playas y ser la segunda línea defensiva detrás de los fuertes en el Archipiélago. Eso en los planes defensivos, pero en la realidad: “(...) con sus milicias difíciles de congregarse y sin la costumbre de subordinación, poco o nada hay que contar a la vista del enemigo que seguramente se hará dueño de ella si lo fuere del estar, por la separación que se halla de los demás establecimientos e imposibilidad que hay de darles socorros”.⁴⁰ Esto coincide con la visión del fray Agüeros, sin embargo debemos tener presente el factor de exageración, es decir intencionalmente redactar los informes con la intención de demostrar la deplorable situación de la isla con el objetivo del aumento del situado, o bien la llegada de oficiales profesionales a Chiloé. Por ello la desconfianza que generan las milicias, aun con la instrucción que reciben, su misión será: “(...) impedir la entrada del enemigo en el Puerto e imposibilitar los desembarcos”.⁴¹ Estas reflexiones que hace el virrey Gil, estaban orientadas a una preparación estratégica de todo el cuerpo militar chilote, ya que tanto la tropa como los oficiales tenían una planificación en el momento de enfrentar un combate. Lo anterior confirma que la tarea fundamental de los fuertes y su tropa era evitar el desembarco, ocupación y conquista de la isla Grande, tanto por los naturales rebeldes como las potencias enemigas de España. El cuerpo militar, veteranos y milicias debían actuar conjuntamente, la una repeliendo los ataques de los buques, y la otra como el brazo armado que impediría la pérdida del territorio.

A finales del siglo XVIII los oficiales y suboficiales de la asamblea, casi en su totalidad, son enviados desde Lima para cumplir servicio en Chiloé: “El teniente Don Joaquín Sanches Riambau, su edad 35 años, su país, Valencia, su calidad noble, su salud robusta (...) Regimientos en los que ha servido: en el de Infantería de Soria; y en la Asamblea de Milicias del Perú, con destino a la Isla de Chiloé. Justifica con certificaciones del Regimiento de Soria que sirvió en el de soldado distinguido. Y ceder diez años; en cuyo tipo se halló seis meses y veinte días en el bloqueo de Gibraltar. En el éxito de operaciones de América: En la expedición de Pensacola Sitio y toma de sus fortalezas; y de Guarnición en los navíos San Ramón y el Dragón seis meses y veinte días”.⁴²

39 AGS., *op. cit.*

40 AGS, Compañías de Chiloé. Empleos, SGU, LEG, 7121, 21.

41 *Ibidem.*

42 AGS, Asamblea de Infantería de Chiloé. Perú, SGU, LEG, 7285, 1.

Este organismo instruyó a los cuerpos armados en general, es decir tropa y milicia, permitiendo tener una rotación en los numerosos cuerpos milicianos para no interferir en el siempre débil sistema productivo chilote.⁴³ Como dijimos anteriormente la paga no se realiza a la tropa, sino que a los oficiales y clases. En la misma noción de economía para la Real Hacienda, el servicio de armas no solo significó servir en los cuerpos armados, sino también en las obras públicas: “(...) *son requeridos para todas las obras de utilidad pública. Están presentes en la apertura de caminos, conducción de embarcaciones, asistencia a las festividades religiosas con sus armas, comisiones a las distintas Islas, así como en la construcción de fuertes y baterías, sin paga alguna*”.⁴⁴ Esto convierte a la fuerza miliciano en un cuerpo de trabajo que complementaba la carrera de armas, la construcción de los fuertes, la mantención de caminos y como guardia solemne, constituía los servicios al rey a través del Real Servicio. El Real Servicio constituyó un atractivo social donde se unen servicio al rey, nobleza y prestigio social, en una combinación que tenía como objeto cambiar la percepción de los habitantes de la isla frente a los miembros del ejército. Por ello la llegada de oficiales profesionales con instrucción y disciplina militar fue vital para la mejora en la formación militar de la tropa, evitar la desertión y lograr la manutención permanente, todos fueron objetivos de la serie de reformas de carácter doctrinal, económico y militar.

Se ha querido presentar y analizar la evolución de los cuerpos armados de Chiloé, siendo la base de las fuerzas militares que se enfrentaron en la lucha independentista desde 1813 hasta 1826. Lo anterior intenta ser una respuesta al silencio historiográfico, ya que no se han estudiado las razones por las que Chiloé se convirtió en el corazón que nutrió de hombres a la causa del rey en Chile; solo reducido a un prejuicio basado en el fanatismo religioso y apegado a la tradición monárquica. Chiloé surge como un “laboratorio histórico”, donde nace una mentalidad forjada en el rigor de los siglos.

CHILOÉ Y SU EJÉRCITO EN LA INDEPENDENCIA: UNA PROBLEMÁTICA HISTORIOGRÁFICA

Luego de estudiada la evolución militar de Chiloé en el siglo XVIII, continuaremos con la participación de la isla durante el primer período emancipador. Para ello se hace necesario un breve repaso por la historiografía que estudia al Ejército chileno durante el proceso emancipador, la que solo hace mención a la llegada de la expedición de Pareja a Chiloé, no estudiando el proceso en profundidad. Una de esas obras es *El ejército de los chilenos*, ahí leemos: “(...) *el Virrey Abascal estaba reducido a la impotencia cuando envió al sur de Chile al brigadier Antonio Pareja, que con un cuadro de oficiales y clases llegó a Chiloé en las primeras semanas de 1813. Organizó allí el reclutamiento de un Ejército y lo prosiguió hasta Valdivia, encontrando la mejor acogida*”.⁴⁵ Los autores de esta obra colectiva solo se remiten a la mención de la llegada de la expedición, pero de ninguna forma explican el por qué de esta decisión del virrey. Se afirma que el Ejército realista, compuesto de valdivianos y chilotes, no tenía experiencia militar ni disciplina.⁴⁶

43 GONZALES DE AGÜEROS, Pedro, *op. cit.* pp. 135-136.

44 URBINA, Rodolfo. *La periferia meridional indiana*. p. 244.

45 ARANCIBIA, Patricia (coord.) *El Ejército de los chilenos*. Biblioteca Americana. Santiago de Chile, 2007. p. 72.

46 *Ibidem*, pp. 74-75.

En tanto la *Historia del Ejército de Chile*, del Estado Mayor del Ejército Chileno (tomo II), apenas se hace mención a la llegada de Pareja y la organización del Ejército en Chiloé. Se menciona su llegada a la bahía de San Vicente y se omite todo el proceso anterior. A pesar de ser una obra militar, no se hace un estudio profundo del proceso en cuanto a evolución de los cuerpos armados, experiencia militar de los oficiales al mando, ni mucho menos explicaciones de las razones de la llegada de la expedición a Chiloé.⁴⁷ No se realiza la contextualización ni conexión con los fenómenos revolucionarios hispanoamericanos y europeos. El texto describe hechos basados en una secuencia lógica fundamentados en el Ejército patriota.

Por su parte Diego Barros Arana en el tomo IX de su *Historia General de Chile*, solo se remite a demostrar las razones ideológicas del apoyo chilote a Pareja.⁴⁸ El pensamiento religioso y fanatismo por el rey, serían las causas por las que según Barros, los chilotes se unieron a Pareja. Pero más que estas curiosas razones, no se profundiza a cabalidad en cómo se gestó la organización de la tropa, tampoco se menciona la regularidad de la llegada de oficiales de Perú con destino a la instrucción del Ejército chilote. Aunque esta obra es la que aporta –aunque someras– mayores referencias a las razones de la llegada de Pareja a Chiloé, cabe mencionar que no hay obras escritas por historiadores chilenos acerca de las fuerzas militares chilotas, salvo menciones breves en obras que hablan de la independencia desde el punto político, que ha sido la generalidad en el enfoque historiográfico en el estudio de la emancipación.

Entre los autores extranjeros encontramos los trabajos de Julio Mario Luqui-Lagleyze, quien tiene varias obras acerca de nuestro tema: *Los “realistas” (1810-1826): Virreinos del Perú y del Río de la Plata y Capitanía General de Chile*. Y la más reciente: *Por el rey, la fe y la patria, el Ejército independentista del Perú en la independencia sudamericana 1810-1825*. Hace un repaso a las unidades existentes en Chile para el proceso emancipador, haciendo alusión a Chiloé: “Batallón Veterano de San Carlos de Chiloé: este batallón existía desde el siglo XVIII. En el año 1801 eran dos compañías de infantería, al mando de los capitanes Carlos Oresquis y Manuel Montoya, y una de dragones al mando de Bernardo Valverde. Al llegar el Brigadier Pareja a las Isla de Chiloé, dispuso recrear o reformar las unidades de la Isla, entre ellas la de San Carlos que tenían una fuerza de 450 hombres y se hallaban al mando del coronel Manuel Montoya. Pareja le dio el mando interino al coronel José Hurtado, venido con él desde el Perú; en cuanto Montoya pasa a mandar a los “Milicianos de Chiloé” el Ejército se organizó en divisiones, y el Veterano de Chiloé formó en la primera de ellas, al mando del coronel Berganza y con 4 piezas de artillería”.⁴⁹ El autor da varios antecedentes importantes, como el número de la tropa a la llegada de Pareja, como los nombres de comandantes quienes ya estaban en la isla antes de 1814, como Manuel Montoya y Carlos Oresquis por parte del Ejército de línea. En cuanto a las milicias de Chiloé dice: “(...) Una vez arribado se dedicó al reclutamiento de milicias isleñas para la formación de nuevas unidades. Creó un batallón de 900 plazas

47 ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO. *Historia del Ejército de Chile*. Tomo II. Santiago, 1985. pp. 69-85.

48 BARROS ARANA, Diego. *Historia General de Chile*. Tomo IX. Segunda Edición. Editorial Universitaria. Santiago, 2002. pp. 9-16.

49 LUQUI-LAGLEYZE, Julio. *Por el rey, la fe y la patria, el Ejército independentista del Perú en la independencia Sudamericana 1810-1825*. Edita Ministerio de Defensa. Madrid, 2005. p. 212.

de milicias provinciales, instruido y metodizado por asambleas veteranas, y al cual nombró Voluntarios de Castro al mando de Manuel Montoya, de igual forma, constituyó, con 450 plazas y con la ayuda del Ayudante Mayor José Hurtado, el Batallón Veterano de Castro”.⁵⁰ Esta obra es la que entrega mayores antecedentes de la composición de los cuerpos y la distribución de las fuerzas, además de realizar, aunque bastante general, una evolución de las tropas chilotas hasta la Batalla de Chacabuco.

Otra obra es la de Julio Albi “*Banderas olvidadas*”, nos dice: “*La secesión de Valdivia, ya en marzo de 1812, que reconoce la autoridad del Virrey, fue un importante revés para los independentistas, que perdieron así uno de los batallones veteranos que habían guarnecido tradicionalmente Chile. El otro, de guarnición en Concepción, también se unió a Pareja, cuando llega al territorio continental chileno con el Batallón de Castro, traído de Chiloé, y otro de milicias que levantó en ese Archipiélago*”.⁵¹ Esta es una de las pocas obras acerca del Ejército realista, se centra en el estudio de Nueva España y Nueva Granada, donde se concentró la llegada de expediciones peninsulares realistas. La visión de contexto hispanoamericano es fundamental en esta obra, y en cualquiera que intente estudiar el Ejército realista, ya que es este punto uno de los grandes ausentes en la historiografía hispanoamericana.

José Semprún y Alfonso Bullón, en *El Ejército realista en la independencia americana*, nos dicen de Chiloé: “*En primer lugar se pronuncia Valdivia y poco después llega a Chile la expedición de Pareja con cuadros para organizar a los partidarios del Rey y algunas fuerzas de Chiloé*”.⁵² Al igual que la obra de Albi, esta es una visión general del Ejército chilote y realista de Chile y América, obra básica para el estudio de la evolución militar de América, pero que desgraciadamente no aporta antecedentes sobre Chiloé y la formación de su Ejército.

En una obra del siglo XIX, tenemos la memoria de Diego José Benavente, *Memoria sobre las campañas de la Independencia de Chile*, publicada en 1856 que nos dice: “*(...) había zarpado de Chiloé el 13 y 23 de Valdivia; y se componía de dos batallones de infantería de aquella Isla, uno de la última plaza y una brigada de artillería, subiendo su total fuerza a 2770 hombres*”.⁵³ Benavente, miembro de una de las familias militares más antiguas de Concepción, da vagos antecedentes de las fuerzas que desembarcan en San Vicente, ya que su objeto es el Ejército patriota. Escrito en 1856 y para la Universidad de Chile, claramente su afán es resaltar el nuevo régimen republicano. Las obras que presentamos, nos permiten comprender como Chiloé y sus fuerzas militares están insertas dentro del proceso emancipador. Aunque claramente hay muchos vacíos que necesitan ser estudiados para una mejor comprensión de los cuerpos armados que se enfrentaron en los campos de batalla en el proceso independentista. El problema de Chiloé en la historiografía chilena existe desde el siglo XIX, cuando era necesario escribir la explicación histórica de la independencia

50 *Ibidem*, pp. 213-214.

51 ALBI, Julio. *Banderas olvidadas: el Ejército realista en América*. Eds. de Cultura Hispánica. Madrid, 1990. p. 117.

52 SEMPRÚN, José. *El ejército realista en la Independencia americana*. Fundación MAPFRE. Madrid, 1992. p. 103.

53 BENAVENTE, José Diego. *Memoria sobre las campañas en la independencia de Chile*. Imprenta Chilena, Calle Carabobo número 25 Santiago, 1856. p. 21.

y el surgimiento de la república. Aquello tanto para el período de nuestro estudio, hasta 1826 año de la derrota final de las fuerzas realistas de la isla. Para la historiografía liberal del siglo XIX, la actitud chilota era una anomalía del fanatismo del rey y la religión, por tanto no digno de atención, creándose la imagen hasta hoy de un Chiloé lejano y supersticioso.

LA FORMACIÓN DEL EJÉRCITO CHILOTE Y EL COMIENZO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Llegado el siglo XIX e iniciado el proceso emancipador, la condición de Chiloé como antemural del Pacífico, centro militar y defensivo vital para la Corona y el virreinato, era un punto de preocupación de los virreyes del Perú, por ello a partir de la anexión de Chiloé, fueron conscientes de que este era el punto defensivo y militar fundamental del virreinato. Fernando De Abascal nos explica en sus memorias las razones que tuvo para enviar la expedición a Chiloé, Valdivia y Concepción: “*Buenos Aires (...) el aire corrompido de aquella capital con la seducción y ejemplo puso en combustión y movimiento las Provincias del Reino de Chile, empezando por la Capital, de Santiago, cuyas relaciones comerciales facilitaban la combinación del plan que meditado de antemano, esperaba solo la sazón en que debía hacersele aparecer*”.⁵⁴ Lo anterior deja en claro la relación existente entre las oligarquías capitalinas (Santiago) y porteña (Buenos Aires), que van más allá del hecho romántico de un deseo de libertad. Las relaciones comerciales, las que tejen una red económica de intereses, donde no solo hubo afán político sino también económico, es un punto no menor en la articulación del proceso. La serie de estudios nuevos que se han presentando y comentado, claramente dejan los intereses económicos de las oligarquías, sobre todo esta parte del continente, siempre descontentas con el actuar de sus pares limeños, los verdaderos controladores del tráfico comercial en la parte del sur de América.⁵⁵

Brian Hamnet nos dice al respecto: “*La estrategia de Abascal fue de mantener unido el Perú mismo como baluarte defensivo de la autoridad metropolitana en América del Sur y, desde una posición de fuerza, esperar los mejores tiempos. En términos tácticos, la política cambiaba según las circunstancias*”.⁵⁶ Esa idea del baluarte defensivo se aplica totalmente en Chiloé hasta 1826, año en que, desaparecido el virreinato como entidad política, Chiloé seguía resistiendo a la independencia. Respecto a la expedición, Abascal nos dice: “*(...) Pero habiendo recibido noticias de haberse formado una contrarrevolución en la Plaza de Valdivia para separarse de la Junta subversiva de Chile, y que sus deseos eran los de agregarse a este virreinato reconociendo el Gobierno y a las autoridades constituidas por él a nombre del Rey, que*

54 ABASCAL y Sousa, José Fernando de. *Memoria de gobierno*. Edición preparada por RODRIGUEZ, Vicente y CALDERÓN, José Antonio. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Sevilla. Sevilla, 1944. p. 160. Los autores afirman: “*A pesar de que Abascal actuaba como la figura principal en el Perú durante los ocho años de la crisis del antiguo régimen y la independencia, ha sido marginado por la historiografía*”.

55 PÉREZ, Pedro. *La América española (1763-1898): política y sociedad*. Síntesis. Madrid, 2008. p. 68.

56 HAMNETT, Brian. La política revolucionaria del virrey Abascal: Perú 1806-1816. En Instituto de Estudios Peruanos. Documento de trabajo N° 112, serie: Historia N°18.

este mismo ejemplo había seguido la nueva colonia de Osorno; y que en la Provincia de Concepción se aumentaba el desafecto a la de Santiago”.⁵⁷ Retomando lo indicado por el virrey Abascal, las diferencias en cómo se estaba conduciendo el proceso de regencia del trono de Fernando VII en Chile, son las razones por las cuales Abascal esperó hasta fines de 1813 para enviar la expedición contra la capitania general. Las elites chilenas compuestas por el patriciado mercantil tenían fuertes razones para separarse del virreinato y comenzar una independencia económica. El mayor control que comenzó a ejercer la Corona basado en las reformas borbónicas donde una nueva burocracia real comenzó a minar el poder de las elites: “*La debilidad del gobierno real y su necesidad de obtener rentas habían permitido a estos grupos oponer una eficaz resistencia a la lejana metrópoli (...) los Borbones tenían un concepto diferente del Imperio, su gobierno era absolutista; sus impuestos, no negociables; su sistema económico, estrictamente imperial*”.⁵⁸ Fue la entrega de las prerrogativas militares las que compensaron al grupo que Juan Marchena denomina el patriciado urbano, es decir la unión de intereses políticos, económicos y militares, donde estos comandaban los cuerpos armados que se convertirían en el órgano de control y disciplinamiento de la sociedad colonial.⁵⁹

Abascal estuvo en conocimiento de lo que estaba ocurriendo con los criollos en Santiago y Buenos Aires. Por ello las expediciones debían partir por el sur de la capitania, en donde el movimiento juntista se vio con reticencia. Con esta situación Abascal nos dice: “*Con este motivo dispuse que el Brigadier de la Armada don Antonio Pareja,⁶⁰ Gobernador nombrado para Concepción, y que por razón de estos movimientos se hallaba detenido muchos meses había en esta capital, se dirigiese a la provincia de Chiloé y que tomando el mando de esta plaza y la de Valdivia arreglase y disciplinase sus tropas Veteranas y de Milicias, procurase conciliarse la benevolencia de los bárbaros de aquel continente y estuviese en observación en la conducta de la Concepción para ocuparla en el caso de la contrarrevolución indicada*”.⁶¹ Analizando este texto nos preguntamos ¿Por qué no se envió tropa? Una posible respuesta es que al comienzo de la guerra independentista, la isla Grande se encontraba dentro de un largo proceso de reordenamiento militar y por lo tanto enviar tropas hubiese significado un tremendo gasto para el virreinato, el que se encontraba en crisis económica. Los cuerpos armados de Chiloé poseían una preparación superior debido a la llegada de oficiales como Manuel Montoya, entre otros, traídos desde el virreinato. Entre enero y marzo de 1813, Pareja organiza al Ejército chilote que zarpa hacia Valdivia y luego a Concepción, dando inicio a las campañas militares de la llamada Patria Vieja. En ese entonces era gobernador de Chiloé Ignacio Yustis y Urrutia.⁶²

57 ABASCAL y Sousa, José Fernando De, *op. cit.* p. 166.

58 LYNCH, John. *Las revoluciones hispanoamericanas: 1808-1826*. Ediciones Ariel. Barcelona, 1989. p. 14.

59 MARCHENA, Juan. *Ejército y milicias; Oficiales y soldados*.

60 El brigadier de marina Antonio Pareja y Serrano nació en Cabra provincia de Córdoba, España en 1752; hijo de José Pareja y Margarita Serrano de León y Parada, ingresó a la Real Compañía de Guardias Marinas y Colegio Naval en mayo de 1771, caballero de la Orden de Santiago en 1792. En 1797 es nombrado comandante de la fragata “Perla”, participando en la Batalla de Trafalgar en 1805. Caída la Corona española, fue nombrado Intendente de Concepción por el Consejo de Regencia en Julio de 1810. Estando en Lima estalla el movimiento juntista en Chile, siendo designado por el virrey Comandante del Ejército Restaurador, zarpo del Callao el 2 de diciembre de 1812. Llega a Chiloé el 18 de enero de 1813. Fallece en Chillán el 21 de mayo de 1813.

61 ABASCAL y Sousa, José Fernando De, *op. cit.* p. 166.

62 También un militar profesional, guardia marina, teniente de fragata de la Real Armada, maestrante de la Real de Ronda, teniente coronel, provisto gobernador de Valdivia en reemplazo de Alberto Alejandro Eagar, el 25 de octubre de 1810, siendo

Pareja una vez zarpado de Chiloé y fondeado en Valdivia, le dice al ejército chilote y valdiviano: “*Valdivia no menos generosa que Chiloé, ha sido emula digna sus sentimientos y sus heroicas acciones por la causa de la patria (...) El valor, la bizarría y bellas disposiciones que he observado en todas me ha animado a emprender la marcha a Concepción*”.⁶³ Aquellas tropas habrían de defender los derechos del monarca deseado y hacer reconocer a las Cortes de Cádiz y su Constitución. Los patriotas veían la expedición de Pareja como una invasión ¿Pero quiénes eran estos patriotas? Abascal lo dice claro: son los comerciantes de Santiago, los integrantes del patriciado urbano. Desde Santiago tenemos: “*La patria está afligida por la desesperada tentativa de un emigrado español que fundado en el derecho de oprimirnos, que cree afecto a su impotente orgullo, ha reducido a nuestros hermanos de Chiloé y Valdivia, para que sirvan a establecer su tiranía, y que así destruyéndose entre sí estos fieles pueblos sean después la presa de las potencias cuya dominación prefieren a nuestra libertad, y a la igualdad con la cual nos engañan, al mismo tiempo que intentan esclavizarnos*”.⁶⁴ Con estas dos visiones, estas dos caras de una misma realidad, es que podemos ver lo profundo del conflicto y el quiebre, no solo al nivel monárquico, también a nivel local. Como no se conforma aún la nación no se puede hablar de un quiebre nacional, pero no existe un consenso entre los distintos grupos de la Capitanía General de Chile. Este fenómeno no se atribuye a la causa inmediata del proceso emancipador, sino que a los diferentes mundos interiores de cada localidad, por un lado el Chile Central, desde Coquimbo hasta la frontera del Biobío y por otra parte Concepción, Valdivia, Osorno y Chiloé. ¿Fue sólo casualidad que el contingente del Ejército realista hayan pertenecido a la zona sur de la capitanía, es decir Concepción, Valdivia y Chiloé? ¿Qué explica este quiebre? También es interesante ver que los altos mandos del Batallón de Voluntarios de Castro, es el mismo que se encontraba desde fines del siglo XVIII, y que por lo tanto existió una continuidad de los cuerpos armados reformados por el virreinato desde 1780.

Un oficial de prestigio y profesional que perteneció a este cuerpo fue Carlos Oresquis, llegó destinado a Chiloé como comandante de la Primera Compañía de Infantería Veterana. Otro caso es el citado Manuel Montoya, quien era comandante de las fuerzas de línea y milicianas de Chiloé en reemplazo de César Balbiani. Montoya llegó a América con el Ejército de Operaciones al mando de Victorio de Navia, una de las últimas fuerzas de la península destinadas a actuar en América, especialmente en los fuertes de La Habana y las Antillas y como hemos mencionado anteriormente con una vasta experiencia militar en el virreinato, razón por la cual fue destinado a servir en Chiloé. Otro militar como Juan Huidobro, quien de teniente fue ascendido a coronel luego de la victoria de Rancagua, tenemos: “*Su edad 49 años, su calidad noble, su país Castilla la vieja, su salud buena, ingresó como soldado en 1777. Regimientos en los que ha servido: en el de Infantería de Navarra; en el de Soria; en el Real de Lima y en la Segunda compañía de infantería de Chiloé. Campañas y acciones de guerra en que se ha hallado: en la expedición*

propuesto por el Virrey del Perú como gobernador interino y gobernador de Chiloé por orden del Consejo de Regencia de Cádiz el 20 de diciembre de 1812. Mayor general en Chillán en 1813 siendo relevado del cargo después de la Batalla de Yerbas Buenas. En 1806 se casa con María de los Dolores Chinchilla, una de las mujeres más ricas de Chiloé.

63 MORENO, Armando. *Archivo del General José Miguel Carrera*. Tomo VI enero-marzo 1813 y tomo X enero-marzo 1814. Gráfica Aldunate. Santiago, 1992. p. 358.

64 *Colección de historiadores y documentos relativos a la independencia de Chile*, tomo XXIV, pp. 278-279.

de Pensacola, sitio y toma de las fortalezas en 1781 y en 1782 contra la Isla de Riotan y Río Tinto".⁶⁵ Era un militar de vasta experiencia que compartía mando con Carlos Oresquis. También podemos ver oficiales naturales de Chiloé, en proporciones más pequeñas, como: "*Sargento primero Mateo Loyola, su edad 38 años, su calidad honrada, su país Chacao, su salud robusta. Regimientos donde ha servido, en la compañía Veterana de Dragones y en la Partida de Asamblea de la Isla de Chiloé*".⁶⁶ ¿Cuál fue el proceso de instrucción con estas nuevas destinaciones entre 1790 y 1813? ¿Hicieron que la tropa mejorase su nivel? Para ello es necesario un estudio mucho más profundo en donde se investigue la evolución militar en la primera década del siglo XIX, ya que esta es la base para el desarrollo de las guerras de independencia ¿Los oficiales del Ejército patriota estaban igualmente preparados? ¿Sus soldados estaban instruidos?

Ante esto el 17 de marzo de 1813, sale la expedición a Valdivia a bordo de la fragata "Trinidad", los bergantines "Dos Amigos" y "Las Nieves", en una goleta y tres piraguas, llegando el 20 del mismo mes. Dos meses de preparativos en los cuales los chilotes se lanzaron a una aventura nunca soñada por ellos. La guerra había llegado, pero más allá de sus límites geográficos y ámbito de acción. La expedición era un secreto, llegada a Valdivia no se develó el objetivo final, pues existían comunicaciones entre Concepción y Valdivia y se podía alertar a la ciudad. La expedición fue toda una sorpresa, tanto para los patriotas del sur como para el gobierno de José Miguel Carrera.

En las siguientes tablas aparece el detalle del número de hombres y el pago efectuado a los hombres que salieron desde Chiloé en la 1° expedición de marzo de 1813.⁶⁷

TABLA N° 2

Batallón Veterano		
Compuesto por	N° de hombres	Pago (pesos)
Oficiales	13	4.614
Granaderos	56	4.277
1° Cía. de Fusileros	47	3.456
2 ^{da} Ídem	53	3.645
3 ^{era} Ídem	50	2.962
4 ^a Ídem.	53	2.787
Artillería veterana	38	2.989
Partida asamblea	17	2.963
Total	327	27.693

65 AGS, Veteranos de las Milicias de Chiloé. Perú, SGU, LEG, 7288, 11.

66 *Ibidem*.

67 AHNCh, Fondo de Guerra, Vol. 8.

TABLA N° 3

Batallón de Milicias		
Compuesto por	N° de hombres	Pagos (pesos)
Oficiales	19	3.694
Granaderos	56	3.153
1° Cía. de Fusileros	53	4.279
2 ^{da} Ídem	48	2.918
3 ^{ra} Ídem	51	2.689
4 ^a Ídem.	60	3.249
5 ^a Ídem.	67	3.575
Artillería	72	4.265
Total	426	27.822

TABLA N° 4

Armeros y Carpinteros	N° de hombres	Pagos (pesos)
Armeros	5	562
Carpinteros	3	304
Total	8	866

El documento revela los nombres de los 761 hombres que salieron en esta primera expedición, tanto soldados como oficiales. De estos últimos se les hacía el pago a sus familiares y amigos en Chiloé. Con ello se pueden establecer relaciones y seguimiento, y descubrir que la mayoría son parientes, descendientes de encomenderos, militares y funcionarios de la Corona. El dinero fue enviado por el virreinato, desconocemos si este pago se llegó a realizar efectivamente o sencillamente fue un trámite administrativo o las cifras están exageradas. Pero en las fuentes se dice que estos pagos sí se realizaron, pues de lo contrario la tropa no se hubiese enrolado: “(...) lo que era menos interesante asegurar a los primeros de la desconfianza en que se les había puesto por algunos díscolos, haciéndoles creer que sin paga no recompensa alguna iban a sufrir la pesada carga del servicio”.⁶⁸ Con la relación de estos pagos se establece el núcleo de relaciones sociales de familias como Velásquez, Mancilla, Vargas, Andrade, Cárdenas, las que se repiten constantemente en las fuentes. El “Don” es un título que se guardan los oficiales, cabe mencionar que mucha de la tropa tenía parentesco con estos “Dones”, muchos de ellos primos, familias de segundo o tercer grado, españoles pobres, o quienes no recibieron un repartimiento de indios y que vieron en el Ejército una oportunidad de ascenso social.

Esa oportunidad de ascenso social se comenzó a vivir con fuerza a partir de 1813 con la llegada del conflicto ideológico que se solucionó con la fuerza de las armas. Pero en ese conflicto de cosmovisiones

68 AGI, Diversos 3, Archivo de Abascal.

existió el conflicto social, que para Marchena ha sido ignorado a la hora del estudio de las fuerzas militares.⁶⁹ Debemos entender que este conflicto en una triada ejército-guerra-revolución y político-ideológico-social, que no se vivió de forma uniforme, pues tiene sus particularidades espacio-tiempo, en esto seamos claros. Se cae en el error pensar que un territorio tan extenso y diverso como el americano, más aún en la coyuntura que estudiamos, tuvo un desarrollo del proceso similar en tiempos y en espacios. Antes de las interpretaciones apriorísticas y univocas debemos tener la imagen de contexto tanto en Europa, España y América, si entendemos que este es un proceso que se inserta en algo mayor como fue el fin del Antiguo Régimen en el mundo occidental. Ese cambio de mundo produjo que miles de hombres combatieran por las nuevas y viejas certezas, en otras palabras, “iluminados por la guerra”,⁷⁰ que para Marchena marcó indeleblemente la construcción de las nuevas naciones hispanoamericanas. Esos iluminados por la guerra no solo fueron aquellos héroes nacionales quienes se han posicionado como los únicos que pelearon por la patria real o republicana. Por ello el grueso de la tropa sencillamente es ignorada, una masa uniforme, sin voz, sin vida, silenciada por el relato invariable.⁷¹

Las milicias tanto de Chiloé como de Chile fueron movilizadas siguiendo el reglamento de Cuba. En Chile fueron ocupadas en mayor medida, pero a diferencia de Chiloé, estas no poseían instrucción entregada por militares profesionales. A la llegada de Pareja y la salida de la 1^o expedición, en Chiloé existía el mismo estado de fuerza que se mantiene desde 1788, donde oficiales como José Velásquez, Pedro Andrade o Francisco Javier Vargas, todos chilotes y con una vasta experiencia militar desde 1780, habían servido en el Batallón de Veteranos de Chiloé: “*Batallón Veteranos de Chiloé. Relación de los oficiales que has dejado asignación desde la salida de Chiloé y aumentaron en (sic.) Enero de 1814. José Velásquez, Juan Antonio Vargas, Pedro Andrade y Francisco Javier Vargas*”.⁷² Estos miembros del Batallón veteranos de Chiloé eran sargentos en 1800 y fueron destinados por su experiencia a las compañías veteranas de Chiloé, además de ser descendientes de familias encomenderas.⁷³

IDEAS FINALES: CHILOÉ UNA PLATAFORMA OFENSIVA

Estos cuerpos armados fueron reformados o creados a partir del traspaso administrativo de Chiloé al Virreinato del Perú. Los planes e informes realizados por los inspectores del virrey fueron hechos bajo el contexto de guerra constante que Europa vivió buena parte del siglo XVIII.⁷⁴ La guerra llevó al mantenimiento del equilibrio de poderes de los Estados absolutistas, sobre todo en el Nuevo Mundo⁷⁵. La

69 MARCHENA, Juan; CHUST, Manuel (eds.) *Por la fuerza de las armas*. p. 145.

70 *Ibidem*, pp. 169-170.

71 QUINTERO, Inés (coord.) *El relato invariable. Independencia, mito, nación*. Editorial Alfa. Caracas, 2011.

72 AHNCh, Contaduría Mayor. Serie I. Vol. 230.

73 Para la evolución militar de los altos mandos véase: AGS, Veteranos de las Milicias de Chiloé. Perú, SGU, LEG, 7288, 11.

74 MARCHENA, Juan, CHUST, Manuel, (eds.) *Por la fuerza de las armas*, p. 10.

75 CARMAGNANI, Marcello. *El otro Occidente: América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México, 2004. p. 80.

apremiante situación defensiva después de la pérdida de La Habana y Filipinas a manos de los ingleses provocó una transformación del orden militar americano. Esto sucede en todo el territorio americano, en algunos puntos fue más notorio como en Chiloé, por ser considerado un punto estratégico para la Corona. El mismo caso sucede en Valdivia, ciudad que en el siglo XVII había sufrido la ocupación de piratas holandeses.

La serie de reformas implementadas a los cuerpos armados del territorio chileno tenía como objetivo, optimizar el uso de los escasos recursos que el virreinato enviaba a través del Real Situado. Esta política reformadora tuvo sus repercusiones sociales, ya que estos soldados del rey fueron un poderoso instrumento de control social a favor de la Corona y de los grupos de poder criollos, quienes vieron en los cuerpos armados una forma de ejercer ese control social.⁷⁶ La entrega del fuero militar condujo al afianzamiento de un grupo social dominante, en lo étnico y cultural, el que finalmente con el poder militar consolidó su hegemonía. Un cierto aire liberal influyó en la sociedad americana que vio nacer un nuevo grupo de influencias que se agrega a la posición social, y los orígenes nobles de los militares de Chiloé, pues haber servido al rey a través del Real Servicio constituyó un orgullo social que colocaba a estas familias por sobre el resto de la población. Se les llamaba: padres de la patria, huesos de la nación, feudatarios, ya que descendían de los primeros conquistadores o de militares al servicio del rey.⁷⁷

Al Real Servicio que constituyó la parte social de las reformas militares, se le unió el peso de la institución militar en América, surgida como resultado del proceso de lucha entre los imperios que John Elliott presenta como una cuestión atlántica. Tanto Carlos III de España, como Jorge III de Inglaterra eran conscientes de que la supervivencia de sus posesiones en América pasaba por la reforma. Las reformas de “los terceros” trajeron como consecuencia el fortalecimiento de las clases de poder americanas. La inmensidad del territorio americano lo exigía así a las metrópolis.⁷⁸

La lejanía del territorio chilote durante los siglos XVI y XVII, constituyó un obstáculo insalvable para la población local como del continente. Pero llegado el siglo XVIII y bajo el nuevo enfoque ilustrado, donde se estudia en conjunto la geografía y las cuestiones defensivas, el territorio chilote ofreció una gran ventaja. Primero por su cercanía al Estrecho de Magallanes, razón por la cual no se abandonó la isla. La moderna flota española podía resguardar el Mar del Sur, usando a los puertos de Chiloé. Segundo, esa misma condición de puerto convirtió al archipiélago en plaza fuerte, pues concentraba una importante cantidad de fuertes y baterías destinadas al resguardo de los puertos, y a detener el paso de buques enemigos de la Corona. Y tercero, la población local era muy diferente al del resto del territorio chileno, el mestizaje fue menor y se mantuvo un núcleo reducido de descendientes de españoles, los llamados huesos de la nación. Hombres y mujeres llegados a la isla, que como premio obtenían una serie de prerrogativas

76 MARCHENA, Juan, *Oficiales y soldados; Ejército y milicias; El ejército de América antes de la Independencia*.

77 GUARDA, Gabriel, *op. cit.*, pp. 34-35.

78 ELLIOTT, John, *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*. Taurus. Madrid, 2006.

y reconocimientos otorgados por el rey, fue una forma de reconocimiento a los méritos y fidelidad de sus vasallos. Con la suma de estos factores, en el siglo XVIII Chiloé se convierte en una plataforma defensiva, donde se une territorio, defensa y estrategia en una amalgama donde el resguardo de las colonias era fundamental para el surgimiento de un nuevo prestigio social, basado en el uso del uniforme, el fuero militar y otros privilegios sancionados en el Reglamento de Milicias de Cuba.

Al estudiar este Ejército en su conjunto, nos damos cuenta que era una fuerza preparada para el combate, expectante ante la llegada de los enemigos, en constante pie de guerra. Esperaron un enemigo que jamás llegó a las costas de Chiloé y que menos aun desembarcó en el territorio. El enemigo llegó en el siglo XIX, y no fue precisamente que haya entrado por el Estrecho de Magallanes, ni eran los ingleses u holandeses; paradójicamente los ingleses se convirtieron en aliados de los españoles en su lucha contra el tirano. El enemigo estaba al norte, al otro lado del Biobío, en lo que era considerado como Chile. Fueron estos habitantes de Chile, los patriotas, los antagonistas que los cuerpos armados de Chiloé enfrentaron desde 1813 hasta 1826.

La guerra se extendió a todo el continente, desde México hasta Chiloé no hubo territorio americano que estuviese ajeno a la guerra. Chiloé rompió con su aislamiento de siglos movilizand o tropas desde 1813 hasta 1826, en un esfuerzo inédito para la historia anterior de la isla, nunca antes y no después la población de Chiloé vivió de forma tan intensa la historia. Fue el poder militar el que movilizó a los habitantes de América. Para Marchena, McAlister y Kuethe, tiene raíces en el ejército borbónico. Muchos de estos hombres fueron protagonista de la lucha independentista, una generación de “iluminados por la guerra” desde fines del siglo XVIII y que en el XIX ocuparon un lugar preponderante en la guerra. Estos iluminados de Chiloé convirtieron a la isla desde 1813 hasta 1818 en una plataforma ofensiva, ya que las expediciones del ejército realista tenían a la isla como punto de partida de soldados y oficiales. Con la derrota del Ejército Real en la Batalla de Maipú, en abril de 1818, estos hombres parten a Perú o se devuelven a la isla a preparar la defensa ante el ataque de los independentistas, y con ello se vuelve al carácter defensivo entre 1819 y 1826. Fue esta evolución, este ir y venir en el arte de la guerra, que hizo a los soldados de Chiloé resistir hasta 1826. Recordar que el insigne corsario Lord Thomas Cochrane (padre de la marina chilena) fue derrotado en 1820, retrasando en seis años la toma de Chiloé.

Quisimos estudiar a los militares de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, ya que fue esta generación del ejército borbónico que bajo esta mentalidad, la crisis de la monarquía y posteriormente la guerra con su componente revolucionario, luchó por la independencia o por el rey, la patria y la religión. Un ejército siempre listo y expectante ante el combate, altamente eficiente fue el objetivo que se propuso la Corona a través del virreinato. En 1826 fue el desgaste moral y físico el que hizo sucumbir a la isla, aunque la historiografía dice que Chiloé fue “liberada de los españoles o de España”, para nosotros fue liberada de sí misma al no poder elegir entre la república y el virreinato.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes:

Archivo General de Simancas (AGS)

Asamblea de Infantería de Chiloé. Perú. AGS. SGU, LEG, 7285, 1.

César Balbiani. Recomendaciones. AGS. SGU, LEG, 6889, 40.

Compañías de Chiloé. Empleos. AGS. SGU, LEG, 7121, 21.

Compañías Veteranas de Chiloé. Perú. AGS. SGU, LEG, 7285, 2.

Compañías Veteranas de Chiloé. Perú. AGS. SGU, LEG, 7286, 15

Cuerpos de Chiloé. Reglamento. Sueldos. AGS. SGU, LEG, 7093, 8.

Guarnición de Chiloé. Despachos. AGS. SGU, LEG, 7115, 26.

Regimientos y Milicias del Perú. Revistas. AGS. SGU, LEG, 7133, 2

Regimientos y Milicias de Perú. Revistas AGS. SGU, LEG, 7133, 1.

Tomás Shee. Recomendaciones. AGS. SGU, LEG, 6885, 35.

Tropas de Perú. Premios. Inválidos. Estados de fuerza. AGS. SGU, LEG, 7113, 7.

Veteranos de las Milicias de Chiloé. Perú. AGS. SGU, LEG, 7288, 11.

Archivo General de Indias (AGI)

Gobernador de Chiloé sobre la defensa de aquel país. Estado. 85. 46.

Diversos 3, Archivo de Abascal.

Archivo Histórico Nacional de Chile (AHNCh)

Fondo Vicuña Mackenna. Vols. 12-13

Fondo de Guerra. Vol. 8.

Contaduría Mayor. Serie I. Vol. 230.

Libros y artículos de revistas:

ALBI, Julio. *Banderas, olvidadas: el ejército realista en América*. Eds. de Cultura Hispánica. Madrid, 1990.

ARANCIBIA, Patricia (coord.). *El Ejército de los chilenos*. Biblioteca Americana. Santiago de Chile, 2007.

BARROS ARANA, Diego. *Historia General de Chile*. Tomo IX. Segunda Edición. Editorial Universitaria. Santiago, 2002.

BENAVENTE, José Diego. *Memoria sobre las campañas en la independencia de Chile*. Imprenta Chilena, Calle Carabobo número 25 Santiago, 1856.

BETHELL, Leslie. *Historia de América Latina. Crítica*. Barcelona, 2002.

CARMAGNIANI, Marcello. *El otro Occidente: América Latina desde la invasión europea hasta la globalización F.C.E.* México, 2004.

CERVERA, José. *La marina española en la emancipación de Hispanoamérica*. Editorial Mapfre. Madrid, 1992.

ELLIOTT, John. *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*. Taurus. Madrid, 2006.

ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO. *Historia del Ejército de Chile*. Tomo II. Santiago, 1985.

GUARDA, Gabriel. *Los encomenderos de Chiloé*. Eds. Universidad Católica de Chile. Santiago, 2002.

HAMNETT, Brian. *La política revolucionaria del virrey Abascal: Perú 1806-1816*. En Instituto de Estudios Peruanos. Documento de trabajo N°112, serie: Historia N°18.

LIZAUR y Utrilla, Antonio de (coord.). *La ilustración en Cataluña, la obra de los ingenieros militares*. Editado por el Ministerio de Defensa de España. Barcelona, 2010.

LYNCH, John. *Las revoluciones hispanoamericanas: 1808-1826*. Ediciones Ariel. Barcelona, 1989.

- LUQUI-LAGLEYZE, Julio. *Por el rey, la fe y la patria, el Ejército independentista del Perú en la independencia Sudamericana 1810-1825*. Edita Ministerio de Defensa. Madrid, 2005.
- MARCHENA, Juan (coord.). (2005). *El ejército de América antes de la Independencia. Ejército regular y milicias americanas. 1750-1815. Hojas de servicio, uniformes y estudio* (CD-Rom) Fundación MAPFRE-TAVERA. Madrid, 2005.
- MARCHENA, Juan, CHUST, Manuel (eds.). *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencias en Iberoamérica*. Publicacions de la Universitat Jaume I, Castellón de la Plana, 2008.
- MARCHENA, Juan. *Oficiales y soldados en el Ejército de América*. Escuela de estudios hispanoamericanos de Sevilla. Sevilla, 1983.
- MARCHENA, Juan. *Ejército y milicias en el mundo colonial americano*. MAPFRE. Madrid, 1992.
- MALAMUD, Carlos. *Sin marina, sin tesoro y casi sin soldados. La financiación de la reconquista de América 1810-1826*. Centro de Estudios Bicentenario. Santiago de Chile, 2007.
- QUINTERO, Inés (coord.) *El relato invariable. Independencia, mito, nación*. Editorial Alfa. Caracas, 2011.
- SEMPRÚN, José. *El ejército realista en la Independencia americana*. Fundación MAPFRE. Madrid, 1992.
- URBINA, María Ximena. *La frontera de arriba en Chile colonial: interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*. Centro de investigaciones Diego Barros Arana. Universitarias de Valparaíso, Santiago, 2009.
- URBINA, Rodolfo. *La periferia meridional indiana Chiloé en el siglo XVIII*. Eds. Universitarias de Valparaíso. Valparaíso, 1983.



DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR